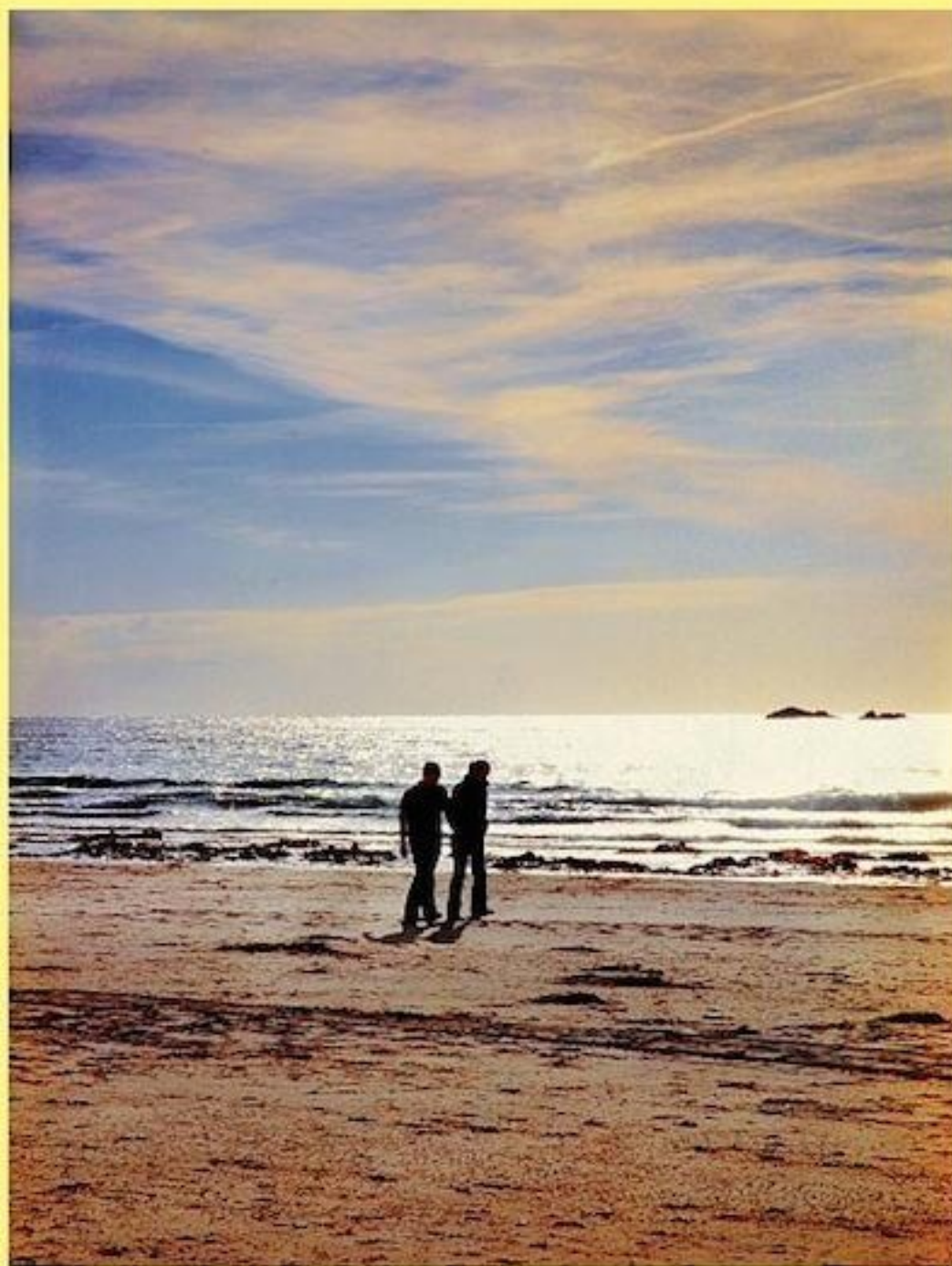


JULIAN BARNES

Pulso



Lectulandia

En una población costera un agente inmobiliario divorciado inicia una relación con una camarera extranjera y acabará descubriendo un secreto doloroso; dos escritoras ya mayores comparten giras de conferencias, una larga amistad, tiranteces, celos, maldades y confidencias; un hombre regresa a la isla escocesa en la que pasó días felices con su fallecida esposa; en los albores de la historia de Estados Unidos un pintor de retratos se venga de un detestable cliente; un hombre queda fascinado por una mujer aquejada de una enfermedad de la piel que la obliga a llevar guantes; un hijo rememora la historia de amor de sus padres, que llega hasta el lecho de muerte... Y, junto a ellos, una pareja en crisis con la jardinería como campo de batalla; unos amantes cuyas tensiones tienen como telón de fondo los bellos paisajes que recorren en sus excursiones, y un grupo de amigos que en las noches londinenses hablan desordenadamente y con altas dosis de ingenio sobre lo divino y lo humano.

Julian Barnes nos regala una nueva muestra de su depurado talento en esta espléndida colección de cuentos que indagan con sutileza, humor y perspicacia en las pasiones y debilidades humanas, a través de unos personajes inolvidables.

Una sucesión de historias sobre esos instantes de felicidad o desolación que marcan nuestras vidas, un mosaico de emociones y relaciones humanas, una prodigiosa combinación de ingenio y frescura al servicio de historias cargadas de intensidad.

Lectulandia

Julian Barnes

Pulso

ePub r1.0
Sibelius 19.04.14

Título original: *Pulse*
Julian Barnes, 2011
Traducción: Mauricio Bach
Ilustración: Françoise Lacroix / panoptika.net
Editorial Anagrama, S. A., 2011

Editor digital: Sibelius
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Para Pat

«Viento del Este», «Invasión de la propiedad privada», «El retratista» y «Complicidad» aparecieron publicados por primera vez en *The New Yorker*; «En casa de Phil y Joanna 1: 60/40» y «En la cama con John Updike», en el *Guardian*; «En casa de Phil y Joanna 2: Mermelada», en el *Sunday Times*; «Armonía», en *Granta*; «Las líneas del matrimonio» empezó siendo un encargo radiofónico para ser leído por Alan Howard en 2007, y posteriormente apareció publicado en *Granta*.

UNO

VIENTO DEL ESTE

El pasado noviembre, una hilera de cabañas de madera de la playa, con la pintura agrietada y desconchada por el fuerte viento del este, habían ardido y quedado reducidas a cenizas. Los bomberos habían tenido que recorrer quince kilómetros y no pudieron hacer nada cuando llegaron. Gamberros y vandalismo, sentenció el periódico local, pero no se detuvo a ningún culpable. Un arquitecto de una zona más elegante de la costa declaró al telediario de una televisión local que las cabañas formaban parte del patrimonio social del pueblo y debían reconstruirse. El ayuntamiento anunció que valoraría todas las opciones, pero desde entonces no había movido un dedo.

Vernon se había mudado al pueblo unos meses antes, y no tenía ninguna opinión sobre las cabañas de la playa. Si en algo le afectaba su desaparición, era en que había mejorado las vistas desde The Right Plaice, donde en ocasiones iba a comer. Desde una de las mesas junto a la ventana ahora contemplaba, tras una franja de hormigón, un montón de guijarros húmedos, un cielo mortecino y un mar inerte. Así era la costa este: durante meses tenías una inacabable sucesión de breves episodios de mal tiempo y largos periodos de clima simplemente neutro. Eso a él le parecía bien; se había instalado allí para que el clima de su vida fuera neutro.

—¿Ya ha terminado?

Él no levantó la vista para mirar a la camarera.

—Directo desde los Urales —dijo, sin apartar la mirada del inmenso y liso mar.

—¿Disculpe?

—No hay nada entre el lugar en el que estamos y los Urales. Es de allí de donde viene el viento. Y no hay ningún obstáculo que lo detenga. Llega directo atravesando todos esos países. —Lo bastante frío para congelarte el nabo, podría haber añadido en otras circunstancias.

—*Urrales* —repitió ella. En cuanto captó el acento, levantó la cabeza para mirarla. Una cara ancha, cabello con mechas, rolliza y ni rastro del típico numerito de camarera para recibir más propina. Debía de ser de esos europeos del Este que en estos tiempos se desperdigaban por todo el país. En la construcción, en pubs y restaurantes, en la recogida de fruta. Llegaban en furgonetas y autocares, se hacinaban en madrigueras y ahorraban algún dinero. Algunos se quedaban, otros volvían a casa. A Vernon tanto le daba. Eso es lo que le sucedía casi siempre ahora: que tanto le daba.

—¿Eres de uno de éstos?

—¿Uno de esos qué?

—Uno de esos países. Entre aquí y los Urales.

—*Urrales*. Sí, tal vez.

Vaya respuesta más rara, pensó él. O tal vez la geografía no fuese el fuerte de la chica.

—¿Te apetece nadar?

—¿Nadar?

—Sí, ya sabes. Cof, chof, crol, mariposa.

—No nadar.

—Perfecto —dijo él. De todos modos, tampoco lo decía en serio—. La nota, por favor.

Mientras esperaba, miró más allá del hormigón, hacia los guijarros húmedos. Una de las cabañas de la playa se había vendido hacía poco por veinte mil libras. ¿O fueron treinta? En la costa más al sur. Precios en ascenso, el mercado ha enloquecido: eso es lo que decían los periódicos. Aunque esos precios no llegaban a esa parte del país, o al menos no a las propiedades que él vendía. Allí el mercado había tocado fondo hacía mucho tiempo y la curva del gráfico era tan horizontal como el mar. Los ancianos morían, vendías sus apartamentos y casas a gente que también envejecería en ellas y moriría. En eso consistía buena parte de su negocio. El pueblo no estaba de moda, nunca lo había estado: los londinenses pasaban de largo por la A12 hasta lugares más caros. A él no le suponía ningún problema. Había vivido toda su vida en Londres, hasta que se divorció. Ahora tenía un trabajo tranquilo, un apartamento alquilado, y veía a sus hijos cada dos fines de semana. Cuando crecieran, probablemente aborrecerían ese pueblo y empezarán a comportarse como pequeños esnobs. Pero por el momento les gustaba el mar y disfrutaban tirando piedras desde la playa y comiendo patatas fritas.

Cuando la camarera trajo la nota, él comentó:

—Podríamos fugarnos y vivir en una cabaña de la playa.

—A mí me parece que no —respondió ella, negando con la cabeza, como si estuviese convencida de que él hablaba en serio. Oh, vaya, a los extranjeros les cuesta un poco habituarse al viejo sentido del humor británico.

Tuvo que ocuparse de algunos alquileres —cambios de inquilinos, redecoración, humedades— y, después, de una venta en la costa más al norte, así que durante varias semanas no había vuelto a *The Right Plaice*. Se comió su abadejo con champiñones y leyó el periódico. Había un pueblo en Lincolnshire en el que se habían instalado tantos inmigrantes que de pronto era medio polaco. Decían que ahora, con tanta gente de Europa del Este, los domingos iban a misa más católicos que anglicanos. A él le daba igual. De hecho, le caían bien los polacos que había conocido: albañiles, yeseros, electricistas. Buenos trabajadores, bien formados, de fiar, cumplidores. Vernon pensó que ya era hora de que el rancio negocio de la construcción británico

recibiese una buena patada en el culo.

Ese día el sol apenas asomaba, brillaba sesgado sobre el mar y le molestaba en los ojos. Era finales de marzo y algunas ráfagas de primavera llegaban incluso hasta aquella parte de la costa.

—¿Qué me dices hoy de ese baño? —le preguntó a la camarera cuando le trajo la nota.

—No. Nada de baño.

—Sospecho que podrías ser polaca.

—Me llamo Andrea —respondió ella.

—No es que me importe si eres o no polaca.

—A mí tampoco.

Lo cierto es que nunca se le había dado muy bien lo de flirtear; nunca atinaba con las palabras adecuadas. Y tras el divorcio se le daba todavía peor, si eso era posible, porque no ponía el corazón en ello. ¿Dónde estaba su corazón? Una pregunta para otro día. El tema de hoy era el flirteo. Conocía muy bien la mirada de una mujer cuando metías la pata. De dónde ha salido éste, decía la mirada. De todos modos, el flirteo era cosa de dos. Y quizá se estaba haciendo demasiado viejo para eso. Treinta y siete años. Dos hijos. Gary (8) y Melanie (5). Así es como aparecería en los periódicos si una mañana el mar arrastraba su cadáver hasta la costa.

—Soy agente inmobiliario —explicó. Este era otro comentario que a menudo entorpecía el flirteo.

—¿Y eso qué es?

—Vendo casas. Y apartamentos. Y alquilo. Habitaciones, apartamentos, casas.

—¿Es interesante?

—Es un modo de ganarse la vida.

—Todos necesitamos ganarnos la vida.

De pronto él pensó: no, tú tampoco sabes flirtear. Quizá seas capaz de hacerlo en tu idioma, pero en inglés no, así que estamos empatados. También pensó: parece vigorosa. Quizá necesite a alguien vigoroso. Por lo que intuyó, podría tener mi edad. No es que eso le importase. No le iba a pedir una cita.

Le pidió una cita. No había muchos sitios a los que ir en ese pueblo. Un cine, un puñado de pubs y un par de restaurantes en los que no trabajaba ella. Aparte de eso, había un bingo para los ancianos cuyos apartamentos él vendería cuando murieran, y un club en el que holgazaneaban algunos góticos poco entusiastas. Los chavales iban a Colchester en coche los viernes por la noche y compraban drogas suficientes para meterse todo el fin de semana. No era extraño que después quemasen las cabañas de la playa.

Al principio ella le gustó por lo que no era. No era coqueta, no era una cotorra, no

era avasalladora. Y no le importaba que él fuese agente inmobiliario, o que estuviese divorciado y tuviese dos hijos. Otras mujeres, tras echar un rápido vistazo, habrían dicho: no. Consideraba que las mujeres se sentían más atraídas por los hombres casados, por catastrófico que fuese su matrimonio, que por los que estaban recogiendo los restos del naufragio. Lo que a decir verdad no era sorprendente. Pero a Andrea le traía sin cuidado. No hacía muchas preguntas. Y de hecho tampoco las respondía. La primera vez que se besaron, él pensó en preguntarle si realmente era polaca, pero después se le olvidó.

Sugirió que fuesen a su casa, pero ella se negó. Dijo que iría la próxima vez. Él pasó los siguientes días inquieto, preguntándose cómo sería acostarse con una persona distinta después de tanto tiempo. Recorrió veinticinco kilómetros en coche en dirección norte para comprar condones donde nadie lo conociese. No es que le diese apuro o vergüenza, simplemente no quería que nadie supiese, o sospechase, lo que se traía entre manos.

—Bonito apartamento.

—Bueno, adonde iríamos a parar si un agente inmobiliario no pudiera hacerse con un apartamento decente para vivir.

Ella llevaba una bolsa de fin de semana; se desnudó en el cuarto de baño y volvió en camisón. Se echaron en la cama y él apagó la luz. Ella se sentía muy tensa con él. Él se sentía muy tenso consigo mismo.

—Podríamos simplemente abrazarnos —sugirió él.

—¿Qué es abrazarse?

Él se lo mostró.

—¿Entonces abrazarse no es follar?

—No, abrazarse no es follar.

—Vale, abracémonos.

Con eso se relajaron, y ella no tardó en quedarse dormida.

En la siguiente ocasión, después de besarse un rato, él se reencontró con el lubricado forcejeo del condón. Sabía que tenía que desenrollarlo, pero se encontró tratando de embutírselo como si de un calcetín se tratase, tirando anárquicamente del borde. Y tener que hacerlo a oscuras tampoco ayudaba. Pero ella no dijo nada ni soltó una tosecilla recriminatoria, y finalmente él logró volverse hacia ella. Ella se levantó el camisón y él se colocó encima. Su mente estaba medio llena de lujuria y ganas de follar, y medio vacía, como si se preguntara qué estaba haciendo. No pensó mucho en ella esa primera vez. Se trataba de estar pendiente de uno mismo. Después ya le dedicaría su atención a la otra persona.

—¿Ha estado bien? —preguntó al cabo de un rato.

—Sí, ha estado bien.

Vernon se rio en la oscuridad.

—¿Te estás riendo de mí? ¿Para ti no ha estado bien?

—Andrea —dijo él—, todo está bien. Nadie se está riendo de ti. No dejaré que nadie se ría de ti. —Mientras ella dormía, él pensó: los dos estamos empezando de nuevo. No sé cómo ha sido su pasado, pero quizá ambos estamos empezando de nuevo desde el mismo humilde punto de partida, y eso es perfecto. Todo es perfecto.

La siguiente vez, ella estaba más relajada, y lo apretó con fuerza entre sus piernas. El no supo con seguridad si ella se había corrido o no.

—Cielo santo, qué fuerte eres —dijo él al acabar.

—¿Es malo ser fuerte?

—No, no, para nada. ¡Ser fuerte es estupendo!

Pero en la ocasión siguiente él notó que ella no lo apretaba con tanta fuerza. Y tampoco parecía gustarle mucho que él le acariciase los pechos. No, no era exactamente así. Aparentemente no le importaba que lo hiciera o no. O, más bien, si él quería hacerlo, le parecía bien, pero era por él, no por ella. Al menos eso es lo que creyó entender. ¿Y quién ha dicho que haya que hablarlo todo la primera semana?

Él se alegraba de que ninguno de los dos fuese bueno seduciendo: era una suerte de engaño. Por el contrario, Andrea siempre era franca con él. No hablaba mucho, pero lo que decía era lo que hacía. Quedaban donde y cuando él proponía, y allí estaba ella, esperándolo, apartándose un mechón de cabello de los ojos, agarrando el bolso con más firmeza de lo que era necesario en ese pueblo.

—Eres tan de fiar como un albañil polaco —le dijo él un día.

—¿Y eso es bueno?

—Eso es muy bueno.

—¿Es una expresión inglesa?

—A partir de ahora lo es.

Ella le pidió que la corrigiese cuando cometiera un error al hablar en inglés. Él le enseñó a decir «Creo que no» en lugar de «Yo no creo»; pero, de hecho, a él le gustaba más su manera de hablar. Siempre la entendía y esas frases no del todo correctas formaban parte de su personalidad. Tal vez él no quisiese que ella hablara como una inglesa, no fuese a empezar a comportarse como una inglesa..., bueno, al menos como una en particular. Y en cualquier caso no quería interpretar el papel de profesor.

En la cama era lo mismo. Las cosas son como son, se dijo. Si ella siempre llevaba un camisón, tal vez fuese porque era católica; aunque jamás mencionó que fuese a misa. Si él le pedía que se la chupase, ella lo hacía, y parecía gustarle; pero nunca le pedía a él que se lo hiciese a ella; ni siquiera parecía gustarle mucho que él le acariciase con la mano por ahí abajo. Pero eso a él no le molestaba; ella era como era y no había que darle más vueltas.

Ella jamás le pidió que entrase en su casa. Si él la acompañaba en coche, ella ya estaba trotando por el cemento del camino que llevaba a su casa antes de que él hubiese puesto el freno de mano; si pasaba a recogerla, ella siempre estaba ya fuera esperándole. Al principio a él le parecía bien, pero después empezó a resultarle un poco raro, así que le pidió ver dónde vivía, sólo un minuto, para poder imaginarse dónde estaba cuando no estaba con él. Volvieron a la casa —una casa pareada de los años treinta, de fachadas sin obra vista, con muchos vecinos y con los marcos metálicos de las ventanas muy oxidados— y ella abrió la puerta de su apartamento. El ojo profesional de él estudió los metros cuadrados, el mobiliario y el probable precio del alquiler; el ojo del amante se fijó en un pequeño tocador con fotos en marcos de plástico y una imagen de la Virgen. Había una cama individual, un minúsculo fregadero, un microondas de medio pelo, un pequeño televisor y ropa colgada en perchas precariamente colgadas de una moldura. En el minuto escaso que tardaron en salir, se sintió conmovido al ver la vida de ella expuesta de ese modo. Para disimular su súbita emoción, Vernon dijo:

—No deberías pagar más de cincuenta y cinco. Más agua y luz. Puedo encontrarte algo más grande por el mismo precio.

—Está bien así.

Ahora que había llegado la primavera, tomaban el coche para ir hasta Suffolk y contemplaban cosas típicamente inglesas: casas con entramado de madera sin aislante, tejados de paja que te llevaban a la franja alta de la cuota del seguro. Pararon junto a un parque municipal y él se sentó en un banco que miraba hacia un estanque, pero a ella eso no le gustó, así que se pusieron a contemplar la iglesia. Rogó en su interior que no le pidiese que le explicara la diferencia entre anglicanos y católicos o la historia que había detrás de todo ese tema. Tenía algo que ver con el deseo de Enrique VIII de volver a casarse. El nabo del rey. Al final, todos los temas acababan en el sexo si los analizabas con suficiente detalle. Pero por suerte ella no preguntó.

Ella empezó a cogerle del brazo y a sonreír con más frecuencia. Él le dio la llave de su apartamento; cautelosamente, ella empezó a dejar allí lo esencial para pasar la noche. Un domingo, a oscuras, él abrió el cajón de la mesilla de noche y descubrió que se le habían acabado los condones. Soltó una maldición y tuvo que explicárselo.

—No pasa nada.

—No, Andrea, sí que pasa, joder. Lo último que necesito es que te quedes embarazada.

—No creo que eso suceda. No embarazada. No pasa nada.

A él le convencieron sus palabras. Más tarde, mientras ella dormía, él se preguntó qué había querido decir exactamente. ¿Que no podía tener hijos? ¿O que también tomaba algo para estar absolutamente segura? De ser así, ¿qué opinaría al respecto la

Virgen María? De pronto pensó que esperaba que no confiase en el método Ogino. Esa confianza en la regularidad y en tener contentos al mismo tiempo al Papa y al amante de turno conducía a un fracaso garantizado.

Pasó el tiempo; ella conoció a Gary y Melanie; los niños se encariñaron con ella. Ella nunca les decía lo que tenían que hacer; ellos tenían el mando, y eso a ella le parecía bien. También le hicieron las preguntas que él nunca se había atrevido a hacerle ni le habían preocupado.

—Andrea, ¿estás casada?

—¿Podemos ver la tele todo el rato que queramos?

—¿Has estado casada?

—¿Me dolerá la barriga si me como tres?

—¿Por qué no te has casado?

—¿Cuántos años tienes?

—¿De qué equipo eres?

—¿Tienes algún hijo?

—¿Os vais a casar tú y papá?

Él se enteró de las respuestas a algunas de esas preguntas; como cualquier mujer sensata, ella no iba a confesar su edad. Una noche, a oscuras, después de haber devuelto a los niños y demasiado afectado para hacer el amor, como siempre le sucedía en estas ocasiones, le dijo:

—¿Crees que podrías amarme?

—Sí, creo que podría.

—¿Podrías o querrías?

—¿Qué diferencia hay?

Guardó silencio unos instantes.

—No hay ninguna diferencia. Aceptaré cualquiera de las dos cosas. Aceptaré ambas. Aceptaré lo que me des.

No sabía cómo habían pasado al siguiente estadio. ¿Porque estaba empezando a enamorarse de ella, o porque en realidad no quería que sucediese? ¿O sí quería, pero le daba miedo? ¿O era que, en el fondo, tenía una tendencia innata a joderlo todo? Eso es lo que le había dicho su mujer —su exmujer— una mañana mientras desayunaban. «Mira, Vernon, no te odio. De verdad que no te odio. Simplemente no puedo vivir contigo porque siempre lo jodes todo.» Se lo soltó así, de sopetón. Era cierto que roncaba un poco, y dejaba la ropa donde no debía, y pasaba las horas de rigor viendo deportes en la televisión. Pero llegaba a casa a una hora prudente, quería a sus hijos y no perseguía a otras mujeres. A ojos de algunas personas, eso era lo mismo que joderlo todo.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Seguro.

—No, «seguro» es americano. En inglés es «sí».

Ella lo miró como diciendo: ¿por qué corriges mi inglés?

—Sí —repitió.

—Cuando me quedé sin condones y dijiste que no pasaba nada, ¿querías decir que no pasaba nada ese día o que no pasaba nada nunca?

—Que no pasaba nada nunca.

—Caramba, ¿sabes cuánto cuesta una caja de doce?

Era un comentario totalmente fuera de lugar, incluso él se dio cuenta. Por Dios, quizá había tenido algún aborto terrible o había sufrido una violación o a saber qué.

—¿Entonces no puedes tener hijos?

—No. ¿Me vas a odiar por eso?

—Andrea, por el amor de Dios. —Le tomó la mano—. Ya tengo dos hijos. La cuestión es si a ti te importa.

Ella bajó la mirada.

—Sí, sí me importa. Me hace muy feliz.

—Bueno, podríamos... No sé, consultar a un médico. Pedir hora con un especialista. —Imaginó que los especialistas de allí serían más profesionales.

—No, nada de especialistas. NADA DE ESPECIALISTAS.

—De acuerdo, nada de especialistas. —Pensó: ¿adoptamos un niño? ¿Pero puedo permitirme otro con todos los gastos que tengo?

Dejó de comprar preservativos. Empezó a preguntar cosas, con el máximo tacto posible. Pero lo del tacto era como lo de la capacidad de seducción: lo tenías o no lo tenías. No, no era exactamente así. Resultaba más fácil tener tacto si no te importaba saber o no ciertas cosas; más complicado cuando sí te importaba.

—¿Por qué ahora me preguntas estas cosas?

—¿Lo hago?

—Sí, creo que sí.

—Lo siento.

Pero sobre todo sentía que ella se hubiese percatado. Y también que no fuese capaz de parar. No podía. Cuando empezaron a salir juntos, a él le gustaba no saber nada de ella; así todo resultaba diferente, más espontáneo. Poco a poco, ella empezó a saber cosas de él, mientras él seguía sin saber nada de ella. ¿Por qué no seguir así? *Porque siempre lo jodes todo*, susurró su mujer, su exmujer. No. No lo aceptaba. Si te enamoras, quieres saber cosas del otro. Lo bueno, lo malo, lo anodino. No es que busques cosas malas. En eso consiste enamorarse, se dijo Vernon. O pensar en enamorarse. En cualquier caso, Andrea era una buena persona, de eso estaba seguro. Así que ¿qué había de malo en indagar sobre una buena persona a sus espaldas?

En The Right Plaice todos le conocían: la señora Ridgewell, la encargada; Jill, la otra camarera, y el viejo Herbert, el propietario del restaurante, que sólo se dejaba caer por allí cuando le apetecía un bocado. Vernon eligió un momento en el que estaban empezando a servir la comida y pasó por delante del mostrador camino del lavabo. El cubículo —en realidad más bien un armario— en el que los empleados dejaban los abrigo y los bolsos estaba justo enfrente del servicio de caballeros. Vernon entró, encontró el bolso de Andrea, cogió sus llaves y regresó sacudiendo las manos, como diciendo este viejo y ruidoso secador de manos no acaba de funcionar bien, ¿no?

Le guiñó un ojo a Andrea, se dirigió a la ferretería, se quejó de esos clientes que sólo tenían un juego de llaves, dio un paseo, recogió la copia de las llaves, regresó a The Right Plaice, preparó un comentario sobre cómo el frío que hacía le alteraba la vejiga pero no tuvo que hacer uso de él, volvió a poner las llaves en su sitio y pidió un capuchino.

La primera vez que fue allí era una tarde lluviosa de esas en que nadie mira a la gente que pasa. Un tipo con chubasquero recorre el camino asfaltado que lleva hasta el portal con paneles de cristal esmerilado. Una vez dentro, abre otra puerta, se sienta en la cama, de pronto se pone en pie, alisa las arrugas que ha dejado, se vuelve, comprueba que el microondas en realidad no es de tan mala calidad, mete la mano bajo la almohada, palpa uno de sus camiones, observa las prendas que cuelgan de la moldura, toca un vestido que ella no se ha puesto nunca, se obliga a no mirar las fotos que hay en la mesilla de noche, sale y cierra la puerta. Nadie ha hecho nada malo, ¿verdad?

La segunda vez, examinó la Virgen María y la docena de fotografías. No cogió nada, se limitó a acucillarse y mirar las fotos en sus marcos de plástico. Ésa debe de ser mamá, pensó, mirando la rígida permanente y las grandes gafas. Y ahí está la pequeña Andrea, toda rubita y un poco regordeta. ¿Y ése es un hermano o un novio? Y aquí una fiesta de cumpleaños con tanta gente que es imposible saber quién es importante y quién no. Volvió a mirar la foto de Andrea con seis o siete años —sólo un poco más mayor que Melanie— y se fue a su casa con la imagen grabada en la cabeza.

La tercera vez, abrió con cuidado el cajón superior de la cómoda; se encallaba y la foto de la madre de Andrea se volcó. Contenía sobre todo ropa interior, la mayor parte de la cual le resultaba familiar. Después dedicó su atención al cajón inferior, porque es allí donde normalmente se guardan los secretos, pero sólo encontró jerséis y un par de bufandas. Pero en el cajón de en medio, debajo de varias blusas, encontró tres objetos que depositó sobre la cama, manteniendo el mismo orden e incluso la misma distancia que había entre ellos cuando los descubrió. A la derecha, una medalla; en el centro, una foto en un marco metálico, y a la izquierda un pasaporte.

En la foto se veía a cuatro chicas en una piscina, abrazadas en parejas, con la cuerda con corchos para dividir los carriles separando a una pareja de la otra. Todas sonreían a la cámara, y sus gorros de goma blanca estaban llenos de arrugas. Enseguida reconoció a Andrea, la segunda por la derecha. En la medalla se veía a un nadador sumergiéndose en una piscina, y en el dorso unas líneas en alemán y una fecha, 1986. ¿Qué edad debía de tener ella entonces? ¿Dieciocho, veinte años? El pasaporte se lo confirmó: fecha de nacimiento 1967, con lo cual ahora tenía cuarenta. Ponía que había nacido en Halle, así que era alemana.

Y eso era todo. Ni rastro de un diario, de cartas o de un vibrador. Ningún secreto. Se había enamorado —no, estaba pensando en la posibilidad de enamorarse— de una mujer que una vez ganó una medalla de natación. ¿Qué daño podía hacerle saberlo? Ella ya no nadaba. Y ahora lo recordó, ella se puso muy nerviosa en la playa, cuando Gary y Melanie la arrastraron hasta la orilla y empezaron a salpicarle. Quizá no quería recordar esa etapa de su vida. O tal vez fuese muy diferente nadar en una piscina de competición que darse un chapuzón en el mar. Como esas bailarinas que se niegan a lanzarse al bailoteo del resto de los mortales.

Esa tarde él estuvo deliberadamente jovial cuando se vieron, incluso un poco tonto, pero ella pareció darse cuenta, así que se moderó. Al cabo de un rato, volvió a sentirse normal. Casi normal, en cualquier caso. Cuando empezó a salir con chicas, se dio cuenta de que había momentos en los que de pronto pensaba: no entiendo nada de nada. Con Karen, por ejemplo: habían estado corriendo juntos agradablemente, sin presión, pasándosele bien, cuando ella preguntó: «¿Y adónde nos lleva esto?» Como si sólo hubiese dos opciones: al altar o al sendero del jardín. En otras ocasiones, con otras mujeres, decías algo, algo completamente anodino y, plaf, de repente habías perdido pie en aguas profundas.

Estaban acostados. El camisón de Andrea subido y arremolinado en la cintura sobre el rollo de grasa que él estaba muy habituado a notar contra su estómago, y él se disponía a penetrarla cuando ella lo rodeó con las piernas y le apretó, como un cascanueces, pensó él.

—Mmm, vaya piernas fornidas de nadadora —murmuró.

Ella no respondió, pero él sabía que le había oído. Él continuó, pero por los movimientos del cuerpo de ella dedujo que tenía la mente en otras cosas. Después, ambos tumbados boca arriba, siguió comentando cosas varias, pero ella no dijo nada. Oh, bueno, mañana hay que trabajar, pensó Vernon. Y se durmió.

Cuando la tarde siguiente se dejó caer por The Right Plaice para recoger a Andrea, la señora Ridgewell le dijo que había llamado diciendo que estaba enferma. La llamó al móvil, pero no respondió, así que le mandó un mensaje. Después pasó por su casa y llamó al timbre. Esperó un par de horas, volvió a telefonarla, a tocar el timbre, y finalmente decidió entrar.

La habitación estaba ordenada y bastante vacía. Ninguna prenda colgada de la moldura, ninguna foto en la pequeña cómoda. Algo le impulsó a abrir el microondas y mirar en el interior; todo lo que vio fue la placa redonda. Sobre la cama había dos sobres, uno para el casero, en cuyo interior, al cogerlo, notó unas llaves y dinero, y el otro para la señora Ridgewell. Nada para él.

La señora Ridgewell preguntó si se habían peleado. No, respondió él, nunca se peleaban.

—Era una buena chica —dijo la encargada—. Se podía confiar en ella.

—Como en un albañil polaco.

—Espero que no le dijese eso a ella. No es un comentario bonito. Y no creo que fuese polaca.

—No, no lo era. —Contempló el mar—. *Urrales* —se sorprendió diciendo.

—¿Perdone?

Írías a la estación y le mostrarías la fotografía de la mujer desaparecida al hombre de la taquilla, que la recordaría y te diría para qué destino había comprado su billete. Eso es lo que hacían en las películas. Pero la estación más cercana estaba a veinte kilómetros, no tenía taquilla, sólo una máquina en la que metías el dinero o la tarjeta de crédito. Y ni siquiera tenía una foto de ella. Nunca habían hecho eso que hacen las parejas, lo de meterse en un fotomatón juntos, la chica sobre el regazo del hombre, ambos poniendo caras y desenfocados. Probablemente eran demasiado mayores para hacer eso.

En casa, tecleó Andrea Morgen en Google y obtuvo 497.000 resultados. Filtró la búsqueda y consiguió reducir los resultados a 393. Quizá quiso decir «Andrea Morgan». No, no quería buscar a otra persona. La mayoría de las páginas estaban en alemán, y las rastreó en vano. No había estudiado ninguna lengua extranjera en el colegio, y hasta entonces nunca las había necesitado. De pronto se le ocurrió algo. Consultó un diccionario online y encontró el término alemán para «nadadora». Era una palabra diferente según se refiriese a un hombre o a una mujer. Tecleó «Andrea Morgen», «1967», «Halle» y «*Schwimmerin*».

Ocho resultados, todos en alemán. Dos parecían provenir de periódicos, otro de un informe oficial. Y había una foto de ella. La misma que había encontrado en el cajón; allí estaba, la segunda por la derecha, rodeando con los brazos a sus compañeras de equipo, con las grandes arrugas en el gorro de piscina blanco. Esperó unos segundos y pulsó «Traducir página». Más tarde encontró links a otras páginas, en este caso en inglés.

Cómo podía haberlo sabido, se preguntó. Apenas entendía los conceptos científicos y no le interesaba la política. Pero lo pudo entender, y le interesó, cosas que después deseó no haber leído, cosas que incluso mientras contemplaba el mar desde la mesa de la ventana de The Right Plaice, estaban empezando a modificar el

recuerdo que tenía de ella.

Halle estaba en la antigua Alemania del Este. Se había puesto en marcha un plan estatal de reclutamiento. A las niñas se las seleccionaba con sólo once años. Vernon trató de reconstruir mentalmente la probable vida de esa regordeta niña rubia. Sus padres firmando un documento de consentimiento y otro de confidencialidad. Andrea inscrita en la Escuela Deportiva para Niños y Jóvenes, después en el Club Deportivo Dinamo de Berlín Este. Recibía educación escolar, pero la mayor parte de su tiempo estaba dedicada a entrenarse horas y horas para convertirse en nadadora. Era un gran honor convertirse en miembro del Dinamo; por eso había tenido que dejar su hogar. Le tomaban muestras de sangre del lóbulo de la oreja para comprobar si estaba en forma. Tenía que tomarse unas píldoras rosas y otras amarillas; vitaminas, le dijeron. Después vinieron las inyecciones; simplemente más vitaminas. Sólo que en realidad eran esteroides anabólicos y testosterona. Estaba prohibido negarse. El lema del entrenamiento era «O te tomas las píldoras o estás muerta». Los entrenadores se aseguraban de que se las tragase.

No murió. Pero en cambio, sucedieron otras cosas. Se le desarrollaron los músculos, pero no los tendones, así que éstos se le rompieron. Tuvo repentinos brotes de acné, la voz se le agravó, empezó a salirle cada vez más vello en la cara y en el cuerpo; a veces el vello púbico le subía hasta el estómago, incluso por encima del ombligo. El crecimiento se ralentizaba y surgían problemas de fertilidad. Vernon tuvo que leer conceptos como «virilización» e «hipertrofia clitoriana», y deseó no haberlo hecho. No necesitó mirar dolencias cardíacas, enfermedades del hígado, niños deformes, niños ciegos.

Dopaban a las niñas porque les funcionaba. Los nadadores de la Alemania del Este ganaban medallas en todos lados, especialmente las mujeres. Aunque Andrea no había llegado a ese nivel. Cuando cayó el Muro de Berlín y estalló el escándalo, cuando llevaron a los envenenadores —entrenadores, médicos, burócratas— a juicio, su nombre ni siquiera salió a la luz. A pesar de las píldoras, no había llegado a formar parte de la selección nacional. Los otros, los que salieron a la luz pública con lo que habían hecho con sus cuerpos y sus mentes, al menos habían ganado medallas de oro y habían gozado de unos pocos años de gloria. Andrea había salido de eso tan sólo con una medalla de relevos en algún campeonato olvidado en un país que ya no existía.

Vernon contempló a través de la ventana la franja de cemento y la playa de guijarros, el mar grisáceo y más allá el cielo grisáceo. Aparentemente la vista había sido la misma desde que la gente se sentaba junto al ventanal del café. Sólo que antes había una hilera de cabañas de playa que la entorpecían. Hasta que alguien las había incendiado.

EN CASA DE PHIL Y JOANNA 1:60/40

Fue la semana en que Hillary Clinton había admitido por fin su derrota. La mesa era un revoltijo de botellas y vasos; y aunque el hambre estaba saciada, cierta dependencia social mantenía las manos ocupadas estirándose para alcanzar otro grano de uva, provocar un corrimiento de tierras en la montaña de queso o coger un bombón de la caja. Habíamos hablado de las posibilidades de Obama frente a McCain, y sobre si en las últimas semanas Hillary había demostrado agallas o simplemente se había autoengañado. También habíamos discutido sobre si todavía era posible diferenciar al Partido Laborista de los Conservadores, sobre si las calles de Londres eran adecuadas para los autobuses de dos pisos, sobre la posibilidad de un ataque de Al-Qaeda durante los Juegos Olímpicos de 2012, y sobre los efectos del calentamiento global en la viticultura británica. Joanna, que había permanecido en silencio durante la discusión de los dos últimos temas, dijo con un suspiro:

—¿Sabéis?, lo cierto es que no me vendría nada mal un cigarrillo.

Pareció que todos los presentes suspirábamos ligeramente.

—Es sólo en momentos como éste, ¿verdad?

—La comida. El cordero, por cierto...

—Gracias. Tarda seis horas. Es la mejor manera de hacerlo. Lleva anís estrellado.

—Y el vino...

—Sin olvidar la compañía.

—Cuando lo estaba dejando, lo que más detestaba era la desaprobación. Preguntabas si a alguien le molestaba, y todo el mundo decía que no, pero notabas cómo giraban la cara y trataban de no respirar. Y o bien les dabas lástima, lo cual resultaba de lo más condescendiente, o bien te detestaban.

—Y nunca había un cenicero en toda la casa, y emprendían la larga y dramatizada búsqueda de algún viejo platillo de café que se hubiera quedado sin su taza.

—Y el siguiente paso fue salir al exterior y congelarse.

—Y si lo apagabas en una maceta, te miraban como si le estuvieses provocando un cáncer al geranio.

—Yo solía llevarme las colillas a casa en el monedero. En una bolsita de plástico.

—Como la caca de perro. Por cierto, ¿cuándo empezó todo eso? ¿Al mismo tiempo? La gente paseando con bolsas de plástico, esperando a que su perro hiciese caca.

—Siempre he pensado que debe estar caliente, ¿no? Que deben notar la caca del perro caliente a través del plástico.

—Dick, *por favor*.

—Bueno, nunca he visto que esperasen a que se enfriara para recogerla, ¿tú sí?

—Estos bombones, para cambiar de tema. ¿Por qué los dibujos nunca coinciden con lo que contiene la caja?

—¿O es al revés?

—Al revés, o al derecho. La cuestión es que no coinciden.

—Los dibujos son sólo aproximativos. Como en un menú comunista. Lo que existiría en un mundo ideal. Piensa en ellos como en una metáfora.

—¿Los bombones?

—No, los dibujos.

—Yo adoraba fumarme un puro. No tenía por qué ser entero. Con la mitad ya me bastaba.

—Provocan diferentes tipos de cáncer, ¿verdad?

—¿El qué?

—Cigarrillos, pipas, puros. ¿Las pipas no causaban cáncer de labio?

—¿Y los puros que provocaban?

—Oh, el cáncer pijo.

—¿Qué es un cáncer pijo? ¿No son términos contradictorios?

—El cáncer de trasero tiene que ser el más deshonroso.

—Dick, *por favor*.

—¿He dicho algo malo?

—Cáncer de corazón... ¿Eso existe?

—Yo diría que sólo como metáfora.

—Jorge VI... ¿fue de pulmón?

—¿O garganta?

—En cualquier caso, demostró que era un hombre corriente, ¿no? Como lo de quedarse en el palacio de Buckingham y padecer los bombardeos, y después pasearse por el East End estrechando la mano entre los escombros.

—Entonces padecer un tipo de cáncer común estaba en esa línea..., ¿es eso lo que estás diciendo?

—No sé lo que estoy diciendo.

—No creo que él estrechase la mano. Cuando era rey.

—He aquí un tema interesante. Obama, McCain, Clinton: ¿cuál de los tres fue el último en fumar?

—¿Bill o Hillary?

—Hillary, por supuesto.

—Porque todos recordamos el uso que le daba al puro Bill. —Sí, ¿pero después de eso se lo fumó?

—¿O lo guardó en un humidor especial, como hizo ella con el vestido?

—Podría haberlo subastado para pagar las deudas de la campaña de Hillary.

—McCain debía fumar cuando fue prisionero de guerra.

—Obama debe haber fumado uno o dos porros.

—Apuesto a que Hillary nunca ha inhalado humo.

—Por lo que fuman los conoceréis.

—De hecho, y aquí va un obsequio americano para ti, Obama era un gran fumador. Se pasó a las Nicorettes cuando decidió presentarse a la presidencia. Pero recayó, por lo que he oído.

—Ése es mi hombre.

—¿Se armaría un escándalo si alguno de ellos pecara con este tema y lo pillaran con una foto?

—Dependería de la calidad y naturaleza del arrepentimiento.

—Como Hugh Grant después de la mamada en su coche.

—Esa *sí* que inhaló.

—*Dick*, para. Apartad esa botella para que no pueda cogerla.

—«La calidad y naturaleza del arrepentimiento»... Me gusta.

—No es que Bush pidiese disculpas por haber sido cocainómano.

—Bueno, no hacía daño a nadie.

—Claro que sí.

—¿Te refieres a algo tipo fumador pasivo? No creo que exista la inhalación pasiva de cocaína, ¿eso existe?

—No, a menos que estornudes.

—¿Entonces no tiene efectos nocivos sobre los demás?

—Aparte de tener que escuchar una conversación tediosamente ególatra.

—*De hecho...*

—¿Sí?

—Si Bush, como dicen, había sido un borracho y cocainómano en su vida anterior, ¿eso ayudaría a explicar su presidencia?

—¿Te refieres a daños neurológicos?

—No, a la tiranía del adicto desintoxicado.

—Te están saliendo unas apostillas redondas esta noche.

—Bueno, es mi trabajo.

—La tiranía del adicto desintoxicado. Disculpa las molestias, Bagdad.

—Entonces lo que estamos diciendo es que lo que fumaron *sí* marca la diferencia.

—A mí los puros me sosegaban.

—A mí los cigarrillos me provocaban tal subidón que me hormigueaban las piernas.

—Oh, yo recuerdo esa sensación.

—Recuerdo a alguien que se ponía el despertador para levantarse y fumarse uno en mitad de la noche.

—¿Quién era, cariño?

—Fue antes de conocerte.

—Espero que realmente sea así.

—¿Alguien ha visto lo del periódico sobre Macmillan?

—¿Lo de la organización contra el cáncer?

—No, lo del primer ministro. Cuando era ministro de Economía. En el 55 o el 56 o por ahí. Le llegó un informe que establecía la conexión entre el tabaco y el cáncer. Oh, joder, pensó, ¿de dónde vamos a sacar el dinero si tenemos que prohibir los pitillos? Tres peniques y seis chelines por cada libra extra en el impuesto sobre la renta, o lo que sea. Y entonces le echó un vistazo a las estadísticas. Me refiero a los índices de mortalidad. Esperanza de vida para un fumador: setenta y tres años. Esperanza de vida para un no fumador: setenta y cuatro.

—¿Eso es cierto?

—Es lo que dicen. Así que Macmillan anotó en el informe: «El Tesoro considera que los impuestos que genera tienen más peso que esto.»

—Es la hipocresía lo que no soporto.

—¿Macmillan fumaba?

—Pipa y cigarrillos.

—Un año. Un año de diferencia. Es asombroso cuando lo piensas.

—Quizá deberíamos retomarlos todos. Hacer un pacto alrededor de esta mesa. Un desafío secreto contra un mundo políticamente correcto.

—¿Por qué la gente no debería fumar hasta morir? Si sólo pierdes un año.

—Sin olvidar el espantoso dolor y sufrimiento hasta llegar a los setenta y tres en que la palmas.

—Reagan hizo publicidad de Chesterfield, ¿no? ¿O era de Lucky Strike?

—¿Y qué tiene que ver eso?

—*Algo* tendrá que ver.

—Lo que no soporto es la hipocresía.

—Y dale con este tema.

—Es que es así. Por eso insisto. Gobiernos que le dicen a la gente que es malo para la salud, mientras se sostienen con esos impuestos. Tabacaleras que saben que es perjudicial para la salud y venden su producción al Tercer Mundo porque aquí se las demanda.

—Países en desarrollo, no Tercer Mundo. Ya no utilizamos esa expresión.

—Países en desarrollo cancerígeno.

—Por no hablar del tema Humphrey Bogart. ¿Os acordáis de cuando querían poner su cara en un sello, pero en esa foto estaba fumando y borraron el cigarrillo con aerógrafo? Por si la gente que estaba pegando el sello en una carta, veía a Bogey fumando y de pronto pensaba: vaya, eso parece una gran idea.

—Probablemente encontrarán una manera de borrar los cigarrillos de las

películas. Es como lo de pintar las películas en blanco y negro.

—Durante mi infancia en Sudáfrica, la censura cortaba cualquier película que mostrase un contacto normal entre blancos y negros. A *La isla del Sol* le cortaron veinticuatro minutos.

—Bueno, la mayoría de las películas son demasiado largas.

—No sabía que hubieras crecido en Sudáfrica.

—Y el otro tema es que la gente fumaba en los cines. ¿Os acordáis? Veías la pantalla a través de una nube de humo.

—Y había ceniceros en los brazos de las butacas.

—Es verdad.

—Pero sobre lo de Bogey fumando... A veces, cuando veo una película antigua y hay una escena en un club nocturno, con una pareja bebiendo y fumando y lanzándose galanterías, pienso: es tan jodidamente glamouroso... Y entonces pienso: ¿puedo fumarme un cigarrillo y beber una copa *ahora mismo*?

—Sí que era glamouroso.

—Dejando a un lado el cáncer.

—Dejando a un lado el cáncer.

—Y la hipocresía.

—Bueno, no os traguéis el humo.

—¿Hipocresía pasiva?

—Ya pasa. Continuamente.

—Por cierto, ¿lo de «pintar» es el término correcto?

—¿Alguien quiere café?

—Sólo si tienes un cigarrillo.

—Una cosa siempre acompañaba a la otra, ¿verdad? El cigarrillo con el café.

—Creo que no tenemos ni uno en casa. Jim dejó algunos Gauloises cuando estuvo aquí, pero son tan fuertes que los tiramos.

—Y ese amigo vuestro dejó algunos Silk Cut, pero son demasiado suaves.

—Estuvimos en Brasil el año pasado y allí las advertencias de sanidad son apocalípticas. Fotos a todo color en las cajetillas de las cosas más horripilantes: bebés deformes, pulmones escabechados y cosas por el estilo. Y las advertencias... Nada de esos educados «El gobierno de Su Majestad». O «Las autoridades sanitarias informan». Te dicen qué pedazos se te van a caer. Recuerdo a ese tipo que entró en un estanco y compró una cajetilla de... no recuerdo qué marca. Sale, mira la advertencia de sanidad, vuelve a entrar, devuelve la cajetilla y dice: «Éstos te vuelven impotente. ¿Puedes darme una cajetilla de los que te provocan cáncer?»

—Sí.

—Bueno, pensé que era gracioso.

—Quizá ya les habías contado esta historia otra vez, querido.

—De todos modos, los muy hijos de puta ya se podían haber reído. Es mi vino el que se están bebiendo.

—Es más bien por la manera como lo has contado, Phil. Tienes que pulir la narración.

—Cabrón.

—Creo que por algún lado nos queda algo de hierba.

—¿Nos queda?

—Sí, en la puerta de la nevera.

—¿En qué parte de la puerta de la nevera?

—En el estante del parmesano y el tarro de salsa de tomate.

—¿Quién la dejó?

—No me acuerdo. Debe ser bastante antigua. Probablemente ya haya perdido su potencia.

—¿Pierde la potencia?

—Todo pierde su potencia.

—¿Los candidatos presidenciales?

—Ésos más que nadie.

—Se la ofrecí a Doreena.

—¿Quién es Doreena?

—Nuestra chica de la limpieza.

—Doreena, la chica de la limpieza. ¿Os estáis quedando con nosotros?

—¿Se la ofreciste a *Doreena*?

—Por supuesto. ¿Va en contra del Estatuto de los Trabajadores o algo por el estilo? De todos modos, no se la quiso llevar. Dijo que ya no fumaba esas cosas.

—Por Dios, adonde vamos a ir a parar en un mundo en el que la empleada de la limpieza rechaza un ofrecimiento de drogas gratis.

—Claro que sabemos que los cigarrillos son más adictivos que cualquier otra cosa. Alcohol, drogas blandas, drogas duras. Más adictivos que la heroína.

—¿Seguro que es así?

—Bueno, lo he leído en la prensa. Los cigarrillos ocupan la primera posición.

—Entonces es así.

—¿Más adictivos que el poder?

—Buena pregunta.

—También sabemos, aunque esto no por los periódicos, que todos los fumadores son mentirosos.

—¿Entonces nos estás llamando exmentirosos?

—Exacto. Y yo también lo soy.

—¿Puedes concretar un poco?

—Les mientes a tus padres cuando empiezas. Mientes sobre cuántos fumas, por

arriba o por abajo. Oh, soy un tipo de cuatro paquetes diarios, en plan tengo la polla más grande. O bien, sólo fumo uno de vez en cuando. Eso significa tres al día como mínimo. También mientes cuando tratas de dejarlo. Y le mientes a tu médico cuando te diagnostican un cáncer. Oh, yo nunca fumé *tanto*.

—Eres un poco duro.

—Pero es así. Sue y yo nos mentíamos el uno al otro.

—¡David!

—Hablo sólo de los cigarrillos, cariño. «Sólo me he fumado uno después de almorzar.» Y: «No, eran los demás los que fumaban, por eso huelo a tabaco.» Los dos lo hacíamos.

—Pues vota por un no fumador. Vota a Hillary.

—Demasiado tarde. En cualquier caso, yo creo que los fumadores mienten sobre cuánto fuman. Como los bebedores mienten sobre cuánto beben.

—Eso no es cierto. Yo conozco a bebedores. La gente que bebe en serio miente sobre *todo*. Para poder beber. Y yo he mentido sobre otras cosas para poder fumar. Ya sabéis: «Salgo un momento para tomar el aire» o «No, tengo que volver con los niños».

—De acuerdo, así que lo que estás diciendo es que los fumadores y los bebedores son mentirosos patológicos.

—Votad a Hillary.

—Lo que estamos diciendo es que a los mentirosos les encanta mentir.

—Esto es demasiado filosófico a estas alturas de la noche.

—Y también se autoengañan, ése es el otro tema. Nuestro amigo Jerry era un fumador compulsivo, era de esa generación. A los sesenta se hizo un chequeo y le dijeron que tenía cáncer de próstata. Optó por una intervención quirúrgica radical. Le extirparon las pelotas.

—¿Le extirparon las pelotas?

—Sí.

—Entonces... ¿sólo tenía polla?

—Bueno, le pusieron unas pelotas ortopédicas.

—¿De qué están hechas?

—No lo sé..., creo que de plástico. Pesan lo mismo, así que ni te enteras.

—¿Ni te enteras?

—¿Consiguen que se bamboleen como las de verdad?

—¿Podemos cambiar de tema?

—¿Sabéis cuál es el término en argot para pelotas en francés? *Les valseuses*. Las bailarinas de vals. Porque se bambolean.

—¿Es hembra? Quiero decir femenino. *Valseuses*.

—Sí.

—¿Por qué cojones es femenino en francés?

—Cambiemos ya de tema.

—*Testicules* no lo es. Pero *valseuses* sí.

—Cojones femeninos. Como para confiar en los franceses.

—No me extraña que no apoyasen la guerra de Irak.

—Tampoco lo hizo nadie de los presentes.

—Yo estaba a favor más o menos en un 60/40.

—¿Cómo puedes estar a favor en un 60/40 sobre algo como Irak? Es como apoyar en un 60/40 la teoría de que la Tierra es plana.

—En eso también estoy de acuerdo en un 60/40.

—En cualquier caso, el motivo por el que he puesto el ejemplo de Jerry es porque dijo que se sentía aliviado cuando le comunicaron que tenía cáncer de próstata. Dijo que si hubiera sido cáncer de pulmón, tendría que haber dejado de fumar.

—¿Así que siguió fumando?

—Sí.

—¿Y?

—Bueno, estuvo bien durante unos años. Unos pocos años. Y después se le reprodujo el cáncer.

—¿Y entonces lo dejó?

—No. Dijo que no tenía ningún sentido dejarlo en ese estadio, que ya puestos se seguiría dando el gusto. Recuerdo la última vez que fuimos a visitarlo al hospital. Estaba sentado en la cama, viendo un partido de críquet con un enorme cenicero lleno de colillas junto a él.

—¿En el hospital le dejaban *fumar*?

—Era una habitación individual. Un hospital privado. Y fue hace años. La pagaba..., era su habitación. Ésa era la actitud.

—¿Por qué nos estabas hablando sobre este tipo?

—Ahora no me acuerdo. Me habéis distraído.

—El autoengaño.

—Exacto, el autoengaño.

—A mí me parece exactamente lo contrario..., como si supiera exactamente lo que estaba haciendo. Quizá decidió que valía la pena.

—A eso me refiero con lo del autoengaño.

—En cuyo caso ser fumador es un entrenamiento necesario para ser presidente.

—Yo creo que Obama puede conseguirlo. Como símbolo de América.

—Estoy de acuerdo. Bueno, estoy de acuerdo en un 60/40.

—Eres un liberal..., estás de acuerdo en un 60/40 en todo.

—No estoy seguro de estar de acuerdo.

—Mirad, incluso se posiciona en un 60/40 sobre si está o no de acuerdo en un

60/40.

—Por cierto, te equivocas con respecto a Reagan.

—¿No hizo publicidad de Chesterfield?

—No, me refiero a que no murió de cáncer de pulmón.

—No he dicho que lo hiciera.

—¿No lo has dicho?

—No. Padecía Alzheimer.

—Según las estadísticas, los fumadores son menos propensos a padecer Alzheimer que los no fumadores.

—Eso es porque ya están muertos cuando esa enfermedad suele declararse.

—Nueva advertencia del Ministerio de Sanidad brasileño: «El tabaco ayuda a prevenir el Alzheimer.»

—La semana pasada leímos el *New York Times*. Íbamos en avión. Había un artículo sobre un estudio dedicado a la esperanza de vida y el coste comparativo para el gobierno, o más bien para el país, de diferentes tipos de muertes. Y esas estadísticas que le dieron a Macmillan..., ¿cuándo fue eso?

—Creo que en el 55 o el 56.

—Bueno, son todas para fastidiar. Probablemente también lo eran en aquella época. Si eres un fumador tiendes a morir a los setenta y tantos. Si estás obeso, tiendes a morir alrededor de los ochenta. Y si eres una persona sana, ni fumadora ni obesa, tiendes a morir a una edad media de unos ochenta y cuatro.

—¿Y necesitan hacer un estudio para decirnos esto?

—No, necesitan un estudio para decirnos esto: el coste en gasto sanitario para el país. Y aquí está la gracia. Los fumadores eran los que salían más baratos. Después venían los obesos.

Y todas esas personas sanas, ni fumadoras ni obesas, acababan representando el mayor sumidero para el país.

—Es alucinante. Es lo más relevante que se ha dicho en toda la noche.

—Aparte de lo bueno que estaba el cordero.

—Estigmatizan a los fumadores, los machacan a impuestos, les obligan a permanecer de pie en las esquinas bajo la lluvia, en lugar de agradecerles ser los tipos que más baratos le salen al país.

—Lo que no soporto es la hipocresía.

—En cualquier caso, los fumadores son más simpáticos que los no fumadores.

—Dejando de lado que les provoquen cáncer a los no fumadores.

—Yo creo que no hay ninguna base científica para la teoría de los fumadores pasivos.

—Estoy de acuerdo. Aunque no sea médico, como tampoco lo eres tú.

—Creo que en realidad es algo más metafórico. En plan, no invadas mi espacio.

—Una metáfora para la política exterior estadounidense. ¿Hemos vuelto al tema de Irak?

—Lo que *quería* decir es que, bueno, siempre me pareció que cuando todo el mundo fumaba, los no fumadores eran más simpáticos. Ahora es al revés.

—¿La minoría perseguida siempre resulta más simpática? ¿Es lo que pretende decir Joanna?

—Lo que digo es que hay una camaradería. Si te acercas a alguien parado en la acera junto a un pub o un restaurante y le pides un cigarrillo, siempre te lo dará.

—Pensaba que no fumabas.

—No, pero si lo hiciera, me lo darían.

—Noto una maniobra de distracción en este condicional.

—Ya os lo he dicho, todos los fumadores mienten.

—Parece un tema para discutir cuando nosotros nos hayamos ido.

—¿De qué se ríe Dick?

—Oh, las pelotas ortopédicas. Es la idea. O la frase. Estoy seguro de que tiene múltiples aplicaciones. La política exterior francesa. Hillary Clinton.

—¡Dick!

—Perdón. Soy un tipo chapado a la antigua.

—Lo que eres es un niño chapado a la antigua.

—Ay. Pero, mamá, cuando sea mayor, ¿podré fumar?

—Todo este rollo sobre los políticos que necesitan pelotas es... una gilipollez.

—*Touché.*

—¿Sabes?, me sorprende que ese amigo vuestro no volviese al médico, o al cirujano, y dijese: ¿Puedo tener otro tipo de cáncer en lugar del que le obliga a cortarme los cojones?

—No fue así. Podía elegir entre varias alternativas. Optó por la más radical.

—¿Puedes repetirlo? Aquí no hay opción de 60/40.

—¿Cómo vas a tener la opción de 60/40 si sólo tienes dos pelotas?

—60/40 es una metáfora.

—¿En serio?

—Todo es una metáfora a estas alturas de la noche.

—Por cierto, ¿puedes llamarnos a un taxi literal?

—¿Recordáis la mañana después de fumar como un carretero? ¿La resaca del cigarrillo?

—La mayoría de mañanas. La garganta. La nariz reseca. El pecho.

—Y cómo era claramente diferente de la resaca de la borrachera, que a menudo padecías al mismo tiempo.

—La borrachera te libera. El pitillo te constriñe.

—¿Eh?

—Fumar encoge los vasos sanguíneos. Por eso nunca podías empezar el día con un cagarro decente.

—¿Era por eso?

—En mi opinión como profano en medicina, ése era tu problema.

—¿Así que hemos vuelto al principio?

—¿Que era...?

—La bolsa de plástico y...

—Dick, ahora sí que *nos marchamos* de verdad.

Pero no lo hicimos. Nos quedamos, y seguimos hablando, y decidimos que Obama ganaría a McCain, que los conservadores sólo se confundían con el Partido Laborista temporalmente, que sin duda Al-Qaeda atentaría en los Juegos Olímpicos de 2012, que dentro de unos pocos años los londinenses empezarían a sentir nostalgia de los autobuses de dos pisos, que en unas pocas décadas se volverían a plantar vides a lo largo de la muralla de Adriano como en la época del imperio romano, y que, con toda probabilidad, durante el tiempo que le quedase de vida al planeta, alguien en alguna parte seguiría fumando, vaya cabrones afortunados.

EN LA CAMA CON JOHN UPDIKE

—Creo que ha ido muy bien —dijo Jane, acariciando su bolso mientras las puertas del tren se cerraban con un golpe neumático. Su vagón estaba casi vacío y el ambiente cargado.

Alice supo interpretar el comentario como una pregunta que buscaba la reafirmación:

—Sin duda estabas en buena forma.

—Oh, para variar me dieron una buena habitación. Eso siempre ayuda.

—Les gustó esa historia tuya sobre Graham Greene.

—Suele ser así —replicó Jane con cierto aire de complacencia.

—Siempre he querido preguntártelo, ¿es cierta?

—¿Sabes?, ya nunca me preocupo por eso. Sirve para llenar un hueco.

¿Cuándo se conocieron? Ninguna de las dos lo recordaba exactamente. Debió de ser cuarenta años atrás, durante esa época de fiestas intercambiables: el mismo vino blanco, el mismo histérico nivel de ruido, los mismos parlamentos de los editores. Quizá fue en una reunión del PEN, cuando fueron finalistas al mismo premio literario. O tal vez durante aquel largo y alcohólico verano en el que Alice se había estado acostando con el agente de Jane, por motivos que ya no era capaz de recordar o, incluso, justificar ni siquiera en aquel entonces.

—En cierto modo es un alivio que no seamos famosas.

—¿Tú crees? —Jane parecía perpleja y un poco consternada, como si creyese que sí lo eran.

—Bueno, supongo que tenemos lectores que vienen a vernos más de una vez. Y esperarán anécdotas nuevas. Creo que ninguna de nosotras ha contado una anécdota nueva desde hace años.

—De hecho, hay gente que viene a vernos una y otra vez. Sólo que menos que si... fuésemos famosas. En cualquier caso, creo que les gusta escuchar las mismas anécdotas. Cuando subimos a un escenario, no hacemos literatura, representamos una comedia de situación. Tienes que tener latiguillos.

—Como tu anécdota sobre Graham Greene.

—Creo que eso es algo más que... un latiguillo, Alice.

—No te piques, querida. No te sienta bien.

Alice no pudo evitar fijarse en el brillo de sudor en el rostro de su amiga. Consecuencia del esfuerzo de ir desde el taxi hasta el andén y desde el andén hasta el tren. ¿Y por qué las mujeres con unos kilitos de más creían que los estampados de flores eran la solución? En opinión de Alice, lo llamativo casi nunca funcionaba con la ropa, al menos a partir de cierta edad.

Cuando se hicieron amigas, ambas estaban casadas y acababan de publicar sus libros. Cuidaron mutuamente de sus hijos, estrecharon lazos con sus respectivos divorcios, recomendaban los libros de la otra como lectura navideña. En privado, a ambas el trabajo de la otra les gustaba un poco menos de lo que decían en público, pero también les pasaba con los libros de todos los demás escritores, así que la hipocresía no se interpuso en su amistad. Jane se sentía incómoda cuando Alice se refería a sí misma como artista más que como escritora, y pensaba que sus libros parecían más intelectuales de lo que en realidad eran. Alice consideraba el trabajo de Jane bastante informe y en ocasiones impudicamente autobiográfico. Las dos habían tenido un poco más de éxito de lo que habían imaginado, pero menos, pensaban al volver la vista atrás, del que merecían. Mike Nichols había comprado una opción para la adaptación cinematográfica de *Triple seco* de Alice, pero al final abandonó el proyecto; lo retomó un periodista de la tele e hizo una versión vulgar, llena de sexo. Aunque Alice jamás lo expresaba así; decía, con una sonrisa apenas perceptible, que la adaptación había «escatimado la contención del libro», un comentario que algunos encontraban desconcertante. Jane, por su parte, había sido la segunda favorita para el Booker con *El sendero de las primulas*, se había gastado una fortuna en un vestido, había ensayado su discurso con Alice y al final había perdido ante un modernillo de las antípodas.

—¿A quién le has oído decir que no tiene ningún interés?

—¿El qué?

—La anécdota de Graham Greene.

—Oh, a ese tipo..., ya sabes, a ese tipo que nos publicaba a ambas.

—¿Jim?

—Sí, el mismo.

—Jane, ¿cómo se te puede olvidar el nombre de Jim?

—Bueno, me pasa. —El tren atravesó a toda velocidad el apeadero de algún pueblo, demasiado rápido para poder fijarse en el cartel. ¿Por qué tenía que ser Alice tan severa? Tampoco es que ella estuviera libre de pecado—. Por cierto, ¿te acostaste alguna vez con él?

Alice frunció el ceño ligeramente.

—En realidad, para ser completamente sincera, no me acuerdo. ¿Y tú?

—Yo tampoco me acuerdo. Pero supongo que si tú lo hiciste, entonces probablemente yo también.

—¿No me hace parecer un poco fulana?

—No lo sé. Pensaba que era *a mí* a la que le hacía parecer más fulana. —Jane se rio, para disimular su inseguridad.

—¿Crees que es bueno o malo... el hecho de que no podamos acordarnos?

Jane se sintió como si estuviese de nuevo sobre el escenario, teniendo que

responder a una pregunta para la que no estaba preparada. Así que reaccionó como solía hacerlo allí arriba, y le pasó la pelota a Alice, la líder del equipo, la cabecilla, la autoridad moral.

—¿Tú qué crees?

—Bueno, sin duda.

—¿Por qué?

—Oh, creo que lo mejor es tener una visión zen de este tipo de cosas.

En ocasiones, el aplomo de Alice podía hacerla demasiado tendenciosa para el común de los mortales.

—¿Me estás diciendo que olvidar con quién te has acostado es budista?

—Podría serlo.

—Pensaba que el budismo iba de cosas que vuelven en sucesivas vidas.

—Bueno, eso explicaría por qué nos hemos acostado con tantos cerdos.

Se miraron compasivamente. Formaban un buen equipo. Cuando las empezaron a llamar para acudir a festivales literarios, no tardaron en darse cuenta de que sería más divertido aparecer juntas. Juntas habían subido al escenario en Hay y en Edimburgo, en Charleston y en King's Lynn, en Dartington y en Dublín, incluso en Adelaida y en Toronto. Viajaban juntas, ahorrándoles a sus editores el coste de un acompañante. Sobre el escenario, una acababa las frases de la otra, se cubrían las meteduras de pata, eran satíricamente castigadoras con los entrevistadores masculinos que intentaban tratarlas con condescendencia, y animaban a los que hacían colas para las firmas de ejemplares a comprar el libro de la otra. El British Council las había enviado al extranjero unas cuantas veces, hasta que Jane, no del todo sobria, había hecho unos comentarios poco diplomáticos en Múnich.

—¿Qué es lo peor que te han hecho?

—¿Seguimos hablando de cosas de cama?

—Mmm.

—Jane, vaya pregunta.

—Está claro que tarde o temprano nos lo preguntarán. Tal como va todo...

—Nunca me han violado, si es a eso a lo que te refieres. Al menos —continuó Alice reflexivamente—, no lo que un tribunal consideraría violación.

—¿Y entonces?

Como Jane no respondía, Alice dijo:

—Voy a contemplar el paisaje mientras piensas.

Observó, con vaga benevolencia, los árboles, los campos, los setos, el ganado. Siempre había sido urbanita, y su interés por el campo era en gran parte pragmático, un rebaño de ovejas no representaba para ella más que cordero asado.

—No es algo... evidente. Pero te diré que fue Simon.

—Simon el novelista, el editor o un Simon al que no conocías.

—Simon el novelista. Fue poco después de divorciarme. Me telefoneó y me propuso pasar por mi casa. Dijo que traería una botella de vino. Y así lo hizo. Cuando quedó bastante claro que no iba a obtener lo que había venido a buscar, le puso el tapón de corcho a la botella empezada y se la llevó a casa.

—¿Qué era?

—¿A qué te refieres?

—Bueno, ¿era champán?

Alice pensó un instante.

—No podía ser champán, porque no puedes volver a meter el tapón en la botella. ¿Preguntas si era francés o italiano, o blanco o negro?

Jane podía deducir por el tono que Alice estaba irritada.

—En realidad, no sé lo que estoy preguntando. Qué mal.

—¿Qué es lo que está mal? ¿No acordarte de lo que estás preguntando?

—No, volver a poner el tapón a la botella. Es horrible. —Hizo una pausa de actriz—. Supongo que fue algo simbólico.

A Alice le dio la risa tonta y Jane supo que el momento había sido sólo un pequeño tropiezo. Animada, puso su voz de comedia de situación.

—Es mejor reírse, ¿no?

—Supongo que sí —replicó Alice—. Es eso o abrazar la religión.

Jane debería haber dejado pasar el momento. Pero la referencia de Alice al budismo la había alentado, y, además, ¿para qué están las amigas? Así que mientras miraba por la ventanilla confesó:

—En realidad lo he hecho, si te interesa saberlo. Un poco, al menos.

—¿En serio? ¿Desde cuándo? O más bien, ¿por qué?

—Hace uno o dos años. De algún modo hace que las cosas tengan sentido. Hace que todo parezca menos... desolador. —Jane acarició su bolso, como si también necesitase consuelo.

Alice estaba perpleja. Según su visión del mundo, todo era desolador, pero tenía que afrontarlo. Y no tenía mucho sentido modificar tus creencias a esas alturas. Pensó si debía responderle seriamente o a la ligera, y se decidió por la última opción.

—Mientras tu dios permita beber, fumar y fornicar.

—Oh, todo eso le entusiasma.

—¿Y qué me dices de la blasfemia? Siempre he pensado que ésa es la prueba del nueve para un dios.

—Le es indiferente. Está por encima de eso.

—Entonces lo apruebo.

—Eso es lo que él hace. Aprueba.

—Es todo un cambio. Para un dios, me refiero. Fundamentalmente lo que hacen es desaprobar.

—No creo que quisiese un dios que desapruera. Ya tengo bastante de eso en mi vida. Misericordia y perdón y comprensión, eso es lo que todos necesitamos. Más la idea de algún tipo de plan supremo.

—¿Te encontró él a ti o fuiste tú quien lo encontró a él?, si es que te parece una pregunta razonable.

—Absolutamente razonable —replicó Jane—. Supongo que podríamos decir que fue algo mutuo.

—Eso suena... agradable.

—Sí, la mayor parte de la gente no cree que un dios deba ser agradable.

—¿Qué quiere decir eso? Algo tipo «Dios me perdonará, ¿no es ése su trabajo?».

—Exacto. Creo que hemos complicado en exceso a Dios a lo largo de los siglos.

Pasó el carrito de los sándwiches y Jane pidió un té. Sacó de su bolso una rodaja de limón en una caja de plástico y una botellita de coñac del minibar del hotel. Le gustaba jugar a un pequeño juego secreto con sus editores: cuanto mejor era la habitación, menos saqueaba. La noche pasada había dormido bien, así que se contentó con la de coñac y otra de whisky. Pero una vez, en Cheltenham, después de un público escaso y un colchón repleto de bultos, estaba tan irritada que arrasó con todo: el alcohol, los cacahuetes, las chokolatinas, el abridor, incluso la bandeja de cubitos de hielo.

El carrito se alejó traqueteando. Alice se sorprendió a sí misma lamentando la desaparición de los vagones restaurante, con su cubertería de plata y sus camareros con chaquetilla blanca adiestrados en el arte de servir las verduras con un tenedor y una cuchara diligentemente sujetos mientras tras la ventana el paisaje daba bandazos. La vida, pensó, consistía en una gradual pérdida de placeres. Ella y Jane habían abandonado el sexo casi al mismo tiempo. Ya no le interesaba la bebida; a Jane había dejado de importarle la comida, o al menos su calidad. Alice cuidaba su jardín; Jane hacía crucigramas, en ocasiones ahorrando tiempo al escribir algunas respuestas que era imposible que fueran correctas.

A Jane le alegraba que Alice no le hubiese reprochado que tomara un trago tan temprano. Sintió un arrebato de afecto por esa amiga cabal y disciplinada que siempre se aseguraba de que no perdieran el tren.

—Era un encanto el chico que nos entrevistó —dijo Alice—. Irreprochablemente respetuoso.

—Lo fue contigo. Pero a mí me hizo eso.

—¿El qué?

—¿No te diste cuenta? —Jane soltó un suspiro autocompasivo—. Cuando mencionó todos esos libros en los que mi última novela le hacía pensar. Y no podías decir que algunos de ellos no los habías leído, porque ibas a parecer una inculta. Así que lo dejas correr y entonces todo el mundo llega a la conclusión de que de ahí has

sacado todas tus ideas.

A Alice todo eso le pareció excesivamente paranoico.

—No pensaban eso, Jane. Más bien estarían anotando que el chico era un engreído. Y les encantó cuando él mencionó *Moby Dick* y tú volviste la cabeza y dijiste: «¿Es esa de la ballena blanca?»

—Sí.

—Jane, ¿no me estarás diciendo que no has leído *Moby Dick*?

—¿Tengo cara de no haberla leído?

—No, en absoluto.

—Estupendo. Bueno, no estaba mintiendo del todo. He visto la película. Con Gregory Peck. ¿Era buena?

—¿La película?

—No, la novela, boba.

—Ahora que lo dices, yo tampoco la he leído.

—¿Sabes?, Alice, eres una *amiga* de verdad.

—¿Tú lees a estos jovencitos de los que todo el mundo habla?

—¿Quiénes?

—Esos de los que todo el mundo habla.

—No. Creo que ya tienen suficientes lectores, ¿no te parece?

Sus propias ventas se aguantaban, más o menos. Un par de miles en tapa dura, unos veinte mil en bolsillo. Sus nombres todavía gozaban de cierto reconocimiento. Alice escribía una columna semanal sobre las incertidumbres y pesares de la vida, aunque Jane consideraba que mejoraría mucho con más referencias a la propia vida personal de Alice y menos a Epicteto. A Jane seguían invitándola cuando los programas de radio necesitaban a alguien que les cubriese el nicho de Sociedad/Política/Mujer/No profesional/Humor; aunque un productor había añadido con firmeza MPLM a su ficha de contacto, siglas que significaban «Mejor Por La Mañana».

Jane quería mantener el buen humor reinante.

—¿Y qué me dices de las jovencitas de las que todo el mundo habla?

—Supongo que dedico un poco más de esfuerzo a fingir que las he leído del que les dedico a los chicos.

—Igual que yo. ¿Eso es malo?

—No, yo diría que es camaradería.

Jane se estremeció con la sacudida provocada por la ráfaga de aire que se formó al cruzarse con un tren que venía en la dirección contraria. ¿Por qué demonios colocarían las vías tan juntas? Y al instante, su cabeza se llenó de imágenes de telediario tomadas desde un helicóptero: vagones aplastados —siempre utilizaban este verbo, haciendo que sonara más violento—, trenes desparramados al fondo de

terraplenes, luces parpadeantes, equipos desplegados, y, al fondo, un vagón montado sobre otro como bestias metálicas apareándose. Su mente continuó con accidentes aéreos, asesinatos en masa, cáncer, estrangulamientos de ancianas solitarias y la probable inexistencia de la inmortalidad. El Dios que Bendecía las Cosas carecía de poder para borrar estas visiones. Echó la última gota de coñac en su té. Tenía que conseguir que Alice la distrajese.

—¿En qué piensas? —preguntó, tímida como una primeriza en una cola de firma de libros.

—De hecho, me estaba preguntando si alguna vez habías estado celosa de mí.

—¿Por qué te lo preguntabas?

—No lo sé. Una de esas ideas que te vienen sin más a la cabeza.

—Vale. Porque no es muy agradable que digamos.

—¿No?

—Bueno, si admito que he sentido celos, eso me convierte en una amiga mezquina. Y si digo que no, suena como si fuese tan petulante que no encuentro nada en tu vida o en tus libros capaz de provocarme celos.

—Jane, lo siento. Me comporto como... una perra. Perdóname.

—Aceptado. Pero ya que preguntas...

—¿Estás segura de que ahora voy a querer escucharlo? —Era sorprendente cómo de vez en cuando la subestimada Jane sacaba pecho.

—... no sé si «celosa» es la palabra adecuada. Pero me entró una envidia de mil demonios con lo del asunto de Mike Nichols, hasta que quedó en nada. Y me sentí realmente indignada cuando te acostaste con mi marido, pero creo que era rabia, no celos.

—Supongo que fue poco diplomático por mi parte. Pero entonces ya era tu exmarido. Y en aquella época todo el mundo se acostaba con todo el mundo, ¿no? —Bajo tanta mundanidad, Alice sintió una apremiante irritación. ¿Otra vez con eso? Como si no lo hubiesen discutido hasta el agotamiento en su momento. Y después. Y Jane había escrito esa maldita novela sobre el tema, pretendiendo que «David» estaba a punto de volver con «Jill» cuando se interpuso «Ángela». Lo que no contó en la novela es que hacía dos años, y no dos meses, que «David» se estaba follando a la mitad de la población femenina del oeste de Londres, además de a «Angela».

—Lo que fue poco diplomático es que me lo contaras.

—Sí. Supongo que esperaba que me detuvieses. Necesitaba que alguien me detuviese. En aquella época mi vida era un caos, ¿verdad? —También habían hablado de eso. ¿Por qué algunas personas olvidaban lo que debían recordar y recordaban lo que harían mejor olvidando?

—¿Estás segura de que ése fue el motivo?

Alice respiró hondo. Estaba perdida si tenía que continuar pidiendo disculpas

durante el resto de su vida.

—No, no recuerdo cuál fue el verdadero motivo en aquel entonces. Sólo estaba haciendo suposiciones. A toro pasado —añadió, como si eso sonase más riguroso y zanjase el asunto. Pero Jane no se daba por vencida tan fácilmente.

—Me pregunto si Derek lo hizo porque quería ponerme celosa.

Ahora sí que Alice se enfadó de verdad.

—Bueno, gracias por el comentario. Yo pensé que lo hizo porque no se pudo resistir a los muchos encantos que yo poseía en aquella época.

Jane recordó los pronunciados escotes que lucía entonces Alice. Ahora en cambio vestía elegantes trajes pantalón, jersey de cachemir y pañuelo de seda anudado al cuello cisne. Años atrás, era más bien como alguien que te ofreciera ante tus narices un cuenco rebosante de fruta. Sí, los hombres eran seres primarios, y Derek era más primario que la mayoría, así que tal vez todo se redujera a un provocativo sujetador.

Sin cambiar del todo de tema, se sorprendió preguntando:

—Por cierto, ¿vas a escribir tus memorias?

Alice negó con la cabeza.

—Demasiado deprimente.

—¿Recordarlo todo?

—No, no el recordarlo... o el organizarlo. La publicación, el mostrarlo todo. Puedo vivir con el hecho de que sólo a un grupo claramente limitado de personas les interesa leer mis novelas. Pero imagínate ponerte a escribir tu autobiografía, intentando resumir todo lo que has conocido y visto y sentido y aprendido y sufrido en tus cincuenta y tantos años...

—¡Cincuenta!

—Sólo empecé a contarlos a los dieciséis, ¿lo sabías? Antes no me sentía afectada por cómo era, no digamos ya responsable.

Tal vez ése fuera el secreto del admirable e incansable aplomo de Alice. Cada pocos años trazaba una línea por debajo de las cosas pasadas y declinaba cualquier responsabilidad. Como hizo con Derek.

—Continúa.

—... sólo para descubrir que no había ahí fuera ningún lector extra interesado en saberlo. O incluso menos lectores.

—Podrías incluir un montón de sexo. Les encanta la idea de viejas...

—¿Macizorras? —Alice arqueó una ceja—. ¿Maledicentes?

—... maledicentes como nosotras hablando con franqueza sobre sexo. Los viejos sueñan jactanciosos cuando recuerdan sus conquistas. Las viejas quedan como valientes.

—Pero para que tenga interés contarlo, te tienes que haber acostado con alguien famoso. —A Derek jamás se le podrá acusar de ser famoso. Ni a Simon el novelista,

por no hablar del editor de una—. O eso o que hayas hecho algo particularmente asqueroso.

Jane pensó que su amiga estaba siendo deshonesta.

—¿John Updike no es famoso?

—Sólo me lanzó una mirada cargada de intención.

—¡Alice! Te vi con mis propios ojos sentada sobre su rodilla.

Alice dejó escapar una leve sonrisa. Lo recordaba con claridad: el apartamento de alguien en Little Venice, las caras habituales, un LP de los Byrds en el tocadiscos, un olorillo a porro en el ambiente, el escritor famoso de visita, su repentino atrevimiento.

—Me senté sobre su rodilla, tal como dices. Y él me lanzó una mirada cargada de intención. Fin de la historia.

—Pero tú me dijiste...

—No, no lo hice.

—Pero me diste a entender...

—Bueno, una tiene su orgullo.

—Lo que me estás diciendo es...

—Lo que te estoy diciendo es que me comentó que al día siguiente tenía que madrugar. París, Copenhague, donde sea. Una gira promocional. Ya sabes.

—La excusa del dolor de cabeza.

—Exacto.

—Bueno —dijo Jane, tratando de ocultar una repentina oleada de felicidad—. Siempre he creído que los escritores sacan más de lo que se tuerce que de lo que fructifica. Es la única profesión en la que se le puede sacar partido al fracaso.

—No creo que «fracaso» describa exactamente mi momento con John Updike.

—Claro que no, querida.

—Y, si no te importa que te lo diga, te estás poniendo un poco en plan libro de autoayuda. —O como sonabas en *La hora de las mujeres*, diciéndoles a los demás alegremente qué tenían que hacer con sus vidas.

—¿En serio?

—La cuestión es que aunque el fracaso personal *pueda* ser debidamente transformado en arte, te sigue dejando en el mismo punto en el que estabas cuando empezaste.

—¿Y cuál es ese punto?

—No haberse acostado con John Updike.

—Bueno, si te sirve de consuelo, estoy celosa de que te lanzase una mirada cargada de intención.

—Eres una amiga de verdad —replicó Alice, pero el tono la traicionó.

Se quedaron en silencio. Pasaron por una estación grande.

—¿Acabamos de pasar Swindon? —preguntó Jane, como para dejar claro que no se estaban peleando.

—Probablemente.

—¿Crees que tenemos muchos lectores en Swindon?

—Oh, vamos, Alice, no te enfurruñes conmigo. O, más bien, no nos enfurruñemos las dos.

—¿Tú qué crees?

Jane no sabía qué pensar. Sintió cierta angustia. Echó mano de algo que recordó repentinamente.

—Es la ciudad más grande de Inglaterra sin universidad.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Alice, tratando de parecer envidiosa.

—Oh, es el tipo de cosas que sé. Supongo que lo aprendí en *Moby Dick*.

Se rieron con satisfacción y complicidad. Después, un nuevo silencio. Al cabo de un rato pasaron por Reading y ambas se concedieron recíprocamente el mérito de no señalar la cárcel o ponerse a hablar de Oscar Wilde. Jane fue al servicio, o tal vez a comprobar las existencias del minibar de su bolso. Alice se puso a reflexionar sobre si era mejor tomarse la vida en serio o a la ligera. ¿O se trataba de una falsa antítesis, una simple forma de sentirse superior? Jane, según le parecía a ella, se tomaba la vida a la ligera hasta que algo se torció cuando empezó a buscar soluciones serias como Dios. Mejor tomarse la vida en serio y echar mano de soluciones ligeras. La sátira, por ejemplo; o el suicidio. ¿Por qué la gente se agarraba tan rápido a la vida, esa cosa que se les concedía sin haberles consultado? Todas las vidas eran fracasos, tal como Alice leía el mundo, y la perogrullada de Jane de convertir el fracaso en arte era una ingenua fantasía. Cualquiera que entendiese un poco sobre arte sabía que jamás alcanzaba aquello con lo que su creador había soñado. El arte siempre se quedaba corto, y el artista, lejos de rescatar algo del desastre de la vida, estaba por lo tanto condenado a un doble fracaso.

Cuando Jane regresó, Alice estaba doblando las partes del periódico que quería guardar para leer mientras cenaba su huevo pasado por agua de las noches dominicales. Resultaba extraño comprobar cómo, a medida que envejecías, la vanidad dejaba de ser un vicio y se transformaba en casi lo contrario: una necesidad moral. Sus madres habrían llevado una faja o un corsé, pero sus madres llevaban mucho tiempo muertas, y con ellas sus fajas y corsés. Jane siempre había tenido sobrepeso, era una de las cosas de las que Derek se quejaba; y su costumbre de criticar a su exesposa, tanto antes como poco después de que él y Alice se acostasen, había sido otra de las razones para romper definitivamente con él. No se trataba de falta de complicidad femenina, sino más bien del rechazo a la falta de clase en el hombre. Por lo tanto, Jane había engordado más, sumando su afición a la bebida y su entusiasmo por los bollos a la hora del té. ¡Bollos! Verdaderamente, había unas

cuantas cosas de las que las mujeres deberían prescindir. Aun cuando los pequeños vicios encandilasen a las multitudes cuando se confesaban tímidamente ante un micrófono. Y, en cuanto a *Moby Dick*, le había quedado perfectamente claro a todo el mundo que Jane jamás había leído una sola palabra de esa novela. Con todo, ésa era la constante ventaja de compartir escenario con Jane. Hacía que ella, Alice, pareciera más brillante: lúcida, sobria, leída y delgada. ¿Cuánto tardaría Jane en publicar una novela sobre una escritora con sobrepeso y problemas con el alcohol que encuentra a un dios que le da su visto bueno? Zorra, pensó Alice para sus adentros. Te podrías apañar con el azote de una de esas viejas religiones punitivas. El ateísmo estoico es demasiado neutral moralmente para ti.

El remordimiento la impulsó a darle un abrazo algo más prolongado a Jane cuando se acercaban al inicio de la cola de los taxis en Paddington.

—¿Vas a ir a la fiesta de los Autores del Año en Hatchards?

—Fui una de las Autoras del Año el año pasado. Este año soy una Autora Olvidada.

—Vamos, no te pongas lacrimógena, Jane. Pero como tú no vas, yo tampoco iré.

—Alice lo dijo con firmeza, aun siendo consciente de que podía acabar cambiando de opinión.

—¿Y adónde nos toca ir la próxima vez?

—¿A Edimburgo?

—Es posible. Aquí está tu taxi.

—Adiós, socia. Eres la mejor.

—Tú también.

Se volvieron a besar.

Más tarde, después de su huevo pasado por agua, la mente de Alice saltó de las páginas culturales a Derek. Sí, era un zopenco, pero que la deseaba tanto que parecía que no merecía la pena ponerse quisquillosa. Y en aquel entonces a Jane no parecía importarle; fue más tarde cuando empezó a sentirse ofendida. Alice se preguntó si todo eso tuvo algo que ver con Jane, o formaba parte del signo de los tiempos; pero no logró dar con una respuesta y volvió al periódico.

Jane, mientras tanto, en otra parte de Londres, estaba viendo la televisión y picoteando queso con tostadas sin importarle dónde cayesen las migas. De tanto en tanto, su mano se desplazaba hacia la copa de vino. Una política europea que aparecía en las noticias le recordó a Alice, y pensó en su larga amistad y en que cuando estaban sobre un escenario, Alice siempre llevaba la voz cantante y ella lo consentía. ¿Era debido a que tenía una naturaleza servil o porque creía que eso la hacía a ella, Jane, parecer más simpática? A diferencia de Alice, jamás le importó reconocer su debilidad. Así que quizá era ya el momento de admitir sus carencias lectoras. Podía empezar en Edimburgo. Era un viaje que le apetecía. Imaginó esas excursiones de

ambas continuando en el futuro hasta... ¿cuándo? La pantalla del televisor fue sustituida por una imagen de sí misma desplomándose muerta en un tren semivacío de regreso de quién sabe dónde. ¿Qué se hacía en esos casos? ¿Detenían el tren —en Swindon, por ejemplo— y bajaban el cadáver, o lo colocaban en el asiento, como si estuviera dormida o borracha y continuaban hasta Londres? Debía haber un protocolo escrito en alguna parte. ¿Pero cómo asignaban un lugar del fallecimiento si la persona en cuestión estaba en un tren en movimiento en ese momento? ¿Y qué haría Alice si bajaban su cadáver? ¿Acompañaría lealmente a su amiga muerta, o encontraría algún sofisticado argumento para continuar el viaje en el tren? De pronto le pareció muy importante asegurarse de que Alice no la abandonaría. Fijó la mirada en el teléfono, preguntándose qué estaría haciendo Alice en ese momento. Pero entonces se imaginó el silencio reprobador antes de que Alice le respondiese, un silencio que de algún modo daría a entender que su amiga era una persona necesitada de cariño, melodramática y con sobrepeso. Jane suspiró, cogió el mando y cambió de canal.

EN CASA DE PHIL Y JOANNA 2: MERMELADA

Hacía ese tiempo de mediados de febrero que a los británicos les recuerda por qué muchos de sus compatriotas optan por emigrar. Había nevado intermitentemente desde octubre, el cielo era de aluminio mate y los telediarios daban noticias de riadas, niños arrastrados por las aguas y pensionistas rescatados en botes. Habíamos hablado sobre el síndrome depresivo estacional, la falta de fluidez crediticia, el incremento del paro y la posibilidad de que aumentase la tensión social.

—Lo único que digo es que no podemos sorprendernos de que las empresas extranjeras con negocios aquí traigan mano de obra de sus países cuando tienen a un montón de gente buscando trabajo allí.

—Y lo que yo digo es que hay más ingleses trabajando en Europa que europeos trabajando aquí.

—¿Visteis a ese obrero italiano insultando con el dedo a los fotógrafos?

—Sí, estoy de lo más interesado en importar mano de obra extranjera si tiene esa pinta.

—No le des más argumentos, Phil.

—Sin pretender sonar como el primer ministro o como uno de esos periódicos que no leemos, en estos momentos creo que lo suyo sería trabajos ingleses para los trabajadores ingleses.

—Y vino europeo para las esposas inglesas.

—Esto es un desatino.

—No, es un desatino por acumulación. Un suma y sigue.

—Como residente extranjero...

—Guardad silencio, que habla el representante de nuestra antigua colonia.

—... recuerdo cuando todos vosotros discutíais sobre si uniros a la moneda única. Y yo pensaba, ¿dónde está el problema? Había viajado en coche hasta la Italia meridional ida y vuelta utilizando una moneda única llamada MasterCard.

—Si nos sumáramos al euro, la libra perdería valor.

—Sin duda, si nos sumáramos al euro...

—Vaya broma.

—Tenéis los pasaportes del mismo color. ¿Por qué no dejáis de escabulliros y aceptáis que sois europeos?

—Porque entonces no podríamos permitirnos hacer chistes sobre los extranjeros.

—Lo cual es, sin duda, una tradición británica esencial.

—Mirad, id a cualquier ciudad europea y veréis que las tiendas son más o menos las mismas. A veces ya no sabes dónde estás. Las fronteras interiores son casi inexistentes. Las tarjetas están sustituyendo al dinero e internet está sustituyendo a

todo lo demás. Y cada vez más y más gente habla inglés, lo cual lo hace todavía más fácil. Así que ¿por qué no aceptáis la realidad?

—Porque éste es otro hecho diferencial británico al que nos aferramos. No aceptar la realidad.

—Como la hipocresía.

—No la provoques. La última vez ya exprimisteis este tema como un limón.

—¿En serio?

—Exprimir como un limón es repetir una metáfora ya agotada.

—Por cierto, ¿cuál es la diferencia entre una metáfora y un símil?

—Mermelada.

—¿Quién de *vosotros dos* lleva la voz cantante?

—¿Tú has hecho la tuya?

—¿Sabes? Siempre veo las primeras naranjas amargas cuando llegan a las tiendas, pero al final nunca las compro.

—Una de las últimas frutas u hortalizas que obedece al concepto de estacional. Ojalá el mundo volviese a eso.

—No estés tan seguro. Te pasarías todo el invierno comiendo nabos a diario.

—Cuando yo era niño, teníamos una gran alacena en la cocina, con unos cajones enormes abajo y, una vez al año, de pronto aparecían repletos de botes de mermelada. Era como un milagro. Jamás vi a mi madre preparándola. Yo llegaba del colegio y allí estaba ese olor, me acercaba a la alacena y estaba repleta de botes. Todos con su etiqueta. Todavía calientes. Y nos tenían que durar todo el año.

—Querido Phil. Demos paso a la lagrimita con violines de fondo. ¿Eso era cuando te ponías papel de periódico en los zapatos para recorrer el camino hasta tu trabajo de verano en la fábrica textil?

—Vete a la mierda, Dick.

—Claude dice que ésta es la última semana para las naranjas amargas.

—Lo sé. Volveré a echarlas de menos.

—Hay un juego de palabras en Shakespeare con «Sevilla» y «civil».^[1] Aunque no recuerdo cómo era.

—Ya sabes que las puedes congelar.

—Deberías ver nuestro congelador. No quiero convertirlo en un depósito de culpas todavía más grande.

—Suena como esos malditos banqueros... Cartera de valores.^[2]

—Pero ellos no parecen sentirse muy culpables.

—Estaba tratando de hacer un juego de palabras, cariño.

—¿Quién es Claude?

—Nuestro frutero. Es francés. Para ser exactos, francés de origen tunecino.

—Bueno, aquí tenemos otro tema. ¿Cuántos de vuestros tenderos tradicionales

siguen siendo ingleses? Por aquí cerca, por ejemplo. ¿Una cuarta parte, una tercera parte?

—Por cierto, ¿os he contado que el gobierno me hizo llegar amablemente a casa unos recipientes para analizar heces, ahora que soy oficialmente un carcamal?

—Dick, ¿es necesario?

—Prometo no resultar ofensivo, aunque la tentación es descomunal.

—Es que cuando bebes te pones tan escatológico...

—Entonces voy a ser recatado. Remilgado. Lo dejaré todo a vuestra imaginación. Me mandaron esos recipientes, con una bolsa de plástico en la que devuelves la..., ¿cómo decirlo?..., prueba requerida. Dos muestras tomadas con tres días de diferencia. Y tienes que apuntar la fecha en cada muestra.

—¿Y cómo... atrapas la muestra? ¿Tienes que pescarla?

—No, todo lo contrario. No puede haber tocado el agua.

—¿Y entonces?

—He prometido circunscribirme al lenguaje de la señorita Austen. Estoy seguro de que en aquel entonces disponían de toallitas de papel y de tubos de cartón, y probablemente había un juego infantil llamado Atrápalo Si Puedes.

—¡Dick!

—Esto me recuerda que una vez tuve que visitar a un proctólogo, y me explicó un modo de comprobar mi estado (fuese cual fuese, me olvidé deliberadamente) que consistía en acuclillarse encima de un espejo colocado en el suelo. La verdad es que pensé que prefería arriesgarme a acabar teniendo lo que fuese.

—Sin duda os estaréis preguntando por qué he sacado el tema.

—Porque cuando bebes te pones escatológico.

—Una condición necesaria, pero no suficiente. No, veréis, recogí mi primera muestra el jueves pasado y estaba a punto de recoger la segunda al día siguiente, hasta que me percaté de que era viernes 13. No es un día de buenos augurios. Así que decidí recogerla el sábado.

—Pero el sábado era...

—Exacto. San Valentín. Ámame, ama mi colon.

—¿Cada cuánto creéis que pasa esto de que a un viernes 13 le siga San Valentín?

—Paso.

—Paso.

—Cuando era niño, chaval, adolescente, creo que jamás envié ni recibí una sola tarjeta de San Valentín. Era una cosa que... nadie que yo conociese hacía. Las únicas que he recibido son de cuando ya estaba casado.

—Joanna, ¿eso no te preocupa?

—No. Se refiere a que se las mandé yo.

—Oh, qué detalle. Todo un detallazo.

—¿Sabéis?, he oído hablar de vuestra famosa reticencia emocional inglesa, pero eso pone el listón muy alto. No enviar tarjetas de San Valentín hasta estar casado.

—He leído que había una posible relación entre las naranjas amargas y el cáncer de colon.

—¿En serio?

—No, pero es el tipo de cosas que uno dice a estas horas de la noche.

—Resultas más divertido cuando no aprietas tanto.

—Recuerdo la primera vez que me metí en un váter público y leí los grafitis; había uno que decía: «No muerdas el pomo mientras aprietas.» Me llevó unos cinco años descifrarlo.

—¿Pero se refería al pomo o a la polla?^[3]

—No, al pomo de la puerta.

—Cambiando radicalmente de tema, en una ocasión estaba en un retrete, tomándome mi tiempo, cuando vi que había algo escrito de manera sesgada en la parte inferior de la pared lateral. Así que me incliné hasta que fui capaz de leerlo, y ponía: «Ahora estás cagando en un ángulo de 45 grados.»

—Quería decir que la razón por la que he mencionado la mermelada...

—Aparte de su conexión con el cáncer de colon.

—... es porque es un fenómeno absolutamente británico. Larry comentaba antes que ahora todos somos iguales. Así que, en lugar de mencionar a la Familia Real u otra cosa, menciono la mermelada.

—También tenemos en Estados Unidos.

—La *tenéis* en tarritos para el desayuno en los hoteles. Pero no la *hacéis* en casa, no la *entendéis*.

—Los franceses también la consumen. *Confiture d'orange*.

—Pero sucede lo mismo. Eso no es más que confitura. Confitura de naranja.

—No, para empezar es una palabra francesa, viene de *Marie malade*. Esa reina de Escocia que tenía conexiones francesas.

—¿La Conexión Francesa con el Reino Unido ya existía entonces?

—Y María, reina de los escoceses, o Bloody Mary, o quien fuese, estaba enferma. Y le prepararon eso. Así que de *Marie malade* surge mermelada, ¿lo veis?

—Yo creo que nosotros ya estábamos allí.

—En cualquier caso, os diré por qué los británicos seguiremos siendo británicos.

—¿No os parece detestable el modo en que todo el mundo dice «el Reino Unido» o simplemente «Reino Unido» hoy en día? Por no hablar de lo de «Reino Unido S. A.» y todo eso.

—Creo que fue Tony Blair quien lo empezó.

—Pensaba que le echabas la culpa de todo a la señora Thatcher.

—No. He cambiado el chip. Ahora la culpa es de Blair.

—Lo de «Reino Unido S. A.» es honesto. Somos un país de comerciantes, siempre lo hemos sido. Eso es lo que nos reconecta con la verdadera Inglaterra, que es siempre la Inglaterra que idolatra el dinero, egocéntrica, xenófoba y que detesta la cultura. Es nuestra configuración predeterminada.

—Como estaba diciendo, ¿sabéis qué otra cosa celebramos el 14 de febrero aparte del día de San Valentín?

—¿El Día Nacional del Análisis de Heces?

—Cállate, Dick.

—No. Se celebra también el Día Nacional de la Impotencia.

—*Mencanta vostro sentido delumor británico.*

—*Mencanta tu acento croata.*

—Pero es cierto. Y si alguien me pregunta sobre las particularidades nacionales, o sobre la ironía, para ser más concreto, eso es lo que les diría: el 14 de febrero.

—Naranjas sanguinas.

—Déjame que lo adivine. Se llaman así por Bloody Mary.^[4]

—¿Os percatasteis de que hace unos años, en los supermercados, empezaron a llamar a las naranjas sanguinas «naranjas rubí»? Por si a alguien se le ocurría pensar que realmente podían contener sangre.

—Que es muy diferente de contener rubíes.

—Exacto.

—En cualquier caso, están empezando a llegar a las tiendas, así que se están solapando con las amargas, y me preguntaba si eso sucede tan a menudo como por ejemplo lo del viernes 13 precediendo al día de San Valentín.

—Joanna, ésa es otra de las razones por las que te quiero. Eres capaz de imponer coherencia narrativa a personas como nosotros a estas horas de la noche. ¿Qué puede ser más halagador que una anfitriona capaz de hacer que sus invitados se imaginen que no están divagando?

—Phil, pon esto en la tarjeta de San Valentín del próximo año.

—¿Estáis todos de acuerdo en que la ensalada de naranjas sanguinas o rubí era digna de una reina?

—Y el estofado de cuello de cordero digno de un rey.

—El último deseo de Carlos I.

—Llevaba dos camisas.

—¿Carlos I?

—El día que lo decapitaron. Hacía muchísimo frío y no quería empezar a temblar y que sus vasallos creyesen que tenía miedo.

—*Eso es muy británico.*

—Toda esa gente que se pone disfraces de época y recrean batallas de la guerra civil. Siempre he pensado que también eso es muy británico.

—Bueno, también lo hacemos en Estados Unidos. Y supongo que en otros muchos países.

—De acuerdo. Pero nosotros fuimos los primeros. Nosotros lo inventamos.

—Como el criquet y el fútbol y el té con pastas de Devonshire.

—Si pudiéramos ceñirnos a la mermelada por un momento.

—Le da al pato un glaseado perfecto.

—Estoy seguro de que cada uno de los presentes la hace de una manera diferente y la prefiere con una consistencia distinta.

—Líquida.

—Pringosa.

—Sue la hierve tanto que, si no tienes cuidado, se cae de la tostada. No se engancha.

—Si la dejas demasiado líquida, se escurre de la tostada.

—Tienes que poner las pepitas en una bolsita de muselina para que haya más... como se llame.

—Pectina.

—Eso.

—Fina.

—Gruesa.

—Yo la mía la paso por la Magimix.

—Tramposa.

—Mi amiga Hazel la hace en la olla a presión.

—A esto es a lo que iba. Es como lo de hervir un huevo. ¿O era freírlo? Hicieron un sondeo y descubrieron que cada cual lo hace a su manera y todo el mundo considera que la suya es la correcta.

—¿Estamos llegando a buen puerto, oh, líder de la narrativa comunitaria?

—Lo que decía Larry... Sobre que todos somos iguales. Pero no lo somos. Ni siquiera en las cosas más simples.

—La teoría de la britanidad de la mermelada.

—Por eso no deberíais tener miedo de ser europeos. Todos vosotros.

—No sé si Larry estaba en el país cuando nuestro distinguido ministro de Economía, ahora a punto de convertirse en exprimer ministro, el señor Brown, puso sobre la mesa una serie de condiciones para que considerásemos la posibilidad de sumergir nuestra entrañable libra en el sucio y foráneo euro.

—Converger. No sumergir. Las pruebas de convergencia.

—Por cierto, ¿alguien es capaz de recordarlas? ¿Una sola de ellas?

—Por supuesto que no. No estaban diseñadas para resultar comprensibles. Estaban diseñadas para ser incomprensibles y, por lo tanto imposibles de recordar.

—¿Por qué?

—Porque la decisión de unirse al euro iba a ser siempre política, no económica.

—Una observación muy lúcida e incluso es posible que correcta.

—¿Pero alguien cree que los franceses son menos franceses, o los italianos menos italianos porque se hayan sumado al euro?

—Los franceses siempre serán franceses.

—Eso mismo dicen sobre vosotros.

—¿Que siempre seremos franceses?

—De todos modos, no se necesitan naranjas amargas para hacer mermelada.

—Me alegra que volvamos al tema.

—Dick la hace con cualquier tipo de cítrico.

—Ahí va mi reputación.

—Un año la hizo mezclando..., ¿qué era?... , naranjas amargas, naranjas dulces, pomelo rosa, pomelo amarillo, limones y limas. Una mermelada de seis frutas. Yo puse las etiquetas.

—Dudo que pasasen los controles de la Unión Europea.

—Recordádmelo..., ¿té de menta, té de menta, nada, descafeinado, té de menta?

—Yo esta noche no voy a tomar nada.

—Más opciones para mí para más tarde.

—David, cariño...

—¿Sí, Sue, cariño...?

—Vale, ya que habéis sacado el tema. Sólo para hablar de un asunto no británico, ¿alguno de vosotros recuerda, recientemente, haberse levantado de la mesa de Phil y Joanna, ido a casa y...?

—«Haber echado un polvo tradicional» es lo que está intentando decir.

—¿Qué cuenta como tradicional?

—Oh, cualquier cosa que implique intromisión.

—¿No es una palabra horrible?

—Me contaron una historia sobre Lady Diana Cooper. ¿O era sobre Nancy Mitford? Una u otra, en cualquier caso, se trataba de una pija. Y estaban, estaba, en un transatlántico y la que fuese de las dos se folló a uno de los camareros una noche. Y a la mañana siguiente él se la encontró en el castillo de proa o donde fuese y la saludó amistosamente...

—Como haría cualquiera.

—Como haría cualquiera. Y ella respondió: «Una intromisión no es una introducción.»

—Oh, ¿no son encantadoras nuestras clases altas? Siempre existirá esta Inglaterra.

—Este tipo de historias me provoca el impulso de subirme a la mesa y ponerme a cantar *La bandera roja*.^[5]

—*La bandera rubí.*

—Estáis todos eludiendo el tema.

—¿Cómo vamos a hacerlo si lo hemos olvidado?

—En ese caso debería caérseos la cara de vergüenza.

—No es por el alcohol ni por la falta de cafeína, ni siquiera por el cansancio. Es más bien porque cuando llegamos a casa estamos en un estado que nosotros llamamos DGPF.

—Un acrónimo que ahora nos vas a descifrar.

—Demasiado Gordo Para Follar.

—Hablemos de secretos de alcoba.

—¿Recordáis a Jerry?

—¿El tipo con los *testículos* de plástico?

—Suponía que recordaríais ese detalle. Bueno, Jerry estuvo en el extranjero durante varios meses, y a Kate, su mujer, empezó a preocuparle el hecho de que su tripita empezaba a decantarse hacia la gordura. Y quería estar perfecta cuando Jerry volviese, así que fue a un cirujano plástico y se interesó por la liposucción. Y el tipo dijo que sí, que podía devolverle un liso.

—¿Un liso?

—Parafraseo la jerga médica. La única pega era, según le comentó con todo el tacto que pudo, que durante varias semanas no podría aguantar ningún peso sobre el estómago.

—Oh, oh. Sólo intromisión posterior.

—¿No os parece que es realmente una historia de amor verdadero?

—A menos que sea una historia sobre la inseguridad femenina.

—Levantad las manos los que queráis saber el origen de la palabra «mermelada».

—Pensaba que todo este rato habías ido a hacer pipí.

—No tiene nada que ver con *Marie malade*. Viene de una palabra griega que designa un tipo de manzana injertada en un membrillo.

—Todas las grandes etimologías están equivocadas.

—¿Quieres decir que tienes otro ejemplo?

—Bueno, *pijo*.^[6]

—A babor a la ida, a estribor a la vuelta, los camarotes más confortables para ir y volver de la India, los que en cada travesía estaban a resguardo del sol. Una palabra aplicable a Lady Diana Cooper y a Nancy Mitford.

—Me temo que no. «Origen desconocido.»

—«Origen desconocido» no es ninguna etimología.

—Dice: «posiblemente conectado con la palabra romaní para referirse al dinero.»

—Resulta muy insatisfactorio.

—Siento ser aguafiestas.

—¿Os parece que ésta es otra característica nacional?

—¿Ser aguafiestas?

—No. Inventarse etimologías extravagantes y acrónimos.

—Quizá GB en realidad signifique alguna otra cosa.

—Gran Banco europeo.^[7]

—Todavía no es tan tarde, ¿no crees?

—Quizá no signifique nada en absoluto.

—Es una alegoría.

—O una metáfora.

—¿Alguien puede *por favor* explicarme la diferencia entre un símil y una metáfora?

—Un símil es... más similar. Una metáfora... más metafórica.

—Gracias.

—Es una cuestión de convergencia, tal como explicó el primer ministro. Por el momento, el euro y la libra están a kilómetros de distancia, así que su relación es metafórica. Incluso tal vez metafísica. Entonces se acercan, como símiles, y se produce la convergencia.

—Y por fin nos convertimos en europeos.

—Y vivimos felices y comemos perdices.

—Y a ellos les enseñamos todos los secretos de la mermelada.

—En realidad, ¿por qué demonios no os unís al euro?

—Aceptamos la introducción, pero no queríamos la intromisión.

—En aquella época estábamos demasiado gordos para follarse.

—Demasiado gordos para que nos follara. Un flaco y hambriento eurócrata.

—Creo que deberíamos unirnos el día de San Valentín.

—¿Y por qué no el viernes 13?

—No, tiene que ser el 14. La celebración tanto del amor como de la impotencia. Ése es el día para convertirnos en socios con todas las cuotas pagadas del club europeo.

—Larry, ¿quieres saber cómo ha cambiado este país a lo largo de mi vida? Cuando yo era niño, no pensábamos en nosotros mismos como una nación. Había, claro, ciertas presuposiciones, pero era un signo, una prueba de cómo éramos el que no pensáramos demasiado en quiénes o qué éramos. Lo que fuéramos era lo normal..., ¿o es «lo que éramos era lo normal»? Ahora bien, eso podía deberse a las largas extensiones del poder imperial, o podría ser una muestra de lo que antes llamaste nuestra reticencia emocional. No estábamos cohibidos. Ahora sí lo estamos..., peor que cohibidos, peor que víctimas del ombliguismo. ¿Quién hablaba antes de ese proctólogo que le recomendó que se acuclillara encima de un espejo? Así es como somos ahora..., nos dedicamos a contemplarnos el culo.

—Té de menta, aquí va otro té de menta, éste es el descafeinado. He pedido dos taxis. ¿Qué es este silencio? ¿Me he perdido algo?

—Sólo un símil.

Después de esto, hablamos de las vacaciones y de adónde iba a ir cada uno, y de cómo los días se alargaban, según parece a un ritmo de un minuto por día, un dato que nadie puso en duda, y entonces alguien describió lo que se veía al mirar el interior de una campanilla de invierno y que abrías el capullo esperando que el interior también fuese blanco pero descubrías una tenue trama del verde más puro. Y que las distintas variedades de campanillas de invierno tenían diferentes tipos de tramados en su interior, unos casi geométricos, otros realmente extravagantes, pero siempre con el mismo verde, de una intensidad que te hacía sentir que la primavera estaba impaciente por llegar. Pero antes de que nadie pudiese decir nada sobre o contra esto, oímos unos insistentes e impacientes bocinazos desde la calle.

EL UNIVERSO DEL JARDINERO

Habían llegado a una etapa, ocho años después de iniciar su relación, en la que habían empezado a hacerse regalos útiles, que, más que expresar sus sentimientos, reafirmaban su proyecto de vida en común. Mientras desenvolvían juegos de perchas, botes de cristal para la despensa, un aparato para deshuesar aceitunas o un sacapuntas eléctrico, comentaban: «Justo lo que necesitaba», y lo decían en serio. Incluso si el regalo era ropa interior, ahora ya tenía un sentido más práctico que erótico. En una de las celebraciones de su aniversario de boda, él le había entregado una tarjeta en la que ponía: «Te he limpiado todos los zapatos», y en efecto lo había hecho, rociando todo el ante con impermeabilizador, frotando con una crema blanqueadora unas viejas zapatillas deportivas que ella todavía usaba, dándole a sus botas un brillo militar y tratando el resto de su calzado con betún, cepillo, trapo, trabajo duro, devoción y amor.

Ken había decidido renunciar a los regalos ese año, ya que su cumpleaños caía tan sólo seis semanas después de que se mudaran a la nueva casa, pero ella no quiso ser exonerada. Así que el sábado al mediodía, él palpó con cuidado los dos paquetes que tenía ante él, tratando de imaginar lo que contenían. Solía hacerlo en voz alta, pero si lo adivinaba, ella se mostraba visiblemente decepcionada, y si conjeturaba alguna tontería, ella mostraba otro tipo de decepción. Así que ahora cavilaba para sus adentros. El primero era blando: tenía que ser una prenda.

—¡Guantes de jardinero! Justo lo que necesitaba.

Se los probó, admiró su combinación de flexibilidad y resistencia, valoró las tiras de cuero que reforzaban la tela rayada en determinados puntos. Era la primera vez en sus vidas que tenían jardín y éste era su primer par de guantes.

El otro regalo era algún tipo de caja rectangular; cuando estaba a punto de sacudirla, ella le advirtió que contenía piezas delicadas. Arrancó las tiras de celo con cuidado, porque guardaban el papel de envolver para reutilizarlo. Una vez abierto, encontró un maletín verde de plástico. Con el ceño fruncido, lo abrió y vio una hilera de tubos de ensayo de cristal con sus tapones de corcho, un juego de botellas de plástico que contenían líquidos de diferentes colores, una larga paleta de plástico y un surtido de misteriosas semillas y plantadores. Si se hubiese puesto a conjeturar a lo tonto, quizá hubiera planteado que era una versión avanzada de un equipo de detección de embarazo casero que utilizaron en una ocasión, cuando todavía tenían esperanzas de tener un hijo. Pero sabía que era mejor no hacer la comparación. En lugar de eso, leyó el título del manual de instrucciones.

—¡Un equipo para analizar la tierra! Justo lo que necesitaba.

—Parece ser que son realmente útiles.

Era un buen regalo, que apelaba —¿a qué exactamente?— tal vez a esa pequeña área de masculinidad que la erosión de las diferencias entre sexos propia de la sociedad moderna todavía no había eliminado. El hombre como cerebrito, como potencial cazador-recolector, como boy scout; un poco de cada uno de ellos. En su círculo de amistades, ambos sexos compartían la compra, la cocina, las tareas de la casa, el cuidado de los niños, la conducción del coche y el ganar dinero. Aparte de ponerse su propia ropa, no había casi nada que uno de los miembros de la pareja hiciese y que el otro no fuese igualmente capaz de hacer. E igualmente desease, o detestase, hacer. Pero un equipo para analizar la tierra, eso era sin ninguna duda cosa de chicos. La brillante Martha lo ha logrado de nuevo.

El manual de instrucciones explicaba que el equipo permitía analizar el potasio, el fósforo, la potasa y el pH, fuese lo que fuese eso. Entonces se suponía que comprabas sacos con diferentes tipos de tierra y metías una muestra en las probetas. Le sonrió a Martha.

—Y supongo que también nos ayudará a saber qué puede crecer mejor aquí.

Cuando ella se limitó a devolverle la sonrisa, él supuso que ella suponía que él se estaba refiriendo exclusivamente al polémico tema de su huerto. Ese para el que ella sostenía que no había espacio suficiente, y que además resultaba del todo innecesario, dado que había un mercadillo de granjeros locales cada sábado por la mañana en el patio de la escuela cercana. Por no hablar de la cantidad de plomo que probablemente contendría cualquier verdura cultivada tan cerca de las principales carreteras de salida de Londres. Él había subrayado que la mayoría de los coches actualmente utilizaban gasolina sin plomo.

—Bueno, pues entonces diésel —había replicado ella.

Él seguía sin entender por qué no podía tener su pequeño huerto junto a la pared del fondo, donde ya había una zarzamora. Quizá pudiese cultivar patatas y zanahorias. O coles de Bruselas que, según leyó una vez, están listas para comer en cuanto la primera helada las toca. O habas. O cualquier otra cosa. Incluso lechugas. Podía plantar lechugas y hierbas aromáticas. Podía tener un cubo de compost, lo que les permitiría reciclar más de lo que ya lo hacían.

Pero Martha estaba en contra. Casi en el mismo momento en que hicieron la oferta por la casa, ella empezó a recortar y guardar artículos escritos por diversos sabios de la horticultura. La mayoría eran sobre el tema de Cómo Sacarle todo el Partido al Espacio Más Complicado, y nadie podía negar que de lo que los propietarios de casas con terraza como la suya acababan disponiendo —una larga y delgada tira delimitada por paredes de ladrillo de un amarillo grisáceo— era sin duda un espacio complicado. Los especialistas en jardinería más sofisticados tendían a sugerir que para sacarle el máximo partido, lo mejor era fragmentarlo en una serie de pequeñas parcelas pegadas unas a otras con diferentes plantas y diferentes funciones,

quizá unidas por un sendero serpenteante. Fotos del antes y el después mostraban la transformación. Un recoveco destinado a atrapar el sol daría paso a una pequeña rosaleda, a un ornamento acuático, a un espacio en el que las plantas se colocaban allí sólo por el color de sus hojas, a un espacio cuadrado perfectamente delimitado y con un reloj de sol, y un montón de cosas más. En ocasiones se invocaban los principios japoneses. Ken, que como la mayoría de los vecinos de la calle se consideraba tolerante y de mente abierta en temas raciales, le dijo a Martha que pese a que los japoneses poseían muchas cualidades admirables, él no entendía por qué tenían que crear jardines japoneses, del mismo modo que no entendía por qué llevaban kimono. En privado, consideraba que todo eso era una pijotada. Una terraza para tomar el sol, preferiblemente con barbacoa, más césped, arriates y un pequeño huerto..., ésa era su idea de un jardín.

—¿No crees que quedaría muy bien con un kimono? —le había preguntado ella, dándole la vuelta al asunto.

En cualquier caso, ella le aseguró que se estaba tomando las cosas de manera demasiado literal. No iba a tener cerezos en flor, carpas *koi* y gongs; se trataba más bien de interpretar un principio general de una forma sensata. Además, a él le gustaba la manera en que ella preparaba las supremas de salmón marinadas en salsa de soja, ¿verdad?

—Apuesto a que los japoneses cultivan hortalizas —había replicado él, simulando malhumor.

El interés de Martha por la jardinería le había pillado por sorpresa. Cuando se conocieron, ella tenía una jardinera en la que cultivaba algunas hierbas aromáticas; después, cuando se mudaron para vivir juntos, tuvieron acceso compartido a la azotea. Ahí ella tenía unos pocos maceteros con cebollino, menta, tomillo y romero; parte de lo cual sospechaban que se lo robaban sus vecinos; y también tenían el laurel que los sentimentalmente entrometidos progenitores de ella les habían regalado como un augurio de buena fortuna matrimonial. Lo habían trasplantado en un par de ocasiones y ahora permanecía inamovible junto a su puerta en una gruesa cuba de madera.

El matrimonio era una democracia de dos, le gustaba decir a él. Había asumido que el tema del jardín se decidiría, como habían hecho con las cosas de la casa, mediante un proceso de razonables aunque entusiastas consultas en el que se enunciaban las necesidades, se consideraban los gustos mutuos y se valoraba el aspecto financiero. Como consecuencia, no había prácticamente nada en la casa que él detestase activamente, y sí en cambio muchas cosas que merecían su total aprobación. Pero ahora se encontraba a sí mismo silenciosamente ofendido ante los catálogos de muebles de teca que llegaban, las revistas de horticultura apiladas en la mesilla de noche de Martha y su hábito de pedirle que se callara cuando en la radio

daban *La hora de las preguntas para jardineros*. Escuchaba a escondidas los comentarios sobre el geminivirus y la antracnosis, un nuevo tratamiento para la glicinia y los consejos sobre qué plantar bajo un saúco en una ladera orientada al norte. No se sentía amenazado por el nuevo interés de Martha, simplemente le parecía desmesurado.

Se enteró de que el pH era un número que indicaba el grado de acidez o alcalinidad en una determinada solución, al principio era un logaritmo de base 10 vinculado a la concentración de iones de hidrógeno, pero ahora se vinculaba con una fórmula de una solución estándar de potasio-hidrógeno-flalato, que tenía un valor entre 4 y 15 grados centígrados. Bueno, dejémoslo correr, pensó Ken. ¿Por qué no limitarse a coger una bolsa de harina de origen animal y un saco de abono orgánico y mezclarlos con la tierra? Pero Ken era consciente de ese rasgo de su carácter, una tendencia a conformarse con lo aproximativo, lo que una airada novia que tuvo llamaba «simplemente ser increíble y jodidamente perezoso», una descripción que él siempre había valorado.

Así que se leyó buena parte de las instrucciones que acompañaban a su equipo para analizar la tierra, identificó diversas localizaciones clave en el jardín y, lleno de orgullo, se puso sus guantes antes de recoger pequeñas muestras de tierra y meterlas en los tubos de ensayo. Mientras añadía unas gotas de líquido, colocaba el tapón de corcho y agitaba el contenido, echaba un vistazo de tanto en tanto a la ventana de la cocina, con la esperanza de que Martha se mostrase tiernamente divertida por su profesionalidad. Su intento de comportarse con profesionalidad, en cualquier caso. Dejó reposar cada experimento los minutos que requería, sacó un cuaderno de notas y anotó sus hallazgos, y después se dirigió a la siguiente localización. En una o dos ocasiones repitió la prueba cuando el primer resultado había sido dudoso o poco claro.

Martha notó que esa tarde él estaba de muy buen humor. Él removi6 el estofado de conejo, decidió dejarlo cocinándose unos veinte minutos más, llenó una copa de vino blanco para cada uno y se sentó en el brazo de la silla que ocupaba ella. Mientras miraba con complacencia un artículo sobre distintos tipos de gravilla, jugueteó con el pelo de la nuca de su mujer, y con una risueña sonrisa dijo:

—Malas noticias, me temo.

Ella levantó la vista, sin tener claro dónde había que situar su comentario en una escala entre la ligera burla y la advertencia crítica total.

—He hecho las pruebas con la tierra. En algunas zonas las he tenido que repetir más de una vez antes de estar seguro de los resultados. Pero el inspector general está en disposición de exponer sus conclusiones.

—¿Si?

—De acuerdo con los análisis, estimada señora, en su tierra no hay tierra.

—No lo entiendo.

—Es imposible consignar deficiencias en el *terroir*, porque en su tierra no hay tierra.

—Eso ya lo has dicho. ¿Entonces qué hay en lugar de tierra?

—Oh, principalmente piedras. Polvo, raíces, arcilla, malas hierbas, caca de perro, mierda de gato, caquitas de pájaro y cosas por el estilo.

Le gustó la manera en que dijo lo de «su tierra».

Otro sábado por la mañana, tres meses después, con el sol de diciembre tan bajo que al jardín apenas le llegaba un mínimo de calor o luz, Ken entró en casa y tiró los guantes de jardinero.

—¿Qué has hecho con la zarzamora?

—¿Qué zarzamora?

La respuesta le irritó más. El jardín no era tan grande.

—La que había junto a la pared del fondo.

—Oh, esa zarza.

—Esa *zarza* era una zarzamora, con moras. Arranqué dos personalmente para ti y te las puse en la boca.

—Tengo pensado algo para esa pared. Tal vez una viña del Tíbet, pero eso es un poco cobarde. En realidad estaba pensando en una clemátide.

—Has arrancado mi zarzamora.

—¿*Tu* zarzamora? —Siempre se sentía de lo más tranquila cuando sabía, y sabía que él lo sabía, que había hecho algo sin consultarlo. El matrimonio era una democracia de dos, excepto cuando hay empate, en cuyo caso desciende hacia la autocracia—. No era más que una vulgar zarza.

—Tenía planes para ella. Iba a mejorar su pH. La iba a podar y demás. En cualquier caso, sabías perfectamente que era una zarzamora. Y las zarzadoras —añadió con tono profesoral— producen moras.

—De acuerdo, era una zarza.

—¡Una zarza! —Todo el asunto empezaba a resultar ridículo—. Las zarzas producen confitura de moras, que se hace con moras.

—¿Crees que podrías consultar qué deberíamos clavar en el suelo para ayudar a crecer a una clemátide sobre una pared que mira al norte?

Sí, pensó él, podría abandonarte. Pero hasta entonces, olvídale, cambiemos de tema.

—Va a ser un invierno duro. Los corredores de apuestas están ofreciendo sólo 6-4 contra unas navidades nevadas.

—Entonces deberíamos colocar esa valla de plástico para proteger lo que es vulnerable. Y quizá también un poco de paja.

—Cogeré un poco del establo más próximo. —De pronto, ya no estaba enfadado. Si ahora resultaba que ella disfrutaba con el jardín, pues habría que dejarla hacer.

—Espero que nieve copiosamente —dijo él con entusiasmo infantil.

—¿Es lo que queremos?

—Pues sí. Los buenos jardineros rezan por un invierno duro. Mata a todos los bichos.

Ella asintió, asumiendo su petición. Ambos habían llegado al jardín desde puntos de partida diferentes. Ken había crecido en el campo, y se pasó toda la adolescencia soñando con irse a Londres, estudiar en la universidad y trabajar. La naturaleza para él representaba hostilidad o tedio. Recordaba un intento de leer un libro en el jardín, y cómo la combinación de la cambiante luz del sol, el viento, las abejas, las hormigas, las moscas, las mariquitas, el canto de los pájaros y su madre metiéndole prisa habían convertido el estudio al aire libre en una pesadilla. Recordaba haber sido sobornado para cumplir con las tareas manuales que le tocaban y ante las que se mostraba reticente. Recordaba a su padre recolectando cantidades ingentes de verduras y cajas enteras de frutas. Su madre llenaba diligentemente el cajón del congelador con la sobreabundancia de judías y guisantes, frambuesas y grosellas; y cada año, con aire de culpabilidad, mientras papá estaba fuera, tiraba a la basura todas las bolsas que encontraba que tuviesen más de dos años. Su versión casera de la rotación de cultivos, se imaginaba él.

Martha era una chica de ciudad, que consideraba la naturaleza esencialmente benévola, que se maravillaba ante el milagro de la germinación y le daba la tabarra a él para que fueran de paseo por el campo. Y en los últimos meses, había desarrollado un celo de autodidacta. Él se veía a sí mismo como un aficionado con intuición, a ella la veía como una tecnócrata.

—¿Más estudio? —preguntó él con tono afable cuando se metió en la cama. Ella estaba leyendo *Plantas trepadoras y de pared* de Ursula Buchan.

—No hay nada malo en estudiar, Ken.

—Como yo sé muy bien para mi desgracia —replicó él, mientras apagaba la luz de su mesilla de noche.

No era una pelea, ya no; tan sólo una discrepancia asumida. Martha, por ejemplo, creía que lo más sensato al cocinar era seguir una receta. «¿No puedes hacer una tortilla sin romper el lomo de un libro de cocina?», había comentado él con tono grave en una ocasión. Él, en cambio, prefería limitarse a echar un vistazo a la receta para coger cuatro ideas y apañárselas solo. A ella le gustaban las guías de viaje, y utilizaba un mapa incluso cuando paseaba por la ciudad; él prefería guiarse por su brújula interna, los descubrimientos al azar, el placer de perderse de manera creativa. Eso generaba unas cuantas discusiones en el coche.

Ella también le señaló que, en lo referente al sexo, sus planteamientos eran

contrapuestos. Él había confesado haber estudiado previamente el tema a fondo, mientras que ella, tal como lo expresó en una ocasión, había aprendido ejerciendo. Él había replicado que esperaba no tener que ahondar en las connotaciones de esa expresión. Pero no había ningún problema en su vida sexual, al menos por lo que a él respectaba. Quizá gozaban de lo que se necesita en toda asociación: un ratón de biblioteca y una persona instintiva.

Mientras pensaba en eso, notó lo que le pareció una erección monstruosa, que parecía haberle pillado desprevenido. Se volvió hacia Martha y posó la mano izquierda sobre su cadera de un modo que podía o no interpretarse como una señal, dependiendo del humor.

Al percatarse de que estaba despierto, Martha murmuró:

—Estaba pensando en plantar un *Trachelospermum jasminoides*, pero me temo que la tierra es demasiado ácida.

—Me parece muy bien —respondió él en un susurro.

A mediados de diciembre nevó, al principio una tramposa aguanieve que en cuanto tocaba el suelo se deshacía, aunque después se llegaron a acumular unos cinco centímetros. Cuando Ken regresó a casa del trabajo, una gruesa capa blanca colgaba de las hojas planas del laurel, lo que generaba una desconcertante visión. A la mañana siguiente, se llevó la cámara hasta la puerta de la casa.

—¡Qué *cabrones!* —gritó hacia el interior de la casa. Martha bajó al recibidor en bata—. Mira, qué *cabrones* —repitió él.

Allí sólo había una tina de roble llena de tierra hasta la mitad.

—Había oído hablar del robo de árboles de Navidad...

—Los vecinos ya nos lo advirtieron —dijo ella.

—¿Sí?

—Sí, el del número 47 nos dijo que deberíamos atarlo con una cadena a la pared. Tú le dijiste que la idea de encadenar árboles te parecía tan horrible como la de encadenar osos o esclavos.

—¿Dije eso?

—Sí.

—Me parece un poco grandilocuente.

Ella rodeó con su antebrazo cubierto del rizo de la bata el de él y juntos se metieron en casa.

—¿Deberíamos llamar a la policía?

—Sospecho que ese árbol ya debe estar plantado en alguna parte de las profundidades de Essex —respondió él.

—No es una fatalidad, ¿verdad?

—No, no es una fatalidad —dijo él con firmeza—. No creemos en la fatalidad. Simplemente algún vivales lo vio ahí, con toda esa nieve sobre las hojas, y se vio

arrastrado por un inusual arrebato de goce estético.

—Te veo muy indulgente.

—Deben ser las navidades o algo por el estilo. Por cierto, ¿sabes ese ornamento acuático que querías colocar entre la rosaleta y la exhibición de hojas?

—Sí. —No reaccionó a la caricaturesca terminología empleada por él.

—¿Qué pasará con los mosquitos?

—El agua estará siempre circulando. De este modo los evitas.

—¿Cómo?

—Con una bomba. Podemos tirar un cable desde la cocina.

—En ese caso sólo tengo una objeción. ¿Podemos, por favor, te lo ruego, no llamarlo ornamento acuático? Cascada, surtidor, estanque, río en miniatura, cualquier cosa menos «ornamento».

—Ruskin decía que trabajaba mejor escuchando el sonido del agua.

—¿Y no le provocaba ganas de orinar todo el rato?

—¿Por qué iba a pasarle eso?

—Porque a los tíos nos pasa. Tendrías que instalar un lavabo cerca.

—Estás de muy buen humor.

Probablemente era por la nieve, que siempre le levantaba el ánimo. Pero también se debía a que en secreto había mandado una solicitud para un huerto de alquiler situado entre la planta de purificación de agua y las vías del tren. Alguien le había comentado que la lista de espera no era demasiado larga.

Dos días después, al salir para ir al trabajo, cerró la puerta y se dirigió directamente hacia el montón de tierra.

—¡Los muy *cabrones*! —Esta vez lo dijo para que lo oyesen en toda la calle.

Habían vuelto y se había llevado la tina de roble, dejando sólo la tierra.

La primavera estuvo marcada por una serie de visitas al centro de jardinería local los sábados por la mañana. Ken dejaba a Martha en la puerta principal, llevaba el coche al aparcamiento y dedicaba más tiempo del necesario a bajar el asiento trasero para dejar espacio para el abono, la arcilla, la turba, las astillas de madera o la grava que hubiera que comprar siguiendo los consejos de la última lectura de su mujer. Después, él se sentaba en el coche un rato más, con la excusa de que de todos modos no le era de gran ayuda en la elección de lo que había que comprar. Estaba encantado de pagar por la abultada carga del carrito de plástico amarillo que normalmente acompañaba a Martha hasta la caja. De hecho, a él le parecía el trato perfecto: la acompañaba hasta allí, se sentaba en el coche a esperarla, se encontraba con ella en la caja y pagaba, después regresaban a casa en coche y pagaba de nuevo, esta vez el riesgo de padecer una hernia al sacar todas las compras del maletero y arrastrarlas por la casa hasta el jardín.

Sin duda, tenía algo que ver con su infancia, con recuerdos envenenados de recorridos por guarderías mientras sus padres elegían plantas para trasplantar. No es que Ken considerase razonable echarles la culpa de todo a sus padres a esas alturas; si hubiesen sido gastrónomos y latosos amantes del vino, él podía haber acabado convertido en un vegano abstemio, pero aun así sería su responsabilidad. Con todo, había algo sobre los centros de jardinería —esos abastecedores de *rus in urbe*, con sus tinas, tiestos y enrejados, sus paquetes de semillas, germinados y arbustos, sus ovillos de cordel y alambre de espino envuelto en plástico verde, su veneno en gránulos para babosas, artilugios para ahuyentar zorros, sistemas de riego y velas para jardín, todos esos pasillos rebosantes de verdor y llenos de esperanzas y promesas, a lo largo de los cuales desfilaba gente amigable de piel quemada por el sol y ataviados con sandalias, mostrándose unos a otros botellas de plástico rojo de fertilizante para tomates—, algo sobre todo eso que verdaderamente le tocaba las narices.

Y siempre le devolvía al final de la adolescencia, una época en la que el miedo y la desconfianza hacia el mundo estaba a punto de transformarse en titubeante amor, cuando la vida estaba lista para dar irremisiblemente un tumbó en una u otra dirección, cuando, ahora era plenamente consciente de ello, uno tenía la última oportunidad de ver con claridad antes de ser arrojado al exigente trabajo de ser tú mismo entre los demás, momento a partir del cual todo sucedía demasiado rápido para poder ser analizado adecuadamente. Pero entonces, justo entonces, él se había especializado en ver a través de la hipocresía y las mentiras de la vida adulta. Lo cierto es que su pueblo de Northamptonshire no incluía a ningún evidente Rasputín o Himmler, de modo que el mapa de la gran falla moral de la humanidad tenía que trazarse a partir del probablemente poco representativo ejemplo de los progenitores de sus amigos. Pero eso hacía que sus hallazgos fuesen más valiosos. Y le había satisfecho detectar el vicio oculto en la aparentemente inocua, por no decir saludable, ocupación de la jardinería. Envidia, codicia, resentimiento, la estreñida negación del elogio y su falsa generosidad, ira, concupiscencia, codicia y otros varios pecados capitales que no lograba recordar. ¿Asesinato? Bueno, ¿por qué no? Sin duda cierto holandés había exterminado a varios holandeses para conseguir la posesión de un bulbo o tubérculo o como se llamaran —sí, bulbo— durante el tiempo que duró esa locura conocida como tulipomanía.

Y, en una escala de maldad más normal y a la altura de la decencia inglesa, había notado cómo incluso viejos amigos de sus padres se volvían herméticos y mezquinos cuando les enseñaban el jardín, con un aluvión de comentarios del tipo «¿Cómo habéis conseguido que florezca tan pronto?» y «¿Dónde habéis encontrado esto?» y «Estáis de suerte con la tierra que tenéis». Recordaba a una corpulenta vieja con unos pantalones de montar de tweed que dedicó cuarenta minutos al examen matutino del

escaso cuarto de hectárea de sus padres y al acabar se limitó a emitir este remilgado comunicado: «Está claro que a ustedes la helada les ha llegado antes que a nosotros.» Había leído historias sobre ciudadanos por lo demás irreprochables que penetraban en los grandes jardines de Inglaterra con tijeras de podar ocultas y bolsillos furtivos en los que escondían su botín. No era de extrañar que ahora hubiese cámaras de vigilancia y guardas uniformados en algunos de los parajes más silvestres y bucólicos de la campiña. El secuestro de plantas estaba muy extendido, y tal vez la rapidez con la que se había recuperado del robo de su laurel no había tenido nada que ver con la alegría de la nevada invernal, sino con que confirmaba uno de los descubrimientos morales clave de su adolescencia.

Habían pasado la tarde del día anterior sentados en el banco de teca de jardín que les habían entregado recientemente, con una botella de vino rosado en medio. Por una vez, no se escuchaba ninguna música estúpida procedente de la casa de algún vecino, ninguna alarma de coche, ni el estruendo de ningún avión, tan sólo el silencio, en este caso únicamente roto por un grupo de ruidosos pájaros. Ken no estaba muy al día sobre los temas relacionados con los pájaros, pero sabía que se habían producido algunos cambios importantes: había muchos menos gorriones y estorninos que antes, aunque lo cierto es que no los echaba precisamente de menos; y lo mismo sucedía con las golondrinas y otros bichos por el estilo; todo lo contrario que con las urracas. No sabía lo que eso podía significar, ni cuál era la causa. ¿La polución, el veneno en gránulos, el calentamiento global? Tal vez esa vieja ladina llamada evolución. También se había producido un incremento del número de loros —a menos que fuesen periquitos— en muchos parques de Londres. Un par de ejemplares en cautividad habían escapado y se habían multiplicado, arreglándoselas para sobrevivir durante los suaves inviernos ingleses. Ahora chillaban desde la copa de los plátanos; él incluso había visto uno agarrado al comedero para pájaros de un vecino.

—¿Por qué son tan ruidosos estos malditos pájaros? —preguntó en un tono meditativo y de simulado enojo.

—Son mirlos.

—¿Ésa es la respuesta a mi pregunta?

—Sí —replicó ella.

—¿Te importa explicárselo a un simple chaval de pueblo? ¿Por qué tienen que ser tan jodidamente ruidosos?

—Tiene que ver con marcar su territorio.

—¿Y no puedes defender tu territorio sin hacer tanto ruido?

—No si eres un mirlo.

—Humm.

De todos modos, pensó él, también los seres humanos defienden su territorio, pero disponen de herramientas y máquinas para hacer ruido. Había arreglado el

enladrillado allí donde la argamasa se había desprendido y había colocado un enrejado que elevaba el muro de separación. Había colocado unas rústicas mamparas de madera trenzada para dividir las diversas secciones del jardín. Incluso había contratado a una persona para que trazase un sinuoso caminito y tendiese cable eléctrico hasta donde, al pulsar un interruptor, el agua manaría sobre grandes piedras ovaladas importadas desde una lejana playa escocesa.

Esa primavera también mejoró la calidad de la tierra allí donde se requería y tal como debía hacerse. Cavó donde Martha le pidió que cavase. Inició lo que prometía ser una larga campaña contra las malas hierbas. Se preguntó si amaba a Martha tanto como siempre, o si simplemente estaba interpretando una rutina marital que invitaba a los demás a deducir lo mucho que la amaba. Le informaron de que estaba el tercero en la lista de espera para el huerto. Imitaba las voces de los expertos de *La hora de las preguntas de los jardineros* hasta que Martha le dijo que ya no resultaba gracioso.

Le importunó un golpeteo cerca de su oreja. Abrió los ojos. Martha había arrastrado hasta el aparcamiento el carrito de plástico amarillo, lleno hasta los topes.

—He intentado avisarte con el móvil...

—Disculpa, cariño. No lo he traído. Está a kilómetros de aquí. ¿Has pagado?

Martha se limitó a asentir. No estaba exactamente enfadada. Ya se esperaba que él desertase en cuanto llegasen al centro de jardinería. Ken bajó del coche y empezó a cargar el botín impetuosamente. Esta vez no había nada capaz de provocar una hernia, pensó.

A Martha las barbacoas le parecían una vulgaridad. No utilizaba esa palabra, pero tampoco era necesario. A Ken no había nada que le gustase más que el olor de la carne cocinándose sobre carbón encendido. A ella no le gustaba ni el acontecimiento ni el equipo requerido. Él había sugerido comprar uno de esos pequeños artilugios —¿cómo se llamaban?—, sí, un *hibachi*, que, de hecho, ¿no era un invento japonés y por lo tanto apropiado para esta pequeña conspiración de la tierra de Dios? A Martha apenas le hizo gracia su nueva incursión en los chistes japoneses, pero no dijo nada. Al final aceptó la adquisición de un pequeño y lustroso artilugio de terracota con forma de barril en miniatura colocado verticalmente; era una especie de horno étnico en oferta especial a través del *Guardian*. Ken tuvo que prometer no utilizar jamás en él combustible para encender barbacoas.

Ahora que había llegado el verano, estaban correspondiendo a la hospitalidad recibida cuando su casa era un caos. A las ocho de la tarde todavía había luz cuando llegaron Marion, Alex, Nick y Anne, pero el calor del día, aunque tampoco había sido extremo, empezaba a disiparse. Las dos invitadas lamentaron de inmediato no haberse puesto medias y haberse ataviado con ropa excesivamente veraniega, y pensaron que era poco hospitalario por parte de Martha haberse puesto la ropa

apropiada para lidiar con el fresco del anochecer. Pero como les habían invitado para cenar en la terraza, cenar en la terraza es lo que harían. Hicieron bromas sobre el ponche caliente de vino y especias y sobre el espíritu del Blitz, y Alex simuló calentarse las manos en el pequeño horno de terracota, y mientras lo hacía casi lo vuelca.

Mientras Ken maniobraba con los muslos de pollo, pinchando con una brocheta para ver si estaban hechos, Martha obsequió a sus huéspedes con «una visita al jardín». Como nunca se alejaban más allá de unos pocos metros, Ken escuchaba todos los halagos consagrados a la ingenuidad de Martha. Por unos instantes, se sintió de nuevo como un adolescente rebotado, tratando de evaluar la sinceridad o hipocresía de cada interlocutor. Entonces sus enrejados cosecharon elogios, unas alabanzas que él consideró que eran completamente sinceras. Un instante después, escuchó a Martha explicando que el fondo del jardín «era un mero amasijo de horribles zarzas cuando llegamos».

Empezaba a oscurecer cuando se inclinaron sobre el entrante de pera, nueces y gorgonzola. Alex, que manifiestamente no había prestado la menor atención durante la visita, dijo:

—¿Os habéis dejado un grifo abierto en algún lado?

Ken miró a Martha, pero decidió no aprovecharse.

—Debe ser en la casa de al lado —dijo—. Los vecinos son un desastre.

Martha parecía agradecida, así que Ken pensó que podía contar la historia del equipo para analizar la tierra. La exageró un poco, autorretratándose como un científico loco y posponiendo el golpe de efecto todo lo posible.

—Y entonces entré y le dije a Martha: «Malas noticias, me temo. En tu tierra no hay tierra.»

Se produjeron unas risas gratificantes. Y Martha se sumó a ellas; él supo que de ahora en adelante ésta se convertiría en una de sus anécdotas recurrentes.

Sintiéndose respaldado, Ken decidió encender las velas del jardín, unas torres de cera de casi un metro que prendieron rápidamente y le hicieron pensar vagamente en las ceremonias de los triunfos romanos. También aprovechó para cerrar lo que para sus adentros sería siempre el ornamento acuático.

Ahora el fresco se había convertido en frío. Ken sirvió más vino tinto y Martha propuso pasar dentro, sugerencia que todos rechazaron amablemente.

—¿Dónde está todo ese calentamiento global cuando lo necesitamos? —preguntó Alex con tono festivo.

Después discutieron sobre los hornillos para terrazas —que la verdad es que calentaban un montón, pero eran tan poco ecológicos que resultaba antisocial comprarse uno—, la huella de carbono, la pesca sostenible, los mercados de granjeros locales, los coches eléctricos frente al biodiésel, los parques eólicos y la energía solar.

Ken escuchó el amenazador zumbido de un mosquito cerca de su oreja, no hizo caso, y ni siquiera hizo una mueca de dolor cuando notó la picadura. Permaneció allí sentado y disfrutó de haberse salido con la suya.

—He conseguido un huerto de alquiler —anunció. El cobarde ardid marital de dar la noticia en una reunión con amigos. Pero Martha no dejó entrever ni sorpresa ni despecho, se limitó a sumarse al brindis para celebrar la loable nueva afición de Ken. Le preguntaron sobre el precio y la ubicación, sobre la calidad de la tierra y sobre lo que pretendía cultivar allí.

—Moras —dijo Martha antes de que él pudiera responder. Y le sonrió con ternura.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Cuando envié el catálogo de Marshalls. —Martha le había pedido que comprobase si sus cálculos eran correctos; no es que ella no estuviese segura de su competencia sumando, pero había un montón de pequeñas cantidades que a menudo acababan en 99 peniques, y además ése era el tipo de asuntos de los que se encargaba Ken. Como también de escribir el cheque, lo cual había hecho después de añadir un par de cosas al pedido. Entonces se lo había devuelto a Martha, porque ella era laGuardiana de los Sellos—. Y me di cuenta de que habías encargado dos matas de zarzamora. Creo recordar que de una variedad llamada Lago Tay.

—Eres un horror para los nombres —dijo él, mirándola de reojo—. Un horror y una maga.

Se produjo un breve silencio, como si se hubiese desvelado por error algo íntimo.

—Ya sabes lo que podríamos plantar en ese huerto —empezó Martha.

—¿A qué viene esa mierda de *podríamos*, Rostro Pálido? —respondió él antes de que ella pudiese continuar. Era una de sus bromas conyugales, siempre lo había sido; pero al parecer no les era familiar a este grupo de amigos, que no sabían si hacía referencia a alguna vieja pelea. De hecho, tampoco él lo tenía claro; últimamente le sucedía a menudo.

Como el silencio se prolongaba, Marion dijo:

—No me gusta tener que comentarlo, pero me están picando las chinches. —Tenía una mano sobre el tobillo.

—¡A nuestros amigos no les gusta nuestro jardín! —gritó Ken, con un tono de voz que trataba de dejar claro a todo el mundo que no había entre ellos ninguna pelea. Pero había algo histérico en la inflexión, una señal que provocó que sus invitados intercambiasen una mirada conyugal llena de sobreentendidos, declinaran una selección de tés y cafés, y preparasen sus últimos cumplidos.

Más tarde, desde el lavabo, él preguntó:

—¿Tienes un poco de esa crema H^c45?

—¿Te han picado?

Él se señaló un lado del cuello.

—Por el amor de Dios, Ken, tienes cinco picaduras. ¿No te las habías notado?

—Sí, pero no iba a comentarlo. No quería que nadie criticase tu jardín.

—Pobrecito. Todo un mártir. Te deben haber picado porque tu carne es dulce. A mí me han dejado tranquila.

Ya en la cama, demasiado cansados para leer o hacer el amor, resumieron ociosamente la velada, cada uno alentando al otro a concluir que había sido un éxito.

—Oh, soy gilipollas —dijo él—. Creo que me he dejado un trozo de pollo en el barrilito. Quizá será mejor que baje y lo entre.

—No te preocupes —dijo ella.

Durmieron hasta tarde la mañana del domingo, y cuando él corrió un poco la cortina para ver qué tiempo hacía, vio que el horno de terracota se había volcado y que la tapa se había partido en dos.

—Malditos zorros —dijo en voz baja, sin estar seguro de si Martha estaba o no despierta—. O malditos gatos. O malditas ardillas. Maldita naturaleza en cualquier caso.

Permaneció junto a la ventana, sin saber si volver a la cama o bajar y poco a poco empezar un nuevo día.

EN CASA DE PHIL Y JOANNA 3: MIRAD, SIN MANOS

Por una vez, la temperatura permitía cenar al aire libre, alrededor de una mesa cuyo tablero de listones estaba empezando a combarse. Al poner la mesa habían encendido unas velas resguardadas en farolillos de hojalata, que ahora empezaban a resultar útiles. Habíamos discutido sobre los primeros cien días de Obama, y sobre más cosas: su rechazo a la tortura como instrumento al servicio del Estado, la complicidad británica en la interpretación de la extraterritorialidad, las primas de los banqueros y cuánto podía faltar para las siguientes elecciones generales. Habíamos intentado establecer paralelismos entre el amenazante brote de gripe de origen porcino y la gripe aviaria que nunca llegaba, pero nos faltaba alguien que pudiese ejercer de algo parecido a un epidemiólogo. Y entonces se produjo un silencio.

—Estaba pensando que... la última vez que nos reunimos...

—Ante este desvencijado tablero...

—Preparado para nosotros por... Rápido, sugeridme algunos clichés...

—Perfecta anfitriona.

—Un auténtico Trimalción.

—La señora Quickly.^[8]

—No me convencen. Así que... Phil y Joanna, llamémosles así, los epítomes de la hospitalidad.

—Esa lengua, por cierto...

—¿Era *lengua*? Dijiste que era ternera.

—Bueno, lo era. La lengua es ternera. Lengua de buey, lengua de ternera.

—Pero..., pero a mí no me gusta la lengua. Ha estado en la boca de una vaca muerta.

—Y la última vez que nos reunimos aquí, vosotros dos..., tortolitos desposados, nos hablasteis de enviar tarjetones de San Valentín. Y sobre esa amiga vuestra que se iba a grapar el estómago para cuando su marido volviese a casa.

—De hecho era una liposucción.

—Y alguien preguntó si eso era amor o vanidad.

—Inseguridad femenina, creo que fue la opción elegida.

—Detalle informativo. ¿Eso se produjo antes o después de que su semental se sometiese a su radical testectomía o como se llame?

—Oh, mucho antes. Y de todos modos al final ella no se lo hizo.

—¿No?

—Pensaba que os lo había dicho.

—Pero estuvimos hablando sobre..., ¿cuál fue la expresión de Dick?..., intrusión posterior.

—Bueno, pues al final no se lo hizo. Estoy segura de que os lo dije.

—Y, para volver al tema al que iba, alguien preguntó si alguno de nosotros se sentía con ganas de hacer el amor al llegar a casa después de irse de aquí.

—Pregunta que mayormente no obtuvo respuesta.

—¿Es ahí adonde quieres llevarnos, David, con este socrático prólogo?

—No. Quizá sí. No, no exactamente.

—Guíanos, pues, Macduff.^[9]

—Esto me hace pensar en cuando tienes a un montón de tiarrones alrededor de una mesa y alguien comenta que el tamaño del nabo está directamente relacionado con... Dick, ¿por qué escondes las manos?

—Porque sé cómo acaba la frase. Y porque, sinceramente, no quiero incomodar a nadie obligándolo a deducir la magnificencia de mí, como tú dices, nabo.

—Sue, una pregunta. La clase aprendió en la última lección la diferencia entre un símil y una metáfora. Pues bien, ¿qué figura retórica consideras que plasma mejor la comparación entre el tamaño de las manos de un hombre y el tamaño de su nabo?

—¿Hay una figura retórica llamada fanfarronería?

—Existe esa figura para comparar lo más pequeño con lo más grande. La parte con el todo. ¿Litotes? ¿Endíadis? ¿Anacoluto?

—A mí todos estos términos me suenan a centros de vacaciones griegos.

—Tal como estaba tratando de explicar, no hablamos de amor.

—...

—...

—...

—...

—...

—...

—A eso me refiero.

—Un amigo mío decía que no creía que fuese posible ser feliz durante más de dos semanas seguidas como mucho.

—¿Quién era ese miserable cabrón?

—Un amigo mío.

—Muy sospechoso.

—¿Por qué?

—Bueno, *un amigo mío*... ¿Alguien recuerda a Matthew? ¿Sí? ¿No? Era un gran *coureur de femmes*.

—Traducción, por favor.

—Oh, follaba por Inglaterra. Una energía asombrosa. Y un constante... interés. En cualquier caso, hubo un momento en el que, ¿cómo lo diría?, bueno, en que las mujeres empezaron a utilizar sus manos, sus dedos, sobre sus propios cuerpos

mientras hacían el amor.

—¿Y cuándo exactamente fecharías este acontecimiento?

—¿Entre el levantamiento de la prohibición de *El amante de Lady Chatterley* y el primer LP de los Beatles?

—No, ya que lo preguntas. Fue más tarde. Más bien en los setenta...

—Y Matthew se percató de este... cambio sociológico antes que la mayoría, ya que era más diligente en el trabajo de campo, y decidió ponerlo en práctica con una mujer que conocía..., no una novia, o una ex, sino alguien con quien podía hablar de todo. Una confidente. Así que, mientras tomaban una copa, le dijo como quien no quiere la cosa: «Un amigo mío me dijo el otro día que había caído en la cuenta de que ahora las mujeres usan más las manos mientras hacen el amor.» Y esa mujer respondió: «Bueno, tu amigo debe tener una polla muy pequeña. O no debe ser muy bueno usándola.»

—Un guantazo en plenos morros, ¿eh?

—El tipo murió, muy joven. De un tumor cerebral.

—Un amigo mío...

—¿Es «un amigo mío» o «*un amigo mío*»?

—Will. ¿Te acuerdas de él? Tuvo un cáncer. Era un gran bebedor, un gran fumador y un gran seductor. Y recuerdo a qué órganos había afectado el cáncer cuando se lo detectaron: hígado, pulmones y uretra.

—La figura retórica para esto es: justicia poética.

—Pero resulta un poco inquietante, ¿no os parece?

—¿Estás diciendo que Matthew murió de un tumor cerebral porque follaba mucho? ¿Cómo se come eso?

—Tal vez tenía el sexo en el cerebro.

—El peor sitio para tenerlo, como sentenció un sabio.

—El amor.

—Jesús. *Gesundheit*.

—Leí en alguna parte que en Francia cuando un tipo llevaba la bragueta bajada, la manera educada de que otro le llamase la atención al respecto era decir: «*Vive l'Empereur*.» Aunque nunca he oído a nadie decirlo. Ni entiendo cuál es la relación.

—Quizá se supone que la punta del falo se parece a la parte superior de la cabeza de Napoleón.

—Habla por ti.

—O a ese sombrero que siempre lleva en las caricaturas.

—Odio la palabra «nabo». Y todavía más cuando se usa hablando de copular: «le metió el nabo», puaj.

—El amor.

—...

—...

—...

—Bien. Me alegro de haber captado vuestra atención. Es de eso de lo que no hablamos. Del amor.

—Guau. Tranquilo, muchacho. No vayamos a provocar una estampida.

—Larry corroborará lo que digo. En calidad de residente extranjero.

—Sabéis, cuando llegué aquí por primera vez, lo que más me llamó la atención fue que os pasabais el día haciendo chistes y que utilizabais con frecuencia esa palabra de cuatro letras que empieza por C.

—¿En Estados Unidos no la usáis?

—Yo diría que sin duda la evitamos cuando hay mujeres presentes.

—Qué curioso. Y qué soberanamente irónico, si no te importa que lo diga.

—Pero Larry, has demostrado mi teoría. Contamos chistes en lugar de hablar en serio, y hablamos de sexo en lugar de hablar de amor.

—Creo que los chistes son una buena manera de hablar en serio. A menudo la mejor manera.

—Sólo un inglés puede pensar así, o decirlo.

—¿Quieres que me disculpe por ser inglés o algo por el estilo?

—No te pongas a la defensiva.

—¿Por casualidad me estás llamando gilipollas?

—Los hombres hablan de sexo, las mujeres hablan de amor.

—Y un huevo.

—Bueno, ¿y por qué ninguna mujer ha abierto la boca desde hace un buen rato?

—Me estaba preguntando si el tamaño de las manos de una mujer estará relacionado con la cantidad de veces que tiene que utilizarlas cuando se acuesta con su marido.

—Dick, haz el favor de cerrar el pico.

—Chicos. Shhh. Los vecinos. A estas horas de la noche todo se oye mucho más.

—Joanna, dinos qué opinas tú.

—¿Por qué yo?

—Porque te lo he preguntado.

—Muy bien. No creo que haya habido una época, al menos no durante mi vida, en la que hombres y mujeres se reunieran en grupo y se pusieran a hablar sobre el amor. Es cierto que hablamos mucho más sobre sexo, o al menos nosotras os escuchamos mucho más a vosotros hablar sobre sexo. También creo..., bueno ahora es prácticamente un cliché, que si las mujeres supiesen lo que dicen de ellas los hombres a sus espaldas, no les parecería muy alentador. Y si los hombres supieran lo que dicen de ellos las mujeres a sus espaldas...

—Se les marchitaría la polla.

—Las mujeres pueden simularlo. Los hombres no. Es la ley de la selva.

—La ley de la selva es la violación, no la simulación del orgasmo.

—El ser humano es la única criatura que puede reflexionar sobre su propia existencia, imaginar su propia muerte y simular un orgasmo. No somos los elegidos de Dios por casualidad.

—Un hombre puede simular el orgasmo.

—¿En serio? ¿Quieres compartir un secreto?

—Una mujer no siempre sabe si el hombre se ha corrido. Me refiero por sensibilidad interna.

—Éste es otro momento de vamos-a-esconder-las-manos-debajo-de-la-mesa.

—Bueno, pero de todos modos un hombre no puede simular una erección.

—La polla nunca miente.

—El sol también se levanta.

—¿Cuál es la conexión?

—Oh, los dos parecen títulos de libros. Pero sólo uno lo es.^[10]

—Pero en realidad la polla miente.

—¿Estáis seguros de que queremos seguir por ahí?

—Los nervios de la primera vez. No es que tú no tengas ganas, simplemente es que tu polla te deja colgado. Miente.

—El amor.

—Una vieja amiga nuestra, neoyorquina, después de ejercer como abogada durante años y años, decidió reciclarse apuntándose a una escuela de cine. En aquel entonces ya estaba en la cincuentena. Y se encontró rodeada de chavales treinta años más jóvenes. Ella les escuchaba y a veces le hacían confidencias sobre sus vidas, ¿y sabéis a qué conclusión llegó? Que no se lo pensaban dos veces para acostarse con alguien, pero sentían verdadero pánico a intimar, o a que alguien intimase con ellos.

—¿Y cuál es la conclusión?

—Que les aterraba el amor. Les aterraba... depender de alguien. O que alguien dependiese de ellos. O ambas cosas.

—Les aterraba el sufrimiento.

—Más bien les aterraba cualquier cosa que pudiese interferir en sus carreras. Ya sabéis, Nueva York...

—Quizá. Pero creo que Sue tiene razón. Les aterraba el sufrimiento.

—En la última cena, o en la anterior, alguien preguntó si existía el cáncer de corazón. Por supuesto que sí. Y se llama amor.

—¿Son tambores lejanos y chillidos de monos lo que oigo?

—Mis condolencias a tu cónyuge.

—Vamos. Dejaos de ironías. Dejad de pensar en con quién estáis casados o al lado de quién estáis sentados. Pensad en lo que ha representado el amor en vuestras

vidas y el papel que ha tenido en las vidas de otras personas.

—¿Y?

—Sufrimiento.

—Como dice el dicho, no hay ganancia sin dolor.

—Yo he conocido el dolor sin ganancia alguna. La mayor parte de las veces, de hecho. «El dolor os hará hombres»..., siempre he sabido que era una mentira cargada de moralina. El sufrimiento empequeñece al individuo. El dolor lo degrada.

—Bueno, yo me he sentido humillado, he sufrido, porque la última vez que estuvimos aquí os conté con mucha discreción lo de los recipientes para analizar heces para detectar el cáncer de colon...

—Que dijiste que enviaste el día de San Valentín.

—Y ningún cabrón ni ninguna golfa ha tenido el detalle de preguntarme si ya tengo los resultados.

—Dick, ¿ya tienes los resultados?

—Sí, una carta de alguien cuyo cargo, según constaba debajo de la ilegible firma, era..., no os lo vais a creer, director del Sistema Radial.

—No entraremos en esto.

—Y en la carta me decía que mis resultados eran normales.

—Ajá.

—Eso es estupendo, Dick.

—Y después, en el siguiente párrafo, la carta me informaba, y cito de memoria (¿aunque de qué va a citar uno sino de memoria?), que, *cito*: ningún análisis es cien por cien fiable, de modo que un resultado normal no garantiza que no tenga, o no vaya a padecer jamás, un cáncer de colon.

—Bueno, realmente no pueden *garantizarlo*, ¿no?

—Todo esto es para evitar demandas.

—Hoy en día todo es para evitar demandas.

—Por lo tanto, por ejemplo, un acuerdo prematrimonial..., para volver a encarrilar lo que estábamos hablando. Larry, ¿tú dirías que un acuerdo prematrimonial es una prueba de amor o de inseguridad?

—No lo sé, nunca he firmado uno. Supongo que la mayoría de las veces es cosa de los abogados que velan por el patrimonio familiar. Quizá no tenga nada que ver con cómo te sientes, no es más que un protocolo social. Como lo de simular que te crees todo lo que se dice durante la celebración de la ceremonia nupcial.

—Yo me lo creí. Hasta la última palabra.

—«Prometo quererte y respetarte...», oh, qué recuerdos. Vaya, Joanna me está mirando con el ceño fruncido otra vez.

—El cáncer de corazón, no de colon, es el tema.

—Tú sostienes que amar es sufrir, ¿verdad, Joanna?

—No, sólo estoy pensando en algunas personas..., hombres, sí, de hecho son todos hombres, que jamás han sufrido por amor. Que de hecho son incapaces de sufrir por amor. Que montan un sistema de evasión y control que les garantiza que jamás sufrirán.

—¿Y es eso tan poco razonable? Parece el equivalente emocional de un acuerdo prematrimonial.

—Puede que sea *razonable*, pero confirma lo que estoy diciendo. Algunos hombres pueden coger todo el lote: sexo, matrimonio, paternidad, cariño, sin sufrir de verdad lo más mínimo. Sentirán frustración, vergüenza, aburrimiento, enojo..., eso es todo. Su idea del sufrimiento es cuando una mujer no les corresponde con sexo a una invitación a cenar.

—¿Quién dijo que los hombres eran más cínicos que las mujeres?

—No soy cínica. Todos podemos mencionar a un par de personas que son así.

—¿Pretendes decir que si no sufres no estás enamorado?

—Por supuesto que no quiero decir eso. Lo único que pretendo decir es que, bueno, es como con los celos. No puede existir el amor sin la posibilidad de los celos. Si tienes suerte, puede que nunca los sientas, pero si la posibilidad, si la capacidad de sentirlos no está ahí, entonces es que no estás enamorado. Y lo mismo sucede con el sufrimiento.

—¿Entonces Dick no iba tan mal encaminado después de todo?

—¿...?

—Bueno, no tiene cáncer de colon, pero existe la posibilidad de que pueda tenerlo, ahora o en el futuro.

—Gracias. Me siento reivindicado. Sabía que sabía de qué estaba hablando.

—Tú y el director del Sistema Radial.

—Estáis hablando de Pete, ¿verdad?

—¿Qué Pete? ¿El director del Sistema Radial?

—No, Pete, el tipo que jamás sufría.

—Pete es uno de esos que llevan la cuenta. Ya sabéis, del número de mujeres. Recordaba el día exacto en que llegó a la decena y el día en que alcanzó las cincuenta.

—Bueno, todos llevamos la cuenta.

—¿En serio?

—Sí, yo recuerdo perfectamente cuando llegué a dos.

—En mi caso, yo he contabilizado un buen número de medias tintas, ya me entendéis.

—Demasiado bien. Pues eso sí que te habrá hecho sufrir.

—No, eso es lo que Pete llamaría sufrir. Pero no es más que orgullo mancillado. Él padece orgullo mancillado y ansiedad. Es lo más que se acerca al sufrimiento.

—Un tío sensible. ¿Cómo no va a despertarnos simpatía? ¿Se casó alguna vez?

—Dos. Las dos acabaron mal.

—¿Por qué?

—Fastidio, cierta autocompasión, hastío. Pero nada más contundente.

—Entonces, según tú, ¿jamás ha amado?

—Efectivamente.

—Pero él nunca lo admitiría. Diría que ha estado enamorado. En más de una ocasión.

—Sí, probablemente diría que docenas de veces.

—Lo que no soporto es la hipocresía.

—Yo no sería capaz de decir una cosa así, ¿verdad?

—Bueno, quizá no esté tan mal.

—¿El qué?

—El creer que has estado enamorado, o que estás enamorado. ¿No es eso algo bueno?

—No si no es verdad.

—Un momento. Me parece detectar cierto corporativismo por aquí. Sólo nosotras hemos estado enamoradas porque sólo nosotras hemos sufrido.

—No estaba diciendo eso.

—¿Seguro?

—¿Crees que las mujeres aman más que los hombres?

—Más... ¿en el sentido de más a menudo o de más intensamente?

—Es una pregunta que sólo se le puede ocurrir a un hombre.

—Bueno, es lo que soy..., un pobre hombre.

—No, después de una cena en casa de Phil y Joanna no lo eres. Ya nos hemos dado cuenta.

—¿En serio?

—Oh, Dios, espero que no nos hagas ir a todos a casa y echar un casquete para demostrar...

—También detesto lo de «echar un casquete».

—Recuerdo uno de esos programas de televisión estadounidenses..., ya sabéis, resolvemos tus problemas emocionales y sexuales poniéndote frente al público que llena el estudio y convirtiendo tu vida en un espectáculo, para al final mandar al público a sus casas sintiéndose absolutamente felices de no estar en tu piel.

—Ésa es una denuncia muy británica.

—Bueno, sigo siendo británico. En cualquier caso, allí estaba aquella mujer hablando de que su matrimonio o su relación no funcionaba, y, evidentemente, enseguida entraron en el tema del sexo, y uno de los supuestos expertos, un terapeuta televisivo con mucha labia, le preguntó: «¿Tiene usted grandes orgasmos?»

—¡Patapum! Directo al punto G.

—Y ella miró fijamente a ese terapeuta y dijo con una modestia bastante encantadora: «Bueno, al menos a mí me lo parecen.»

—Bravo. Eso es lo que decimos todos.

—¿Y adónde quieres llegar?

—A que no deberíamos creernos necesariamente superiores a Pete.

—¿Y creemos serlo? Yo no. Y si ha superado el récord de cincuenta, me quito el sombrero.

—¿Crees que Pete deja a las mujeres porque es incapaz de convivir con ellas?

—No, simplemente creo que se aburre fácilmente.

—Si estás enamorado no te aburres.

—En mi opinión puedes estar enamorado y aburrido al mismo tiempo.

—¿Tengo que empezar a temerme otro momento de manos-escondidas-debajo-de-la-mesa?

—No te pongas tan a la defensiva.

—Bueno, lo estoy. Vengo aquí para atiborrarme con vuestra deliciosa comida y vuestro vino, no para ser sometido a un interrogatorio bajo tortura.

—Canta para que te den de cenar.

—«Y obtendrás un desayuno...»^[11]

—Lo que digo, en defensa de ese Pete al que no conozco, es simplemente que tal vez es amado o se enamora tanto como se lo permite su naturaleza, y entonces, ¿por qué vamos a sentirnos superiores por eso?

—Hay cierta gente que no se enamoraría si no hubiesen leído sobre el tema previamente.

—Ahórranos tu sabiduría afrancesada por una noche.

—¿Ya podemos sacar las manos de debajo de la mesa sin peligro?

—Siempre hay algún peligro. Ése es el tema.

—¿Y cuál es el tema, por cierto?

—Dejadme que os lo resuma. Para los que no son capaces de seguir todo el desarrollo. Los aquí reunidos ratifican que los ingleses utilizan esa palabra de cuatro letras que empieza por C con demasiada libertad; que los hombres hablan de sexo porque son incapaces de hablar de amor; que las mujeres y los franchutes comprenden los misterios del amor mejor que los ingleses; que amar es sufrir, y que cualquier hombre que se haya cepillado más mujeres que yo, aparte de ser un cabrón con suerte, en realidad no entiende a las mujeres.

—Brillante, Dick. Secundo la moción.

—¿Secundas la moción de Dick? Deberías ser el director del centro radial.

—Oh, cerrad el pico, chicos. Me ha parecido un resumen muy masculino.

—¿Querrías hacernos un resumen femenino?

—Probablemente no.

—¿Estás sugiriendo que resumir es un deleznable rasgo masculino?

—No exactamente. Aunque mi resumen haría referencia a lo muy pasivo-agresivos que se ponen los hombres cuando hablan de temas que les hacen sentirse inseguros.

—«Pasivo-agresivo.» Detesto esa palabra, o frase, o lo que sea. Sospecho que tiene un noventa o noventa y cinco por ciento de uso femenino. Ni siquiera sé qué significa. O más bien qué se supone que significa.

—¿Qué decíamos antes de hablar de lo «pasivo-agresivo»?

—¿Qué me dices de «bien educado»?

—«Pasivo-agresivo» indica un estado psicológico.

—Y también «bien educado». Y un estado muy saludable.

—¿Alguien cree en serio, si atravesásemos el metafórico puerto a estas alturas y las señoras se retirasen, que ellas se sentarían a hablar de amor y nosotros nos pondríamos a hablar de sexo?

—Cuando era un chaval, antes de saber nada sobre las chicas, los anhelaba por igual.

—¿Te refieres a los chicos y las chicas?

—Joder. No, al amor y al sexo.

—Esas voces. Hablad más bajo.

—¿Creéis que hay algo comparable a eso en el campo del esfuerzo emocional humano? ¿A la fuerza de anhelar el sexo y el amor cuando todavía no los has experimentado?

—Lo recuerdo todo demasiado bien. La vida parecía simplemente... imposible. Vaya, eso *sí* era sufrimiento.

—Y sin embargo, al final las cosas no nos han ido tan mal. Todos hemos conocido el amor y el sexo en alguna ocasión, a veces incluso al mismo tiempo.

—Y ahora nos pondremos los abrigo, nos iremos a casa y tendremos o de lo uno o de lo otro y la próxima vez mostraremos las manos.

—O las ocultaremos.

—Los chicos nunca dejan de ser chicos, ¿no es así?

—¿Eso se puede calificar de pasivo-agresivo?

—Si lo prefieres, puedo practicar el activo-agresivo.

—Déjalo ya, cariño.

—¿Sabéis?, hoy es una de esas noches en las que no quiero ser el primero en marcharme.

—Vayámonos todos juntos, así Phil y Joanna podrán hablar sobre nosotros mientras recogen la mesa.

—En realidad no lo hacemos.

—¿No?

—No, tenemos un ritual. Phil recoge, yo meto las cosas en el lavaplatos. Ponemos un poco de música. Yo lavo las cosas que no caben en el lavaplatos, Phil las seca. No hablamos sobre vosotros.

—Qué anfitriones más encantadores. Unos verdaderos Trimalción y señora Quickly.

—Lo que Jo quiere decir es que ahora estamos agotados. Ya hablaremos sobre vosotros mañana durante el desayuno. Y durante la comida. Y ya que estamos, probablemente también durante la cena.

—Phil, eres un cabrón.

—No me fío de nadie para conducir.

—Yo tampoco me fío de nadie para conducir. Sólo de mí.

—¿En serio?

—No soy un completo idiota. Vamos todos caminando, o cogemos un taxi.

—En realidad, nos vamos a quedar plantados en la acera hablando sobre vosotros dos durante un rato.

—Por cierto, ¿eso era realmente lengua?

—Desde luego.

—Pero a mí no me gusta la lengua.

Después de cerrar la puerta, Phil puso una canción de Madeleine Peyroux, besó a su mujer en la tira del delantal que le rodeaba el cuello, subió hasta el dormitorio a oscuras, se acercó con cautela a la ventana, vio a sus amigos parados en la acera y no les quitó el ojo hasta que se dispersaron.

INVASIÓN DE LA PROPIEDAD PRIVADA

Cuando él y Cath rompieron, él pensó en unirse a la Asociación Excursionista, pero parecía una decisión demasiado obviamente patética. Imaginó la conversación:

—Hola, Geoff. Una lástima lo tuyo con Cath. ¿Qué tal estás?

—Oh, bien, gracias. Me he unido a la Asociación Excursionista.

—Buena idea.

Y podía imaginarse el resto: recibir la revista, mirarse las propuestas abiertas a todos —Nos encontraremos el sábado 12 a las 10.30 en el aparcamiento cercano a la capilla metodista—, limpiar las botas la noche antes, preparar un sándwich extra por si acaso, tal vez llevar también una mandarina extra y presentarse en el aparcamiento con (pese a todas las advertencias que se hacía) el corazón rebosante de esperanzas. Un corazón rebosante de esperanzas a sabiendas de que acabaría magullado. Y la cosa acabaría consistiendo en hacer la caminata, despedirse con aire risueño y cenar el sándwich y la mandarina que le habían sobrado. Y eso sí que sería triste.

Claro que él seguía con sus caminatas. La mayor parte de los fines de semana, sin importarle el tiempo que hiciese, salía a caminar con sus botas y su mochila, su cantimplora y su mapa. No iba a dejar de hacer las caminatas que hasta entonces había compartido con Cath. Después de todo, no eran las caminatas «de ellos dos», y si lo fueron, ahora las reclamaba como suyas. El circuito desde Calver no era propiedad de ella: pasando por Derwent, atravesando el bosque de Froggatt hasta Grindleford, tal vez un desvío hasta el Grouse Inn para comer y después pasando junto al círculo de la Edad del Bronce, semioculto durante los meses de verano entre los helechos, hasta llegar a la espléndida sorpresa del lindero de Curbar. No era propiedad de ella, no era propiedad de nadie.

Después escribió una nota en su diario de caminatas. 2 hrs. 45 min. Con Cath solía llevarles 3 hrs. 30 min, y otros 30 min extra si se acercaban al Grouse a por un sándwich. Esa era una de las ventajas de volver a estar soltero: ahorrabas tiempo. Andabas más rápido, llegabas a casa y te tomabas una cerveza más rápido y cenabas más rápido. Y después, la sesión de sexo contigo mismo también era más rápida. Ganabas todo ese tiempo extra, pensó Geoff..., un tiempo extra para estar solo. Basta, se dijo a sí mismo. No te está permitido ser un tipo triste; no te está permitido estar triste.

—Creía que íbamos a casarnos.

—Por eso no lo estamos —había replicado Cath.

—No lo entiendo.

—No, en efecto.

—¿Me lo puedes explicar, por favor?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque ése es el problema. Si eres incapaz de verlo por ti mismo, si te lo tengo que explicar..., ése es el motivo por el que no vamos a casarnos.

—No estás siendo razonable.

—Ni tampoco voy a casarme.

Olvídalo, olvídalo, ya se ha acabado. Por un lado, a ella le gustaba que tú tomaras las decisiones; por el otro, te consideraba excesivamente controlador. Por un lado, le gustaba vivir contigo; por el otro, no quería seguir viviendo contigo. Por un lado, sabía que serías un buen padre; por el otro, no quería parir a tus hijos. Lógico, ¿no? Olvídalo.

—Hola. —Se sorprendió a sí mismo. No saludaba a las mujeres que no conocía en la cola de la hora de comer. Sólo saludaba a mujeres que no conocía en los caminos para practicar senderismo, recibías un saludo con un movimiento de la cabeza o una sonrisa y alzabas el bastón a modo de respuesta. Pero, de hecho, la conocía.

—Eres del banco.

—Correcto.

—Lynn.

—Muy bien.

Un golpe de genio, al recordar la credencial de plástico que pudo ver a través del cristal a prueba de balas. Y también ella iba a tomar la lasaña vegetariana. ¿Le importaba si...? No, por supuesto. Sólo quedaba una mesa libre y era fácil llegar hasta ella. Él sabía que ella trabajaba en el banco, ella sabía que él daba clases en la escuela. Ella se había mudado al pueblo hacía un par de meses, y no, todavía no había subido al Tor. ¿Se sentiría cómoda con unas zapatillas deportivas?

El sábado siguiente ella llevaba tejanos y un jersey; parecía medio divertida, medio preocupada cuando él sacó del coche sus botas y su mochila y se puso la chaqueta de Gore-tex con un dibujo de trama de malla escarlata.

—Necesitarás agua.

—¿Sí?

—A menos que no te importe compartirla.

Ella asintió, y se pusieron en marcha. Mientras iban ascendiendo y alejándose del pueblo, la vista se fue ampliando hasta incluir tanto el banco de ella como el colegio de él. Él dejó que ella marcara el ritmo. Caminaba a buen paso. Él quería preguntarle qué edad tenía y si iba al gimnasio, y decirle que parecía mucho más alta que cuando permanecía sentada detrás del cristal. En lugar de hacerlo, señaló las ruinas de una vieja construcción en pizarra y la poco común variedad de ovejas —eran de raza Jacob, ¿no?— que Jim Henderson había estado criando desde que la gente de más al

sur empezó a pedir cordero que no supiese a cordero, y estaban encantados de pagarlo.

A mitad de camino empezó a lloviznar y él comenzó a inquietarse al pensar en cómo se agarrarían las deportivas de ella al húmedo suelo pizarroso cerca de la cima. Se detuvo, abrió la mochila y le ofreció un impermeable que llevaba de más. Ella lo aceptó como si fuese lo más normal del mundo que él lo hubiese traído. A él le gustó ese detalle. Ella tampoco preguntó de quién era, quién se lo había dejado olvidado.

Él le ofreció la cantimplora; ella bebió y limpió el borde.

—¿Qué más llevas ahí?

—Sándwiches, mandarinas. A menos que prefieras dar media vuelta.

—Mientras no hayas traído uno de esos horribles pantalones de plástico...

—No.

Obviamente, sí que los llevaba. Y no sólo los suyos, sino también los de Cath, que había traído para ella. Algo en su interior, una mezcla de audacia y timidez, parecía impulsarle a decir: «De hecho, llevo unos bóxers de Coolmax de la marca North Cape con un botón en la bragueta.»

Cuando empezaron a acostarse, él la llevó a Deportes de Naturaleza. Compraron unas botas para ella —un par de botas Brasher—, y mientras ella se ponía en pie con ellas, se las probaba caminando arriba y abajo ante un espejo y daba unos pasos de claqué, él pensó en lo increíblemente sexys que podían resultar unos pequeños pies de mujer embutidos en unas botas de senderismo. También para ella compraron tres pares de calcetines ergonómicos de trekking diseñados para absorber la máxima presión, y ella puso unos ojos como platos al descubrir que esos calcetines tenían pie izquierdo y derecho exactamente igual que los zapatos. También tres pares de calcetines interiores. Una mochila para un día, o una bolsa para un día, como el empleado cachas se empeñaba en llamarla, momento en el cual Geoff consideró que el tipo empezaba a mear fuera del tiesto. Le había enseñado a Lynn cómo colocarse el cinturón que la ceñía a la cintura, a acomodar las tiras sobre los hombros y ajustar los tensores; ahora estaba dando palmaditas a la mochila y jugueteando con ella con demasiadas confianzas.

—Y una cantimplora —pidió Geoff con firmeza, para cortar de raíz todo aquello.

Eligieron un impermeable verde oscuro que resaltaba el fulgor de sus cabellos; después él esperó a que el cachas sugiriera unos pantalones impermeables y ella se carcasease de la sugerencia. En la caja, él sacó su tarjeta de crédito.

—No, no puedo aceptarlo.

—Quiero hacerlo. De verdad que quiero.

—¿Pero por qué?

—Quiero hacerlo. Tu cumpleaños tiene que ser pronto. Bueno, será en algún momento durante los próximos doce meses. Tiene que serlo.

—Gracias —dijo Lynn, pero él se dio cuenta de que la situación la incomodaba un poco—. ¿Los volverás a envolver cuando sea mi cumpleaños?

—Haré mucho más que eso. Te haré una limpieza especial de tus Brasher. Oh, sí —le dijo a la cajera—, y nos llevaremos un poco de betún. El tono marrón clásico, por favor.

Antes de emprender la siguiente caminata, él engrasó las botas de ella para flexibilizar el cuero e impermeabilizarlas. Al meter la mano en las botas, que olían a nuevo, se volvió a percatar, como ya había hecho en la tienda, de que calzaba medio número menos que Cath. ¿Medio número? A él le daba la sensación de que era un número menos.

Recorrieron Hathersage y Padley Chapel; Calke Abbey y Staunton Harold; Dove Dale en la parte en que se estrecha y se hunde hasta Milldale; Lathkill Dale desde Alport hasta Ricklow Quarry; Cromford Canal y el High Peak Trail. Subieron desde Hope a Lose Hill, y después recorrieron la cadena montañosa en lo que él le prometió que era el paseo con vistas más impresionantes de todo Peak District, hasta llegar a Mam Tor, donde se reunían los que practicaban el parapente; hombres fornidos subían sudando la colina, cargando enormes fardos en sus espaldas, desplegaban sus doseles como si fuesen colada en la ladera cubierta de hierba y esperaban a que la corriente ascendente los alzase hasta dejar de tocar con los pies en el suelo directos hacia el cielo.

—¿No te parece emocionante? —dijo ella—. ¿No te gustaría hacerlo?

A Geoff se le vinieron a la cabeza imágenes de hombres hospitalizados, con la columna vertebral rota y tetraplégicos. Imaginó choques en pleno vuelo con ultraligeros. Se imaginó incapaz de controlar la fuerza del viento y siendo empujado más y más arriba hasta meterse en una nube, para después descender en un paraje desconocido, sentirse perdido, tener miedo y orinarse encima. O en un sendero sin sus botas y sin un mapa a mano.

—Más o menos —respondió.

Para él, la libertad estaba en el suelo. Le contó lo de la invasión de la propiedad privada en Kinder Scout en los años treinta: que los paseantes y los excursionistas habían partido a cientos de Manchester en dirección al coto de urogallos del duque de Devonshire, para protestar contra la falta de acceso a la campiña; que fue un día pacífico, excepto cuando un guardabosques ebrio se disparó a sí mismo con su arma; que la invasión de la propiedad llevó a la creación de los parques nacionales y al reconocimiento del derecho de paso; y que los que llevaron a cabo esa hazaña habían ido falleciendo en los últimos años, pero quedaba todavía un superviviente, que ahora tenía ciento tres años y que vivía en una residencia de ancianos metodista no muy lejos de allí. Geoff consideraba que su relato planeaba mejor que cualquier maldito parapente.

—¿Y se pusieron a pisotear las tierras del duque así sin más?

—A pisotear no. A patear quizá. —Geoff estaba encantado con su matización.

—¿Pero eran sus tierras?

—Técnicamente, sí. Históricamente, a lo mejor no.

—¿Eres socialista?

—Estoy a favor del derecho a deambular libremente —respondió con cautela. No quería meter la pata precisamente ahora.

—Está bien. A mí me parece bien. Sea lo que sea.

—¿Y tú qué eres?

—Yo no voto.

Envalentonado, él dijo:

—Yo soy laborista.

—Lo suponía.

En su diario de caminatas, él anotaba los caminos que tomaban, la fecha, el tiempo, la duración, y acababa con una L en rojo por Lynn. Lo contrario que la C azul de Cath. La situación era muy parecida, más allá de la inicial.

¿Debía comprarle un bastón de trekking? No quería forzarlo..., ella había rechazado todos sus ofrecimientos de un sombrero, pese a que él le había explicado los pros y los contras. Aunque no había ningún contra. Aunque eso sí, era mejor no llevar nada a ponerse una gorra de béisbol. Él era incapaz de tomarse en serio a un excursionista con una gorra de béisbol, fuera hombre o mujer.

Podía regalarle una brújula. Pero él ya tenía una y rara vez la consultaba. Si alguna vez se rompía un tobillo y, sobreponiéndose al dolor, tenía que decirle a ella que buscase el camino de vuelta a través del páramo, tomando como punto de referencia ese aprisco en ruinas y yendo siempre en dirección norte-noreste —enseñándole cómo girar el instrumento y establecer un recorrido—, entonces ya tenía la suya para ese propósito. No, una brújula para dos, eso era de algún modo lo correcto. Era algo simbólico, se podría decir.

Hicieron el circuito de Kinder Downfall: el aparcamiento de Bowden Bridge, la presa, tomar el Pennine Way hacia la cascada, desviarse a la derecha en Red Brook y descender pasado la Tustead House y las Kinderstones. Él le explicó cuál era la precipitación media y cómo, cuando helaba, la cascada se convertía en una acumulación de carámbanos. Era todo un espectáculo para disfrute de los que hacían la ruta en invierno.

Ella no respondió. Bueno, de todos modos, tendría que conseguirle un forro polar si iban a ascender unos seiscientos metros en pleno invierno. Él todavía guardaba el número de *Country Walking* que llevaba una valoración de modelos de forro polar.

En el aparcamiento, consultó el reloj.

—¿Llegamos tarde a algún sitio?

—No, sólo estaba comprobando lo que hemos tardado. Cuatro horas y cuarto.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Es bueno porque estoy contigo.

Y también era bueno porque cuatro horas y cuarto era lo que solían tardar él y Cath, y, más allá de otras consideraciones, había que reconocer que Cath estaba en forma.

Lynn encendió un Silk Cut, como hacía al finalizar cada paseo. No fumaba mucho y a él francamente no le importaba, aunque consideraba que era un hábito bastante estúpido. Justo cuando ella acababa de reactivar su sistema cardiovascular... Sin embargo, a él su experiencia como profesor le había enseñado que a veces había que enfrentarse y, otras, era más aconsejable tomar un camino menos directo.

—Podemos volver a subir pasadas las navidades. Por año nuevo. —Sí, y podía darle el forro polar como regalo.

Ella le miró y dio una profunda calada al cigarrillo.

—Bueno, si hace suficiente frío. Para que haya carámbanos.

—Geoff —dijo ella—, estás invadiendo mi espacio.

—Yo sólo...

—Estás invadiendo mi espacio.

—Sí, duquesa de Devonshire.

Pero a ella el comentario no le pareció gracioso, e hicieron todo el camino de regreso a casa en el coche prácticamente en silencio. Tal vez la había hecho caminar demasiado. Era una ascensión dura, de seiscientos metros o más.

Él metió las pizzas en el horno, puso la mesa y estaba tirando de la anilla de su primera lata de cerveza cuando ella dijo:

—Mira, estamos en junio. Nos conocimos en... ¿febrero?

—El 29 de enero —replicó él automáticamente, como hacía cuando un alumno conjeturaba erróneamente que 1079 era el año de la batalla de Hastings.

—El 29 de enero —repitió ella—. Mira, no creo que pueda pasar las navidades contigo.

—Por supuesto. Tienes a tu familia.

—No, no me refiero a que tengo familia. Claro que tengo familia. Pero no puedo pasar las navidades contigo.

Cuando Geoff, a pesar de que por principios no creía en eso, se veía enfrentado a lo que sólo podía entenderse como una flagrante muestra de irracionalidad femenina, tenía tendencia a guardar silencio. En determinado momento estabas marchando por un sendero, sin apenas notar el peso sobre los hombros, y de pronto te encontrabas en una zona de matorrales, sin ninguna señal de orientación, con la niebla descendiendo y el suelo cada vez más cenagoso bajo tus pies.

Pero ella no continuó, así que él trató de echarle un cable:

—A mí las navidades tampoco me gustan mucho. Tanto comer y beber. Pero aun así...

—Quién sabe dónde estaré en navidades.

—¿Quieres decir que el banco te puede trasladar de oficina? —No se le había ocurrido esa posibilidad.

—Geoff, escucha. Nos conocimos en enero, tal como tú has señalado. Las cosas van... bien. Yo me lo estoy pasando bien, bastante bien.

—Ya te capto. Sí. —Era ese rollo otra vez, ese asunto, ese asunto que él seguía sin entender bien—. No, claro que no. No quería decir eso. En cualquier caso, voy a subir la temperatura del horno. Para que la base quede crujiente. —Eché un trago a su cerveza.

—Es sólo que...

—No hace falta que sigas. Lo sé, ya te entiendo. —Estaba a punto de añadir lo de «duquesa de Devonshire» otra vez, pero no lo hizo, y más tarde, al pensar en ello, supuso que no hubiese ayudado.

En septiembre la convenció para que se tomase un día libre para poder recorrer el circuito desde Calver. Era mejor evitar el fin de semana, cuando todos los excursionistas y escaladores enfilarían hacia Curbar Edge.

Aparcaron en el callejón sin salida al lado del Bridge Inn e iniciaron la caminata y pasaron junto a la fábrica de algodón de Calver, situada en la orilla opuesta del Derwent.

—Se supone que eso lo construyó Richard Arkwright —comentó él—. Creo que en 1785.

—Ya no es una fábrica.

—No, bueno, como puedes ver, son oficinas. O quizá apartamentos. O un poco de cada.

Siguieron el curso del río más allá de la presa, atravesaron Froggatt y el bosque de Froggatt hasta Grindleford. Cuando salieron del bosque, el sol otoñal, aunque apagado, hizo que él agradeciese llevar sombrero. Lynn seguía negándose a comprarse uno, y él supuso que no se lo volvería a mencionar hasta la primavera. Durante el verano, ella se había bronceado y sus pecas resaltaban más que cuando la conoció.

Había una subida muy pronunciada después de Grindleford, que ella hizo sin chistar; a continuación él abrió camino campo a través hasta el Grouse Inn. Se sentaron en la barra para comer un sándwich. Después el camarero preguntó:

—¿Café?

—Sí —dijo ella.

—No —dijo él.

Él no consideraba adecuado tomar café durante una excursión. Lo único que

necesitabas era agua para evitar la deshidratación. El café era un estimulante y toda la... teoría consistía en que el paseo tenía que resultar suficientemente estimulante sin ayuda de nada más. Alcohol: una estupidez. Incluso se había cruzado con excursionistas que fumaban canutos.

Le comentó algunas de estas consideraciones, lo cual quizá fue un error, porque entonces ella dijo:

—Sólo me estoy tomando un café, ¿de acuerdo? —Y encendió un Silk Cut. Sin esperar al final de la excursión. Y le miró.

—¿Y bien?

—No he dicho nada.

—No es necesario.

Geoff suspiró.

—Me he olvidado de enseñarte el poste indicador cuando hemos llegado a Grindleford. Es de época. Tiene unos cien años. No quedan muchos en Peak District.

Ella le echó el humo a la cara, se diría que deliberadamente.

—Y bien, también he leído en alguna parte que los cigarrillos bajos en alquitrán son de hecho tan perjudiciales como el resto, porque te obligan a inhalar con más fuerza para aspirar la nicotina, así que al final resulta que estás introduciendo más toxinas en tus pulmones.

—Entonces debería volver a los Marlboro Lights.

Volvieron sobre sus pasos, retomaron el camino, cruzaron una carretera y siguiendo la indicación giraron a la izquierda hacia Eastern Moors Estate.

—¿Es allí donde está ese círculo de la Edad del Bronce?

—Creo que sí.

—¿Y eso qué quiere decir?

Vale. Pero, por otro lado, no tiene ningún sentido no ser uno mismo, ¿verdad? Tenía treinta y un años, sus propias opiniones, conocimientos sobre ciertas cosas.

—El círculo está a mano izquierda. Pero no creo que esta vez debamos acercarnos hasta allí.

—¿Esta vez?

—Está cubierto de helechos.

—Y quieres decir que no se ve muy bien.

—No, no quiero decir eso. Bueno, sí, se ve mejor en otras épocas del año. Pero lo que quiero decir es que entre agosto y octubre no es recomendable acercarse a los helechos. O al menos acercarse con el viento de cara.

—Me vas a explicar por qué, ¿verdad?

—Ya que me lo preguntas, si te mantienes entre los helechos durante diez minutos, es probable que ingieras hasta cincuenta mil esporas. Son demasiado grandes para ir a parar a tus pulmones, así que acabarán en tu estómago. Y se ha

probado que son cancerígenas para los animales.

—Suerte que las vacas no fuman.

—También hay garrapatas que transmiten la enfermedad de Lyme, así que...

—¿Qué?

—Que si tienes que caminar entre helechos, te metes los pantalones por dentro de los calcetines, te bajas las mangas y te pones una mascarilla.

—¿Una mascarilla?

—Respro fabrica una. —Bueno, ella había preguntado, así que estaba obteniendo su maldita respuesta—. Se llama Pañuelo de bandido Respro.

Cuando ella estuvo segura de que la explicación había concluido, dijo:

—Gracias. Pues déjame tu pañuelo.

Se metió los pantalones por dentro de los calcetines, se bajó las mangas, se ató el pañuelo al estilo bandido tapándole la cara y puso rumbo a los helechos. Él esperó a barlovento. Otra cosa que se podía hacer era ponerse veneno para chinches por los pantalones y los calcetines. Mataba a las garrapatas en cuanto entraba en contacto con ellas. Aunque él no lo había probado. Todavía.

Cuando ella regresó, emprendieron en silencio el camino de vuelta bordeando el precipicio de esmeril que se llamaba Froggatt Edge o Curbar Edge o ambas cosas, en ese momento a él le traía sin cuidado. La hierba era mullida allí arriba y llegaba justo hasta donde la ladera caía a plomo lo que se intuía que eran varios cientos de metros. Resultaba siempre sorprendente: sin tener la sensación de haber ascendido mucho, te encontrabas a una altura que asustaba, kilómetros por encima del soleado valle con sus minúsculos pueblos. No era necesario lanzarse en un maldito parapente para disfrutar de una vista como aquélla. Había habido canteras por allí, de allí provenían muchos de los mojones repartidos por todo el país. Pero él no se lo explicó.

Adoraba aquel lugar. La primera vez que vino, estaba contemplando el valle, ni un alma en varios kilómetros a la redonda y, de pronto, a sus pies, asomó la cabeza con un casco de un escalador barbudo que trepaba como salido de la nada hasta alcanzar la ladera rebotante de hierba. La vida estaba llena de sorpresas, ¿no es así? Escaladores, espeleólogos, practicantes de parapente. La gente creía que si ibas por los aires eras libre como un maldito pájaro. Bueno, pues no lo eras. También había normas ahí arriba, como en todos lados. Lynn, en su opinión, estaba demasiado cerca del precipicio.

Geoff no dijo nada. De hecho, no sentía nada. Perplejidad, por supuesto, pero ya se le pasaría. Retomó el camino, sin preocuparle si ella le seguía o no. Casi un kilómetro por ese elevado páramo y después un descenso rápido hasta Calver. Había empezado a pensar en el trabajo de la próxima semana cuando la oyó gritar.

Volvió corriendo sobre sus pasos, con la mochila golpeándole y el agua de la cantimplora batiéndose sonoramente.

—Dios mío, ¿estás bien? ¿Ha sido el pie? Debería haberte advertido sobre las madrigueras de conejos.

Pero ella se limitó a mirarlo, con una mueca inexpresiva. Probablemente en estado de shock.

—¿Estás herida?

—No.

—¿Te has torcido el tobillo?

—No.

Él bajó la mirada hasta sus Brasher: había trozos de helechos en los ojetes y habían perdido el brillo del cepillado matutino.

—Disculpa... No lo entiendo.

—¿El qué?

—Por qué has gritado.

—Porque me apetecía.

Ah, otra vez ante el camino sin señalizar.

—¿Y por qué te apetecía?

—Porque sí.

No, debía haber oído mal, o entendido mal, o... algo así.

—Escucha, lo siento, quizá te he hecho caminar demasiado...

—Ya te he dicho que estoy bien.

—¿Ha sido porque...?

—Ya te he dicho que me apetecía.

Se alejaron del precipicio de esmeril y bajaron en silencio hasta donde habían dejado el coche. Cuando él empezó a desatarse las botas, ella encendió un cigarrillo. Bueno, lo sentía, pero iba a llegar al fondo del asunto.

—¿Tenía algo que ver conmigo?

—No, tenía que ver conmigo. Soy yo la que ha gritado.

—¿Te apetece volver a hacerlo? ¿Ahora?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que si te apeteciese volver a gritar, ahora, ¿cómo sería?

—Geoff, sería como si me apeteciese volver a gritar, ahora.

—¿Y cuándo crees que lo volverás a hacer?

Ella no respondió, y ninguno de los dos se mostró sorprendido. Aplastó el Silk Cut con una de sus botas y empezó a desatarse los cordones, tirando trozos de helecho sobre el asfalto.

«4 hrs. inc. almuerzo Grouse», anotó él en su cuaderno. «Buen tiempo.» Añadió una L en rojo en la última columna, debajo de una reiterada línea vertical de eles. Esa noche, en la cama, durmió en diagonal y pensó que era una suerte. A la mañana siguiente, mientras desayunaba, hojeó un ejemplar de *Country Walking* y rellenó el

formulario para inscribirse en la Asociación Excursionista. Ponía que podía pagar con cheque o en efectivo. Se lo pensó durante un rato y optó por el efectivo.

EN CASA DE PHIL Y JOANNA 4: UNO DE CADA CINCO

Estábamos a finales de octubre, pero Phil se había empeñado en encender el fuego con unos troncos de manzano que se habían traído del campo. La chimenea, que se utilizaba en contadas ocasiones, no tiraba muy bien y de tanto en tanto el aromático humo se dispersaba por la habitación. Ya habíamos vuelto a hablar de las primas de los banqueros y de los continuos problemas de Obama, y del hecho de que el alcalde de Londres no parecía haber apartado del servicio ningún autobús de dos pisos, así que nos sentimos casi aliviados cuando surgió el tema de la nueva mesa de madera de arce que Joanna se había comprado.

—No, es vistosa y muy sufrida.

—Como el resto de nosotros.

—¿Tienes que aplicarle aceite a menudo?

—Hay una fórmula: una vez al día durante una semana, una vez a la semana durante un mes y una vez al mes durante un año, y a partir de ahí sólo cuando creas que le vendrá bien.

—Parece la fórmula del sexo en el matrimonio.

—Dick, no seas cafre.

—No me extraña que te hayas casado tantas veces, mi querido amigo.

—Lo cual me recuerda...

—¿No os parecen las tres palabras más siniestras de nuestra lengua: «Lo cual me recuerda»?

—¿... vamos a informar sobre los deberes que nos pusieron en nuestra pasada reunión?

—¿Deberes?

—Lo de si uno se lanzaba al desenfreno copulativo al volver a casa.

—¿Eso eran los deberes? No lo recuerdo.

—Oh, pasemos a otro tema.

—Sí, ¿os importa si establecemos una moratoria sobre temas sexuales por una noche?

—Sólo si antes respondes a la siguiente pregunta. ¿Crees que la gente, dejando a un lado a los presentes, miente más sobre sexo que sobre cualquier otra cosa?

—¿Se supone que es así?

—Diría que hay un considerable volumen de pruebas circunstanciales.

—Yo incluso diría que hay evidencias científicas.

—¿Te refieres a gente que admite en una encuesta que en encuestas anteriores

mintieron sobre temas relacionados con el sexo?

—Después de todo, no hay testigos.

—No, a menos que practiques el cancaneo.

—¿El cancaneo?

—¿No tenéis eso en Estados Unidos, Larry? Una pareja que se lo monta en un coche en un área de descanso o en algún sitio público, para que otra gente pueda acercarse a hurtadillas y mirarlos. Es una vieja tradición inglesa, como nuestras danzas folclóricas.

—Bueno, quizá en Virginia Occidental...

—Vale, ya es suficiente, chicos.

—El tema clave es ¿cómo podemos saber si eran sinceros en sus respuestas?

—¿Cómo sabemos que cualquier cosa es verdad?

—¿Es una pregunta de filosofía de altos vuelos?

—Más bien de filosofía práctica a ras de suelo. En general. ¿Cómo lo sabemos exactamente? Recuerdo a uno de esos intelectuales discutiendo por la radio el inicio de la Segunda Guerra Mundial, y llegando a la conclusión de que lo único que se podía asegurar era que «*algo* pasó». Yo me quedé estupefacto.

—Oh, venga. A este ritmo, vamos a acabar en lo de ¿murieron realmente seis millones? O en lo de que las fotos del alunizaje estaban trucadas como demuestra la sombra supuestamente imposible. O en lo de que el 11-S fue planeado por la administración Bush.

—Bueno, sólo los fascistas cuestionan lo primero y sólo los chiflados se creen lo segundo.

—Y es imposible que la administración Bush planease los ataques del 11-S, porque no fracasaron.

—Larry se nos pone autóctono..., un chiste, y muy cínico, sobre ese asunto. Felicidades.

—A donde fueres...

—No, de lo que yo estoy hablando es de por qué nosotros, que no somos ni fascistas ni chiflados, nos creemos lo que nos creemos.

—¿Qué nos creemos?

—Cualquier cosa, desde que dos y dos son cuatro hasta que Dios está en el cielo y que todo va estupendamente en el mundo.

—Pero no nos creemos que todo vaya estupendamente en el mundo ni que Dios esté en el cielo. Todo lo contrario.

—¿Y entonces por qué nos creemos lo contrario?

—O bien porque hemos llegado a esa conclusión por nosotros mismos, o bien porque nos lo han explicado especialistas en el tema.

—¿Pero por qué nos creemos a los especialistas a los que creemos?

—Porque confiamos en ellos.

—¿Y por qué confiamos en ellos?

—Bueno, yo confío más en Galileo que en el Papa, así que me creo que la Tierra gira alrededor del Sol.

—Pero no nos creemos al propio Galileo, por la sencilla razón de que ninguno de nosotros ha leído sus pruebas. Asumo que es así. Así que en quién o en qué confiamos es un segundo nivel de especialistas.

—Que probablemente saben incluso más que Galileo.

—He aquí la paradoja. Todos nosotros leemos el periódico, y la mayoría de nosotros nos creemos la mayor parte de lo que nuestro periódico nos dice. Pero al mismo tiempo, todas las encuestas dicen que a los periodistas generalmente se los considera poco fiables. Están en el nivel más bajo de credibilidad, junto con los agentes de la propiedad inmobiliaria.

—Son los demás periódicos los que no son fiables. El nuestro sí lo es.

—Un genio escribió en una ocasión que cualquier frase que empezase con «Uno de cada cinco de nosotros cree o piensa esto y lo otro» es automáticamente sospechosa. Y la frase que menos posibilidades tiene de ser cierta es la que empieza con «Tal vez un promedio de uno de cada cinco...».

—¿Quién era ese genio?

—Un periodista.

—¿Sabéis lo de las cámaras de vigilancia? ¿Que al parecer en Inglaterra hay más cámaras por habitante que en ningún otro lugar del mundo? Todos lo sabemos, ¿verdad? Pues un periodista lo refutó en un periódico, diciendo que era un cúmulo de chorradas y paranoia, y lo probó, o al menos lo intentó. Pero a mí no me convenció, porque es uno de esos periodistas con los que siempre estoy en desacuerdo. Así que me negué a aceptar que pudiese tener razón sobre este asunto. Y entonces me pregunté si no le creí porque en realidad quiero vivir en un país con el mayor número de cámaras de vigilancia del mundo. Y no he logrado dilucidar si era porque me hacía sentirme más seguro o porque de algún modo disfrutaba un poco de sentirme paranoico.

—¿Y cuál es el punto o la línea a partir del cual una persona razonable deja de creerse la verdad y empieza a dudar de ella?

—¿Normalmente no se produce una acumulación de pruebas que conducen a la duda?

—Como lo que pasa con un marido, que siempre es el primero en sospechar y el último en saber.

—O con una esposa.

—*Mutatis mutandis.*

—*In propria persona.*

—Ésa es otra característica de los británicos. Bueno, de los británicos como vosotros. Que habláis latín.

—¿Lo hablamos?

—Supongo que sí. *Homo homini lupus*.

—*Et tu, Brute*.

—Y en caso de que creas que estamos haciendo ostentación de nuestra educación, no es así. Es algo más desesperado. Probablemente seamos la última generación capaz de utilizar estas frases. En el crucigrama del *Times* ya no hay referencias clásicas. O citas de Shakespeare. Cuando nosotros fallezcamos, ya nadie volverá a decir nunca más cosas del tipo *Quis custodiet ipsos custodes?*

—Y será una pérdida, ¿verdad?

—No sé si lo dices con ironía o no.

—Yo tampoco lo sé.

—¿Quién era aquel general británico que en una de las guerras en la India conquistó la provincia de Sind y envió un telegrama al cuartel general con una única palabra? Decía: «*Peccavi*»... Oh, veo algunos rostros inexpresivos. Es como se dice en latín «He pecado».

—Personalmente estoy absolutamente encantado de que esa época se haya acabado.

—Seguramente preferirías «Misión cumplida», o lo que sea que digan.

—No, es sólo que detesto los chistes imperialistas sobre matanzas.

—Disculpad mi latinajo.

—De acuerdo. Volvamos rápidamente al asunto de Galileo. Lo de que la Tierra gira alrededor del Sol es algo absolutamente probado. ¿Pero qué me decís, por ejemplo, del cambio climático?

—Bueno, todos creemos en eso, ¿no es así?

—¿Os acordáis de cuando Reagan dijo que los árboles emitían carbono y la gente colgaba en los troncos de las secoyas cartelitos en los que se leía «Perdón» y «Soy el único culpable»?

—O «*Peccavi*».

—En efecto.

—Pero Reagan se creía cualquier cosa, ¿no? Como que había liberado no sé qué campo de concentración durante la guerra, cuando todo lo que hizo fue quedarse en Hollywood rodando películas patrióticas.

—Aunque, eso sí, Bush hizo que Reagan pareciese bueno, incluso un tipo con clase.

—Alguien dijo que Reagan era simplote pero no tonto.

—No está mal.

—Sí, sí que está mal. Es un sofisma, una fórmula de asesor de imagen. Escuchad

lo que os digo: simplote es tonto.

—¿Entonces todos nos creemos lo del cambio climático?

—Sí.

—Sin duda.

—¿Pero creemos, por ejemplo, que hay tiempo de sobra para que los científicos encuentren una solución, o que hemos llegado a un punto de inflexión y que en dos, cinco o diez años ya será demasiado tarde, o que ya hemos sobrepasado este punto de no retorno y ya hemos tomado carrerilla para irnos directos al infierno?

—La segunda opción, ¿no? Por eso todos intentamos reducir nuestra huella de carbono, aislar térmicamente mejor nuestras casas y reciclar.

—¿Tiene algo que ver el reciclaje con el calentamiento global?

—¿Lo preguntas en serio?

—Bueno, lo pregunto porque llevamos veintitantos años reciclando y en aquel entonces nadie hablaba del calentamiento global.

—A veces, cuando recorremos con el coche el centro de Londres al anochecer y veo todos esos edificios de oficinas con todas las luces resplandeciendo, pienso que es un poco absurdo andar preocupándose por si dejamos la tele y el ordenador en standby.

—Los pequeños detalles marcan la diferencia.

—Pero los grandes marcan mayores diferencias.

—¿Visteis esa horrible estadística del mes pasado, que algo así como el setenta por ciento de los pasajeros de vuelos en la India eran personas que volaban por primera vez gracias a las aerolíneas de bajo coste?

—Y tienen todo el derecho a hacerlo. Nosotros lo hemos hecho. Y la mayoría lo seguimos haciendo, ¿no es así?

—¿Pretendes decir que movidos por cierto sentido de juego limpio tenemos que permitir que todos los demás acaben siendo tan guarros y contaminantes y emisores de carbono como hemos sido nosotros, y sólo entonces tendremos el derecho moral de sugerirles que dejen de hacerlo?

—No estoy diciendo esto. Sólo digo que no podemos esperar que, de entre todo el mundo, aprendan lecciones precisamente de nosotros.

—¿Sabéis qué creo que es lo más repugnante, moralmente, de los últimos veintitantos años? El comercio con las emisiones contaminantes. ¿No os parece una idea repugnante?

—Hay tantas cosas que considerar...

—Lo que no soporto es la hipocresía.

—Sois todos unos cafres. Pero sobre todo tú, Dick.

—Hay algo que realmente me mosquea. Sacas todo lo que has reciclado y lo metes en contenedores separados, y entonces vienen con el camión de la basura y lo

recogen de cualquier manera, mezclándolo todo otra vez.

—Pero si realmente pensamos que estamos en el punto de inflexión, ¿qué posibilidad creemos que tenemos de que el mundo se recomponga?

—¿Quizá tanto como una oportunidad entre cinco?

—El interés personal. Eso es lo que hace que las cosas funcionen. La gente reconocerá que es por su propio interés. Y por el de las generaciones venideras.

—Las generaciones venideras no votan a los políticos de hoy.

—Qué ha hecho por mí la posteridad, como alguien preguntó en una ocasión.

—Pero los políticos saben que a la mayoría de los «votantes» les importan las generaciones venideras. Y la mayoría de los políticos son padres.

—Creo que uno de los grandes problemas es que aun aceptando el interés propio como un útil principio rector, hay una brecha entre lo que realmente es tu interés propio y lo que tú mismo crees que es.

—Y también entre el interés propio a corto y a largo plazo.

—¿No fue Keynes?

—¿Quién hizo qué?

—Quien dijo eso sobre la prosperidad.

—Tiene que haber sido él, u Oliver Wendell Holmes o el juez Learned Hand o Nubar Gulbenkian.

—No sé de quién o de qué estáis hablando.

—¿Habéis visto lo de esas cavas de champán francesas que están pensando en trasladar sus viñedos a Inglaterra porque en breve allí el clima será demasiado cálido?

—Bueno, en tiempos de los romanos...

—Había viñedos a lo largo de la muralla de Adriano. Siempre nos estás contando eso, señor Tostón Vitícola.

—¿En serio? Bueno, vale la pena repetirlo porque quizá pruebe que sólo se trata del gran ciclo de la naturaleza, que vuelve una y otra vez.

—El gran reciclaje de la naturaleza.

—Sólo que sabemos que no lo es. ¿Visteis ese mapa del calentamiento global en el periódico el otro día? Decía que un aumento de cuatro grados sería absolutamente desastroso; no quedaría ni una gota de agua en la mayor parte de África, aumentarían los ciclones, las epidemias, subiría el nivel del mar, Holanda y la costa sudeste de Inglaterra quedarían sumergidas.

—¿No podemos confiar en los holandeses para que den con una solución? Ya lo hicieron hace años.

—¿De qué lapso de tiempo estamos hablando?

—Si no llegamos a un acuerdo ya, podríamos tener un aumento de temperatura de cuatro grados hacia 2060.

—Ah.

—¿Sabéis?, sospecho que me vais a machacar por lo que voy a decir, pero a veces resulta casi glamouroso formar parte de la última generación.

—¿Qué última generación?

—La última en usar coletillas latinas. *Sunt lacrimae rerum*.

—Bueno, observando al animal humano y su huella histórica, es perfectamente posible que esta vez no logremos salir airosos. Así que... la última generación realmente descuidada, realmente despreocupada.

—No sé si podemos plantearlo así. Qué me decís del 11-S y el terrorismo, del sida y...

—La gripe A.

—Sí, pero son fenómenos locales, y a largo plazo, menores.

—A largo plazo, todos estaremos muertos... Vaya, esto sí que es keynesiano.

—¿Y qué me decís de las bombas sucias y la guerra nuclear en Oriente Medio?

—Local, local. De lo que yo hablaba es de una sensación de que todo está fuera de control, de que es demasiado tarde, de que ya no podemos hacer nada...

—Que ya hemos sobrepasado el punto de inflexión...

—... y en el pasado la gente miraba hacia el horizonte y vislumbraba el nacimiento de una civilización, el descubrimiento de nuevos continentes, la comprensión de los secretos del universo, ahora lo que vemos es una panorámica de una colosal inversión y de un inevitable y espectacular declive, en el que el *homo* volverá a ser un *lupus* para el *homini*. Tal como fue al principio, así será al final.

—Caramba, realmente hoy estás apocalíptico.

—Pero antes has hablado de glamour. ¿Qué tiene de glamouroso un mundo que se está consumiendo?

—Que tú, nosotros, disfrutamos del mundo antes de que empezase esta fase, o antes de que nos diésemos cuenta de que estaba entrando en ella. Somos como esa generación que conoció el mundo de antes de 1914, con todo su esplendor. De ahora en adelante, todo se reduce a..., ¿cuál es la frase?..., un declive administrado.

—¿Entonces vosotros no recicláis?

—Claro que lo hacemos. Soy un buen chico, como todo el mundo. Pero también entiendo el planteamiento de Nerón. Bien puedo tocar el violín mientras arde Roma.

—¿Alguien se cree que lo hizo? ¿No es como esas famosas sentencias que después resulta que nadie ha dicho jamás?

—¿Tú crees? ¿No hubo testigos que relataron que Nerón se puso a tocar el violín? ¿No lo cuenta Suetonio?

—*Res ipsa loquitur*.

—Tony, basta.

—No sabía que en la antigua Roma tuviesen violines.

—Joanna, por fin una observación pertinente.

—¿Stradivarius no es un nombre de la antigua Roma? Suena como de esa época.

—¿No es asombroso cuántas cosas desconocemos?

—O cuánto conocemos, pero cuán poco nos creemos.

—¿Quién dijo aquello de que tenían opiniones contundentes débilmente argumentadas?

—Me rindo.

—Yo tampoco lo sé, sólo me acuerdo de la frase.

—¿Sabéis?, nuestro ayuntamiento ha empezado a contratar a fisgones del reciclaje. ¿Os lo podéis imaginar?

—No hasta que nos expliques qué hacen.

—Se pasean por ahí, observando tus botes de basura reciclable, y comprueban si estás reciclando suficiente cantidad de esto o lo otro...

—¿Y se meten en tu propiedad? Podría demandar a los fisgones por invadir una propiedad privada.

—... y entonces, si por ejemplo descubren que no has metido suficientes latas, te meten un folleto por debajo de la puerta en el que te explican cómo mejorar tu comportamiento.

—Vaya jeta. ¿Por qué no se gastan el dinero en contratar más enfermeras o algo por el estilo?

—Esto es en lo que se va a convertir la Inglaterra Apocalíptica. Fisgones abriendo de una patada tu puerta para comprobar si has dejado la tele en standby.

—No encontrarían muchas latas en nuestra basura para reciclar, porque apenas compramos. La mayoría tienen demasiada sal, conservantes y demás.

—Ah, pero cuando los fisgones entren en tu vida, comprarás latas y tirarás el contenido para poder mantener tu cuota de reciclaje.

—¿Y no pueden sustituir a los fisgones por cámaras de vigilancia?

—¿No nos estamos alejando del tema?

—¿Y eso es una novedad?

—Stradivari.

—¿Perdón?

—Stradivarius es un instrumento, Stradivari es el lutier.

—De acuerdo. Absolutamente de acuerdo.

—Cuando era joven, detestaba el modo como los viejos gobernaban el mundo, porque era muy evidente que estaban fuera de órbita y demasiado enfrascados en la historia. Ahora los políticos son tan jodidamente jóvenes que están fuera de órbita de un modo distinto, y ya no los odio sino que los temo, porque probablemente son incapaces de entender suficientemente el mundo.

—Cuando era joven, me gustaban los libros cortos. Ahora que soy mayor y me queda menos tiempo, resulta que me gustan los libros largos. ¿Alguien es capaz de

encontrar una explicación?

—El autoengaño animal. Una parte de ti finge que te queda más tiempo del que realmente te queda.

—Cuando era joven y empezaba a escuchar música clásica, solía preferir los movimientos rápidos y me aburrían los movimientos lentos. Sólo esperaba a que acabasen. Ahora me pasa todo lo contrario. Prefiero los movimientos lentos.

—Eso probablemente tiene que ver con el hecho de que la sangre circula más lentamente.

—¿Hay un momento en que la sangre empieza a circular lentamente? Lo pregunto sólo por curiosidad.

—Si no lo hace, debería.

—Otra cosa que desconocemos.

—Si no lo hace, al menos es una buena metáfora, y como tal, es algo verdadero.

—Ojalá el calentamiento global fuese una metáfora.

—Los movimientos lentos son más conmovedores. Ésa es la razón. Los otros contienen ruido, excitación, comienzo, conclusión. Los movimientos lentos son pura emoción. Elegiacos, transmiten una sensación del paso del tiempo, de inevitable pérdida..., eso es lo que son para ti los movimientos lentos.

—¿Phil sabe de qué están hablando?

—Siempre sé de lo que hablo a estas horas de la noche.

—¿Pero por qué deberíamos emocionarnos más ahora? ¿Sentimos las emociones más profundamente?

—En aquel entonces los movimientos rápidos te alborozaban y excitaban.

—¿Estás diciendo que el depósito de las emociones siempre tiene el mismo volumen, pero vierte su contenido en diferentes direcciones según los diferentes momentos?

—Podría decirse así.

—Pero sin duda vivimos nuestras emociones más intensas cuando éramos jóvenes: enamorarse, casarse, tener hijos.

—Pero ahora quizá vivimos emociones más prolongadas.

—O nuestras emociones más fuertes son ahora de distinto tipo: pérdida, arrepentimiento, una sensación de cosas que se acaban.

—No te pongas tan fúnebre. Espera a tener nietos. Te sorprenderán.

—«Todo el placer y ninguna responsabilidad.»

—Otra vez no.

—Lo tenía apuntado en mi cuaderno de citas.

—Y una sensación de que la vida continúa que no acabé de tener cuando tuve mis propios hijos.

—Eso es porque tus nietos todavía no te han decepcionado.

—Oh, no digas eso.

—De acuerdo, no lo he dicho.

—¿Entonces creemos que hay alguna esperanza para el planeta? ¿Pese al calentamiento global, a la incapacidad de identificar nuestros propios intereses y a que los políticos sean tan jóvenes como los policías?

—La humanidad ha salido airosa de otros apuros.

—Y los jóvenes son más idealistas de lo que lo fuimos nosotros. O al menos de lo que somos.

—Y Galileo sigue ganando al Papa. Es una suerte de metáfora.

—Y yo todavía no tengo cáncer de colon. Es una suerte de hecho.

—Dick, algo para acabar de inclinar la balanza. El mundo es ahora un buen lugar para vivir.

—Simplemente pasaremos un poco más de calor.

—¿Y quién va a echar de menos los Países Bajos? Mientras trasladen los Rembrandts a lugares más elevados.

—Y seremos un poco más pobres porque los banqueros nos han robado el dinero.

—Y nos tendremos que volver todos vegetarianos, porque la producción cárnica contribuye al calentamiento global.

—Y no podremos viajar tanto, excepto a pie o a caballo.

—«A pata», la gente volverá a usar esta expresión.

—¿Sabéis?, siempre he envidiado esos tiempos en que incluso la gente que podía permitirse viajar al extranjero, lo hacía sólo una vez en su vida. Por no hablar del pobre peregrino con su bastón y su concha colgada del cuello haciendo la gran peregrinación de su vida.

—Te estás olvidando de que en esta mesa somos del bando de Galileo.

—Entonces podéis ir en peregrinación a ver su telescopio en Florencia o donde sea que lo tengan guardado. A menos que el Papa lo quemase.

—Y volveremos a cultivar nosotros mismos más comida para autoconsumo, que además será más sana.

—Y a reparar las cosas como solíamos hacer.

—Y a crear nuestros propios entretenimientos, y a mantener verdaderas conversaciones durante las comidas familiares, y a tener verdadero respeto a la abuela que en una esquina tejerá calcetines para el bebé a punto de nacer y nos contará cuentos sobre los tiempos de antaño.

—No hace falta que vayamos *tan* lejos.

—Bueno, mientras podamos seguir viendo la tele y las familias nucleares sean opcionales.

—¿Y qué me decís de usar el trueque en lugar de dinero?

—Al menos eso atornillaría a los banqueros.

—No contéis con ello. No tardarían en encontrar la forma de hacerse indispensables. Habrá un mercado de futuros llueva o haga sol.

—Ya lo hay, querido amigo.

—¿Os acordáis de lo que solían decir: «Los pobres siempre están de nuestro lado»?

—¿Y?

—Bueno, debería haber sido «Los ricos siempre están de nuestro lado», «Los banqueros siempre están de nuestro lado».

—Acabo de caer en la cuenta de por qué se llama la familia nuclear.

—Porque es fisible y siempre está a punto de explotar e irradiar a la gente.

—Pero iba a decirlo yo.

—Demasiado tarde.

—Hmm, el olor de esta leña de manzano...

—Pregunta: ¿de cuál de nuestros cinco sentidos nos sería más fácil prescindir?

—Es demasiado tarde para adivinanzas.

—Responderemos la próxima vez.

—Hablando de lo cual...

—La comida estaba exquisita.

—Eso ha sido lo mejor.

—Y nadie ha mencionado la palabra de cuatro letras que empieza por C.

—Ni nos ha puesto deberes sexuales.

—En lugar de eso, dejadme que proponga un brindis.

—En esta mesa no brindamos. Son normas de la casa.

—No pasa nada, no va por ninguno de los presentes. Esto es lo que propongo: por el mundo en 2060. Que disfruten tanto como hemos disfrutado nosotros.

—Por el mundo en 2060.

—Por el mundo.

—Que disfruten.

—¿Creéis que en 2060 la gente seguirá mintiendo cuando hable de sexo?

—Tal vez uno de cada cinco lo hará.

—Por cierto, fue A. J. P. Taylor.

—¿Quién hizo qué?

—Quien dijo eso de las opiniones contundentes débilmente argumentadas.

—Bueno, alzo mi copa en silencio también en homenaje a él.

Se produjo el habitual arrastrar de pies, ponerse los abrigos, abrazarse y darse besos, y entonces salimos en tropel y bajamos en dirección a la parada de taxis y el metro.

—Me ha encantado el olor de ese fuego —dijo Sue.

—Y no hemos tenido que comer nada procedente de la boca de una vaca —dijo

Tony.

—Se hace raro pensar que todos estaremos muertos en 2060 —dijo Dick.

—Oh, preferiría que no hicieras este tipo de comentarios —dijo Carol.

—Alguien tiene que decir lo que los demás no dicen —dijo David.

—Nos vemos, chicos —dijo Larry—. Yo me despido aquí.

—Nos vemos —respondimos la mayoría.

LAS LÍNEAS DEL MATRIMONIO

El pequeño bimotor iba sólo medio lleno cuando despegaron de Glasgow: unos pocos isleños que regresaban de Inglaterra, más algunos turistas tempraneros de fin de semana, con sus botas de senderismo y su mochila. Durante casi una hora volaron justo por encima de la inestable alfombra de nubes. Después iniciaron el descenso y el dentado contorno de la isla apareció debajo de ellos.

Siempre había adorado ese momento. El cuello del cabo, la larga playa atlántica de Traigh Eais, el enorme bungalow blanco sobre el que ritualmente pasaban zumbando para después efectuar un lento giro sobre la pequeña isla de Orosay con su perfil en forma de joroba y, finalmente, enfilarse la lisa y refulgente explanada de Traigh Mhòr. En los meses de verano, estaba prácticamente garantizado que se oiría la bulliciosa voz de algún foráneo, tal vez empeñado en impresionar a su novia, gritando por encima del ruido de las hélices. «¡Es la única pista de aterrizaje en el mundo para vuelos comerciales situada en una playa!» Pero con los años se había vuelto indulgente hasta con esto. Ya formaba parte del folclore de venir aquí.

Aterrizaron con un golpe brusco en la playa llena de conchas de berberechos y el agua que salpicaba pasaba entre las riostras de las alas mientras se deslizaban a gran velocidad por charcos poco profundos. Después el avión giró para dirigirse al minúsculo edificio de la terminal y un minuto después los pasajeros descendían por la desvencijada escalerilla metálica hasta la playa. Un tractor con un remolque plano esperaba cerca para cargar el equipaje los diez metros que los separaban de una húmeda losa de cemento que hacía las funciones de cinta transportadora de maletas. Sus, suyos: en lugar de eso, sabía que debía empezar a acostumbrarse al pronombre singular. Ésa iba a ser en adelante la gramática de su vida.

Calum le estaba esperando, mirando por encima de su hombro, escudriñando al resto de pasajeros. La misma figura delgada, de cabellos canos con una cazadora verde que los iba a buscar cada año. Como era Calum, no preguntó nada; esperó. Se conocían y se trataban con íntima formalidad desde hacía unos veinte años. Ahora esa regularidad, esa reiteración y todo lo que implicaba se habían roto.

Mientras la furgoneta avanzaba con parsimonia por la calzada de carril único y después esperaba educadamente en la zona de estacionamiento, le contó a Calum la historia que ya estaba harto de repetir. La repentina fatiga, los mareos, el análisis de sangre, los escáneres, el hospital, más hospital, la residencia para terminales. La rapidez con la que sucedió todo, el proceso, la despiadada sucesión de acontecimientos. Se lo contó sin lágrimas, con un tono de voz neutro, como si le hubiese sucedido a otra persona. A esas alturas, era el único modo en que era capaz de hacerlo.

Al llegar a la casa de campo de piedra oscura, Calum tiró del freno de mano. «Descanse en paz», dijo en voz baja, y se hizo cargo de la bolsa de viaje.

La primera vez que fueron a la isla todavía no estaban casados. Ella llevaba un anillo de compromiso como concesión a... ¿qué?, ¿a su imaginaria versión de la moralidad isleña? Les hacía sentirse a ambos superiores e hipócritas al mismo tiempo. Su habitación en el Bed & Breakfast de Calum y Flora era de paredes encaladas, gotas de lluvia secándose en la ventana y vista del prado calcáreo hasta la afilada elevación del Beinn Mhartainn. La primera noche descubrieron que los muelles de la cama chirriaban ante cualquier actividad más agitada que el mínimo movimiento requerido para la sobria concepción de descendencia. Se encontraron cómicamente limitados. Sexo isleño, lo llamaron, riéndose calladamente mientras se abrazaban.

Él había llevado unos prismáticos nuevos especialmente para ese viaje. En el interior de la isla había alondras y pardillos, culiblanco y lavanderas. En la línea de la costa, frailecitos y bisbitas. Pero a él los que más le gustaban eran los pájaros marinos, los cormoranes y alcatraces, cormoranes moñudos y petreles. Solía pasarse una hora quieto y con el trasero humedecido en la cima de los acantilados, con los dedos pulgar y corazón dedicados a enfocar sus zambullidas en molinete y su vuelo libre. Los petreles eran sus favoritos. Pájaros que se pasaban toda su vida en el mar y sólo pisaban la tierra para anidar. Ponían un único huevo, criaban al polluelo y volvían al mar, rozando las olas, elevándose con las corrientes de aire, sin ataduras.

Ella prefería las flores a los pájaros. Claveles silvestres, crestas de gallo, vicias villosas, lirios amarillos. Existía algo, recordaba, llamado autocuración. Hasta ahí llegaban sus conocimientos, sus recuerdos. Ella nunca había cogido ni una sola flor ni aquí ni en ningún otro sitio. Cortar una flor era acelerar su muerte, solía decir. Odiaba los floreros. En el hospital, los otros pacientes, al ver la mesa rodante metálica vacía a los pies de su cama, pensaban que sus amigos eran negligentes y le ofrecían su excedente de ramos. Fue algo que se repitió hasta que la trasladaron a una habitación individual y entonces el problema se acabó.

En esa primera visita, Calum les enseñó la isla. Una tarde, en una playa en la que le gustaba escarbar en busca de navajas, apartó la mirada y dijo, casi como si le hablase al mar:

—¿Saben?, mis abuelos se casaron de manera informal. Antes no se necesitaba nada. Si había aprobación familiar te casabas de manera informal. Te casabas cuando la luna estaba en cuarto creciente y la marea bajaba, eso daba buena suerte. Y después de la boda se ponía un colchón tosco en el suelo de una edificación anexa. Para la primera noche. La idea era iniciar la convivencia matrimonial con humildad.

—Oh, eso es maravilloso, Calum —había dicho ella. Pero a él le sonó a reproche,

por sus modales ingleses, su osadía, su silenciosa mentira.

El segundo año, regresaron pocas semanas después de casarse. Querían decírselo a todas las personas con las que se encontraban, pero en ese lugar no podían hacerlo. Quizá había sido positivo para ellos, rebosar de felicidad y estar obligados a callarlo. Tal vez fuese su propia manera de iniciar la convivencia matrimonial con humildad.

Él, sin embargo, tenía la sensación de que Calum y Flora lo sospechaban. Lo cierto es que no era muy difícil, dado su repertorio de ropa nueva y risa tonta. La primera noche, Calum les ofreció whisky de una botella sin etiqueta. Tenía muchas botellas de ésas. En aquella isla se bebía mucho más whisky del que se vendía, eso seguro.

Flora había sacado del cajón un viejo jersey de su abuelo. Lo extendió sobre la mesa de la cocina y lo alisó con ambas manos. En tiempos, explicó, las mujeres de estas islas contaban historias a través de las prendas que tejían. El dibujo de ese jersey mostraba que su abuelo había venido de Eriskay, mientras que los detalles y adornos hablaban de pesca y fe, del mar y la arena. Y esos zigzags sobre el hombro —*este de aquí, mirad*— representaban los altibajos del matrimonio. Eran, literalmente, las líneas del matrimonio.

Zigzags. Como cualquier pareja de recién casados, intercambiaron una mirada de astuta confianza, seguros de que para ellos no habría malos momentos, o al menos no como esos vividos por sus padres, o por amigos que ya estaban cometiendo los estúpidos errores habituales y predecibles. Ellos serían diferentes; ellos serían diferentes de cualquiera que se hubiese casado antes.

—Explícales lo de los botones, Flora —dijo Calum.

El dibujo del jersey te indicaba de qué isla provenía su propietario; los botones del cuello te contaban con precisión a qué familia pertenecía. Debía de ser como pasearse por ahí vestido con tu código postal, pensó él entonces.

Uno o dos días después, le había dicho a Calum:

—Ojalá todo el mundo siguiese llevando esos jerséis. —Careciendo como carecía de sentido de la tradición, le gustaba que otra gente lo tuviese y mostrase.

—Resultaban muy útiles —replicó Calum—. Había muchos ahogados a los que sólo se podía reconocer por el jersey. Y por los botones. Así se sabía quién era.

—No había caído en eso.

—Bueno, no hay razón para hacerlo. Usted no tiene por qué saberlo. No tiene por qué pensar en eso.

Había momentos en que tenía la sensación de que aquella isla era el lugar más remoto al que jamás hubiera llegado. Los isleños hablaban su misma lengua, pero eso no era más que una extraña coincidencia geográfica.

Esta vez, Calum y Flora le trataron como se esperaba: con el tacto y la modestia que en el pasado, estúpidamente, británicamente, había confundido con deferencia. No estaban encima de él, ni convertían su simpatía en un espectáculo. Se trataba simplemente de una mano sobre su hombro, de un plato depositado ante él, de un comentario sobre el tiempo.

Cada mañana, Flora le preparaba un sándwich envuelto en papel vegetal, un trozo de queso y una manzana. Él atravesaba el prado calcáreo y subía el Beinn Mhartainn. Subió hasta la cima, desde donde podía ver la isla y su dentada línea de costa, donde se podía sentir solo. Después, con los prismáticos en la mano, se dirigiría a los acantilados para contemplar a los pájaros marinos. En una ocasión, Calum le había contado que en algunas islas, hacía algunas generaciones, elaboraban aceite para las lámparas con los petreles. Resultaba extraño el modo en que él siempre le ocultó a ella este detalle, durante veinte años o más. El resto del año nunca pensaba en eso. Pero entonces llegaban a la isla, y él se decía que no debería explicarle lo que hacían con los petreles.

El verano en que ella casi había roto con él (¿o fue él quien casi había roto con ella?, hacía tanto tiempo que era difícil recordarlo), él se fue a buscar navajas por la playa con Calum. Ella les había dejado enfrascados en su pasatiempo y había preferido dar un paseo por la húmeda y ondulada playa de la que el mar acababa de retirarse. Allí, donde los guijarros eran apenas más grandes que granos de arena, a ella le gustaba buscar cristalitos de colores, pequeños fragmentos de botellas rotas, redondeados y pulidos por la acción del agua y el tiempo. Durante años él había contemplado cómo caminaba encorvada, se acuclillaba inquisitivamente, recogía, descartaba y atesoraba en la ahuecada palma de su mano izquierda.

Calum le explicó que había que buscar un pequeño desnivel en la arena, cuando lo encontrabas echabas un poco de sal y esperabas a que la navaja asomase unos pocos centímetros de su guarida. Llevaba en la mano izquierda un guante para horno para protegerse de la afilada concha que emergía. Había que tirar de ella rápidamente, le dijo, agarrándola antes de que volviese a desaparecer.

La mayoría de las veces, pese a la pericia de Calum, no se producía ningún movimiento y ellos pasaban al siguiente huequecillo en la arena. Él, por el rabillo del ojo, la veía a ella deambulando a lo lejos por la playa, dándole la espalda, autosuficiente, satisfecha con lo que estaba haciendo, sin pensar en él ni un segundo.

Mientras le pasaba a Calum más sal y observaba el guante de horno quieto al acecho, se sorprendió a sí mismo diciendo, de hombre a hombre:

—Es un poco como el matrimonio, ¿no le parece?

Calum frunció ligeramente el ceño.

—¿A qué se refiere?

—Oh, a lo de esperar a ver si asoma algo de la arena. Resulta que puede que no haya nada ahí o que aparezca algo que te hará un corte en la mano si no tienes muchísimo cuidado.

Había sido un comentario estúpido. Estúpido porque realmente no lo pensaba, más estúpido porque era impertinente. El silencio le dio a entender que a Calum esa conversación le parecía ofensiva, para él, para Flora y para los isleños en general.

Caminaba cada día y cada día la lluvia le calaba. Se comía el sándwich empapado y observaba a los petreles rozando el mar. Fue hasta Greian Head y contempló las rocas planas donde a las focas les gustaba congregarse. Un año habían visto a un perro ir nadando hasta allí desde la playa, ahuyentar a las focas y desfilar arriba y abajo por su roca como si fuese un nuevo terrateniente. Este año no había ningún perro.

En el vertiginoso flanco del Greian se situaba parte de un insólito campo de golf en el que, año tras año, jamás había visto a ningún golfista. Había un pequeño green circular, rodeado por un cercado para mantener a raya a las vacas. En una ocasión, cerca de allí, apareció una inesperada manada de bueyes que se precipitó hacia ellos y le pegó a ella un susto de muerte. Él se quedó donde estaba, agitó con fuerza los brazos e instintivamente gritó los nombres de los líderes políticos a los que más detestaba y de algún modo no le sorprendió que eso los apaciguase. Este año no había bueyes a la vista y los echó de menos. Supuso que hacía mucho que habían ido a parar al matadero.

Recordó a un arrendatario en Vatersay que les habló del lecho perezoso.^[12] Levantabas un pedazo de prado, colocabas las patatas en la tierra que quedaba al aire, recolocabas el bloque de hierba boca abajo encima de las patatas, y eso era todo. El tiempo, la lluvia y el calor del sol hacían el resto. Lechos perezosos..., él vio que ella se reía porque le estaba leyendo la mente y después le comentó que ésa debía de ser la idea que él tenía de la jardinería, ¿verdad que sí? Él recordaba sus ojos brillando como los húmedos cristalitos de bisutería con los que se llenaba la palma de la mano.

La mañana del último día, Calum le llevó en la furgoneta de vuelta a Traigh Mhòr. Los políticos habían estado prometiendo una nueva pista de aterrizaje en la que los aviones más modernos pudiesen aterrizar. Se hablaba de desarrollo turístico y de regeneración de la isla, mezclado con advertencias sobre el coste de las subvenciones. Calum no quería nada de todo eso, y él tampoco. Sabía que necesitaba que la isla permaneciese tan tranquila e inalterable como fuese posible. No volvería si empezaban a aterrizar reactores sobre una pista asfaltada.

Facturó su bolsa de viaje en el mostrador y salieron al exterior. Apoyado contra un muro bajo, Calum encendió un cigarrillo. Contemplaron la arena húmeda y ondulante de la playa repleta de conchas de berberechos. Había nubes bajas y nada de viento.

—Esto es para usted —dijo Calum, ofreciéndole media docena de postales. Debía haberlas comprado en el café hacía un momento. Eran panorámicas de la isla, la playa, el prado calcáreo, y hasta una del mismo avión que esperaba para llevárselo de allí.

—Pero...

—Necesitaré recuerdos.

Unos minutos después, el bimotor despegó atravesando Orosay en dirección al mar. No hubo una panorámica de despedida de la isla antes de que el mundo que quedaba abajo desapareciera. Mientras volaban envueltos por una nube, él pensó en las líneas del matrimonio y en botones; en navajas y en sexo isleño; en bueyes desaparecidos y en petreles convertidos en aceite; y entonces, por fin, brotaron las lágrimas. Calum sabía que no volvería. Pero las lágrimas no eran por eso, o por él, ni siquiera por ella, por sus recuerdos de pareja. Eran lágrimas por su propia estupidez. Y por su arrogancia.

Había creído que podría revivir y empezar a despedirse. Había creído que el dolor podía aplacarse, o si no aplacarse, al menos conseguir que acelerase un poco su retirada, regresando al lugar en el que habían sido felices. Pero él no dominaba al dolor. El dolor lo dominaba a él. Y en los meses y años por venir, esperaba que el dolor le enseñase otras muchas cosas. Ésta era tan sólo la primera.

DOS

EL RETRATISTA^[13]

El señor Tuttle se había mostrado discutidor desde el principio, sobre la tarifa — doce dólares—, el tamaño de la tela y la perspectiva que debía mostrarse a través de la ventana. Afortunadamente hubo un rápido acuerdo sobre la pose y el vestuario. Con respecto a eso, Wadsworth se sentía satisfecho de imponerle su criterio al recaudador de impuestos de la aduana; satisfecho de darle la apariencia, hasta donde alcanzaba su destreza, de un caballero. En eso consistía, después de todo, su trabajo. Era un retratista, pero también un artesano, y cobraba una tarifa de artesano para crear lo que su cliente quería ver. Dentro de treinta años, muy pocos recordarían el aspecto del recaudador de impuestos de la aduana; el único vestigio de su apariencia física después de que se hubiera encontrado con su Creador sería este retrato. Y la experiencia le decía a Wadsworth que para sus clientes era más importante ser retratados como hombres y mujeres sobrios y temerosos de Dios, que el hecho de que el retrato fuese más o menos fidedigno. No era algo que le quitase el sueño.

Por el rabillo del ojo, Wadsworth vio que su cliente había dicho algo, pero no despegó la mirada de la punta del pincel. Lo que hizo fue señalar el cuaderno en el que muchos modelos habían escrito comentarios, expresando sus elogios y críticas, su sabiduría y fatuidad. También podía abrir el cuaderno por cualquier página y pedirle a su cliente que identificase un comentario dejado por un predecesor, diez o veinte años atrás. Las opiniones de su recaudador de impuestos de la aduana hasta ese momento habían sido tan predecibles como los botones de su chaleco, aunque menos interesantes. Por fortuna, a Wadsworth le pagaban por representar chalecos, no opiniones. Evidentemente, era un poco más complicado: representar el chaleco, la peluca y los pantalones bombachos era representar una opinión, de hecho un completo corpus de ellas. El chaleco y los bombachos mostraban el cuerpo que había debajo, del mismo modo que la peluca y el sombrero mostraban el cerebro; aunque en algunos casos era una exageración pictórica sugerir que ahí debajo había algo parecido a un cerebro.

Le encantaría dejar esta ciudad, guardar sus pinceles y telas, sus pigmentos y su paleta en el carrito, ensillar su yegua y tomar los senderos del bosque que en tres días le llevarían de vuelta a casa. Allí podría descansar, reflexionar y tal vez tomar la decisión de vivir de un modo diferente, sin las permanentes tribulaciones de un itinerante. Una vida de vendedor ambulante, también de suplicante. Como siempre, había venido a esta ciudad, tomado una habitación para dormir y puesto un anuncio en el periódico, indicando sus capacidades, sus precios y su disponibilidad. «Si en seis días no recibe ningún encargo», acababa el anuncio, «el señor Wadsworth

abandonará la ciudad.» Había pintado a la hija pequeña de un representante de telas, y después al diácono Zebediah Harries, que le había ofrecido cristiana hospitalidad en su casa, y le había recomendado al recaudador de impuestos de la aduana.

El señor Tuttle no le había ofrecido alojamiento, pero el retratista durmió de buen grado en el establo con su yegua por compañía, y comió en la cocina. Y entonces se había producido ese incidente la tarde del tercer día, ante el que él no había tenido el arrojo —o se sintió incapaz— de protestar. Le había provocado un sueño inquieto. Y habría dañado su reputación, si la verdad llegaba a saberse. Debería haber borrado de su lista al recaudador de impuestos por zopenco y bravucón —ya había pintado suficiente durante todos esos años— y olvidarse del asunto. Quizá realmente debería tomar en consideración la posibilidad de retirarse, dejar que su yegua engordase y vivir de lo que pudiese cultivar y de los animales que lograra criar. Siempre podría pintar puertas y ventanas en lugar de a personas para ganarse un dinero; eso no le parecía indigno.

Al final de la primera mañana, Wadsworth se había visto obligado a enseñarle al recaudador de impuestos de la aduana el cuaderno. El tipo, como muchos otros, había imaginado que bastaría con abrir más la boca para lograr la comunicación. Wadsworth había contemplado cómo la pluma viajaba a través de la página y después el índice golpeaba impacientemente en ella. «Si Dios es piadoso», había escrito el hombre, «tal vez en el Cielo usted oirá.» En respuesta al comentario, él había mostrado una media sonrisa y asentido fugazmente, de lo que podía inferirse sorpresa y gratitud. Había leído ese pensamiento otras muchas veces. A menudo era una sincera expresión de sentimiento cristiano y amable esperanza; en ocasiones, como ahora, representaba la apenas oculta consternación ante la evidencia de que el mundo incluía a personas con tan frustrantes deformidades. El señor Tuttle era de esos amos que preferían que sus criados fuesen mudos, sordos y ciegos, excepto cuando por lo que fuese le convenía lo contrario. Evidentemente, amos y criados se habían convertido en ciudadanos y en personas contratadas a su servicio en cuanto se proclamó la república de los justos. Pero los amos y los criados no desaparecieron sin más, como no lo hicieron las inclinaciones primarias del ser humano.

Wadsworth no consideró que estuviese juzgando al recaudador de impuestos de una manera poco cristiana. Se había formado una impresión a primera vista y la confirmó la tercera tarde. El incidente había sido de lo más cruel, ya que involucraba a un niño, un ayudante de jardinero que apenas había entrado en la edad del raciocinio. El retratista siempre había sentido afecto por los niños: por sí mismos, por el gratificante hecho de que pasaban por alto su deformidad y también porque él mismo no tenía descendencia. Jamás había contado con la compañía de una esposa. Quizá todavía estaba a tiempo de buscarse una, aunque debería asegurarse de que ya no estaba en edad fértil. No quería infligir el castigo de su deformidad a otros.

Algunos habían intentado explicarle que sus miedos eran infundados, ya que su dolencia no le acompañaba al nacer, sino que había sido consecuencia de un ataque de fiebre eruptiva cuando tenía cinco años. Además, le insistían, ¿no se había abierto el camino en el mundo? ¿No sería capaz de hacer lo mismo su hijo, fuese como fuese físicamente? Tal vez fuera así, pero ¿y si tenía una hija? La idea de una niña viviendo como una marginada era demasiado para él. Era cierto que siempre podía quedarse en casa y se establecería entre ellos una gran complicidad. ¿Pero qué sería de una niña así después de que él falleciese?

No, volvería a casa y pintaría a su yegua. Ésa había sido siempre su intención, y quizá ahora la llevase a cabo. Ella llevaba veinte años acompañándole, le entendía con facilidad y no prestaba la menor atención a los ruidos que brotaban de su boca cuando estaban solos en el bosque. Éste era el plan: pintarla en una tela del mismo tamaño que la que estaba utilizando para el retrato del señor Tuttle, aunque girada para hacerla apaisada, y después cubrirla con una manta y descubrirla sólo cuando la yegua muriese. Resultaba presuntuoso comparar la realidad diaria de las criaturas vivas creadas por Dios con un simulacro humano producido por una mano inadecuada, aunque ése fuese el propósito para el cual le contrataban sus clientes.

No contaba con que fuese sencillo pintar a la yegua. Carecería de la paciencia, la vanidad y las ganas de posar para él con una pezuña orgullosamente adelantada. Pero, por otro lado, tampoco mostraría su yegua la vanidad de acercarse para contemplar el lienzo, incluso mientras estaba trabajando en él. El recaudador de impuestos lo estaba haciendo ahora, inclinado sobre su hombro, mirando detenidamente y señalando. Había algo que no merecía su aprobación. Wadsworth levantó la mirada, contemplando alternativamente el rostro inmóvil y el vivo. Aunque conservaba recuerdos lejanos de haber hablado y escuchado, y le habían enseñado a escribir, nunca había aprendido a leer los labios. Wadsworth apartó el más fino de sus pinceles del botón del chaleco del retratado, y dirigió su mirada hacia el cuaderno, mientras el recaudador entintaba la pluma. «Más dignidad», escribió el hombre, y después subrayó las palabras.

Wadsworth consideró que ya le había dado suficiente dignidad al señor Tuttle. Había aumentado su estatura, reducido su estómago, hecho caso omiso de los lunares con pelos que salpicaban el cuello del tipo, y en conjunto había tratado de transformar la hosquedad en diligencia, la irascibilidad en rigor moral. ¡Y ahora quería más! Era una petición nada cristiana, y sería un acto nada cristiano por parte de Wadsworth acceder a ella. No le haría ningún favor a ese hombre ante los ojos de Dios si el retratista le permitía aparecer henchido de toda la dignidad que pedía.

Había pintado a bebés, niños, hombres y mujeres, incluso cadáveres. En tres ocasiones había espoleado a su yegua para llegar a tiempo a un lecho de muerte en el

que se le pedía que ejecutase una resurrección, que pintase como vivo a alguien que acababa de encontrarse con la muerte. Si era capaz de hacer eso, sin duda lograría capturar los rápidos movimientos de su yegua mientras ésta movía la cola para espantar las moscas, o alzaba el cuello con impaciencia mientras él preparaba el carrito de las pinturas o le taladraba los oídos con los ruidos que hacía mientras estaba en el bosque.

En una ocasión había intentado comunicarse con sus mortales conciudadanos mediante gestos y sonidos. Era verdad que unas pocas acciones sencillas se podían imitar fácilmente: podía mostrar, por ejemplo, cómo debía posar un cliente. Pero otros gestos se convertían en humillantes juegos de adivinanzas, mientras que los sonidos que era capaz de proferir no lograban transmitir ni sus peticiones ni su compartida naturaleza de ser humano que, aunque forjado de otra manera, formaba parte también de la creación del Todopoderoso. A las mujeres los sonidos que producía les resultaban embarazosos, a los niños les generaban un benévolo interés y los hombres los tomaban como una prueba de estupidez. Había intentado avanzar en este terreno, pero no lo había conseguido, así que se había refugiado en el mutismo que los demás esperaban, y tal vez preferían. Fue en ese momento cuando adquirió su cuaderno con tapas de cuero, en el que cabían todas las aseveraciones y opiniones humanas. *¿Cree usted, mi querido señor, que habrá pintura en el Cielo? ¿Cree usted, mi querido señor, que en el Cielo se oirá algo?*

Pero su comprensión del género humano, tal como se había desarrollado, venía menos de lo que sus clientes escribían, que de su muda observación. Los hombres — y también las mujeres— creían que podían modificar sus voces y lo que éstas expresaban sin que sus rostros reflejasen este cambio. Pero se engañaban. Su propio rostro, mientras contemplaba el carnaval humano, era tan inexpresivo como su lengua, pero su mirada captaba más cosas de las que ellos podían sospechar. En el pasado llevaba, dentro del cuaderno, un juego de tarjetones escritos a mano que contenían respuestas útiles, precisas sugerencias y corteses correcciones a determinadas propuestas. Incluso tenía un tarjetón especial para cuando su interlocutor mostraba hacia él una condescendencia que sobrepasaba lo que él consideraba apropiado. Decía: «Señor, la comprensión no deja de funcionar cuando los portales de la mente están cerrados.» En ocasiones se lo aceptaban como una justa reprimenda, pero en otras se lo tomaban como una impertinencia de un mero artesano que dormía en el establo. Wadsworth había dejado de utilizarlo no por las reacciones que provocaba, sino porque suponía demasiados conocimientos. Los que pertenecían al mundo de los que sí poseían voz contaban con todas las ventajas: eran quienes le pagaban, ejercían la autoridad, formaban parte de la sociedad, intercambiaban ideas y opiniones de manera natural. Y sin embargo, con todo, Wadsworth no veía que el hablar fuese en sí mismo un generador de virtud. El sólo

poseía dos ventajas: que podía representar sobre una tela a aquellos que hablaban y que podía observar en silencio su comportamiento. Y sería un disparate prescindir de esta segunda ventaja.

El tema del piano, por ejemplo. Wadsworth había preguntado al principio, señalando su lista de precios, si el recaudador de impuestos quería un retrato de la familia al completo, un juego de retratos de él y su esposa, o un retrato de pareja, tal vez con miniaturas de los hijos. El señor Tuttle, sin mirar a su esposa, se había señalado el pecho y había anotado en la lista de precios: «Yo solo.» Después miró fugazmente a su esposa, se llevó la mano al mentón y añadió: «Junto al piano.» Wadsworth se había percatado de la presencia del elegante instrumento construido en madera de palisandro y le preguntó con un gesto si podía acercarse a él. Ensayó diversas poses: desde sentarse en actitud informal junto al teclado abierto y con la partitura de su canción favorita colocada en el atril, hasta posar de pie en actitud más formal junto al instrumento. Tuttle tomó el lugar de Wadsworth, ensayó una pose, adelantó un pie, y después, tras pensarlo unos instantes, cerró la tapa del teclado. Wadsworth dedujo de ese gesto que sólo la señora Tuttle tocaba el piano, y además que el deseo del señor Tuttle de incluir el instrumento en el retrato era un modo indirecto de incluirla a ella. Indirecto y además menos caro.

El retratista le había enseñado al recaudador de impuestos algunas miniaturas de niños, con la esperanza de que cambiase de opinión, pero Tuttle se limitó a negar con la cabeza. Wadsworth se sintió decepcionado, en parte por las implicaciones económicas, pero sobre todo porque su entusiasmo por pintar niños se había incrementado en la misma proporción en que había declinado el de pintar a los progenitores de éstos. Los niños eran más moldeables que los adultos, más delicuescentes en su forma, eso era cierto. Pero además le miraban a los ojos, y cuando eres sordo, escuchas con los ojos. Los niños le sostenían la mirada, y él lograba así percibir su esencia. Los adultos a menudo la apartaban, fuese por pudor o por un deseo de ocultación; aunque algunos, como el recaudador, le devolvían la mirada desafiantes; con una falsa franqueza, por decirlo de algún modo. Por supuesto que mis ojos son encubridores, pero tú careces de la inteligencia necesaria para darte cuenta. Esos clientes consideraban la afinidad de Wadsworth con los niños una prueba de que poseía una capacidad intelectual limitada, como la de los niños. Mientras que Wadsworth encontraba en la afinidad que ellos mostraban con él la prueba de que veían el mundo con la misma claridad que él.

Cuando empezó en este oficio, llevaba sus pinceles y pigmentos cargados a la espalda y recorría los caminos como un vendedor ambulante. Iba por libre, confiando en las recomendaciones y los anuncios. Pero era trabajador, y siendo de naturaleza sociable, agradecía que su oficio le permitiese el acceso a la vida de otras personas. Entraba en un hogar, y aunque lo alojasen en el establo, con el servicio o, muy de vez

en cuando, y sólo en las moradas más cristianas, le tratasen como a un invitado, tenía durante esos días una función y un reconocimiento. Eso no significaba que fuese tratado con menos condescendencia que otros artesanos, pero al menos lo juzgaban como a un ser humano normal, es decir, uno que merecía condescendencia. Fue feliz, quizá por primera vez en su vida.

Y entonces, sin ninguna ayuda más allá de su perspicacia, empezó a entender que no se limitaba a cumplir una función, sino que manejaba su propia fuerza. No era algo que quienes le contrataban admitirían, pero sus ojos le decían que era así. Poco a poco comprendió la verdad sobre su oficio: que el cliente era el amo, excepto cuando él, James Wadsworth, era el amo del cliente. Para empezar, era el amo del cliente cuando su mirada adivinaba lo que el cliente preferiría que él no supiese. El desdén de un marido. La insatisfacción de una esposa. La hipocresía de un diácono. El sufrimiento de un niño. La autocomplacencia de un hombre al disponer del dinero de su esposa para gastarlo. El deseo de un marido por una criada. Grandes temas en pequeños reinos.

Y, además de eso, se percató de que, cuando se levantaba en el establo, se sacudía de la ropa los pelos del caballo, y después se dirigía a la casa y cogía un pincel hecho con el pelo de otro animal, se convertía en alguien más importante de lo que los demás pensaban. Quienes posaban para él y le pagaban, en realidad no sabían qué iba a comprar su dinero. Sabían lo que se había acordado —el tamaño de la tela, la pose y los elementos decorativos (el cuenco de frambuesas, el pajarillo sobre una cuerda, el piano, la vista desde la ventana)— y de ese acuerdo deducían que ellos eran los amos. Pero ése era el preciso instante en el que el dominio pasaba al otro lado de la tela. Hasta ese momento, en sus vidas se habían contemplado a sí mismos en grandes espejos y espejos de mano, en el dorso de una cuchara y, difusamente, en el agua limpia y quieta. Incluso se decía que los amantes eran capaces de verse reflejados en los ojos del otro, pero el retratista carecía de experiencia en este terreno. No obstante, todas esas imágenes dependían de una persona situada frente al espejo, la cuchara, el agua o el ojo. Cuando Wadsworth les mostraba a los clientes sus retratos, normalmente era la primera vez que se veían a sí mismos tal como otra persona los veía. A veces, cuando les enseñaba el cuadro, el retratista detectaba un repentino escalofrío que atravesaba la piel del modelo, como si estuviese pensando: ¿o sea que así es como realmente soy? Era un momento de impenetrable solemnidad: era con esa imagen como sería recordado tras su muerte. Y había una solemnidad todavía mayor. A Wadsworth no le parecía presuntuoso por su parte pensar que, según le revelaba su mirada, a menudo la siguiente reflexión del modelo era: ¿y es tal vez así como también me ve el Todopoderoso?

Quienes no tenían la honestidad de dejarse sacudir por estas dudas tendían a comportarse como el recaudador lo hacía ahora: pedir retoques y mejoras, decirle al

retratista que su mano y su ojo eran imperfectos. ¿Tendrían la vanidad de quejarse también ante Dios? «Más dignidad, más dignidad.» Una orden aún más repugnante si cabe, dado el comportamiento del señor Tuttle en la cocina hacía dos noches.

Wadsworth estaba cenando, satisfecho del trabajo realizado durante la jornada. Acababa de terminar el piano. La fina pata del instrumento, que descendía en paralelo a la más gruesa extremidad del señor Tuttle, acababa en una garra dorada que a Wadsworth le había costado reproducir. Pero ahora podía relajarse, recostarse junto al fuego, comer y observar a los criados. Había allí más de los esperables. Un recaudador de impuestos de la aduana podía ganar unos quince dólares semanales, suficiente para tener una criada. Pero Tuttle también contaba con una cocinera y un chico que se encargaba del jardín. Dado que el recaudador no parecía un hombre generoso con su dinero, Wadsworth dedujo que era la fortuna de la señora Tuttle la que permitía tal despliegue de servidumbre.

Una vez acostumbrados a su tara, la servidumbre lo trataba con amabilidad, como si su sordera lo convirtiera en su igual. Era una paridad que a Wadsworth le gustaba aceptar. El pequeño jardinero, un elfo con ojos negros como el tizne, se empeñaba en divertirlo con algunos trucos. Era como si imaginase que el pintor, al estar privado de palabras, careciese de diversiones. No era el caso, pero él aceptó esa indulgencia del chico y sonreía cuando éste daba volteretas, se acercaba sigilosamente a la cocinera cuando se inclinaba para sacar algo del horno o le retaba a él con un juego consistente en esconder una bellota en uno de sus puños cerrados.

El retratista se había acabado el caldo y se estaba calentando ante el fuego —un elemento con el que el señor Tuttle no era generoso en ninguna estancia de la casa— cuando se le ocurrió una idea. Cogió un palo con la punta quemada de entre las cenizas, posó su mano sobre el hombro del pequeño jardinero para indicarle que no se moviese y sacó de su bolsillo un pequeño cuaderno de dibujo. La cocinera y la criada quisieron ver qué estaba haciendo, pero él las mantuvo a raya con un gesto de la mano, como indicándoles que este particular truco, que le ofrecía al chico como agradecimiento a sus propios trucos, no funcionaría si miraban. Era un boceto basto —no podía ser de otro modo, dada la tosquedad del instrumento utilizado—, pero conseguía cierto parecido. Arrancó la hoja del cuaderno y se la ofreció al chico. Éste le miró con asombro y gratitud, puso el boceto sobre la mesa, tomó la mano con la que Wadsworth lo había dibujado y la besó. Debería pintar siempre niños, pensó el retratista, mirando al chico a los ojos. Apenas se percató de la algarabía de risas que estalló cuando las otras dos personas presentes examinaron el dibujo y después del repentino silencio que se produjo cuando el recaudador de impuestos, intrigado por el repentino jaleo, entró en la cocina.

El retratista contempló a Tuttle, un pie adelantado, como en el retrato, la boca abriéndose y cerrándose de un modo que no sugería dignidad. Contempló cómo la

cocinera y la criada adoptaban una actitud más decorosa. Contempló cómo el chico, atento a la mirada de su patrón, cogía el dibujo y con modestia y orgullo se lo entregaba. Contempló cómo Tuttle cogía el papel con calma, lo examinaba, miraba al muchacho, después a Wadsworth, asentía, rompía con parsimonia el boceto en cuatro pedazos, lo tiraba al fuego, esperaba a que ardiese, decía algo más al retratista mientras le mostraba un perfil de tres cuartos y después se marchaba. Y contempló cómo el chico lloraba.

El retrato estaba terminado: tanto el piano de madera de palisandro como el recaudador de impuestos de la aduana brillaban. El pequeño edificio blanco de la aduana llenaba la ventana que se abría detrás del codo del señor Tuttle; no es que allí hubiese ventana alguna ni, de haberla habido, algún edificio de aduanas visible a través de ella. Pero todo el mundo podía aceptar esta pequeña alteración de la realidad. Y tal vez el recaudador, en su fuero interno, tan sólo pedía una alteración de la realidad similar cuando le pedía más dignidad. Seguía inclinado sobre Wadsworth, gesticulando ante la representación de su rostro, pecho y pierna. No importaba lo más mínimo que el retratista no pudiera escuchar lo que estaba diciendo. Sabía perfectamente de qué se trataba, y lo poco que importaba. Realmente era una ventaja no oír, ya que esos comentarios sin duda hubiesen conseguido que su enojo fuese todavía mayor de lo que ya era.

Tomó su cuaderno de notas. «Señor», escribió, «acordamos cinco días para mi trabajo. Debo partir mañana al amanecer. Acordamos que me pagaría usted esta noche. Págueme, deme tres velas y por la mañana tendrá usted las mejoras que me pide.»

Era raro en él tratar a un cliente con tan poca deferencia. Podía ser negativo para su reputación a lo largo del país, pero ya no le importaba. Le ofreció la pluma al señor Tuttle, que no hizo amago de cogerla. En lugar de eso, abandonó la habitación. Mientras esperaba, el retratista examinó su obra. Estaba bien pintada: las proporciones eran equilibradas; los colores, armónicos, y el parecido estaba dentro de lo razonable. El recaudador debería estar satisfecho, la posteridad impresionada y su Creador —siempre suponiendo que se le concediera ir al Cielo— no mostrarse demasiado crítico.

Tuttle volvió y le entregó seis dólares —la mitad del pago acordado— y dos velas. Sin duda su coste se restaría de la segunda mitad del pago cuando llegase el momento de efectuarlo. Si es que llegaba a efectuarse. Wadsworth contempló largo rato el retrato, que para él había llegado a equipararse como realidad a su modelo de carne y huesos, y tomó varias decisiones.

Cenó como de costumbre en la cocina. Sus compañeros habían sido avasallados la noche anterior. No creía que le culpasen a él por el incidente con el pequeño

jardinero; como mucho, pensarían que su presencia les había llevado a un error de juicio a consecuencia del cual habían recibido un escarmiento. Así era al menos como Wadsworth veía las cosas, y no consideraba que le resultaran más claras si pudiese oír o leer los labios; de hecho, quizá sucediese justo lo contrario. Si su cuaderno con anotaciones de los pensamientos y reflexiones de los hombres servía como parámetro, el conocimiento que el mundo tenía de sí mismo, cuando se hablaba y escribía no aumentaba mucho.

En esta ocasión eligió el pedazo de carboncillo con más cuidado y con ayuda de su navaja pulió la punta para lograr asemejarlo a un lápiz afilado. Hecho esto, mientras el chico permanecía sentado frente a él, inmóvil más por temor que por sentido del deber de modelo, el retratista volvió a dibujarlo. Cuando acabó, arrancó la hoja y, sin que el chico dejase de mirarlo ni un instante, hizo el gesto de escondérsela bajo su camisa y se la ofreció por encima de la mesa. El chico se la guardó de inmediato copiando el gesto del pintor y sonrió por primera vez esa noche. Después, sacándole punta a su carboncillo antes de cada nueva tarea, Wadsworth dibujó a la cocinera y a la criada. Ambas aceptaron su retrato y lo escondieron sin mirarlo. Finalmente, el retratista se levantó, les dio la mano, abrazó al pequeño jardinero y volvió a su tarea nocturna.

Más dignidad, repetía para sí mientras encendía las velas y tomaba su pincel. Bien, pues un hombre dignificado es alguien cuya apariencia permite entrever una vida dedicada a la reflexión; alguien cuya frente lo expresa. Sí, he aquí una mejora por hacer. Midió la distancia entre la ceja y el arranque de sus cabellos, y en el punto medio entre una y otro, en la vertical del ojo derecho, retocó la frente: una dilatación, un pequeño montículo, casi como si algo estuviese empezando a desarrollarse. Después hizo lo mismo sobre el ojo izquierdo. Sí, así estaba mejor. Pero la dignidad también se deducía de la posición del mentón del sujeto. No es que hubiese nada manifiestamente insatisfactorio en la mandíbula de Tuttle. Pero tal vez la discernible presencia de una incipiente barba pudiese ayudar; unos pocos toques por toda la superficie del mentón. Nada que resultase demasiado evidente, mucho menos ofensivo; tan sólo una insinuación.

Y tal vez era necesaria otra insinuación. Siguió toda la pierna sólidamente dignificada del recaudador hasta su pantorrilla cubierta por el calcetín y el zapato con hebilla. A continuación siguió la paralela pata del piano desde la tapa cerrada del teclado hasta la garra dorada que tanto tiempo le había llevado pintar. ¿Tal vez se hubiese podido evitar ese problema? El recaudador no había especificado que el piano tuviese que representarse fielmente. Si se había permitido ciertas licencias con la ventana y el edificio de la aduana, ¿por qué no también con el piano? Con más razón, ya que la presencia de una garra junto a un oficial de aduanas podía sugerir una naturaleza codiciosa y rapaz, que ningún cliente desearía ver insinuada, hubiese o

no pruebas de ello. Así que Wadsworth borró la garra felina y la sustituyó por una más pacífica pezuña, de color gris y ligeramente bifurcada.

El hábito y la prudencia le apremiaban a apagar las dos velas con las que había sido premiado; pero el retratista decidió dejarlas encendidas. Ahora eran suyas, o al menos pronto las habría pagado. Limpió los pinceles en la cocina, guardó su caja de pinturas, ensilló su yegua y le ató el carrito de las pinturas. El animal parecía tan feliz como él de marcharse. Mientras salían del establo, el retratista vio las ventanas silueteadas por la luz de las velas. Montó, la yegua empezó a cabalgar y él notó el aire frío en la cara. Cuando amaneciera, al cabo de una hora, su penúltimo retrato sería examinado por la criada, que apagaría las velas derrochadas. Esperaba que en el Cielo existiese la pintura, pero todavía esperaba más que en el Cielo existiese la sordera. La yegua, que pronto se convertiría en el modelo de su último cuadro, supo seguir por sí misma el camino. Pasado un rato, ahora que la casa del señor Tuttle ya quedaba lejos, Wadsworth gritó en el silencio del bosque.

COMPLICIDAD

Cuando de niño me cogía hipo, mi madre iba a buscar la llave de la puerta trasera, me abría el cuello de la camisa y me deslizaba el frío metal por la espalda. En aquel entonces, yo creía que ése era el procedimiento médico —o maternal— normal. Sólo años más tarde empecé a preguntarme si el remedio funcionaba simplemente por crear una distracción o si, tal vez, había alguna explicación más científica, si un sentido podía afectar directamente a otro.

Cuando tenía veintisiete años, quiméricamente enamorado de una mujer casada que desconocía por completo mi cariño y mi pasión, padecí una enfermedad cutánea cuyo nombre no recuerdo. Mi cuerpo adquirió un tono escarlata desde las muñecas hasta los tobillos; primero me provocó una comezón que la loción de calamina no logró aplacar, después la piel se me escamó ligeramente y finalmente se peló por completo, hasta que mudé de piel como un reptil. Pedazos de mí se adhirieron a mi camisa y mis pantalones, a las sábanas y a la alfombra. Las únicas zonas que no se quemaron y pelaron fueron la cara, las manos, los pies y la entrepierna. No le pregunté al médico por qué me había sucedido eso y jamás la hablé a esa mujer del amor que sentía por ella.

Cuando me divorcié, Ben, mi amigo médico, me obligó a enseñarle las manos. Le pregunté si la medicina moderna, además de volver a utilizar las sanguijuelas, también iba a recuperar la quiromancia, y, de ser así, si después tardarían en incorporarse la astrología, el magnetismo y la teoría de los humores. Me respondió que podía deducir por el color de mis manos y de las yemas de mis dedos que bebía demasiado.

Tiempo después, con la duda de si me había enredado para que lo dejase, le pregunté si me había tomado el pelo o lo había adivinado. Me giró las palmas de las manos hacia arriba, asintió afirmativamente y me dijo que me buscaría alguna doctora sin compromiso a la que le pudiese parecer no demasiado repulsivo.

La segunda vez que nos encontramos fue en una fiesta de Ben; ella había traído a su madre. ¿Os habéis dedicado alguna vez a observar a madres e hijas juntas en fiestas, intentando dilucidar quién se ocupa de quién? ¿La hija le facilita a la madre una salida nocturna, la madre controla el tipo de hombres a los que atrae su hija? O ambas cosas al mismo tiempo. Aunque jueguen a ser grandes amigas, suele producirse un destello extra de formalidad añadida a la relación. La desaprobación o bien no se expresa o se exagera con una mirada hacia el techo, una mueca teatral y un «De todos modos, ella nunca me hace el menor caso».

Estábamos de pie, en un reducido círculo con una cuarta persona que se me ha borrado de la memoria. Ella estaba frente a mí y su madre a mi izquierda. Yo intentaba ser yo mismo, sea lo que sea lo que signifique eso, y al mismo tiempo trataba de hacer aceptable, si no realmente agradable, esa personalidad. Digamos que agradable para su madre; yo no era lo bastante atrevido para intentar resultarle agradable a ella directamente, al menos no en presencia de testigos. No recuerdo de qué hablamos, pero la conversación parecía fluir; tal vez la olvidada cuarta persona ayudaba. Lo que sí recuerdo es esto: ella mantenía el brazo derecho pegado al cuerpo, y cuando me pilló mirándola, discretamente hizo el gesto de fumar, ya sabéis, los dedos índice y corazón extendidos y ligeramente separados, los restantes dedos doblados y ocultos. Pensé: una doctora que fuma, eso es una buena señal. Mientras la conversación seguía su curso, saqué mi cajetilla de Marlboro Lights y, sin mirar —mi actividad también se desarrollaba al nivel de la cintura—, extraje un cigarrillo, volví a guardarme la cajetilla en el bolsillo, cogí el cigarrillo por la parte del filtro, lo pasé por detrás de la espalda de su madre y noté cómo me lo cogía de entre los dedos. Al percatarme de un momentáneo silencio en su conversación, volví a deslizar la mano en el bolsillo, saqué una caja de cerillas, la cogí por el borde rasposo y sentí de nuevo cómo me la cogía de entre los dedos, vi cómo encendía el cigarrillo, aspiraba, cerraba la caja de cerillas y me la devolvía por detrás de la espalda de su madre. Yo la recibí con delicadeza, cogiéndola por el mismo borde con el que se la había ofrecido.

Debería añadir que a su madre le resultó perfectamente evidente lo que estábamos haciendo. Pero no dijo nada, ni suspiró, no lanzó una mirada mojigata, ni me echó una reprimenda por ser un traficante de drogas. Me gustó de inmediato por eso y deduje que daba su aprobación a la complicidad que se había creado entre su hija y yo. Supongo que deliberadamente podía guardarse para sí misma su desaprobación por razones estratégicas. Pero no me importaba, o más bien no creí que me importase, prefiriendo asumir que me aprobaba. Aunque no es eso lo que trataba de contaros. Lo importante no era su madre. Lo importante eran esos tres momentos en los que un objeto había pasado de las yemas de los dedos de una mano a otra.

Eso fue lo más cerca de ella que estuve esa noche, y durante las semanas siguientes.

¿Habéis jugado alguna vez a ese juego en el que te sientas en un círculo y cierras los ojos, o te los tapan, y tienes que adivinar qué objeto te pasan sólo con el tacto? Y después se lo pasas a la siguiente persona y también tiene que adivinarlo. O cada uno se guarda lo que ha pensado hasta que todo el mundo ha palpado el objeto y entonces lo anunciáis todos a la vez.

Ben asegura que en una ocasión en que él jugó, pasó de mano en mano una bola de mozzarella y tres personas dedujeron que era un implante mamario. Puede deberse

simplemente a que eran estudiantes de medicina; pero verdaderamente hay algo en eso de cerrar los ojos que te hace más vulnerable, o que conduce a la imaginación hacia el terreno de lo gótico, sobre todo si el objeto que se pasa es blando y gelatinoso. De las ocasiones en que jugué, el objeto misterioso con más éxito, el que estaba garantizado que horripilaría a cualquiera, era un lichi pelado.

Recuerdo una producción del *Rey Lear* que fui a ver hace algunos años —¿diez, quince?—, interpretada ante un telón de fondo de ladrillo visto, con una puesta en escena brutalista. No recuerdo quién la dirigía, ni quién interpretaba el papel protagonista; pero lo que sí recuerdo es la escena en la que ciegan a Gloucester. Habitualmente se representa con el conde atado y echado hacia atrás en una silla. Cornwall les dice a sus criados: «Muchachos, sujetad la silla», y después a Gloucester: «Posaré mi pie sobre tus ojos.» Le arranca un ojo y Regan hace este escalofriante comentario: «Un lado se mofará del otro; el otro también.» Y entonces, un poco después, llega el famoso «Fuera, gelatina vil», y reincorporan a Gloucester, mientras la sangre de atrezo le gotea por la cara.

En el montaje que vi, el cegamiento se llevaba a cabo fuera de escena. Creo recordar las piernas de Gloucester sacudiéndose desde una de las esquinas del muro de ladrillo, aunque tal vez esto lo haya imaginado yo después. Pero lo que sí recuerdo con seguridad son sus gritos, y que me parecieron todavía más aterradores porque se producían fuera de escena; quizá lo que no puedes ver te aterroriza más que lo que sí puedes ver. Y entonces, después de arrancarle el primer ojo, lo lanzaban al escenario. En mi memoria —en el ojo de mi mente— lo recuerdo rodando por la tarima con un brillo apagado. Más gritos, y el segundo ojo era lanzado desde un lateral.

Eran —sospechaba uno— lichis pelados. Y entonces sucedía esto: desgarrado y brutal, Cornwall reaparecía en escena, localizaba los rodantes lichis y plantaba el pie sobre los ojos de Gloucester por segunda vez.

Otro juego, éste de cuando era un niño que hipaba en la escuela primaria. En la hora del recreo solíamos hacer carreras con coches de juguete en el suelo asfaltado del patio. Eran de unos diez centímetros de largo, de metal fundido, y llevaban neumáticos de caucho de verdad que podías sacar de los ejes si querías simular una parada en boxes. Estaban pintados en colores brillantes, los mismos que lucían las escuderías de coches de carreras de la época: un escarlata Maserati, un verde Vanwall, un azul... tal vez alguna marca francesa.

El juego era sencillo: el coche que llegaba más lejos ganaba. Presionabas con el pulgar justo en el centro del largo capó, levantando los restantes dedos con el puño ligeramente cerrado, y cuando se daba la señal, dejabas de presionar hacia abajo y presionabas rápidamente hacia delante, lanzando el coche cuanto más lejos mejor. Había que aplicar cierta técnica para lograr la máxima propulsión; el peligro era que

el nudillo del dedo corazón, que estaba sólo unos milímetros por encima del suelo, rozase contra el asfalto, se te levantase la piel y eso te arruinase la carrera. La herida crearía una costra y tendrías que ajustar la posición de la mano, apartando el nudillo del dedo corazón de la zona de peligro. Pero de este modo jamás podrías conseguir la misma velocidad, así que volvías a la técnica habitual y a menudo te arrancabas la costra recién formada.

Vuestros padres nunca os advirtieron sobre los temas importantes, ¿verdad? O tal vez sólo podían advertiros sobre los temas inmediatos y puntuales. Te vendaban el nudillo del anular derecho y te advertían del peligro de que se infectase. Te explicaban cosas sobre el dentista y sobre que el dolor se calmaría pasado un rato. Te enseñaban el código de circulación, o al menos lo referente a los peatones más jóvenes. Mi hermano y yo estábamos a punto de cruzar la calle cuando mi padre, con voz firme, nos instruyó: «Deteneos en el bordillo.» Estábamos en esa edad en la que un conocimiento primario de la lengua se entrecruza con cierto vértigo sobre sus posibilidades. Nos miramos y gritamos: «Manazas^[14] en el bordillo», y nos acucillamos con las manos apoyadas sobre el bordillo. A papá le pareció una tontería; sin duda se puso de inmediato a calcular cuánto podría durar la broma.

La Naturaleza nos lanzaba advertencias, nuestros padres nos lanzaban advertencias. Nosotros acumulábamos conocimientos sobre los rasguños en los nudillos y sobre el tráfico. Aprendimos a tener cuidado con los tramos sueltos de alfombra de la escalera, porque la abuela una vez casi se rompe la crisma cuando las varillas de latón que la sujetaban fueron retiradas para la limpieza anual y una de ellas no se recolocó bien. Aprendimos cosas sobre las finas capas de hielo, la congelación y los niños malvados que metían piedrecitas e incluso a veces cuchillas de afeitar en las bolas de nieve; aunque ninguna de estas advertencias estaba justificada por algo que hubiese sucedido. Aprendimos sobre ortigas y cardos, y sobre cómo la hierba, que parecía inofensiva, podía provocarte un inesperado arañazo, como el papel de lija. Nos advirtieron acerca de cuchillos y tijeras, y de los peligros de un cordón desatado. Nos advirtieron sobre extraños que podían intentar atraernos hacia coches o camiones; aunque nos llevó años descubrir que «extraño» no significaba «estrafalario, jorobado, babeante, con bocio» —o como fuese que definamos el concepto de «extraño»—, sino simplemente «desconocido». Nos advirtieron sobre los chicos malos y, más tarde, sobre las chicas malas. Un incómodo profesor de ciencias nos advirtió sobre las enfermedades venéreas, informándonos engañosamente de que eran provocadas por la «indiscriminada práctica del sexo». Nos advirtieron sobre la gula y la pereza, sobre los peligros de abandonar la escuela, sobre la avaricia y la codicia y los peligros de abandonar a nuestra familia, sobre la envidia y la ira y los peligros de abandonar a nuestro país.

Nunca nos advirtieron sobre los ataques de corazón.

He utilizado la palabra «complicidad» hace un rato. Me gusta esta palabra. Un entendimiento sin palabras entre dos personas, cierto espíritu si lo preferís. Es la primera pista que puedes recibir, antes de enfrentarte al nervioso recorrido para descubrir si «compartís los mismos intereses», o tenéis un metabolismo similar, o sois sexualmente compatibles, o ambos queréis tener hijos, o cualquier cosa que justifique conscientemente nuestras decisiones inconscientes. Pasado un tiempo, al volver la vista atrás, convertiremos en un fetiche y celebraremos la primera cita, el primer beso, las primeras vacaciones juntos, pero lo que de verdad cuenta es lo que sucedió antes de que esta historia fuese oficial: ese momento, más de impulso que de reflexión, en el que surge el Sí, tal vez sea ella la persona que busco, y el Sí, tal vez sea él la persona que busco.

Intenté explicarle esto a Ben, unos días después de su fiesta. Ben es de los que adoran los crucigramas y consultan los diccionarios, un pedante. Me dijo que «complicidad» significa una participación compartida en un crimen, en un pecado o en un acto nefando. Significa planear hacer algo malo.

Prefiero quedarme con el significado que yo le doy. Para mí significa planear hacer algo bueno. Ella y yo éramos dos adultos libres, capaces de tomar nuestras propias decisiones. Y nadie planea hacer algo malo en esos momentos, ¿no es cierto?

Fuimos a ver una película juntos. Yo todavía no tenía muy claro cuáles eran su temperamento y sus hábitos. Si era puntual o impuntual, tranquila o irascible, alegre o depresiva, cuerda o chiflada. Sé que puede parecer una forma grosera de exponerlo, pero es que además resulta que entender a otro ser humano no consiste exactamente en ir marcando casillas con respuestas claras y precisas. Es perfectamente posible ser alegre y depresivo al mismo tiempo, tranquilo e irascible. Lo que quiero decir es que yo en ese momento seguía descifrando el marco difuso de su carácter.

Era una tarde gélida del mes de diciembre; llegamos al cine en coches diferentes, porque ella estaba de guardia y la podían avisar por el busca de que tenía que volver al hospital. Yo me senté allí, viendo la película, pero igualmente atento a sus reacciones: una sonrisa, silencio, lágrimas, un estremecimiento por una escena violenta; cualquier detalle podía ser como una llamada silenciosa del busca que me proporcionara información. La calefacción de la sala estaba muy baja y mientras permanecíamos allí sentados, codo con codo en el brazo de las butacas, me sorprendí a mí mismo proyectando mis pensamientos fuera de mí y hacia ella. La manga de la camisa, el jersey, la chaqueta, la gabardina, el chaquetón marinero, suéter... ¿y después qué? ¿Nada más antes de llegar a la piel? Así que había seis capas entre nosotros, o tal vez siete si ella llevaba algo con mangas debajo del suéter.

Acabó la película; su busca no vibró; me gustó su forma de reír. Ya había oscurecido cuando salimos. Habíamos recorrido la mitad del camino hacia nuestros coches cuando se detuvo y levantó la palma de su mano izquierda hacia mí.

—Mira —dijo.

Yo no sabía qué tenía que buscar: ¿un signo de su alcoholismo, su línea de la vida? Me acerqué y descubrí, con la ayuda ocasional de los faros de los coches que pasaban, que las puntas de sus dedos índice, corazón y anular habían adquirido una tonalidad ligeramente amarillenta.

—Veinte metros sin guantes —dijo—. Y me pasa esto.

Me dijo el nombre del síndrome. Era un problema de circulación deficiente, el frío provocaba que la sangre se concentrara en zonas más importantes y se retirara de las extremidades.

Encontró sus guantes: eran marrón oscuro, lo recuerdo. Se los puso sin prestar mucha atención y después estiró los dedos para empujar hasta que la lana tocara las puntas. Seguimos caminando, comentando la película, se produjo un silencio, sonreímos, un nuevo silencio y nos separamos; mi coche estaba aparcado a unos diez metros del suyo. Cuando estaba a punto de abrirlo, miré hacia atrás. Ella seguía de pie en medio de la calle, mirando hacia el suelo. Esperé unos instantes, decidí que algo iba mal y volví sobre mis pasos.

—Las llaves del coche —dijo ella sin mirarme. No había mucha luz y ella rebuscaba en su bolso, no sólo mirando sino también palpando para encontrarlas. Y entonces, con una repentina irritación, añadió—: Venga, idiota.

Por un momento pensé que se refería a mí. Pero enseguida me percaté de que tan sólo estaba indignada consigo misma, avergonzada de sí misma, y más avergonzada todavía porque su incapacidad de dar con las llaves —y también, quizá, su rabia— estaba siendo presenciada por mí. Pero yo no iba a cuestionarla. Mientras permanecí allí, observando cómo rebuscaba en su bolso, sucedieron dos cosas: sentí lo que podría describir como ternura si eso no fuese tan contundente, y mi polla aumentó de tamaño con una sacudida.

Recordé la primera vez que un dentista me puso una inyección; salió de la sala mientras la anestesia hacía su efecto, volvió con aire eficiente, deslizó un dedo en mi boca, lo pasó por la base del diente que iba a empastar y me preguntó si notaba algo. Recordé la insensibilidad que notas cuando te pasas demasiado rato sentado con las piernas cruzadas. Recordé historias de médicos que clavaban alfileres en la pierna del paciente sin que éste reaccionara en absoluto.

Lo que yo quería saber era esto: si hubiera sido más audaz, si hubiera levantado mi mano derecha y la hubiese acercado a su mano izquierda, posando suavemente palma contra palma, dedo contra dedo, en una versión amorosa del choca esos cinco, y si entonces hubiese apretado las yemas del índice, el corazón y el anular contra sus

dedos, ¿ella hubiese sentido algo? ¿Qué se siente cuando no hay sensibilidad? ¿Qué siente ella y qué siento yo? ¿Ella ve mis dedos apoyados en los suyos, pero no siente nada; yo veo mis dedos apoyados en los suyos, y yo sí los noto, pero sé que ella no siente nada?

Y evidentemente yo me hacía esta pregunta en un sentido más amplio e inquietante.

Pensé en una persona con guantes y la otra sin; en qué se siente cuando la piel palpa la lana y qué se siente cuando la lana palpa la piel.

Traté de imaginar todos los guantes que podía llevar, tanto ahora como en el futuro, si es que iba a haber un futuro en el que yo estuviese presente.

Había visto un par de guantes de lana marrones. Decidí, dada su dolencia, equiparla con un buen número de pares extra de diferentes colores. Y para los días y noches más fríos algunos de más abrigo, de ante: los imaginé negros (a juego con su cabello), con gruesos pespuntos blancos a lo largo de los dedos y un forro de piel de conejo beis. Y tal vez también un par de esos guantes tipo manopla, con un espacio individual para el pulgar y una amplia bolsa para el resto de los dedos.

En el trabajo presumiblemente llevaba guantes quirúrgicos, finos, de látex, que supusieran la mínima barrera entre el médico y el paciente; y sin embargo, cualquier barrera destruye esa esencial sensación de piel sobre piel. Los cirujanos usan guantes muy ajustados; otro personal sanitario, guantes más holgados, como esos que usan en las charcuterías cuando pides jamón y vas viendo cómo la cuchilla giratoria va cortando las lonchas.

Me pregunté si era aficionada, o alguna vez lo sería, a la jardinería. Podría llevar guantes de látex para los trabajos más ligeros en la tierra bien labrada, para arreglar radículas, plantas de semillero y delicadas plantas decorativas. Pero también necesitaría un par más fuertes —imaginé el dorso de algodón amarillo y la parte interior y los dedos de cuero gris— para los trabajos más duros: podar, arar la tierra, arrancar enredaderas y raíces de ortigas.

Me pregunté si les encontraría alguna utilidad a los mitones. Yo nunca les he visto la gracia. ¿Quién los lleva, aparte de los conductores de trineo rusos y los avaros en las adaptaciones televisivas de Dickens? Y dado lo que les sucedía a las puntas de sus dedos, con más razón estaba claro que no los debía usar.

Me pregunté si la circulación de sus pies también era deficiente, en cuyo caso: calcetines para dormir. ¿Cómo serían? ¿Grandes y de lana, tal vez los calcetines de rugby de un exnovio, que se le bajarían y le quedarían arrugados alrededor de los tobillos al levantarse? ¿O bien ceñidos y de mujer? En algún suplemento sobre estilos de vida yo había visto calcetines para dormir de colores chillones y con espacios individuales para cada dedo. Me pregunté si me parecerían una prenda neutral,

cómica o de algún modo erótica.

¿Qué más? ¿Tal vez esquiase y tuviese un par de guantes gruesos a juego con el grueso anorak? Oh, y por supuesto guantes para fregar platos; todas las mujeres tienen. Y siempre en esos desagradecidos colores horteras: amarillo, rosa, verde pálido, azul claro. Tienes que ser un perverso para encontrar eróticos los guantes de fregar platos. Dales todos los toques exóticos que quieras —magenta, azul marino, teca, rayas, cuadros Príncipe de Gales—, jamás me dirán nada.

Nadie dice: «Palpa este trozo de parmesano», ¿verdad? Excepto, tal vez, los productores de parmesano.

A veces, cuando estoy solo en un ascensor, deslizo suavemente los dedos por los botones. Sin ejercer la presión necesaria para cambiar el piso al que voy, tan sólo para sentir los irregulares puntos del Braille. Y para imaginar cómo debe ser leer así.

La primera vez que vi a alguien que llevaba un dedil, no podía creerme que debajo había un dedo de verdad.

Causa el más ligero daño al menos importante de los dedos, y toda la mano quedará afectada. Hasta las acciones más sencillas —ponerse un calcetín, abotonarse, cambiarse de ropa— se complican y requieren toda tu atención. No podrás introducirla en el guante, tendrás que pensar bien cuándo lavártela, deberás tener cuidado de no aplastarla mientras duermes, etcétera.

Imaginaos cómo debe de ser intentar hacer el amor con una mano rota.

Tuve un repentino y agudo deseo de que jamás le sucediese nada malo a ella.

Una vez vi a un hombre en un tren. Yo tenía once o doce años e iba solo en mi compartimento. Él pasó por el pasillo, miró el interior del compartimento, vio que estaba ocupado y siguió su camino. Me percaté de que el brazo que llevaba pegado al cuerpo acababa en un garfio. En ese momento, lo único que me vino a la mente fueron piratas y una sensación de amenaza; más tarde, pensé en todo lo que uno no podía hacer con ese brazo, y todavía más tarde, en el dolor fantasma que sienten los amputados.

Nuestros dedos tienen que funcionar juntos, nuestros sentidos también. Actúan para sí mismos, pero también como presentidos para los otros. Palpamos una fruta para comprobar su madurez; presionamos con los dedos un trozo de carne para comprobar si está cocida. Nuestros sentidos trabajan juntos para el bien común: son cómplices, como a mí me gusta decir.

Esa noche llevaba el pelo peinado en un moño, sostenido por un par de peinetas de carey y un alfiler de oro. No era tan negro como sus ojos, pero más que su chaqueta de lino, desteñida y arrugada. Estábamos en un restaurante chino y los

camareros le prestaban toda su atención. Quizá su cabello parecía un poco chino, o tal vez sabían que era más importante contentarla a ella que a mí, que contentarla a ella era contentarme a mí. Me rogó que pidiese yo y elegí con criterio conservador. Ensalada de algas, rollitos de primavera, judías verdes en salsa de judías amarillas, pato crujiente, berenjenas estofadas y arroz blanco hervido. Una botella de Gewürztraminer y agua del grifo.

Mis sentidos estaban más alerta que de costumbre esa noche. Cuando la había seguido desde el coche, noté el leve perfume floral; pero fue rápidamente ahogado por los olores del restaurante en cuanto pasó junto a nuestra mesa una pila de relucientes costillas. Y cuando nos sirvieron la comida, se produjo la amable competición de sabores y texturas. La textura como de papel de las hojas cortadas de algas; las crujientes judías bañadas en su salsa; la cucharada de salsa de ciruelas con las tiras de cebolla tierna y el reseco trozo de pato, todo ello envuelto en su crep apergaminada.

La música de fondo ofrecía un contraste más benigno de texturas: desde música de ascensor china a hilo musical occidental. Era mayormente anodina, excepto cuando irrumpía un tema archiconocido de la banda sonora de una película. Sugerí que si oíamos el *Tema de Lara* del *Doctor Zhivago*, deberíamos tratar de huir juntos y declarar ante el juez que nos sentimos coaccionados. Ella preguntó si la coacción era un eximente ante la justicia. Yo seguí con el tema, que ya no daba para más, y después hablamos sobre los puntos de contacto entre nuestras profesiones: el punto en el que la justicia entraba en el terreno de la medicina, y la medicina en el de la justicia. Eso nos llevó a hablar sobre el tabaco y sobre el preciso instante en que nos apetecería encender un cigarrillo si no estuviese prohibido. Estuvimos de acuerdo en que después del segundo plato y antes del postre. Ambos nos declaramos fumadores moderados y cada uno creyó a medias al otro. Después hablamos un poco, aunque con recelo, sobre nuestras infancias respectivas. Le pregunté qué edad tenía cuando se percató por primera vez de que las puntas de sus dedos se volvían amarillas con el frío, y si tenía muchos pares de guantes, lo cual por algún motivo la hizo reír. Tal vez yo había dado con una de las verdades sobre su ropero. Estuve a punto de pedirle que me describiera sus guantes favoritos, pero pensé que podía malinterpretarlo.

Y mientras continuábamos cenando, decidí que la cosa iba a funcionar, aunque con «la cosa» me refería tan sólo a la cita de esa noche. Era incapaz de ver más allá. Y ella debía sentir lo mismo, porque cuando el camarero nos preguntó si queríamos postre, no consultó el reloj para excusarse, sino que dijo que podía hacer un hueco para alguna cosilla más, siempre que no fuese pringosa ni llenase mucho, así que optó por los lichis. Y yo decidí no contarle nada sobre aquel juego de tanto tiempo atrás, ni sobre aquella producción del *Rey Lear*. Y entonces desafié momentáneamente al futuro y pensé que si volvíamos allí alguna vez, quizá se lo contaría. También confié

en que ella nunca hubiese jugado a ese juego con Ben ni le hubiesen pasado una bola de mozzarella.

Justo cuando estaba pensado esto, el *Tema de Lara* brotó de los bafles. Nos miramos y nos reímos, y ella escenificó el gesto de echar hacia atrás la silla y levantarse. Quizá vio inquietud en mis ojos, porque se volvió a reír y, continuando con el juego, lanzó la servilleta sobre la mesa. El gesto hizo que adelantase su mano hasta más allá de la mitad del mantel. Pero no se levantó, ni echó su silla hacia atrás, se limitó a seguir sonriendo y dejó caer la mano sobre la servilleta, con los nudillos levantados.

Y entonces la toqué.

ARMONÍA

Habían cenado bien en el 261 de la Landstrasse y pasaron con impaciencia a la sala de música. Los íntimos de M. habían tenido en alguna ocasión la suerte de que Gluck, Haydn o ese joven prodigio llamado Mozart tocasen para ellos; pero podían sentirse igualmente privilegiados cuando su anfitrión se sentaba detrás de un violonchelo e indicaba con señas a uno de ellos que tocase con él. En esta ocasión, sin embargo, la tapa del *klavier* estaba cerrada y el violonchelo no se veía por ningún lado. En lugar de eso, se encontraron ante una caja rectangular de palisandro sostenida por unas patas con forma de liras a juego; en una de las puntas había una rueda y detrás un pedal. M. plegó la tapa curva del artilugio y dejó a la vista tres docenas de esferas de cristal unidas por un eje central y parcialmente sumergidas en un recipiente con agua. Él se sentó en el centro y abrió un estrecho cajón a cada lado. Uno contenía un cuenco poco profundo con agua y el otro un plato con tiza en polvo.

—Si me permiten una sugerencia —dijo M., mirando a sus invitados—, aquellos de ustedes que todavía no hayan escuchado nunca el instrumento de la señorita Davies, deberían probar a cerrar los ojos.

Era un hombre alto, atlético, que vestía una casaca azul con botones metálicos. Los rasgos de su rostro, poderoso y con papada, eran los de un impasible suabo. Y si su porte y su voz no hubiesen indicado claramente su alcurnia, se le podría haber tomado por un próspero granjero. Pero fueron sus maneras, corteses pero persuasivas, las que impulsaron a algunos que ya le habían oído tocar a cerrar también los ojos.

M. metió las puntas de los dedos en el agua, los sacudió para mantener sólo una ligera humedad y se los embadurnó de tiza. Al pisar el pedal con el pie derecho, el eje hizo girar los brillantes pistones de metal. Acercó los dedos a las esferas de cristal giratorias y empezó a emerger un sonido agudo y cadencioso. Era sabido que el instrumento le había costado cincuenta ducados de oro, y los más escépticos entre la audiencia se preguntaban por qué su anfitrión había pagado tanto para reproducir el maullido de un gato en celo. Pero en cuanto se acostumbraron al sonido, empezaron a cambiar de opinión. Empezaba a ser claramente perceptible una melodía; tal vez una composición del propio M. o quizá un amistoso tributo o incluso un plagio de Gluck. Jamás habían escuchado esa música, y el hecho de que desconociesen el método mediante el cual llegaba hasta ellos enfatizaba su rareza. No les habían dicho con qué se iban a encontrar, de modo que, guiados sólo por sus razonamientos y sus sentimientos, se preguntaban si esos sonidos tan poco terrenales no eran precisamente eso, sobrenaturales.

Cuando M. dejó de tocar durante unos instantes, ocupado en pasar una pequeña esponja por los cristales esféricos, uno de los invitados, sin abrir los ojos, comentó:

—Es la música de las esferas.

M. sonrió.

—La música busca la armonía —respondió—, igual que el cuerpo humano busca la armonía.

Ésa era, y al mismo tiempo no era, la respuesta; en lugar de llevar la voz cantante, prefería dejar que otros, en su presencia, encontrasen su propio camino. La música de las esferas se escuchaba cuando todos los planetas se movían en el cielo en concierto. La música de la tierra se oía cuando todos los instrumentos de una orquesta tocaban juntos. La música del cuerpo humano se escuchaba cuando también éste estaba en un estado de armonía, los órganos en paz, la sangre fluyendo libremente y los nervios alineados a lo largo de sus trayectorias naturales.

El encuentro entre M. y Maria Theresia von P. se produjo en la ciudad imperial de V., entre el invierno de 177- y el verano del año siguiente. Estas pequeñas supresiones de detalles habrían sido un rutinario manierismo literario en esa época; pero también una sutil constatación de la parcialidad de nuestros conocimientos. Cualquier filósofo que proclamase que su campo de conocimiento había sido completado, y que le ofrecía al lector una definitiva y armoniosa síntesis de verdad, habría sido denunciado como charlatán; y también esos filósofos del corazón humano que comercian con la narración de historias habrían sido —y deberían seguir siendo— suficientemente sensatos como para no tener tampoco esas pretensiones.

Podemos saber, por ejemplo, que M. y Maria Theresia von P. se habían conocido antes, doce años atrás; pero no podemos saber si guardaban algún recuerdo de aquel encuentro. Podemos saber que ella era la hija de Rosalia Maria von P., hija a su vez de Thomas Cajetan Levassori della Motta, maestro de danza de la corte imperial, y que Rosalia Maria se había casado con el secretario imperial y consejero de la corte Joseph Anton von P. en la Stefanskirche el 9 de noviembre de 175-. Pero no podemos saber lo que la mezcla de esas dos sangres diferentes supuso, y si fue de alguna manera la causa de la catástrofe que le sobrevino a Maria Theresia.

Y, del mismo modo, sabemos que fue bautizada el 15 de mayo de 175-, y que aprendió a colocar los dedos sobre un teclado casi al mismo tiempo que aprendió a poner los pies en el suelo. Según el testimonio de su padre, la salud de la niña era normal hasta la mañana del 9 de diciembre de 176-, cuando se despertó ciega; tenía entonces tres años y medio. Se consideró un caso de amaurosis; es decir, no había ningún fallo detectable en el órgano mismo, pero la pérdida de visión era total. Los médicos convocados para examinarla atribuyeron la causa a un fluido que pudiese provocar esas consecuencias, o a algún susto que la niña hubiese podido sufrir durante la noche. Sin embargo, ni los padres ni los sirvientes fueron capaces de recordar suceso significativo alguno a este respecto.

Dado que la niña era querida y de buena cuna, no fue abandonada. Se la animó a desarrollar su talento musical y atrajo tanto el patronazgo como el afecto de la mismísima emperatriz. A los padres de Maria Theresia von P. se les asignó una pensión de doscientos ducados de oro, aparte del pago de su educación. Aprendió a tocar el clavicémbalo y el pianoforte con Kozeluch, y a cantar bajo la tutela de Righini. Cuando tenía catorce años, encargó un concierto de órgano a Salieri; a los dieciséis, su presencia era reclamada en salones y sociedades de conciertos.

Para algunos de los que miraban boquiabiertos a la hija del secretario imperial mientras tocaba, la ceguera aumentaba su atractivo. Pero los padres de la chica no querían que se la tratase como un equivalente social de una atracción de feria. Desde el principio, ambos habían buscado insistentemente su curación. El profesor Stoerk, médico de la corte y decano de la Facultad de Medicina, la visitaba regularmente, y también se consultó al profesor Barth, célebre por sus operaciones de cataratas. Se probaron una sucesión de curas, pero como todas y cada una fracasaron en el intento de curar la enfermedad de la chica, ésta se volvió propensa a la irritación y la melancolía, y sufría ataques que provocaban que sus globos oculares sobresalieran de sus órbitas. Se podía predecir que la confluencia de música y medicina propiciaría el segundo encuentro ente M. y Maria Theresia.

M. nació en Iznang, en el lago Constanza, en 173-. Era hijo de un guardabosques del episcopado, estudió teología en Dillingen e Ingolstadt y después hizo un doctorado en filosofía. Llegó a V. y se doctoró en derecho antes de dirigir su atención a la medicina. Tal peripecia intelectual no era, sin embargo, síntoma de inconstancia, y mucho menos la materialización del alma de un diletante. Por el contrario, M. buscaba, como el Doctor Fausto, llegar a dominar todas las formas de conocimiento humano, y como en el caso de otros muchos antes que él, su meta —o sueño— era dar con la llave universal, aquella que le permitiría la comprensión definitiva de lo que unía los cielos a la tierra, el espíritu al cuerpo, todas las cosas unas con otras.

En el verano de 177- un distinguido extranjero y su esposa estaban de visita en la ciudad imperial. La mujer enfermó, y su marido —como si ése fuese el procedimiento médico normal— dio instrucciones a Maximilian Hell, astrónomo (y miembro de la Compañía de Jesús) para que preparase un imán que aplicarían en la zona afectada por la enfermedad. Hell, amigo de M., le mantuvo informado sobre el encargo; y cuando la dolencia de la dama se consideró curada, M. se apresuró a visitarla en su lecho para conocer el procedimiento seguido. Poco tiempo después, inició sus propios experimentos. Encargó la fabricación de numerosos imanes de distintos tamaños: algunos para aplicar sobre el estómago, otros sobre el corazón y otros sobre la garganta. Para su propio asombro y gratitud de sus pacientes, M. descubrió que había curas más allá de la ortodoxia médica que en ocasiones podían

dar buenos resultados; los casos de Fräulein Oesterlin y el profesor de matemáticas Bauer fueron especialmente notables.

Si M. hubiese sido un charlatán de feria y sus pacientes crédulos campesinos hacinados en una infecta barraca, tan dispuestos a ser aliviados de sus ahorros como de su dolor, la sociedad no hubiese prestado la más mínima atención. Pero M. era un hombre de ciencia, con vastas inquietudes y ninguna inmodestia, que no reivindicaba nada sobre lo que no pudiese rendir cuentas.

—Funciona —había comentado el profesor Bauer, al ir notando que respiraba mejor y era capaz de levantar los brazos por encima de la posición horizontal—. ¿Pero cómo funciona?

—Todavía no lo entiendo —respondió M.—. Cuando en el pasado se utilizaban imanes, se decía que atraían hacia ellos la enfermedad del mismo modo que atraían los objetos de hierro. Pero hoy en día no podemos seguir sosteniendo esta teoría. Ya no vivimos en la época de Paracelso. La razón guía nuestro pensamiento, y debemos aplicar la razón, con más motivo si cabe cuando nos enfrentamos a fenómenos que merodean bajo la piel.

—Mientras no pretenda usted diseccionarme para encontrar la explicación... —replicó el profesor Bauer.

En esos primeros meses, la cura magnética era tanto materia de indagación científica como una práctica médica. M. experimentaba con la posición y el número de imanes que se aplicaban al paciente. Él mismo solía llevar un imán en una bolsita de cuero colgada del cuello para incrementar su fuerza, y utilizaba un palo, o una vara, para indicar el curso del realineamiento de los nervios, la sangre y los órganos que quería conseguir. Magnetizó piscinas llenas de agua y les pedía a los pacientes que sumergieran las manos, los pies y en ocasiones todo el cuerpo en el líquido. Magnetizó las tazas y los vasos en los que bebían. Magnetizó la ropa que vestían, sus sábanas, sus espejos. Magnetizó instrumentos musicales para que surgiera de ellos una doble armonía al tocarlos. Magnetizó gatos, perros y árboles. Construyó un *baquet*, una cuba de roble con dos filas de botellas llenas de agua magnetizada. Las barras de acero que emergían de los agujeros practicados en la tapa se colocaban sobre las partes enfermas del cuerpo. En ocasiones, se animaba a los pacientes a cogerse de las manos y formar un círculo alrededor del *baquet*, ya que M. suponía que la corriente magnética podía aumentar su fuerza si circulaba simultáneamente a través de varios cuerpos.

—Por supuesto que recuerdo a la *gnädige* Fräulein de mis días de estudiante de medicina, cuando en ocasiones se me permitía acompañar al profesor Stoerk. — Ahora el propio M. era miembro de la facultad, y la niña era casi una mujer; regordeta, con los labios un poco caídos y la nariz respingona—. Y aunque recuerdo

la descripción de su estado en aquel entonces, de todos modos me gustaría hacerle algunas preguntas que me temo que habrá usted respondido ya muchas veces.

—Por supuesto.

—¿No existe la posibilidad de que Fräulein fuese ciega desde su nacimiento?

M. notó que la madre estaba impaciente por responder, pero se contenía.

—Ninguna —contestó el marido—. Veía tan bien como sus hermanos y hermanas.

—¿Y no estuvo enferma antes de padecer la ceguera?

—No, siempre fue una niña muy sana.

—¿Y pudo recibir algún tipo de impacto emocional en el momento de la desgracia o poco antes?

—No. Es decir, ninguno del que ni nosotros ni nadie fuésemos conscientes.

—¿Y después?

En esta ocasión fue la madre quien respondió:

—Ha estado toda su vida tan protegida de impactos emocionales como nos ha sido posible. Me arrancarían los ojos si supiese que haciéndolo le devolvería la visión a Maria Theresia.

M. miraba a la chica, que no mostraba reacción alguna. Era probable que ya hubiese oído hablar de esta improbable solución.

—¿Entonces su estado ha permanecido constante?

—Su ceguera ha sido permanente —intervino de nuevo el padre—, pero hay periodos en que sus ojos se mueven convulsivamente sin tregua. Y los globos oculares, como usted mismo podrá apreciar, presentan protrusión, como si quisieran escapar de sus cuencas.

—¿Es usted consciente de esos periodos, Fräulein?

—Sí, por supuesto. La sensación es como de agua que gotea poco a poco hasta llenarme la cabeza, como si fuera a desmayarme.

—Y, después de esos ataques, se le resienten el hígado y el bazo. Le funcionan mal.

M. asintió. Debería estar presente durante uno de esos ataques para poder deducir sus causas y analizar su evolución. Se preguntó cómo haría para conseguirlo.

—¿Puedo hacerle una pregunta al médico? —Maria Theresia había levantado ligeramente la cabeza, girándola hacia sus padres.

—Por supuesto, querida.

—¿Su procedimiento causa dolor?

—Ninguno que inflija yo. Aunque sucede a menudo que los pacientes deben ser conducidos hasta cierto... límite, antes de que la armonía pueda ser restituida.

—Me refiero a si sus imanes producen descargas eléctricas.

—No, eso puedo garantizárselo.

—Pero si no provoca usted dolor, ¿entonces cómo cura? Todo el mundo sabe que no se puede arrancar un diente sin causar dolor, no se puede recolocar un miembro fracturado sin causar dolor. Un médico provoca dolor, eso es algo que todo el mundo sabe. Y también lo sé yo.

Desde que era pequeña, los mejores médicos habían empleado con ella los más acreditados métodos. Le habían provocado ampollas, le habían cauterizado y le habían aplicado sanguijuelas. Durante dos meses le habían recubierto la cabeza con un yeso que debía provocar supuración y expulsar el veneno de sus ojos. Le habían administrado incontables purgantes y diuréticos. Más recientemente, también se había recurrido a la electricidad y durante un periodo de doce meses se le habían aplicado en los ojos unas tres mil descargas eléctricas, en algunos casos hasta un centenar en una sola sesión.

—¿Está usted completamente seguro de que el magnetismo no me provocará dolor?

—Completamente seguro.

—¿Y entonces cómo va a curarme?

A M. le satisfacía vislumbrar el cerebro que había tras esos ojos ciegos. Un paciente pasivo, que se limitaba a esperar que un omnipotente médico se ocupase de su dolencia, resultaba tedioso; él prefería a los que actuaban como esta jovencita, los que desplegaban su temperamento más allá de los buenos modales.

—Déjeme que se lo exponga de este modo. Desde que se quedó usted ciega, ¿ha soportado mucho dolor de manos de los mejores médicos de la ciudad?

—Sí.

—Y sin embargo no está usted curada.

—No.

—Entonces tal vez el dolor no sea el único camino hacia la curación.

En los dos años que llevaba practicando la curación mediante magnetismo, M. había cavilado constantemente sobre la pregunta de cómo y por qué funcionaba. Una década antes, en su tesis doctoral *De planetarum influxu*, había sugerido que los planetas influenciaban las acciones humanas y el cuerpo humano por medio de algún tipo de gas o líquido invisible en el que todos los cuerpos estaban sumergidos y al que a falta de un término mejor llamó *gravitas universalis*. Ocasionalmente el hombre podía vislumbrar esa conexión global y sentirse capaz de asir la armonía universal que reinaba más allá de las discordancias locales. En este caso, el hierro magnetizado llegaba a la tierra en forma de meteoro que caía de los cielos. Una vez aquí, desplegaba sus singulares propiedades, el poder de reordenar. ¿No podía uno conjeturar, por tanto, que el magnetismo era la gran fuerza universal que aglutinaba la armonía estelar? Y de ser así, ¿no era razonable esperar que en el mundo sublunar

tuviese el poder de aplacar ciertas discordancias corporales?

Era evidente, claro está, que el magnetismo no podía sanar todos los cuerpos enfermos. Había probado ser más eficaz en casos de dolor de estómago, gota, insomnio, problemas de oído, desórdenes hepáticos y menstruales, espasmos e incluso parálisis. No podía sanar un hueso roto, curar la deficiencia mental o la sífilis. Pero en problemas relacionados con el sistema nervioso, a menudo lograba mejorías sorprendentes. Pero no podía dominar a un paciente obcecado en el escepticismo y la incredulidad, o a uno cuyo pesimismo y melancolía minaban cualquier posibilidad de recuperar la salud. Es necesario que haya una voluntad de aceptar y recibir con entusiasmo los efectos del proceso.

Con este fin, M. ambicionaba crear en su consulta del número 261 de la Landstrasse una atmósfera adecuada para generar esta aceptación. Unas gruesas cortinas impedían que penetrasen allí la luz del sol y los ruidos del exterior; el personal tenía prohibido hacer movimientos bruscos; todo estaba bañado por la calma y la luz de las velas. Se podía escuchar una suave música procedente de otra habitación; algunas veces el propio M. tocaba la armónica de cristal de la señorita Davies, recordándoles tanto a los cuerpos como a las mentes la armonía universal que, en esta pequeña parte del mundo, él estaba intentando restaurar.

M. inició el tratamiento el 20 de enero de 177-. Un examen externo confirmó que los ojos de Maria Theresia evidenciaban severas malformaciones: estaban fuera del alineamiento normal, terriblemente inflamados y protuberantes. Interiormente, la chica parecía estar en un punto límite donde las pasajeras fases de histeria podían desembocar en un trastorno crónico. Dado que había sufrido catorce años de esperanzas frustradas, catorce años de incurable ceguera, no era una respuesta descabellada por parte de un cuerpo y una mente jóvenes. M. por tanto empezó recalando de nuevo lo diferente que era este procedimiento con respecto a los otros; que no se trataba en este caso de restablecer el orden mediante el uso de violencia externa, sino más bien de una colaboración entre el médico y el paciente, enfocada a restituir el alineamiento natural del cuerpo. M. hablaba en términos generales; la experiencia le había enseñado que no ayudaba al paciente ser permanentemente consciente de lo que supuestamente debía suceder. No le habló de la crisis que esperaba provocar, ni predijo el alcance previsto de la cura. Incluso a los padres de la chica tan sólo les expresó su modesta ambición de aliviar la flagrante protrusión ocular.

Explicó cuidadosamente sus intervenciones iniciales, para que no causaran sorpresa. Después se centró en los *loci* de sensibilidad en la cabeza de Maria Theresia. Colocó sus manos, ahuecadas, sobre las orejas de la chica; le sacudió el cráneo desde la base del cuello hasta la frente; le puso los pulgares sobre las mejillas, justo debajo de los ojos, e hizo movimientos circulares alrededor de las órbitas

afectadas. Después colocó con sumo cuidado su palo, o vara, sobre las cejas. Y mientras lo hacía, alentó con voz queda a Maria Theresia a informarle de cualquier cambio o movimiento que advirtiese en su interior. Y entonces depositó un imán sobre cada sien. Inmediatamente, M. sintió que el calor se agolpaba en las mejillas de la chica, y ella le confirmó que en efecto era así; también advirtió que la piel se le enrojecía y que brazos y piernas le temblaban. Ella describió entonces una fuerza creciente en la base de su cuello, que le hacía mover la cabeza hacia delante y hacia atrás. Mientras se producían estos movimientos, M. se percató de que los espasmos en los ojos de la chica eran más acusados y en algunos momentos convulsivos. Y entonces, mientras esa pequeña crisis llegaba a su fin, el rubor abandonó sus mejillas, la cabeza recuperó su posición normal, los temblores cesaron y a M. le pareció que los ojos se habían colocado en un mejor alineamiento y estaban menos inflamados.

Repitió el proceso cada día a la misma hora, y cada día la breve crisis conducía a una evidente mejora, hasta que al final de cuarto día se había recuperado el correcto alineamiento de los ojos y no se notaba ninguna protrusión. El ojo izquierdo parecía más pequeño que el derecho, pero a medida que el tratamiento avanzaba, los tamaños se fueron equilibrando. Los padres de la chica estaban atónitos: M. había cumplido su promesa, y su hija ya no mostraba la deformidad que podía inquietar a quienes la veían tocar. M., sin embargo, estaba ya preocupado por la condición interna de la paciente, que consideraba que se estaba moviendo hacia la necesaria crisis. Mientras él continuaba con sus procedimientos diarios, ella le comentó la presencia de agudos dolores en el occipital, que penetraban hasta invadir toda su cabeza. El dolor seguía entonces el nervio óptico, produciendo continuos alfilerazos mientras viajaba y se multiplicaba por la retina. Estos síntomas iban acompañados por sacudidas nerviosas de la cabeza.

Durante muchos años, Maria Theresia había perdido el sentido del olfato, y su nariz no producía mucosidad. Ahora, repentinamente, había aparecido una visible tumefacción en los conductos nasales, y una enérgica liberación de sustancia verde y viscosa. Poco después, para mayor vergüenza de la paciente, se produjeron descargas adicionales, esta vez en forma de copiosa diarrea. Los dolores en sus ojos continuaron, e informó de que sufría vértigos. M. reconoció que estaba en un momento de máxima vulnerabilidad. Una crisis no era nunca un acontecimiento neutral: podía ser benigna o maligna, no en su naturaleza, sino en sus consecuencias, conduciendo a un progreso o a un retroceso. M. propuso por ello a sus padres, que la chica se instalase, durante un breve periodo de tiempo, en el 261 de la Landstrasse. Recibiría los cuidados de la esposa de M., aunque podía traerse a su propia sirvienta si lo consideraban necesario. Ya había dos pacientes de sexo femenino alojadas en la casa, por lo que no fue necesario sacar a colación los temas relativos al decoro. Este nuevo plan fue rápidamente aceptado.

En el segundo día de Maria Theresia en la casa, y todavía en presencia de su padre, M., después de tocarle la cara y el cráneo como en anteriores ocasiones, colocó a la paciente frente a un espejo. Tomó la vara y señaló con ella el reflejo. Entonces, mientras él movía la vara, la cabeza de la chica giró ligeramente, como si siguiese sus movimientos en el espejo. M., que notó que Herr Von P. estaba a punto de verbalizar su asombro, le rogó con un gesto que guardase silencio.

—¿Eres consciente de que mueves la cabeza?

—Sí.

—¿Hay algún motivo por el que mueves la cabeza?

—Es como si estuviese siguiendo algo.

—¿Es un sonido lo que estás siguiendo?

—No, no es un sonido.

—¿Es un olor lo que estás siguiendo?

—Sigo sin tener sentido del olfato. Estoy simplemente... siguiendo. Eso es cuanto puedo decir.

—Es suficiente.

M. le garantizó a Herr Von P. que su casa estaría siempre abierta para él y su esposa, pero que creía que el progreso sería lento durante los días siguientes. A decir verdad, consideraba que la curación de la chica sería más probable si podía tratarla sin la presencia de un padre que a él le parecía autoritario, y de una madre que, acaso por su sangre italiana, parecía responsable de la histeria de la chica. Pero seguía siendo posible que la ceguera de Maria Theresia estuviese provocada por una atrofia del nervio óptico, en cuyo caso no había nada que el magnetismo ni ningún otro procedimiento conocido pudieran hacer por ella. Pero M. tenía dudas al respecto. Las convulsiones de las que había sido testigo y los síntomas que le habían explicado, todo ello hablaba de una alteración del sistema nervioso debida a algún potente impacto emocional. Ante la ausencia de testigos, o de recuerdos almacenados en la memoria de la paciente, era imposible determinar de qué tipo de impacto podía tratarse. Pero eso no preocupaba demasiado a M.: era el efecto lo que estaba tratando, no las causas. De hecho, podía ser una suerte que Fräulein no fuese capaz de recordar la naturaleza precisa del hecho que lo desencadenó todo.

Durante los dos años precedentes, se había hecho cada vez más evidente para M. que al conducir al paciente al necesario punto de crisis, el contacto con una mano humana era de una importancia central, estimulante. Al principio, cuando tocaba al paciente en el momento en que lo sometía al magnetismo, la finalidad era tranquilizar, o en el mejor de los casos enfatizar. Si, por ejemplo, los imanes se colocaban a ambos lados de la oreja, parecía un gesto natural golpear esa oreja como un modo de confirmar el reajuste que se buscaba. Pero M. no podía evitar observar

que cuando se habían creado todas las condiciones favorables para una sanación, con un círculo de pacientes alrededor del *baquet*, bajo la suave luz de las velas, a menudo resultaba que cuando él, como músico, levantaba sus dedos de la giratoria armónica de cristal y, como médico, los colocaba sobre la zona enferma del cuerpo, el paciente se veía inmediatamente arrastrado hacia una crisis. M. se sentía en ocasiones inclinado a cavilar sobre en qué medida esa reacción era provocada por el magnetismo y en qué medida por el propio magnetizador. Maria Theresia no estaba al corriente de todas estas reflexiones, como tampoco se le pidió que se uniese al resto de pacientes alrededor de la cuba de roble.

—Su tratamiento provoca dolor.

—No. Lo que está provocándote dolor es que estás empezando a ver. Cuando miras al espejo, ves la vara que yo sostengo en la mano y giras la cabeza para seguirla. Te dices a ti misma que hay una forma en movimiento.

—Pero usted me está tratando. Y yo siento dolor.

—El dolor es un signo de una respuesta positiva a la crisis. El dolor muestra que tu nervio óptico y tu retina, tanto tiempo en desuso, están volviendo a ser activos.

—Otros doctores me decían que el dolor que me causaban era necesario y beneficioso. ¿Es usted también doctor en filosofía?

—Lo soy.

—Los filósofos tienen explicaciones para todo.

M. no se ofendió, de hecho le gustaba esa actitud.

Era tal la sensibilidad de la chica a la luz, que tenía que taparle los ojos con un triple vendaje, que mantenía colocado en todo momento cuando no la estaba tratando. Había empezado mostrándole, a cierta distancia, objetos del mismo tipo, blancos o negros. Ella se percataba de la presencia de los objetos negros sin dificultad, pero se estremecía ante los objetos blancos, y aseguraba que el dolor que le provocaban en los ojos era equivalente a que le pasasen un cepillo suave por la retina; y también le causaban una sensación de mareo. M. apartó por tanto todos los objetos blancos.

A continuación, la introdujo en los colores intermedios. Maria Theresia era capaz de distinguirlos, aunque incapaz de describir cómo aparecían ante ella, excepto el negro, que era, decía, la imagen de su pasada ceguera. Cuando llegó el momento de asignar a cada color su nombre, a menudo erraba al dar el nombre de un color la siguiente ocasión en que se le mostraba. Y tampoco era capaz de calcular a qué distancia estaban los objetos de ella, ya que siempre creía que se encontraban al alcance de su mano, y por ello estiraba los brazos para coger objetos que tenía a seis metros de ella. También sucedía, en esos primeros días, que la imagen que un objeto dejaba en su retina permanecía fijada hasta un minuto. Y ella se veía entonces obligada a taparse los ojos con las manos hasta que la imagen iba perdiendo intensidad; de no hacerlo, se le confundiría con el siguiente objeto situado ante sus

ojos. Además, como los músculos oculares llevaban años inactivos, carecía de la práctica necesaria para desplazar la mirada para buscar objetos, para focalizar sobre ellos y poder indicar su posición.

Tampoco el júbilo que invadió tanto a M. como a los padres de la chica cuando empezó a percibir luces y formas fue compartido por la propia paciente. Lo que se había introducido en su vida no era, como había esperado, un panorama del mundo tanto tiempo oculto para ella y hasta entonces descrito por otros; y mucho menos tenía ahora ante sí las herramientas para entender ese mundo. Muy al contrario, ahora una confusión mayor se sumaba a la confusión ya existente; un estado agravado por los dolores oculares y la sensación de vértigo. La melancolía, que era el anverso de su natural alegría, hacía su aparición con mucha más frecuencia.

Al tomar conciencia de esta situación, M. decidió ralentizar el ritmo del tratamiento, y también que las horas de ocio y descanso fueran lo más gratas posible. La animó a relacionarse con las otras dos jóvenes pacientes que vivían en la casa: Fräulein Ossine, la hija de dieciocho años de un oficial del ejército, que padecía tisis purulenta y una irascible melancolía, y una chica de diecinueve años llamada Zwelferine, que perdió la visión con dos años y a la que M. había encontrado en un orfanato y trataba, corriendo él con los gastos. Cada una de ellas tenía algo en común con las otras dos: Maria Theresia y Fräulein Ossine eran ambas de buena familia y recibían pensiones imperiales; Maria Theresia y Zwelferine eran ambas ciegas; Zwelferine y Fräulein Ossine periódicamente vomitaban sangre.

Esas compañías eran una útil distracción, pero M. consideraba que Maria Theresia también necesitaba varias horas al día dedicadas a una rutina tranquila y sistemática. Por eso convirtió en un hábito el sentarse con ella, hablar de temas alejados de sus problemas más inmediatos y leerle libros de su biblioteca. A veces tocaban música juntos, ella con los ojos vendados al *klavier*, y él al violonchelo.

Él también se servía de esos momentos para conocer mejor a la chica, para evaluar su sinceridad, su memoria y su temperamento. Se percató de que ni siquiera cuando estaba pletórica, era testaruda, ni mostraba la arrogancia de su padre o la obstinación de su madre.

Él podía preguntar: «¿Qué te gustaría hacer esta tarde?»

Y ella respondería: «¿Qué me propone usted?»

O él podía preguntar: «¿A qué te gustaría jugar?»

Y ella respondería: «¿A qué le gustaría usted que jugase?»

Superadas estas gentiles respuestas, él descubrió que ella tenía opiniones claras, a las que había llegado usando la razón. Pero también llegó a la conclusión de que, más allá de la obediencia normal en los niños, Marie Theresia estaba habituada a hacer aquello que le ordenaban: sus padres, sus profesores, sus médicos. Tocaba maravillosamente el piano y memorizaba muy bien las partituras, y M. intuyó que

sólo cuando estaba ante el *klavier*, inmersa en una pieza que ya conocía bien, sólo entonces se sentía realmente libre, y se permitía ser juguetona, expresiva, amable. Mientras contemplaba su perfil, sus ojos vendados y su firme y tiesa postura, a él le vino de golpe la idea de que la misión en la que se había embarcado no estaba exenta de ciertos peligros. ¿Entraba dentro de lo posible que su talento, y el evidente placer que éste le proporcionaba, pudiesen estar ligados a su ceguera de algún modo que él no podía comprender plenamente? Y entonces, mientras seguía los movimientos de sus manos ejercitadas y ágiles, a veces enérgicos y dúctiles, otras pausados como los de los helechos mecidos por la brisa, se sorprendió pensando cómo podía afectarle la primera visión de un teclado. ¿Acaso las teclas blancas la sumirían en la confusión y las negras tan sólo le recordarían su ceguera?

El trabajo diario continuó. Hasta ahora a Maria Theresia le había mostrado una mera sucesión de objetos estáticos; su objetivo hasta ese momento había sido establecer el contacto visual y que se acostumbrara a la forma, el color, la localización y la distancia. Ahora decidió introducir el concepto de movimiento, y con él la presencia de un rostro humano. Aunque ella estaba ya muy acostumbrada a la voz de M., hasta ahora él siempre se había mantenido fuera de los márgenes de percepción visual de ella. Con sumo cuidado, desanudó las vendas y le pidió de inmediato que se tapase los ojos con las manos. Él se movió hasta situarse frente a ella, colocándose a unos pocos centímetros de donde estaba sentada. Le pidió que apartase las manos y empezó a mover la cabeza lentamente, mostrándole primero un perfil y después el otro.

Ella se rio. Y con las manos que había apartado de los ojos se tapó la boca. El entusiasmo como médico de M. se sobrepuso a su vanidad como hombre ante la reacción que provocaba en ella. Ella retiró las manos de la boca y las volvió a colocar sobre sus ojos, y pasados unos segundos, le miró de nuevo. Y de nuevo se rio.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando.

—¿Esto?

—Sí, eso. —Seguía riéndose de un modo que, en otras circunstancias, él habría considerado maleducado.

—Es una nariz.

—Es ridícula.

—Eres la única persona lo bastante cruel para haber hecho este comentario —le dijo él, simulando haberse ofendido—. A los demás les parece aceptable, incluso agradable.

—¿Y todas... las narices son así?

—Hay pequeñas diferencias, pero, querida Fräulein, debo advertirte que ésta no es en absoluto nada fuera de lo común, en lo que a narices se refiere.

—Entonces voy a tener muchas ocasiones para reírme. Tengo que contarle a

Zwelferine esto de las narices.

Él decidió acometer un experimento adicional. Maria Theresia siempre había disfrutado de la compañía y el afecto del perro de la casa, un animal grande y afectuoso de una raza incierta. M. fue hasta la puerta tapizada, la abrió un poco y silbó.

Veinte segundos después, Maria Theresia comentaba:

—Oh, un perro es una visión mucho más agradable que un ser humano.

—Por desgracia, no eres la única que opina así.

Siguió una época en la que la progresiva recuperación de la visión proporcionó grandes alegrías, mientras que la tosquedad y escasa armonía del rostro de este mundo recién descubierto la sumió en la melancolía. Una noche, M. la condujo al exterior, al jardín ya a oscuras, y le pidió que echase la cabeza hacia atrás. Esa noche el cielo era todo resplandor. M. pensó por un instante: de nuevo blanco y negro, aunque por suerte mucho más negro que blanco. Pero Maria Theresia no mostró ansiedad alguna en su reacción. Permaneció allí pasmada, con la cabeza echada hacia atrás, la boca abierta, girando de vez en cuando, señalando, sin decir palabra. Hizo caso omiso de la oferta de M. de decirle el nombre de las constelaciones; no quería que las palabras interfirieran con la magia del momento y siguió mirando hasta que le dolió la nuca. A partir de esa noche, cualquier fenómeno visual digno de atención era automáticamente comparado con la noche estrellada, y nunca estaba a la altura.

Aunque cada mañana M. continuaba con su tratamiento exactamente igual que antes, ahora lo llevaba a cabo con simulada concentración. Interiormente se debatía entre dos líneas de pensamiento y entre las dos partes de su formación intelectual. El doctor en filosofía argumentaba que el elemento universal que subyacía en todo sin duda había aflorado gracias al magnetismo. El doctor en medicina argumentaba que el magnetismo tenía menos relevancia en la mejora de la paciente que el poder del tacto, y que incluso la imposición de manos tenía un poder meramente simbólico, como el de la colocación de los imanes y la vara. Lo que realmente estaba produciéndose era algún tipo de colaboración entre el médico y la paciente, de modo que la presencia y autoridad de él le posibilitaban a ella curarse a sí misma. No comentó con nadie esta segunda explicación, y mucho menos con la paciente.

Los padres de Maria Theresia estaban tan asombrados por los nuevos progresos de su hija como ella lo estaba por el cielo estrellado. A medida que las noticias circularon, amigos y admiradores empezaron a aparecer por el 261 de la Landstrasse para ser testigos del milagro. Los transeúntes a menudo merodeaban un rato por el exterior de la casa, con la esperanza de vislumbrar a la famosa paciente; y diariamente llegaban cartas pidiendo a su médico que acudiese a visitar lechos de enfermos por toda la ciudad. Al principio, M. estaba encantado de permitir a Maria

Theresia que demostrase su capacidad para distinguir colores y formas, aunque algunas de las asociaciones con la palabra correspondiente no estuvieran exentas de errores. Pero estas exhibiciones la fatigaban mucho y decidió restringir drásticamente el número de visitantes permitidos. La repentina aplicación de esta nueva norma provocó el aumento tanto de los rumores sobre una curación milagrosa como de las sospechas que abrigaban algunos miembros de la Facultad de Medicina. El caso empezaba a incomodar a la Iglesia, debido a que la versión popular decía que a M. le bastaba con tocar la parte afectada de la persona enferma para curar la enfermedad. Que alguien que no fuese Jesucristo pudiese tener la capacidad de sanar a una persona simplemente imponiéndole las manos, a muchos clérigos les parecía blasfemo.

M. era consciente de estos rumores, pero confiaba en el apoyo del profesor Stoerk, que había acudido al 261 de la Landstrasse y se había mostrado públicamente impresionado por la eficacia de la nueva cura. ¿Qué importaba entonces si otros miembros de la facultad murmuraban contra él, o incluso dejaban caer la calumnia de que la recién adquirida capacidad de su paciente de nombrar los colores y objetos no era más que el resultado de un riguroso adiestramiento? Los conservadores, los mediocres y los envidiosos existían en todas las profesiones. A la larga, una vez que los métodos de M. se comprendiesen y el número de sanaciones aumentase, todos los hombres razonables se verían obligados a creerle.

Un día en que Maria Theresia estaba especialmente tranquila, M. invitó a sus padres a asistir a la sesión de esa tarde. Después le propuso a su paciente que tocara su instrumento sin acompañamiento y sin vendas en los ojos. Ella aceptó entusiasmada y los cuatro se dirigieron a la sala de música. Se habían colocado sillas para Herr Von P. y su esposa, mientras que M. se sentó en un taburete cerca del *klavier*, la mejor posición para observar las manos, los ojos y la actitud de Maria Theresia. Ella respiró profundamente varias veces y, tras una pausa apenas soportable, las primeras notas de una sonata de Haydn llegaron a los oídos de los presentes.

Fue un desastre. Uno hubiese podido pensar que la chica era una principiante y la sonata, una pieza que jamás había tocado. La digitación era torpe, el ritmo, imperfecto; toda la gracia, la chispa y la ternura habían desaparecido de la música. Cuando el primer movimiento llegó atropelladamente a un confuso final, se produjo un silencio durante el cual M. pudo notar cómo los padres intercambiaban miradas. Y entonces, súbitamente, la misma música arrancó de nuevo, esta vez tocada con confianza, brillo y perfección. Él se volvió hacia los padres, pero ellos sólo tenían ojos para su hija. Al volverse de nuevo hacia el *klavier*, M. se percató del motivo de la repentina excelencia: la chica mantenía los ojos cerrados y la barbilla alzada sobre el teclado.

Cuando Maria Theresia llegó al final del movimiento, abrió los ojos, bajó la mirada y volvió a empezar. El resultado fue, de nuevo, el caos, y en esta ocasión M. pensó que podía adivinar el motivo: la chica seguía los movimientos de sus manos petrificada. Y parecía que el mero acto de mirar bloqueaba su destreza. Fascinada por sus propios dedos y la manera como se movían a lo largo del teclado, era incapaz de mantenerlos bajo su control. Contempló su desobediencia hasta el final del movimiento y entonces se levantó y corrió hacia la puerta.

Se produjo otro silencio.

Finalmente M. dijo:

—Era de esperar.

Herr Von P., rojo de ira, replicó:

—Es una catástrofe.

—Llevará tiempo. Cada día habrá una mejoría.

—Es una catástrofe. Si la noticia empieza a difundirse, será el final de su carrera.

Con muy poco tacto, M. planteó la pregunta:

—¿Prefiere usted que su hija pueda ver o que pueda tocar?

Herr Von P., ahora colérico, estaba en pie, con su esposa a su lado.

—Señor, no recuerdo que usted nos plantease la necesidad de elegir cuando se la trajimos.

Después de que sus padres se marchasen, M. encontró a la chica en un estado deplorable. Puso todo su empeño en tranquilizarla, diciéndole que era previsible que la visión de los dedos la desconcentrase al tocar.

—Y si era previsible, ¿por qué no me lo advirtió usted?

Él le recordó que su vista había estado mejorando prácticamente a diario, así que también era previsible que su forma de tocar también mejoraría una vez se hubiese habituado a la presencia de sus dedos sobre el teclado.

—Por eso toqué la pieza por tercera vez. Y fue peor que la primera.

M. no le discutió este punto. Sabía por experiencia propia que, en lo que al arte se refiere, los nervios tenían un papel fundamental. Si tocabas mal, te desanimabas; si estabas desanimado, tocabas peor, y así sucesivamente cuesta abajo. En cambio, M. destacó la amplia mejoría en el estado general de Maria Theresia. Pero eso a ella tampoco la satisfizo.

—Cuando estaba ciega, la música era todo el consuelo que tenía. Volver a ver la luz y de inmediato perder mi capacidad para tocar sería una cruel forma de justicia.

—Esto no va a suceder. No es una opción. Debes confiar en mí si te digo que esto no pasará.

La miró y vio cómo fruncía el ceño y después relajaba el gesto. Finalmente, ella replicó:

—Aparte del tema del dolor, usted siempre me ha merecido confianza. Lo que ha

dicho que sucedería, ha sucedido. Así que de acuerdo, confío en usted.

Durante los siguientes días, M. tomó conciencia de que su previo desprecio de las opiniones del mundo exterior había sido una ingenuidad. Llegó una propuesta de ciertos miembros de la Facultad de Medicina para que la aprobación de la práctica de la sanación mediante magnetismo se concediera sólo si M. podía reproducir sus efectos con un nuevo paciente, a plena luz y en presencia de seis verificadores de la facultad, unas condiciones que M. sabía que arruinarían la eficacia del método. Las lenguas viperinas ya estaban preguntando si en el futuro todos los médicos irían equipados con varitas mágicas. Y todavía más peligroso, algunos ya cuestionaban la probidad moral del sistema. ¿Ayudaba al prestigio y la respetabilidad de la profesión que uno de sus miembros se llevase a jovencitas a su casa, las enclaustrase detrás de cortinas cerradas y colocase sus manos sobre ellas entre botellas de agua magnetizada y acompañado por los maullidos de una armónica de cristal?

El 29 de abril de 177- Frau Von P. apareció en el estudio de M. Estaba claramente nerviosa y no quiso sentarse.

—He venido para llevarme a mi hija y apartarla de usted.

—¿Ha dicho ella que deseara abandonar el tratamiento?

—Que ella deseara... Este comentario, señor, es una impertinencia. Sus deseos están subordinados a los «deseos» de sus padres.

M. la miró sin perder la calma.

—Entonces iré a buscarla.

—No. Llame a un sirviente. No quiero que usted la manipule dándole instrucciones sobre lo que debe responder.

—Muy bien.

Llamó. Trajeron a Maria Theresia, que miró ansiosamente a ambos.

—Tu madre quiere que dejes el tratamiento y vuelvas a casa.

—¿Qué opina usted?

—Opino que si eso es lo que deseas, no puedo oponerme a ello.

—No es eso lo que le he preguntado. Le pregunto por su opinión como médico.

M. lanzó una mirada a la madre.

—Mi... opinión como médico es que estás todavía en una fase inestable. Sigo pensando que es muy posible que podamos conseguir una sanación completa. Y al mismo tiempo, que es muy posible que los avances conseguidos, si no los afianzamos, se pierdan para siempre.

—Ha sido usted muy claro. Entonces opto por quedarme. Quiero quedarme.

De inmediato la madre empezó a desplegar un repertorio de patadas al suelo y gritos, como jamás había visto M. en la ciudad imperial de V. Era un ataque de ira que iba más allá de la natural predisposición a ellos que pudiese tener Frau Von P. por

su sangre italiana, y hubiese incluso podido resultar cómico, de no ser porque su frenesí nervioso provocó un ataque de convulsiones espasmódicas a su hija.

—Señora, debo pedirle que se controle —le dijo en voz baja.

Pero eso hizo aumentar todavía más la rabia de la madre, y con dos fuentes de provocación ante ella, mostró su indignación por la insolencia, tozudez e ingratitud de su hija. Cuando M. trató de poner una mano sobre su antebrazo, Frau Von P. se volvió hacia Maria Theresia, la cogió y la empujó bruscamente contra la pared. Por encima de los gritos de la mujer, M. llamó a sus empleados, que agarraron a la arpía justo cuando estaba a punto de atacar al propio doctor. De pronto, una nueva voz se añadió al zafarrancho.

—¡Devuélvame a mi hija! ¡Resístase y es hombre muerto!

La puerta se había abierto violentamente y allí estaba Herr Von P., su silueta encuadrada por el marco, espada en alto. Entró en tromba en el estudio y amenazó con descuartizar a cualquiera que se interpusiese en su camino.

—En ese caso, señor, tendrá que descuartizarme a mí —dijo M. con firmeza. Herr Von P. se detuvo, sin tener claro si abalanzarse sobre el médico, rescatar a su hija o consolar a su esposa. Incapaz de decidirse, se conformó con repetir las amenazas. La hija lloraba, la madre gritaba, el médico trataba de discutir racionalmente y el padre prometía a voz en grito caos y muerte. M. se mantuvo lo suficientemente sereno como para que se le ocurriese pensar que el joven Mozart habría podido poner música a este cuarteto operístico.

Finalmente, el padre fue reducido y desarmado. Se marchó maldiciendo y pareció olvidar a su esposa, que permaneció allí de pie durante unos instantes, dirigiendo su mirada alternativamente a M. y a su hija varias veces, hasta que también ella abandonó la habitación. Inmediatamente, y durante el resto del día, M. se dedicó a calmar a Maria Theresia. Y mientras lo hacía, llegó a la conclusión de que su sospecha inicial se había confirmado: la ceguera de Maria Theresia había sido sin duda una reacción histérica al igualmente histérico comportamiento de uno de sus progenitores o de ambos. Que una niña sensible, de temperamento artístico, ante tal ataque emocional, pudiese instintivamente cerrarse al mundo, parecía razonable e incluso inevitable. Y los iracundos padres, responsables de entrada del estado de la chica, ahora lo estaban agravando.

¿Qué podía haber causado ese súbito y destructivo arrebató? Sin duda algo más que el simple desacato a la voluntad de los progenitores. Por eso M. intentó imaginarlo desde el punto de vista de ellos. Una niña se queda ciega, todas las curas conocidas fallan hasta que, después de una docena de años, un nuevo médico con un nuevo procedimiento consigue que empiece a ver de nuevo. La prognosis es optimista, y los padres reciben por fin una recompensa a su amor, sensatez y valentía médica. Pero entonces la chica toca el piano y todo su mundo queda patas arriba.

Antes, tenían a su cargo a una virtuosa del piano; ahora la recuperación de la visión la ha convertido en una intérprete mediocre. Si continuase tocando como ahora, su carrera estaría acabada. Pero aun en el caso de que recuperase todo su dominio técnico anterior, ya no poseería la peculiaridad de ser ciega. Sería tan sólo una pianista más entre otras muchas. Y la emperatriz ya no tendría por qué seguir otorgándole una pensión. Doscientos ducados de oro habían significado una notable diferencia en sus vidas. Y, sin eso, ¿cómo iban a encargar obras a los más prestigiosos compositores?

M. entendía el dilema que tenían ante sí, pero ésa no podía ser su preocupación principal. Él era médico, no empresario musical. En cualquier caso, estaba convencido de que en cuanto Maria Theresia se acostumbrase a la visión de sus manos sobre un teclado, en cuanto su contemplación dejase de alterar la interpretación, su destreza técnica no sólo volvería, sino que se desarrollaría y mejoraría. Porque ¿cómo iba a ser una ventaja su ceguera? Además, la chica había elegido abiertamente desafiar a sus padres y continuar con el tratamiento. ¿Cómo podía él defraudar sus esperanzas? Aunque para ello tuviese que repartir garrotes entre sus sirvientes, defendería el derecho de la chica a vivir bajo su techo.

Y, sin embargo, no eran los iracundos padres los únicos que amenazaban la casa. La opinión pública en la corte y en la calle se había vuelto contra el médico que había recluido a una joven y ahora se negaba a devolvérsela a sus padres. Que la propia chica se negase a irse con ellos, no ayudaba a M.; a ojos de algunos, no hacía más que confirmar que era un mago, un hechicero cuyos poderes hipnóticos podían no curar, pero sin duda lograban subyugar la voluntad. Se mezclaron la culpa moral con la culpa médica, dando pie al escándalo. Se extendió por la ciudad imperial tal miasma de insinuaciones que el profesor Stoerk consideró que tenía que tomar cartas en el asunto. Retirando su previo apoyo a las actividades de M., el 2 de mayo de 177- escribió pidiendo que M. cesase en su «impostura» y devolviese a la chica.

De nuevo, M. se negó. Maria Theresia von P., respondió, sufría convulsiones y desvaríos delirantes. Se envió a un médico de la corte a examinarla y éste informó a Stoerk de que en su opinión la paciente no estaba en condiciones de volver a casa. Y conseguido el aplazamiento, M. se dedicó las siguientes semanas enteramente a su caso. Con palabras, con magnetismo, con la imposición de sus manos, y con la confianza que ella depositaba en él, logró controlar la histeria nerviosa de la paciente en nueve días. Es más, se hizo evidente que su visión era ahora mejor que en ningún periodo anterior, lo cual sugería que las etapas recorridas con los ojos y con el cerebro se habían afianzado. Pero él no le preguntó si quería volver a tocar, ni ella sugirió hacerlo.

M. sabía que no sería posible mantener allí a Maria Theresia von P. hasta que estuviese completamente curada, pero no quería entregarla hasta que hubiese

adquirido suficiente fortaleza para mantener el mundo a raya. Tras cinco semanas de asedio, se llegó a un acuerdo: M. entregaría a la chica a sus padres y éstos permitirían a M. seguir tratándola como y cuando fuese necesario. Con este tratado de paz en vigor, Maria Theresia fue entregada a sus progenitores el 8 de junio de 177-.

Ése fue el último día que M. la vio. Súbitamente, los Von P. rompieron su palabra y mantuvieron a su hija bajo rigurosa vigilancia, impidiendo cualquier contacto con M. No podemos saber lo que se dijo, o se hizo, en esa casa; tan sólo podemos saber sus predecibles consecuencias: Maria Theresia von P. recayó inmediatamente en la ceguera, un estado del que no volvería a salir en los cuarenta y siete años que le quedaban de vida.

No disponemos de ningún testimonio de la angustia de Maria Theresia, de su sufrimiento moral y su reflejo mental. Pero el mundo de la perpetua oscuridad al menos le era familiar. Podemos suponer que abandonó toda esperanza de curarse, y también de escapar de sus padres; podemos saber que retomó su carrera, primero como pianista y cantante, después como compositora y finalmente como profesora. Aprendió a utilizar una tabla de composición que inventó para ella su amanuense y libretista, Johann Riedinger; también poseía una máquina de imprimir manual para su correspondencia. Su nombre corrió por toda Europa; tenía memorizados sesenta conciertos, y los tocó en Praga, Londres y Berlín.

En cuanto a M., fue expulsado de la ciudad imperial de V. por la Facultad de Medicina y el Comité para el Mantenimiento de la Moral, una combinación que aseguraba que sería recordado allí como mitad charlatán, mitad seductor. Se retiró primero a Suiza y después se estableció en París. En 178-, siete años después de que se vieran por última vez, Maria Theresia von P. fue a tocar a la capital francesa. En las Tullerías, ante Luis XVI y Maria Antonieta, presentó el concierto que Mozart había escrito para ella. M. y ella no se encontraron, y tampoco podemos saber si alguno de ellos hubiera deseado que ese encuentro se produjera. Maria Theresia siguió viviendo en la oscuridad, provechosamente, cosechando fama, hasta su fallecimiento en 182-.

M. había muerto nueve años antes, a los ochenta y uno, sin que ni su capacidad intelectual ni su entusiasmo por la música hubieran mermado. Mientras agonizaba en Meersburg, a orillas del lago Constanza, mandó llamar a su joven amigo F., un seminarista, para que tocara para él la armónica de cristal que le había acompañado en todos sus viajes desde que dejó el 261 de la Landstrasse. Según un testimonio, logró apaciguar las convulsiones de su agonía al escuchar por última vez la música de las esferas. Según otro, el seminarista se retrasó, y M. murió antes de que F. pudiese tocar con sus dedos embadurnados de tiza el cristal rotatorio.

CARCASONA

En el verano de 1839 un hombre pega el ojo a un telescopio e inspecciona la ciudad costera brasileña de Laguna. Es un líder guerrillero extranjero cuyos recientes éxitos han conducido a la rendición de la flota imperial. El libertador está a bordo del capturado buque insignia, una goleta de siete cañones por banda llamada *Itaparica*, ahora anclada en la laguna de la que la ciudad toma su nombre. El telescopio ofrece una panorámica del montañoso barrio conocido como Barra, que cuenta con unos pocos edificios sencillos pero pintorescos. En el exterior de uno de ellos está sentada una mujer. En cuanto la ve, el hombre, tal como lo expresó después, «inmediatamente di órdenes de que prepararan el bote, porque quería ir a tierra».

Anita Ribeiro tenía dieciocho años, era descendiente de portugueses e indios, de cabellos oscuros y grandes pechos, «un porte viril y un rostro decidido». Debía de conocer el nombre de la guerrilla, ya que había ayudado a liberar su pueblo natal. Pero la búsqueda por parte del hombre de la joven y de la casa fue en vano, hasta que se topó por casualidad con un tendero al que conocía, que le invitó a entrar para tomar café. Y allí, como si le estuviese esperando, estaba ella. «Ambos permanecemos embelesados y en silencio, mirándonos fijamente como dos personas que no era la primera vez que se encontraban y que buscan en el rostro del otro algo que les facilite recordar el pasado olvidado.» Así es como él lo contó, muchos años después, en su autobiografía, en la que menciona una razón adicional para su embelesado silencio: él sabía muy poco portugués, y ella nada de italiano. Así que él la saludó finalmente en su propio idioma: «*Tu devi esser mia.*» Tienes que ser mía. Sus palabras superaron el problema de la inmediata comprensión: «Había creado un vínculo, pronunciado una sentencia que sólo la muerte podía anular.»

¿Puede haber un encuentro más romántico que éste? Y dado que Garibaldi fue uno de los últimos héroes románticos de la historia europea, no nos pongamos a discutir los detalles circunstanciales. Por ejemplo, él tenía que ser capaz de hablar un portugués pasable, ya que había estado combatiendo en Brasil durante años; y, por ejemplo, Anita, a pesar de su edad, no era una tímida doncella, sino una mujer que llevaba varios años casada con un zapatero local. Olvidémonos también del corazón del marido y del honor de la familia, de si hubo violencia o si se ofreció dinero cuando, varias noches después, Garibaldi bajó a tierra y se llevó a Anita. En lugar de eso, aceptemos que eso era lo que ambos deseaban con toda su alma, y que en los lugares y los tiempos en que la justicia es aproximada, la posesión es lo que cuenta.

Se casaron en Montevideo, tres años más tarde, después de haber escuchado informaciones sobre la probable muerte del zapatero. Según el historiador G. M. Trevelyan, «pasaron la luna de miel en ingenios de guerra anfibios a lo largo de la

costa y en la laguna, combatiendo cuerpo a cuerpo contra graves adversidades». Tan buena a caballo como él, e igualmente valiente, ella fue su compañera en la guerra y en el matrimonio durante diez años; para sus tropas ella era talismán, estímulo, enfermera. El nacimiento de cuatro hijos no entorpeció su devoción por la causa republicana, primero en Brasil, después en Uruguay y finalmente en Europa. Estuvo junto a Garibaldi en la defensa de la República Romana, y tras la derrota, en la retirada a través de los Estados Papales hasta la costa adriática. Durante la huida, se sintió mortalmente enferma. Garibaldi, aunque se le urgió a huir solo, permaneció junto a su esposa; juntos esquivaron a los casacas blancas austriacos en las marismas de los alrededores de Rávena. En sus últimos días de vida, Anita se agarró con fuerza a la «no dogmática religión de su marido», un hecho que adquiere en Trevelyan una formidable dimensión romántica: «Al morir sobre el pecho de Garibaldi, no necesitó sacerdote alguno.»

Hace algunos años, en un congreso de librerías en Glasgow, me encontré conversando con dos australianas, una novelista y una cocinera. O más bien, escuchando, ya que estaban hablando sobre el efecto de diversas comidas en el gusto del esperma masculino. «Canela», dijo la novelista con complicidad. «No, sola no», replicó la cocinera. «Necesitas frambuesas, moras y canela, es la mejor combinación.» Y añadió que siempre reconocía a los devoradores de carne. «Créeme, lo sé. Una vez hice una cata a ciegas.» Dudando sobre si intervenir en la conversación, mencioné los espárragos. «Sí», replicó la cocinera. «Se notan en la orina, pero también en la eyaculación.» Si no hubiese transcrito poco después esta conversación, pensaría que estaba recordando un sueño erótico.

Un psiquiatra amigo mío sostiene que hay una correlación directa entre el interés por la comida y el interés por el sexo. El gourmet lujurioso es prácticamente un cliché; mientras que la aversión a la comida va a menudo acompañada de la apatía erótica. En lo que concierne a las capas medias del espectro, puedo pensar en gente que, debido a los círculos en los que se mueven, exageran su interés por la comida; a menudo son el mismo tipo de personas que (de nuevo por la presión del entorno) proclaman más interés por el sexo del que realmente tienen. Me vienen a la cabeza algunos contraejemplos: parejas cuyo apetito por comer, cocinar y probar restaurantes ha llegado a suplantar el apetito sexual, y para las que la cama, después de una comida, es un lugar de reposo, no de actividad. Pero en conjunto, diría que hay bastante de cierto en esta teoría.

La expectativa de una experiencia gobierna y distorsiona la propia experiencia. Puedo no saber nada sobre el sabor del esperma, pero sí sé sobre el sabor del vino. Si alguien te pone delante una copa de vino, es imposible acercarse a ella sin ideas preconcebidas. Para empezar, es posible que no te guste el producto. Pero suponiendo que sí, intervienen muchos factores subliminales antes de que tomes el primer sorbo. De qué color es el vino, a qué huele, en qué tipo de copa está servido, cuánto cuesta, quién lo paga, dónde estás, de qué humor estás, si has probado o no este vino antes. Es imposible no tener en cuenta toda esta información previa. El único modo de eludirla es radical. Si tienes los ojos vendados y alguien te coloca una pinza de ropa en la nariz y te entrega una copa, entonces, aunque seas el mayor experto mundial, serás incapaz de decir las cosas más básicas sobre ese vino. Ni siquiera si es tinto o blanco.

De todos nuestros sentidos, es el que tiene más amplias aplicaciones. Desde una fugaz impresión en la lengua a una docta respuesta estética a un lienzo. Es, además, el que más nos define. Podemos ser mejores personas o peores, felices o amargados, triunfadores o fracasados, pero lo que somos, dentro de estas amplias categorías, el cómo nos definimos a nosotros mismos en oposición a cómo somos genéticamente definidos, es lo que llamamos «gusto». Y sin embargo la palabra —tal vez por la amplitud de su perímetro— engaña fácilmente. «Gusto» puede implicar reflexión pausada, mientras que sus derivados —de buen gusto, el buen gusto, sin gusto, el mal gusto— nos introducen en un mundo de minúsculos matices de esnobismo, valores sociales y envoltorio. El verdadero gusto, el gusto esencial, es mucho más instintivo e irreflexivo. Dice: yo, aquí, ahora, esto, tú. Dice: arriad el bote y llevadme a tierra. Dowell, el narrador de *El buen soldado* de Ford Madox Ford, dice a propósito de Nancy Rufford: «Simplemente deseaba casarme con ella como algunas personas desean ir a Carcasona.» Enamorarse es la más intensa expresión de gusto que conocemos.

Y, sin embargo, nuestro idioma no parece ser capaz de plasmar ese momento adecuadamente. No tenemos un equivalente para el *coup de foudre*, la sacudida del rayo y el estruendo del trueno del amor. Hablamos de que hay «electricidad» entre una pareja, pero es una imagen doméstica, no cósmica, como si ambos tuviesen que ser prácticos y llevar zapatos con suelas de goma. Hablamos de «amor a primera vista», y realmente sucede, incluso en Inglaterra, pero la frase hace que suene más bien a un asunto de buenas maneras. Decimos que sus ojos se encontraron a través de una estancia repleta de gente. Una vez más, suena a algo muy mundano. A través de una estancia repleta de gente. A través de un puerto repleto de gente.

De hecho, Anita Ribeiro no murió «sobre el pecho de Garibaldi», sino de una manera mucho más prosaica y menos como si posase para una litografía. Murió cuando el libertador y tres de sus seguidores, sosteniendo cada uno de ellos una esquina de su colchón, la trasladaban de una carreta a una granja. Pese a todo, deberíamos glorificar ese momento del telescopio y todo lo que vino después. Porque ése es el momento —el momento de gusto apasionado— que todos buscamos. Pocos de nosotros disponemos de telescopios y puertos, y al rebobinar nuestra memoria podemos descubrir que incluso la más profunda y duradera relación amorosa raramente se inició con un reconocimiento total, con un «tienes que ser mía» pronunciado en una lengua extranjera. Ese momento puede estar camuflado como otra cosa: admiración, lástima, camaradería de oficina, peligro compartido, un compartido sentido de justicia. Tal vez es un momento demasiado inquietante para encararlo en ese instante; así que tal vez el idioma inglés acierta cuando evita la rimbombancia francesa. En una ocasión le pregunté a un hombre que había disfrutado de un largo y feliz matrimonio, dónde había conocido a su mujer. «En una fiesta de la oficina», respondió. ¿Y cuál había sido su primera impresión de ella? «Pensé que era muy agradable», me respondió.

¿Así que cómo sabemos que debemos confiar en ese instante de gusto apasionado, aunque se nos presente camuflado? No lo sabemos, aunque sintamos que debemos hacerlo, que debemos seguir adelante. Una amiga me dijo en una ocasión: «Si me metieses en una habitación repleta de gente y allí hubiese un hombre con la palabra “Chalado” tatuada en la frente, me iría directamente hacia él.» Otra amiga, con dos matrimonios a sus espaldas, me confesó: «He pensado en romper mi matrimonio, pero soy tan mala eligiendo que no tendría la más mínima confianza en hacerlo mejor en la siguiente ocasión, y aceptar eso sería algo muy deprimente.» ¿Quién o qué pueden ayudarnos en el momento en el que se liberan los ecos salvajes? [15] ¿En qué confiamos: en la visión de los pies de una mujer embutidos en unas botas, en la novedad de un acento extranjero, en una falta de riego sanguíneo en las yemas de los dedos seguida de una exasperada autocrítica? En una ocasión fui a visitar a un joven matrimonio cuyo nuevo hogar estaba sorprendentemente vacío de muebles. «El problema», me explicó la mujer, «es que él carece por completo de gusto y yo sólo tengo mal gusto.» Supongo que acusarte a ti mismo de mal gusto implica la presencia latente de algún tipo de buen gusto. Pero en nuestras elecciones en lo que al amor respecta, pocos de nosotros sabemos si vamos o no a acabar en esa casa sin muebles.

Cuando por primera vez entré a formar parte de una pareja, empecé a examinar

con más interés los progresos y el destino de otras parejas. Para entonces yo acababa de entrar en la treintena, y muchos de mis coetáneos que se habían conocido hacía una década ya estaban empezando a separarse. Me di cuenta de que las dos parejas cuyas relaciones parecían resistir el paso del tiempo, cuyos miembros continuaban mostrando un gozoso interés el uno por el otro eran en ambos casos —los cuatro— hombres gays de sesenta y tantos años. Eso podría ser tan sólo una anomalía estadística, pero yo me preguntaba si habría algún motivo. ¿Se debía a que habían esquivado las prolongadas tribulaciones de la paternidad que a menudo pulveriza las relaciones heterosexuales? Probablemente. ¿Era debido a algo consustancial a su homosexualidad? Probablemente no, a juzgar por otras parejas gays de mi generación. Un detalle que distinguía a esas dos parejas del resto era que durante muchos años y en muchos países su relación hubiese sido ilegal. Un vínculo creado en estas circunstancias probablemente sea más profundo: estoy poniendo mi seguridad en tus manos cada día de nuestras vidas que pasamos juntos. Tal vez haya un equivalente literario: libros escritos bajo regímenes opresivos son a menudo más valorados que libros escritos en sociedades en las que todo está tolerado. Y no estoy diciendo que un escritor debiera implorar ser oprimido o un amante vivir en la ilegalidad.

«Simplemente deseaba casarme con ella como algunas personas desean ir a Carcasona.» La primera pareja, T y H, se conocieron en los años treinta. T era de clase media alta, apuesto, talentoso y modesto. H provenía de una familia judía de Viena, tan pobres que cuando él era niño (y su padre combatía en la Primera Guerra Mundial), su madre lo metió en un hospicio durante varios años. Más adelante, en su juventud, conoció a la hija de un magnate textil inglés, que le ayudó a salir de Austria antes de la Segunda Guerra Mundial. En Inglaterra, H trabajó para la firma familiar y se prometió con la hija. Entonces H conoció a T en unas circunstancias que T, llevado por la timidez, se negó a detallar, pero que cambiaron sus vidas desde el principio. «Por supuesto», me contó T después de la muerte de H, «todo esto era muy nuevo para mí. Hasta entonces, yo no me había acostado con nadie.»

¿Y qué fue, podríais preguntar, de la prometida abandonada por H? Pero ésta es una historia feliz: T me dijo que ella poseía «una perfecta intuición» para comprender lo que estaba pasando, y a su debido tiempo se enamoró de otra persona, y los cuatro fueron buenos amigos durante el resto de sus vidas. H acabó convirtiéndose en un exitoso diseñador de moda para una importante cadena, y al morir —dado el talante liberal de su patrón—, T, que durante décadas había cometido actos ilegales con su «amigo austriaco», se encontró convertido en el receptor de una pensión de viudedad. Cuando me contó todo esto, no mucho antes de su propia muerte, me impactaron dos cosas. La primera fue la frialdad con la que relataba su historia; sus emociones más intensas emergieron cuando me contó las desgracias y las injusticias padecidas por H

antes de que se conocieran. Y la segunda fue una frase que usó al describir la aparición de H en su vida. T dijo que estaba muy desconcertado. «Pero una cosa tenía clara: estaba decidido a casarme con H.»

La otra pareja, D y D, eran sudafricanos. D1 era formal, tímido, muy culto; D2 era más exuberante, más evidentemente gay, amante de las guasas y los dobles sentidos. Vivían en Ciudad del Cabo, tenían casa en Santorini y viajaban mucho. Tenían planificada hasta el último detalle su vida juntos: los recuerdo en París, explicándome que en cuanto aterrizaban en Europa siempre compraban un gran *panettone* que desayunaban en la habitación del hotel. (Siempre he considerado que la primera tarea de una pareja es resolver el problema del desayuno, si en este tema se consigue una solución amistosa, lo mismo sucederá con la mayor parte de los restantes trances.) En una ocasión D2 vino a Londres solo. Una noche, ya muy tarde, después de haber tomado unas copas, estábamos hablando de la Francia de provincias y de pronto me confesó: «Eché el mejor polvo de mi vida en Carcasona.» No era un comentario que se olvide fácilmente, sobre todo porque después me explicó que amenazaba tormenta y en el momento que los franceses llaman *le moment suprême*, se escuchó el tremendo estruendo de un trueno; realmente, un *coup de foudre*. No dijo que en esa ocasión estuviese con D1, y como no lo hizo, asumí que no estaba con él. Después de su fallecimiento, utilicé sus palabras en una novela, aunque con algunas dudas sobre el tiempo que acompañaba a la escena, que generaba el frecuente problema literario entre lo *vrai* y lo *vraisemblable*. Las cosas asombrosas de la vida son frecuentemente clichés en literatura. Un par de años después, hablaba por teléfono con D1, cuando mencionó esta frase y me preguntó de dónde la había sacado. Temiendo cometer una traición, admití que la fuente había sido D2. «Oh», dijo D1 con un súbito entusiasmo, «lo pasamos tan bien en Carcasona.» Sentí alivio, y también una nostalgia subrogada por el hecho de que hubiesen estado allí juntos.

Para algunos, en el telescopio brilla la luz del sol allí en la laguna; para otros no. Elegimos, nos eligen, no nos eligen. Le dije a mi amiga que siempre elegía chiflados, que tal vez debería buscarse a un chiflado agradable. Me respondió: «¿Pero cómo voy a saber que lo será?» Como la mayoría de la gente, ella se creía lo que sus amantes le decían hasta que aparecía algún buen motivo para dejar de hacerlo. Durante varios años, mantuvo una relación con un chiflado que siempre salía puntualmente para ir a la oficina; sólo hacia el final de la relación descubrió que su primera cita del día era siempre con su loquero. Le dije: «Simplemente has tenido mala suerte.» Ella respondió: «No quiero que se trate de suerte. Si es una simple cuestión de suerte, no hay nada que yo pueda hacer.» La gente dice que al final uno tiene lo que se merece, pero esta frase es un arma de doble filo. La gente dice que en las ciudades modernas hay demasiadas mujeres estupendas y demasiados hombres espantosos. La ciudad de

Carcasona tiene un aspecto sólido y perdurable, pero lo que admiramos son principalmente reconstrucciones realizadas en el siglo XIX. Olvidad la incertidumbre de «si durará», y la duda de si la longevidad es en cualquier caso una virtud, una recompensa, una comodidad u otro golpe de suerte. ¿En qué medida llevamos las riendas o las llevan por nosotros en ese instante de gusto apasionado?

Y no deberíamos olvidar que Garibaldi tuvo una segunda esposa (y una tercera, aunque a ésta podemos ignorarla). Sus diez años de matrimonio con Anita Ribeiro fueron seguidos por diez años de viudez. Entonces, en el verano de 1859, durante su campaña alpina, estaba combatiendo cerca de Varese cuando una chica de diecisiete años le entregó un mensaje después de cruzar sola en un pequeño carromato las líneas austriacas. Era Giuseppina Raimondi, hija ilegítima del conde Raimondi. Garibaldi al instante se enamoró locamente, le escribió una apasionada carta y le declaró su amor arrodillándose ante ella. Admitió las dificultades que acarrearía cualquier relación entre ellos: él le triplicaba la edad, ya tenía otro hijo de una campesina y temía que la ascendencia aristocrática de Giuseppina no cuajase bien con su imagen política. Pero se convenció a sí mismo (y a ella) hasta el punto de que el 3 de diciembre de 1859, tal como lo expresó un historiador posterior a Trevelyan: «Ella dejó a un lado sus dudas y entró en la habitación de él. ¡Ya se había dado el paso!» Como Anita, ella era claramente gallarda y valiente; el 24 de enero de 1860 se casaron, en esta ocasión siguiendo escrupulosamente el dogma de la Iglesia católica.

Tennyson conoció a Garibaldi en la Isla de Wight cuatro años después. El poeta admiraba mucho al libertador, pero también escribió que poseía «la divina estupidez de un héroe». El segundo matrimonio —o más bien, las ilusiones que se hacía Garibaldi sobre él— duró (según qué fuente se considere digna de crédito) unas pocas horas o unos pocos días, el tiempo que tardó el recién casado en recibir una carta en la que se le detallaba el pasado de su nueva esposa. Resultó que Giuseppina había empezado a tener amantes con once años; había desposado a Garibaldi sólo por la insistencia de su padre; había pasado la noche previa a la boda con su último amante, del que estaba embarazada; y había precipitado los encuentros sexuales con su futuro marido para poderle escribir el 1 de enero y comunicarle que esperaba un hijo de él.

Garibaldi pidió no sólo la separación inmediata, sino la anulación del matrimonio. El nada romántico razonamiento del héroe romántico era que si se había acostado con Giuseppina sólo antes de la boda y no después, técnicamente el matrimonio no se había consumado. La justicia no quedó nada impresionada por esta sofisticada argumentación, y la apelación de Garibaldi a más altas autoridades, incluido el rey, también fracasó. El libertador se encontró atado a Giuseppina durante los siguientes veinte años.

Al final, la ley sólo puede ser derrotada por los legisladores; en lugar del romántico telescopio, el legislativo microscopio. El argumento liberador, cuando finalmente se encontró, fue éste: dado que la boda de Garibaldi se había celebrado en territorio nominalmente bajo control austriaco, la ley que lo regía debía ser la del código civil austriaco, según el cual una anulación era (y tal vez siempre había sido) posible. Así que el héroe-amante fue salvado por el mismo país contra cuyo gobierno había estado luchando en aquel entonces. El distinguido abogado que propuso esta ingeniosa solución era el mismo que, en 1860, había preparado la unificación legislativa de Italia; y ahora conseguía la separación marital del unificador de la patria. Rindamos tributo a Pasquale Stanislao Mancini.

PULSO

Hace tres años, mis padres paseaban por un camino que conduce a una granja en Italia. A menudo me imagino a mí mismo observándolos, siempre por la espalda. Mi madre, el cabello gris recogido en una coleta, vestiría una blusa estampada de corte suelto encima de unos chinos y unas sandalias; mi padre lleva una camisa de manga corta, pantalones caquis e impecables zapatos marrones. Su camisa está planchada, lleva bolsillos con botones a ambos lados y dobladillo, si ésta es la palabra correcta, en las mangas. Tiene media docena de camisas como ésta; indican que es un hombre de vacaciones. No es que tengan el más mínimo aire deportivo, como mucho resultarían apropiadas para jugar a los bolos.

Puede que caminen cogidos de la mano; eso es algo que hacían de modo inconsciente, estuviese yo detrás de ellos, observándolos, o no. Caminan por este sendero en Umbría porque están investigando la oferta de un cartel toscamente escrito con tiza: *vino novello*. Y van a pie porque han visto la profundidad de los surcos en el barro y han decidido que era demasiado arriesgado alquilar un coche. Yo hubiera argumentado que precisamente por eso merecía la pena alquilar un coche, pero mis padres eran una pareja prudente en muchos aspectos.

El camino avanza entre viñedos. Cuando traza un giro hacia la izquierda, aparece un granero herrumbroso con aspecto de hangar. Frente a él se alza una estructura de cemento semejante a un enorme cubo de abono: de casi dos metros de alto por casi tres de ancho, sin ningún tipo de techo o fachada. Cuando están a unos treinta metros, mi madre se vuelve hacia mi padre y hace una mueca. Incluso puede que dijese: «Puaj» o algo parecido. Mi padre frunce el ceño y no responde. Ésa fue la primera vez que sucedió; o al menos, para ser exactos, la primera vez que él se dio cuenta.

Vivimos en lo que antes era un pueblo dedicado al comercio, a unos cincuenta kilómetros al noroeste de Londres. Mamá trabaja como administrativa en un hospital; papá ha sido abogado en un bufete local durante toda su vida adulta. Dice que el trabajo le sobrevivirá, pero que el tipo de abogado que él representa —no un mero técnico que entiende de leyes, sino un consejero en temas muy diversos— no existirá en el futuro. El médico, el vicario, el abogado, tal vez el maestro de escuela..., en el pasado éstas eran las figuras a las que uno se dirigía buscando algo más que su competencia profesional. Ahora, dice mi padre, la gente va por libre, redactan sus propios testamentos, acuerdan los términos de su divorcio de antemano y toman sus propias decisiones. Si quieren una segunda opinión, prefieren a una de esas consejeras sentimentales de la prensa antes que a un abogado, e internet antes que

cualquiera de los dos anteriores. Mi padre se toma todo esto filosóficamente, incluso cuando la gente cree que se puede representar a sí misma ante un juez. Se limita a sonreír y repite el viejo dicho legal según el cual el hombre que se representa a sí mismo ante un tribunal tiene por cliente a un idiota.

Papá me desaconsejó seguir su carrera en la abogacía, así que me licencié en Educación y ahora doy clases en un instituto a unos veinticinco kilómetros de aquí. Pero no veo ningún motivo para dejar la ciudad en la que crecí. Voy al gimnasio local, y los viernes corro con un grupo liderado por mi amigo Jake; así es como conocí a Janice. Ella siempre destacaría en un lugar como éste, porque tiene ese aire londinense. Creo que tenía la esperanza de que yo mostrase interés por mudarnos a la gran ciudad, y se quedó decepcionada cuando no lo hice. No, no es que lo crea; estoy seguro.

Mamá... ¿Quién puede describir a su madre? Es como cuando los entrevistadores le preguntan a un miembro de la familia real cómo es esto de pertenecer a la realeza, y ellos se ríen y responden que no saben cómo es no ser miembro de la realeza. No sé lo que significaría para mi madre no ser mi madre. Porque si no lo fuera, yo no sería, no podría ser yo, ¿no es así?

Al parecer mi nacimiento fue complicado. Tal vez por eso soy hijo único, aunque nunca lo he preguntado. En mi familia no hablamos de ginecología. Ni de religión, porque no profesamos ninguna. Hablamos un poco de política, pero raramente discutimos, dado que consideramos que todos los partidos son igualmente malos. Papá tal vez sea un poco más de derechas que mamá, pero básicamente creemos en la confianza en uno mismo, en ayudar a los demás y en no esperar que el Estado cuide de nosotros desde la cuna hasta la tumba. Pagamos nuestros impuestos y nuestras cuotas a la Seguridad Social, y tenemos un seguro de vida; utilizamos el Servicio Nacional de Salud y damos dinero a alguna organización benéfica cuando podemos. Somos gente de clase media sensata, normal y corriente.

Y sin mamá no seríamos nada de eso. Papá tenía un pequeño problema con la bebida cuando yo era pequeño, pero mamá puso orden y lo reconvirtió en un simple bebedor social. En el colegio me colgaron la etiqueta de «problemático», pero mamá me enderezó con paciencia y amor, mientras me dejaba bien claro cuáles eran exactamente las líneas que no podía cruzar. Supongo que hizo lo mismo con papá. Pone orden en nuestras vidas. Todavía conserva un poco el acento de Lancashire, pero en nuestra familia no planteamos ese estúpido rollo norte-sur, ni siquiera como broma. También creo que es diferente cuando sólo hay un hijo en la casa, porque no se dan los dos equipos naturales, niños y adultos. Tan sólo somos nosotros tres, y aunque yo pueda haber sido más mimado, también aprendí desde muy temprano a vivir en un mundo adulto, porque eso es lo que había en casa y punto. Puede que esté equivocado con respecto a esto. Si le preguntarais a Janice si cree que soy maduro,

puedo imaginarme la respuesta.

Así que mi madre hace una mueca y mi padre frunce el ceño. Caminan hasta que el contenido de la cuba de cemento les resulta más claro: un montículo de desechos de un rojo púrpura. Mi madre —y aquí estoy improvisando, aunque su vocabulario me resulta muy familiar— dice algo del tipo:

—Vaya olorcillo.

Mi padre descubre a qué se refiere mi madre. Un montón de *marc*. Éste es al parecer el nombre que reciben los desechos que quedan una vez chafadas las uvas, los restos de pieles, rabitos, pepitas y demás. Mis padres conocen este tipo de cosas; sin ser unos fanáticos, disfrutaban de la comida y la bebida. Por eso precisamente estaban en ese camino que conducía a la granja, para comprar algunas botellas del vino de la nueva temporada para llevárselas a casa. Yo no soy indiferente a la comida y la bebida, es sólo que las contemplo de una manera más pragmática. Sé qué comidas son más sanas y al mismo tiempo más nutritivas. Y conozco con precisión la cantidad de alcohol que necesito para relajarme y pasármelo bien, y qué cantidad empieza a ser demasiado. Jake, que es más hedonista y dado a probar cosas nuevas que yo, me comentó en una ocasión lo que decían sobre los martinis: «Uno es perfecto. Dos, demasiados. Y tres, insuficientes.» Excepto en mi caso: una vez pedí un martini, y con la mitad ya tenía suficiente.

Así que mi padre se acerca a ese montón de desechos, se detiene a unos tres metros y olfatea a conciencia. Nada. Metro y medio, y todavía nada. Sólo cuando prácticamente mete la nariz en el *marc*, logra oler algo. Pese a todo, es tan sólo una difusa versión del acre olor que sus ojos —y su mujer— le indican que emana de allí. La respuesta de mi padre es más de curiosidad que de alarma. Durante el resto de las vacaciones va controlando las situaciones en las que el olfato no le responde. Los efluvios de gasolina cuando llena el depósito del coche, nada. Un expreso doble en el bar de un pueblo, nada. Las flores que caen en cascada sobre un muro desconchado, nada. Los dos dedos de vino que el servicial camarero le ha escanciado en la copa, nada. El jabón, el champú, nada. El desodorante, nada. Eso fue lo más raro de todo. Papá me lo contó: ponerte desodorante y ser incapaz de oler algo que te pones para evitar que aparezca otro olor que tampoco puedes oler.

Estuvieron de acuerdo en que no tenía mucho sentido hacer nada hasta que volviesen a casa. Mamá ya se imaginaba que tendría que azuzar a papá para que llamase al centro de salud. Ambos compartían una reticencia a molestar a los médicos a menos que fuese por algo serio. Pero ambos creían que algo que le pasaba al otro era más serio que si les pasaba a ellos. De ahí la necesidad de azuzar. Al final, la solución acababa siendo que quien estaba sano telefoneaba para pedir cita en nombre del otro.

En esta ocasión mi padre lo hizo él mismo. Le pregunté qué le había hecho decidirse. Guardó silencio unos instantes y me dijo:

—Bueno, si quieres saberlo, hijo, tomé la decisión cuando me di cuenta de que no podía oler a tu madre.

—¿Quieres decir su perfume?

—No, no su perfume. Su piel. Su... ser.

Tenía una mirada cariñosa y ausente cuando dijo esto. A mí no me pareció embarazoso. Era simplemente un hombre que estaba cómodo con lo que sentía por su mujer. Hay algunos progenitores que hacen todo un despliegue de amor conyugal ante sus hijos: mirad, ¿veis lo jóvenes que somos todavía, lo distinguidos que parecemos? ¿A que estamos guapísimos? Mis padres no eran así en absoluto. Y yo les envidiaba mucho que no tuviesen necesidad de alardear de su cariño.

Cuando corres en nuestro grupo, hay un líder, Jake, que marca el ritmo y se asegura de que nadie se queda demasiado atrás. Delante van los cachas, que mantienen la cabeza baja, consultan sus relojes y sus pulsómetros, y si hablan, es sólo sobre niveles de hidratación y sobre cuántas calorías han quemado. En la cola van los que no están suficientemente en forma para correr y hablar al mismo tiempo. Y en medio, vamos el resto, a los que nos gusta el ejercicio y la charla. Pero hay una regla: nadie puede monopolizar a nadie, aunque salgan juntos. Y fue así como un viernes por la noche acompasé mi zancada para ponerme a la altura de Janice, nuestra más reciente incorporación. Era evidente que su equipo para correr no se lo había comprado en la tienda del pueblo a la que acudíamos el resto; su ropa era más holgada, más sedosa y lucía ribetes superfluos.

—¿Y qué te trae por nuestro pueblo?

—De hecho llevo dos años viviendo aquí.

—¿Y qué te impulsó a venir?

Recorrió unos metros y respondió:

—Un novio.

Oh. Unos metros más y aclaró:

—Un exnovio.

Ah, esto está mejor, quizá corre para huir de él. Pero no quise indagarlo. De todos modos, hay otra regla en el grupo: sólo charla ligera cuando se corre. Nada de política exterior británica y tampoco nada de temas emocionales. A veces hace que parezcamos un grupo de peluqueras, pero es una norma muy útil.

—Sólo un par de kilómetros más.

—Así sea.

—¿Te apetece tomar algo después?

Miró a uno y otro lado, y después a mí.

—Así sea —repitió con una sonrisa.

Era fácil hablar con ella, sobre todo porque yo básicamente escuchaba. Y también la miraba. Era delgada, pulcra, de cabello negro, con la manicura perfecta y una nariz ligeramente descentrada que a mí desde el primer momento me pareció muy sexy. Se movía mucho, gesticulaba, sacudía la melena, miraba aquí y allá: a mí me resultaba de lo más estimulante. Me contó que trabajaba en Londres como asistente personal de un jefe de sección de una revista femenina que a mí me sonaba vagamente.

—¿Consigues muchos ejemplares gratis?

Ella se quedó quieta y me miró. No la conocía suficientemente bien para saber si realmente la había ofendido o lo fingía.

—No me puedo creer que ésta sea la primera pregunta que me hagas sobre mi trabajo.

A mí me había parecido de lo más razonable.

—De acuerdo —repliqué—. Supongamos que ya te he hecho catorce preguntas razonables sobre tu trabajo. Pregunta número 15: ¿consigues muchos ejemplares gratis?

Ella se rio.

—¿Siempre haces las cosas en el orden equivocado?

—Sólo si así logro hacer reír a alguien —respondí.

Mis padres estaban gordos, y eran un anuncio perfecto contra la gordura. Hacían poco ejercicio y lo que hacían después de una comilona era echarse a dormir la siesta. Mi programa de ejercicio físico les parecía una excentricidad de juventud; fue la única ocasión en que reaccionaron como si yo tuviese quince años en lugar de treinta. Desde su punto de vista, el ejercicio en serio sólo era apropiado para gente como los soldados, los bomberos y los policías. Una vez, en Londres, habían pasado por delante de uno de esos gimnasios con un ventanal que permite ver las actividades que se están haciendo dentro. Está hecho con la idea de atraer la atención, pero a mis padres les pareció horripilante.

—Parecían todos tan *solemnes* —comentó mi madre.

—Y la mayoría de ellos llevaban auriculares y escuchaban música. O miraban unas pantallas de televisión. Como si la única manera de concentrarse para ponerse en forma fuese no concentrarse en ello.

—Estaban dominados por esas máquinas. Dominados.

Yo ya sabía que era imposible convencer a mis padres de los placeres y beneficios del ejercicio, desde una mayor agilidad mental a una mejorada capacidad sexual. Prometo que no estoy alardeando. Es cierto, está perfectamente documentado. Jake, que en vacaciones se va de acampada con una sucesión de novias, me habló de una paradoja que había descubierto. Me dijo que si caminas durante, pongamos, tres o

cuatro horas, te entra apetito, disfrutas de una buena cena y la mayoría de las veces te quedas dormido en cuanto te metes en la cama. Sin embargo, si caminas durante siete u ocho horas, tienes menos hambre, pero cuando te metes en la cama, resulta que inesperadamente tienes más ganas de marcha, ambos tenéis más ganas. Tal vez haya una razón científica que lo explique. O quizá el acto de reducir las expectativas a prácticamente cero sube la libido.

No voy a especular sobre la vida sexual de mis padres. No tengo ningún motivo para pensar que no se desarrollase de otra forma que la que ellos desearon; lo cual me doy cuenta que es una manera rebuscada de decirlo. Y tampoco sé si seguían siendo felizmente activos, en un grato declive, o si el sexo era para ellos un vestigio que no echaban en falta. Como ya he dicho, mis padres se cogían de la mano siempre que les apetecía. Bailaban juntos con una suerte de concentrada gracia, deliberadamente anticuada. Y la verdad es que no necesito una respuesta a una pregunta que tampoco quiero plantear. Porque he visto la mirada de mi padre cuando hablaba de no ser capaz de oler a su mujer. Carece de relevancia si seguían o no manteniendo relaciones sexuales. Porque su intimidad seguía viva.

Cuando Janice y yo empezamos a salir juntos, solíamos ir directamente a su casa después de correr. Me decía que me quitase las deportivas y los calcetines y me tumbase en la cama, mientras ella se daba una ducha rápida. Sabiendo lo que vendría a continuación, yo a menudo ostentaba una protuberancia en los pantalones cortos cuando ella reaparecía envuelta en una toalla. ¿Sabéis que la mayoría de mujeres tienen esa artimaña de colocarse la toalla justo por encima de los pechos con un doblez que lo mantiene todo en su sitio? Janice tenía una artimaña diferente: se colocaba la toalla justo por debajo de los pechos.

—Mira lo que hay en *mi* cama —decía con una sonrisa nerviosa—. ¿Qué es esta bestia enorme que hay en mi cama?

Nadie me había llamado así antes, y soy tan susceptible a la adulación como cualquier hijo de vecino.

A continuación se arrodillaba sobre la cama y fingía que me inspeccionaba.

—Vaya enorme bestia sudorosa que tenemos aquí.

Me agarraba la polla por encima de los pantalones y empezaba a olfatearme, primero la frente, después el cuello, después las axilas, después me levantaba la camiseta y pasaba a lamerme el pecho y echarme el aliento, todo esto mientras tiraba de mi polla. La primera vez, me corrí en el acto. Las siguientes, aprendí a contenerme.

Y el tema era que ella no olía simplemente a recién duchada. Solía perfumarse los pechos y me los acercaba a la cara.

—Aquí tienes tus ejemplares gratuitos —decía.

Y acercaba un pezón hasta que me hacía cosquillas en la punta de la nariz y me provocaba retándome a adivinar el nombre del perfume. Yo nunca sabía la respuesta, pero de todos modos estaba en la gloria, así que normalmente me inventaba alguna marca absurda. Ya sabéis, Chanel N.º 60, o alguna cosa por el estilo.

Y ya que estamos. A veces, después de jugar con mi nariz, se daba la vuelta encima de mí y, ya sin la toalla, se dejaba caer sobre mi cara y me bajaba los pantalones.

—¿Qué tenemos aquí? —decía con un prolongado susurro—. Tenemos a una enorme bestia sudorosa y apestosa, eso es lo que tenemos.

Y entonces me agarraba la polla y se la introducía en la boca.

El médico observó las fosas nasales de mi padre y dijo que estas cosas a menudo se curaban solas con el tiempo. Podía ser consecuencia de un virus que papá ni siquiera supiese que había cogido. Lo más aconsejable era esperar otras seis semanas más o menos. Papá esperó seis semanas, volvió y le recetaron un espray nasal. Dos chorros en cada fosa nasal, mañana y noche. Al acabar el tratamiento, todo seguía igual. El médico se ofreció a derivarlo a un especialista; evidentemente, papá no quería molestar a un especialista.

—Es bastante interesante, ¿sabes?

—¿Sí? —Estaba en casa de mis padres, oliendo un Nescafé de media mañana. No sabía que pudiese ser «interesante» que algo en tu cuerpo funcionase mal. Doloroso, irritante, aterrador, tedioso, pero no «interesante». Por eso cuidó tanto mi cuerpo.

—La gente piensa en las cosas evidentes, las rosas, la salsa de carne, la cerveza. Pero yo nunca fui demasiado aficionado a oler rosas.

—Pero si no tienes olfato, tampoco tienes gusto, ¿verdad?

—Eso dicen, que el gusto es en realidad olfato. Pero en mi caso al parecer no es así. Sigo pudiendo saborear la comida y el vino. —Hizo una pausa—. No, no es exactamente así. Algunos vinos blancos me resultan más ácidos de lo que solían parecerme antes. Me pregunto por qué.

—¿Eso es lo que te resulta interesante?

—No. Es al revés. No es lo que echas de menos, es lo que no echas de menos. Es un alivio no oler el tráfico, por ejemplo. Pasas junto a un autobús parado en la plaza del mercado, con el motor encendido, echando humos. Antes aguantabas la respiración.

—Yo seguiría aguantándola, papá. ¿Respirar todos esos humos nocivos sin ni siquiera percartarte? Después de todo, la nariz estaba ahí por un motivo.

—No notas el olor de los cigarrillos, eso es otro plus. O el olor del tabaco en las personas; eso es algo que siempre he detestado. El olor corporal, las camionetas de perritos calientes, los vómitos del sábado noche en el suelo...

—La caca de perro —sugerí.

—Es curioso que menciones esto. Siempre me ha provocado arcadas. Pero el otro día pisé una y no me incomodó en absoluto limpiarla. En el pasado, hubiera puesto el zapato junto a la puerta trasera y lo habría dejado allí varios días. Oh, y ahora corto cebollas para mamá. No me provocan ningún efecto. Ni lágrimas ni nada. Eso es un plus.

—*Es interesante* —dije, medio en serio. De hecho, creo que es muy típica de mi padre esta habilidad para encontrar el lado positivo a casi todo. Él hubiera dicho que analizar los temas desde todos los puntos de vista formaba parte de su trabajo como abogado. Yo simplemente pensé que era un optimista incorregible.

—Pero ¿sabes?... Son cosas como salir al exterior por la mañana y olfatear el aire. Ahora yo sólo noto si hace calor o frío. Y la cera para muebles, ese olor sí lo echo de menos. Y el betún. No había pensado en esto hasta ahora. Limpiar tus zapatos sin ser capaz de oler nada, imagínatelo.

No necesitaba ni quería hacerlo. Ponerse elegiaco sobre unas latas de betún Kiwi..., anhelé no acabar nunca así.

—Y, evidentemente, también está tu madre.

Sí, mi madre.

Mis dos progenitores llevaban gafas, y a veces me los imaginaba leyendo sentados en la cama, dejando el libro o la revista y apagando la luz de la mesilla. ¿Cuándo se daban las buenas noches? ¿Antes o después de quitarse las gafas? ¿Antes o después de apagar la luz? Pero de pronto pensé: ¿no se supone que el olor es un elemento central en la excitación sexual? Las feromonas, esas cosas primarias que nos gobiernan en el preciso momento en que creemos que realmente dominamos la situación. Mi padre se quejaba de no poder oler a mi madre. Tal vez quería decir — siempre había querido decir— algo más que eso.

Jake solía decir que yo tenía olfato para los líos. Se refería a líos con las mujeres. Por eso a los treinta yo seguía soltero. Tú también, le repliqué. Sí, pero a mí me gusta así, dijo él. Jake es un tipo grandullón, larguirucho, de pelo rizado, que liga con las mujeres de un modo amable y nada agresivo. Es como si dijera: mira, aquí estoy, soy divertido, no soy una relación a largo plazo, pero probablemente te lo pasarás bien conmigo y después podremos ser amigos. Cómo se las arregla para transmitir un mensaje tan complicado con poco más que una sonrisa y una ceja enarcada es algo cuya comprensión me supera. Quizá sea cosa de las feromonas.

Los padres de Jake se separaron cuando él tenía diez años. Por eso nunca ha tenido grandes expectativas, según dice. Disfruta del momento, dice, tómate las cosas con ligereza. Es como si aplicase las reglas de su equipo de corredores al resto de su vida. Una parte de mí está impresionada por esta actitud, pero la mayor parte de mí

no la desea ni la envidia.

La primera vez que Janice y yo nos peleamos, Jake me llevó a una vinatería y, mientras yo me bebía mi dosis diaria permitida de una copa, me dijo, de un modo amable y velado, que en su opinión ella era poco fiable, manipuladora y muy probablemente una psicópata. Yo le respondí que era una chica alegre y sexy, aunque complicada, a la que a veces yo no era capaz de entender, sobre todo en ese momento. Jake me preguntó, de un modo todavía más velado, si yo me había dado cuenta de que lo había intentado seducir en la cocina cuando fue a cenar a mi casa hacía tres semanas. Le respondí que estaba malinterpretando su simpatía natural. Por eso es una psicópata, replicó él.

Pero Jake a menudo llamaba a la gente psicópatas cuando simplemente eran más centrados que él, así que no me lo tomé muy en serio y un par de semanas después Janice y yo nos habíamos reconciliado. En esos primeros momentos de sexo, excitación y confianza renovados, casi le confieso lo que Jake había dicho de ella, pero me contuve. En lugar de eso, le pregunté si alguna vez se le había pasado por la cabeza salir con algún otro, y ella dijo que sí, pero sólo durante treinta segundos, así que yo aproveché su sinceridad y le pregunté con quién, y ella dijo que con nadie que yo conociese, y yo acepté esa respuesta y poco después nos prometimos.

—Te gusta Janice, ¿verdad? —le pregunté a mi madre.

—Claro que sí. Mientras te haga feliz.

—Eso suena... condicional.

—Bueno, lo es. Tiene que serlo. El amor de una madre es incondicional. El amor de una suegra es condicional. Siempre ha sido así.

—Y, entonces, ¿si me hiciera infeliz?

Mi madre no respondió.

—¿Y si yo la hago infeliz a ella?

Ella sonrió y dijo:

—Te daría una azotaina.

Tal como fueron las cosas, casi no se celebra la boda. Cada uno lo pospuso una vez, e incluso recibimos un aviso oficial de Jake por incumplir la prohibición de discusiones serias mientras corríamos. Cuando yo lo pospuse, Janice dijo que era porque me daba miedo el compromiso. Cuando ella lo pospuso fue porque tenía dudas sobre si casarse con alguien a quien le asustaba el compromiso. Es decir, que de algún modo, en ambos casos la culpa era mía.

Uno de los compañeros de bridge de mi padre le sugirió la acupuntura. Por lo visto había obrado maravillas en un colega que padecía ciática.

—Pero tú no crees en esas cosas, papá.

—Creeré en ello si me cura —replicó.

—Pero tú eres un racionalista, como yo.

—No tenemos el monopolio del conocimiento en Occidente. También saben cosas en otros países.

—Seguro —acepté. Pero sentí una suerte de alarma, como si las cosas empezasen a decaer. Necesitamos que nuestros padres sigan siendo como son, ¿no? Y más cuando nosotros mismos somos ya adultos.

—¿Recuerdas (no, eras demasiado pequeño) esas fotos de pacientes chinos a los que se les practicaba una operación a corazón abierto? Toda la anestesia con la que contaban era acupuntura y un ejemplar del *Libro rojo* de Mao.

—¿Qué posibilidades hay de que esas fotos fuesen un completo fraude?

—¿Por qué iban a serlo?

—La adoración a Mao. Una prueba de la superioridad del modelo chino. Y si funcionaba, mantener bajos los costes médicos.

—Lo ves, has dicho *si funcionaba*.

—No quería decir eso.

—Hijo, eres demasiado cínico.

—Y tú demasiado poco, papá.

Finalmente fue a ese... como sea que los acupunturistas llamen a su consultorio o clínica, en una casa en la otra punta del pueblo. La señora Rose llevaba una bata blanca, como una enfermera o un dentista; tenía unos cuarenta años y un aire sensato, según nos contó papá. Escuchó su relato, anotó los datos médicos, le preguntó si padecía estreñimiento y le explicó los principios de la acupuntura china. Salió de la habitación mientras él se desnudaba hasta quedarse en calzoncillos y se tumbaba sobre una lámina de papel con una sábana encima.

—Todo fue muy profesional —nos informó—. Lo primero que hace ella es tomarte el pulso. En la medicina china hay seis puntos de pulso, tres a cada lado. Pero los de la muñeca izquierda son más importantes, porque están conectados con los órganos principales, el corazón, el hígado y los riñones.

Yo no dije nada, tan sólo noté cómo mi alarma aumentaba.

Y sospecho que mi padre se percató de mi estado de ánimo.

—Le dije a la señora Rose: «Será mejor que se lo advierta, soy un poco escéptico», y ella me respondió que no importaba, porque la acupuntura funciona tanto si crees en ella como si no.

Con el único matiz de que con los escépticos tarda más en hacer efecto y por tanto sale más cara. Pero me abstuve de hacer el comentario. En lugar de eso, dejé que papá nos contase cómo la señora Rose midió su espalda y la marcó con un rotulador, después colocó pequeños montoncitos de algo sobre su piel y los prendió, y él tenía que avisar cuando sentía el calor, y entonces ella los retiraba. Después hubo más mediciones y marcas con el rotulador, y empezó a clavarle las agujas. Era todo

muy higiénico y ella tiraba las agujas usadas en un contenedor para objetos cortantes.

Pasada una hora la acupunturista salió de la habitación, él se vistió y le pagó cincuenta y cinco libras. Después se fue al supermercado para comprar alguna cosa para la cena. Describió la sensación de estar allí como aturdido, sin saber qué era lo que quería, o más bien deseando comprar todo lo que veía. Vagó por el supermercado, comprando todo tipo de cosas, llegó a casa exhausto y tuvo que echarse una siesta.

—Así que ya ves que está claro que funciona.

—¿Quieres decir que oliste la cena?

—No, todavía es demasiado pronto, sólo he hecho una sesión. Lo que quiero decir es que claramente tiene algún tipo de efecto. Tanto físico como mental.

Pensé para mí mismo: sentirse agotado y comprar comida que no necesitas, ¿eso suena a cura?

—¿Tú qué opinas, mamá?

—Tiene todo mi apoyo para probar algo diferente si quiere hacerlo. —Alargó el brazo por encima de la mesa y le dio una palmadita, cerca de uno de esos misteriosos nuevos pulsos escondidos. No tendría que habérselo preguntado, debían de haber comentado el tema antes y llegado a un común acuerdo. Y como a esas alturas yo ya sabía muy bien, eso de divide y vencerás nunca funcionaba con mis padres.

—Si funciona, lo probaré para mi rodilla —añadió.

—¿Qué le pasa a tu rodilla, mamá?

—Oh, la tengo un poco contusionada. Tropecé y me la golpeé con las escaleras. Con la edad, cada vez doy más traspies.

Mi madre tenía cincuenta y ocho años. Era ancha de caderas y tenía un buen centro de gravedad bajo, y nunca llevaba zapatos absurdos.

—¿Quieres decir que ya te ha pasado otras veces?

—No es nada. Sólo la edad. Nos llega a todos.

Janice me dijo una vez que en realidad nunca sabes a qué atenerte con los padres. Le pregunté qué quería decir. Me respondió que cuando por fin eres capaz de entenderlos, ya es demasiado tarde. Jamás sabrás cómo eran antes de conocerse, cuando se conocieron, antes de concebirte, después, cuando eras pequeño...

—Los niños a menudo entienden muchas cosas —dije—. De manera instintiva.

—Entienden lo que los padres les dejan que entiendan.

—No estoy de acuerdo.

—Como quieras. Pero el problema sigue siendo el mismo. Cuando crees que puedes entender a tus padres, la mayor parte de cosas importantes en sus vidas ya han sucedido. Son lo que son. O, más exactamente, son lo que han decidido ser... contigo, cuando tú estás presente.

—No estoy de acuerdo. —No podía imaginarme a mis padres convirtiéndose en otras personas en cuanto cerraban la puerta.

—¿Con qué frecuencia piensas en tu padre como un alcohólico reformado?

—Nunca. No pienso en él de este modo. Soy su hijo, no un asistente social.

—Precisamente. Tú quieres que sea simplemente un padre. Nadie es simplemente un padre, una madre. No funciona así. Probablemente hay algún secreto en la vida de tu madre que jamás has sospechado.

—Vaya disparate —dije.

Me miró.

—Creo que lo que pasa con la mayoría de las parejas con el paso del tiempo es que encuentran una manera de seguir al lado del otro que es básicamente engañosa. Es como si la relación dependiese de un autoengaño mutuamente asumido. Ese es el problema de base.

—Bueno, yo no estoy de acuerdo. —Lo que yo pensaba era: puras gilipolleces. *Un autoengaño mutuamente asumido*, eso no suena a cosecha propia. Es una frase que has sacado de esa revista en la que trabajas. O de algún tipo al que no te importaría follarte. Pero sólo dijo—: ¿Me estás diciendo que mis padres son unos hipócritas?

—Hablo en general. ¿Por qué siempre te lo tomas todo como algo personal?

—Entonces no entiendo lo que me estás diciendo. Y en caso de entenderlo, no comprendo por qué te quieres casar conmigo, o con cualquier otra persona.

—Así sea.

Ése era otro tema. Me empezaba a irritar que siempre utilizase esta frase.

Papá admitió que no se esperaba que la acupuntura doliese tanto.

—¿Se lo has dicho a ella?

—Desde luego. Digo: Ay.

Si la señora Rose clavaba una aguja y no obtenía la reacción esperada, volvía a la carga, cerca del punto pinchado, hasta que conseguía lo que buscaba.

—¿Y qué es?

—Es una especie de tirón magnético, una oleada de energía.

Y siempre sabes que lo ha logrado, porque es cuando más duele.

—¿Y entonces?

—Y entonces repite lo mismo en otras zonas. El dorso de las manos, los tobillos. Allí todavía duele más. En los sitios en que hay poca carne.

—Claro.

—Pero, entretanto, necesita ver cómo van creciendo tus niveles de energía, así que todo el rato está controlando los pulsos.

Y ante este comentario yo perdí la compostura.

—Oh, por el amor de Dios, papá. Sólo hay un pulso, lo sabes perfectamente. Por definición. Es el pulso del corazón, el bombeo de la sangre.

Mi padre no contestó, se limitó a aclararse ligeramente la garganta y miró a mi madre. En mi familia no armamos broncas. No nos gustan y de todos modos tampoco sabemos cómo armarlas. Así que se produjo un silencio y al cabo de un rato mi madre cambió de tema.

Veinte minutos después de su cuarta sesión, mi padre entró en un Starbucks y olió el café por primera vez en meses. Después fue a un Body Shop y compró champú para mamá y dijo que era como recibir en la cabeza los golpes de un rododendro. Casi sintió náuseas. Los olores eran tan intensos, dijo, que era como si llevaran incorporados colores brillantes.

—Bueno, ¿y qué me dices ahora?

—No sé qué decir, papá, excepto felicidades. —En realidad pensaba que se trataba de una coincidencia o de autosugestión.

—¿No pretenderás decirme que es una coincidencia?

—No, papá, en absoluto.

Para su sorpresa, la señora Rose recibió sus noticias con indiferencia, limitándose a asentir con la cabeza y a apuntar algunas cosas en su cuaderno de notas. Después le explicó cuál era su estrategia. Le proponía, si él estaba de acuerdo, sesiones quincenales, que se irían incrementando al acercarse al verano, pero ella hablaba del verano chino, no del inglés, porque basándose en la fecha de nacimiento de mi padre, ése sería el momento de máxima receptividad. Añadió que sus niveles energéticos eran más altos cada vez que le controlaba los pulsos.

—¿Te notas con más energía, papá?

—No se trata de eso.

—¿Y has olido algo desde tu última sesión?

—No.

Perfecto. Así que lo de los «niveles energéticos» no tenía nada que ver con los «niveles de energía», y que los primeros fuesen cada vez más altos no incrementaba su capacidad de percibir olores. Estupendo.

A veces me preguntaba por qué era tan duro con mi padre. Durante los tres meses siguientes, explicó sus progresos ciñéndose estrictamente a los hechos. De vez en cuando, olía algo, pero tenían que ser olores intensos para que los percibiera: jabón, café, una tostada quemada, limpiador de inodoros; un par de veces, una copa de vino tinto; una vez, para su regocijo, el olor de la lluvia. El verano chino llegó y pasó. La señora Rose le dijo que la acupuntura ya había hecho todo lo que podía hacer. Mi padre, muy en su línea, maldijo su escepticismo, pero la señora Rose le repitió que la actitud mental era irrelevante. Dado que fue ella quien propuso finalizar el

tratamiento, decidí que no era una charlatana. Pero quizá se trataba más bien de que yo no quería creer que papá fuese el tipo de persona a la que puede engatusar un charlatán.

—De hecho, es tu madre la que me preocupa.

—¿Por qué?

—Parece un poco, no sé, despistada estos días. Tal vez sea sólo cansancio. En cierto modo, es más lenta.

—¿Y ella qué dice?

—Oh, ella dice que no hay nada de qué preocuparse. O que si lo hay, es simplemente hormonal.

—¿A qué se refiere?

—Esperaba que tú me lo pudieses decir.

Ese era otro detalle bonito de mis padres. No tenían esa actitud de poseer el conocimiento y el poder que algunos padres tienen. Éramos todos adultos, estábamos todos en el mismo barco.

—Probablemente no sé mucho más que tú sobre el tema, papá. Pero la experiencia me dice que lo de las «hormonas» es una palabra comodín cuando las mujeres no quieren contarte algo. Yo siempre pienso: espera un momento, ¿no tienen hormonas también los hombres? ¿Por qué nosotros no las usamos como excusa?

Mi padre soltó una risita, pero noté que su inquietud no se apaciguaba. Así que en la siguiente noche de partida de bridge, hice una visita sorpresa a mamá. Mientras estábamos sentados en la cocina, me di cuenta de inmediato de que no se había tragado la excusa de que me había dejado caer porque estaba por el vecindario.

—¿Té o café?

—Descafeinado o infusión, lo que tengas.

—Yo necesito una buena dosis de cafeína.

No sé cómo, pero saqué sin más dilaciones el tema.

—Papá está preocupado por ti. Y yo también.

—Papá padece por todo.

—Papá te quiere. Por eso se da cuenta de que algo te pasa. Si no te quisiera, no se daría cuenta.

—No, supongo que tienes razón.

La miré, pero ella tenía la mirada perdida en alguna otra parte. Tuve la absoluta certeza de que estaba pensando sobre lo que era sentirse amada. Podría haber sentido envidia, pero no fue así.

—Dime qué te pasa, y no me vengas con las hormonas.

Sonrió y dijo:

—Estoy un poco cansada. Un poco torpe. Eso es todo.

Cuando llevábamos unos dieciocho meses casados, Janice me acusó de no ser franco. Evidentemente, tratándose de Janice, no lo planteó con esta franqueza. Me preguntó por qué siempre prefería discutir sobre problemas poco importantes en lugar de abordar los importantes. Le respondí que no creía que fuese así, pero en cualquier caso, los grandes temas en ocasiones son tan grandes que uno tiene muy poco que decir sobre ellos, mientras que es más fácil discutir sobre las pequeñas cosas. Y a veces creemos que «éste» es el problema, pero en realidad el problema es «ese otro», que hace que «éste» resulte trivial. Ella me miraba como uno de mis alumnos más insolentes, y dijo que eso era típico, una típica justificación de mi capacidad evasiva habitual, de mi negativa a afrontar los hechos y abordar los problemas. Me dijo que siempre podía oler una mentira en mí. De hecho, lo dijo exactamente así.

—Muy bien, de acuerdo —respondí—. Pues seamos francos. Abordemos los problemas. Tú tienes un amante y yo tengo una amante. ¿Esto es o no es afrontar los hechos?

—Eso es lo que tú crees que es. Haces que parezca la revelación total.

Y entonces me explicó la falsedad de mi aparente candor y las diferencias entre nuestras infidelidades —la suya nacida de la desesperación, la mía de la venganza—, y lo sintomático que resultaba que yo considerase que las aventuras adúlteras eran el tema significativo, más que las circunstancias que llevaron a ellas. Y así completamos el círculo de las acusaciones iniciales.

¿Qué buscamos en una pareja? ¿A alguien parecido a nosotros o a alguien diferente? ¿Alguien como nosotros pero diferente, a alguien diferente pero como nosotros? ¿Alguien que nos completa? Oh, ya sé que no se puede generalizar, pero aun así... El tema es: si buscamos a alguien que haga buena pareja con nosotros, sólo pensamos en aquellos aspectos que casan bien. ¿Pero y aquellos aspectos que no casan bien? ¿Habéis pensado alguna vez que en ocasiones nos arrimamos a las personas que tienen los mismos defectos que nosotros?

Mi madre. Cuando ahora pienso en ella, me viene una frase a la cabeza, una que yo utilicé cuando papá no paraba de hablar de sus seis pulsos chinos. Papá, le dije, sólo hay un pulso, el pulso del corazón, el bombeo de la sangre. Las fotografías de mis padres a las que les tengo más cariño son las de antes de que yo naciera. Y —gracias, Janice— creo que sé cómo eran en aquel entonces.

Mis padres sentados en una playa de guijarros en alguna parte del mundo, el brazo de él sobre los hombros de ella; él lleva una chaqueta con parches de cuero en los codos; ella, un vestido de lunares, y miran a la cámara rebosantes de apasionado optimismo. Mis padres durante su luna de miel en España, con montañas detrás de ellos, ambos con gafas de sol, de modo que tienes que adivinar cómo se sienten por su actitud, la evidente relajación de ambos juntos, y el pícaro detalle de que mi madre

tiene una mano metida en el bolsillo del pantalón de mi padre. Y después una foto que debió de significar mucho para ellos, pese a sus defectos: los dos en una fiesta, claramente más que ligeramente ebrios, con esos ojos rojos de ratón que produce el flash. Mi padre luce unas absurdas patillas con forma de chuleta de cordero; mamá, pelo ensortijado, unos enormes pendientes de aro y un caftán. Ninguno de los dos tiene pinta de poder madurar lo suficiente para afrontar la paternidad. Supongo que es la primera foto que les hicieron juntos, la primera vez que son oficialmente retratados compartiendo el mismo espacio, respirando el mismo aire.

En el aparador también hay una foto en la que aparezco yo con mis padres. Tengo cuatro o cinco años y estoy de pie entre ellos dos, con la expresión de un niño al que le han dicho que mire al pajarito, o como sea que se lo hayan dicho: concentrado, pero al mismo tiempo sin entender del todo lo que está sucediendo. Tengo en la mano una regadera de juguete, aunque no recuerdo que me regalasen un juego infantil de jardinería, o de hecho, que tuviese el más mínimo interés, real o inducido, en la jardinería.

Ahora, cuando contemplo esa foto —mi madre mirándome con aire protector, mi padre sonriendo a la cámara, con una copa en una mano y un cigarrillo en la otra— no puedo evitar pensar en las palabras de Janice. Sobre que los padres deciden lo que son antes de que el niño sea consciente de ello, sobre cómo crean un muro que el niño nunca logrará sobrepasar. Fuese o no intencionado, había algo venenoso en sus comentarios: «Tú quieres que sea simplemente un padre. Nadie es simplemente un padre, una madre.» Y más adelante: «Probablemente hay algún secreto en la vida de tu madre que jamás has sospechado.» ¿Qué tengo que hacer con este comentario? ¿Aunque siguiera la pista y descubriese que no llevaba a ninguna parte?

No hay nada extravagante ni raro en la vida de mi madre y nada —Janice, toma nota, por favor—, nada neuróticamente dramático. Su presencia llena una habitación, tanto si habla como si no. Y es una persona a la que pedirías ayuda si algo fuese mal. Una vez, cuando yo era pequeño, se hizo un corte profundo en el muslo. No había nadie más en casa. La mayoría de la gente hubiese llamado a una ambulancia, o al menos molestado a papá en el trabajo. Pero mamá cogió una aguja y un poco de hilo quirúrgico, apretó la herida y se la cosió. Y haría lo mismo por ti sin despeinarse. Así es ella. Si hay algún secreto en su vida, probablemente sea que ayudó a alguien y nunca se lo contó a nadie. Así que lo que digo, Janice, es: que te jodan.

Mis padres se conocieron cuando papá recibió el título de abogado. Papá solía decir que tuvo que luchar contra varios rivales. Pero mamá sostenía que no hubo ninguna guerra que librar, porque ella tenía las cosas perfectamente claras desde el día que se conocieron. Sí, replicaba entonces papá, pero los otros pretendientes no lo veían así. Mi madre lo miraba cariñosamente, y yo nunca sabía a cuál de los dos tenía que creer. O tal vez ésta sea la definición de un matrimonio feliz: las dos partes dicen

la verdad, aun cuando sus versiones sean incompatibles.

Evidentemente, mi admiración por su matrimonio está en parte condicionada por el fracaso del mío. Tal vez su ejemplo me hizo creer que era más sencillo de lo que ha resultado ser. ¿Creéis que hay gente que está especialmente dotada para el matrimonio, o es tan sólo cuestión de suerte? Aunque supongo que se puede decir que es una suerte gozar de este talento. Cuando le comenté a mamá que Janice y yo estábamos pasando una mala época e intentábamos esforzarnos por salvar nuestro matrimonio, dijo:

—Nunca he entendido lo que quiere decir eso. Si te gusta tu trabajo, no lo percibes como un esfuerzo. Si te gusta tu matrimonio, no lo percibes como un esfuerzo. Supongo que puedes esforzarte para que vaya bien, soterradamente. Pero no lo vives como un esfuerzo —repitió. Y después de una pausa—: Y no es que tenga nada en contra de Janice.

—No hablemos de Janice —dije—. Ya he hablado suficiente de Janice con la propia Janice. Sea lo que sea lo que hayamos aportado a este matrimonio, lo que está endemoniadamente claro es que no vamos a llevarnos nada, excepto la parte que legalmente nos corresponda del dinero.

Uno pensaría, ¿no es así?, que si eres hijo de un matrimonio feliz, tú deberías gozar de un matrimonio por encima de la media, sea por cierta herencia genética o porque has aprendido de su ejemplo. Pero al parecer la cosa no funciona así. Así que tal vez necesitas el ejemplo contrario, ver errores para no cometerlos tú. Sólo que eso significaría que la mejor manera de que los padres se aseguren de que sus hijos tendrán matrimonios felices sería que el suyo fuese infeliz. Así que ¿cuál es la respuesta? No lo sé. Lo único que sé es que no culpo a mis padres, ni, en realidad, tampoco culpo a Janice.

Mi madre prometió que pediría cita con su médico si papá visitaba a un especialista para tratarse su anosmia. Mi padre era típicamente reticente. Había gente que estaba mucho peor que él, decía. Él como mínimo podía saborear su comida, mientras que para algunos afectados por la anosmia la cena era como mascar cartón y plástico. Había consultado en internet y descubierto casos incluso más extremos, por ejemplo de alucinaciones olfativas. Imaginad que la leche fresca de repente oliese y supiese a agrio, el chocolate te provocase arcadas o la carne te pareciese una esponja empapada de sangre.

—Si te dislocas el dedo —replicó mi madre—, no te niegas a ir a que te lo miren porque alguna otra persona se ha roto la pierna.

Y así se llegó a un pacto. Empezaron las esperas y la burocracia, y ambos acabaron teniendo programada una resonancia magnética la misma semana. Me pregunto cuál es el índice de probabilidad de que esto suceda.

No estoy seguro de que lleguemos a saber nunca cuándo exactamente nuestro matrimonio llega al punto final. Recordamos ciertas etapas, transiciones, peleas: incompatibilidades que crecen hasta que son irresolubles o resulta imposible seguir viviendo con ellas. Creo que la mayor parte del tiempo, cuando Janice me atacaba —o, tal como ella lo plantearía, los momentos en que yo dejaba de prestarle atención y desaparecía—, nunca pensé en serio que eso sería, o podía ser, lo que motivase el final de nuestro matrimonio. Fue sólo cuando, por alguna razón que se me escapa, ella se volvió contra mis padres cuando empecé a pensar: oh, vaya, ahora sí que ha traspasado la línea. Es cierto que habíamos estado bebiendo. Y sí, se había superado el límite que me había autoimpuesto, se había superado de calle.

—Uno de tus problemas es que consideras que tus padres son el matrimonio perfecto.

—¿Y por qué éste es uno de mis problemas?

—Porque hace que creas que tu matrimonio es peor de lo que es en realidad.

—Oh, así que la culpa es suya, ¿no?

—No, tus padres son buena gente.

—¿Pero?

—He dicho que son buena gente. No he dicho que sus pedos huelan a rosas.

—Pero tú no consideras que los pedos de nadie huelan a rosas, ¿verdad?

—Bueno, pues no. Pero me cae bien tu padre, siempre ha sido agradable conmigo.

—¿Lo cual significa?

—Significa que para las madres sólo cuentan sus hijos. ¿Tengo que deletreártelo?

—Creo que acabas de hacerlo.

Unas semanas después, un sábado por la tarde, mamá telefoneó bastante nerviosa. Había ido a una feria de antigüedades en un pueblo cercano para comprarle a papá un regalo de cumpleaños, de regreso tuvo un pinchazo, se las arregló para llevar el coche hasta la gasolinera más cercana y se encontró —nada especialmente sorprendente— que los cajeros se negaban a salir del mostrador. De todos modos, probablemente tampoco debían de saber cómo cambiar una rueda. Papá había dicho que iba a echarse una siesta y...

—No te preocupes, mamá. Voy para allá. Dame diez, quince minutos.

Yo no tenía ningún otro compromiso. Pero antes de que pudiese colgar, Janice, que había estado escuchando el final de la conversación, me gritó:

—¿Por qué no puede llamar a la jodida Asociación Automovilística o al RAC?

Era evidente que mamá lo habría oído y que eso era precisamente lo que pretendía Janice.

Colgué.

—Tú también puedes venir —le dije—. Y ponerte debajo del coche mientras lo

levanto con el gato.

Mientras cogía las llaves, pensé para mis adentros: se acabó, hasta aquí hemos llegado.

A la mayoría de la gente no les gusta molestar al médico. Pero a la mayoría de la gente no le gusta la idea de estar enfermos. Y la mayoría de la gente no quiere ser acusada, ni siquiera implícitamente, de hacer perder el tiempo al médico. Así que, en teoría, acudir al médico es una situación con premio seguro: tanto si sales con la confirmación de que gozas de buena salud, como si resulta que no has hecho perder el tiempo al médico. La resonancia de mi padre reveló una sinusitis crónica para la que le prescribieron antibióticos, además de más espray nasal; más allá de esto, quedaba la posibilidad de una operación. En cuanto a mi madre, después de realizarle un análisis de sangre, un electromiograma y la resonancia magnética, se le diagnosticó una dolencia neurológica que afectaba al sistema motriz.

—Prométeme que cuidarás de tu padre.

—Por supuesto, mamá —le aseguré, sin saber si hablaba a corto o a largo plazo. Y sospecho que le pidió lo mismo a papá con respecto a mí.

—Mira a Stephen Hawking —dijo mi padre—. Lleva cuarenta años con esta enfermedad.

Supuse que se había metido en la misma web que yo, de donde también podía haber sacado el dato de que el cincuenta por ciento de las personas que sufren la Enfermedad de las Motoneuronas fallecen antes de los catorce meses.

Papá estaba indignado por el modo como habían conducido el tema en el hospital. El neurólogo acababa de exponerles sus conclusiones y sin perder un minuto acompañaron a mamá y papá a una sala donde guardaban accesorios varios y les mostraron la silla de ruedas y otros artilugios que se harían necesarios a medida que su estado de salud se fuese inevitablemente deteriorando. Papá dijo que era como si les hubiesen metido en una mazmorra con útiles de tortura. Estaba muy alterado, creo que sobre todo por mamá. Pero ella, según me contó él, se lo tomó todo con mucha calma. Pero había trabajado en ese hospital durante quince años y sabía perfectamente lo que había en esas salas.

Me costaba mucho hablar con papá de todo lo que estaba pasando, y lo mismo le sucedía a él. Yo no paraba de pensar: mamá se muere, pero papá la pierde. Pensé que si repetía la frase suficientes veces, acabaría teniendo sentido. O impediría que sucediese lo que iba a suceder. O algo así. También pensé: mamá es la persona a la que acudimos cuando algo va mal, así que ¿a quién acudiremos cuando algo vaya mal en el proceso de una enfermedad? Mientras tanto —a la espera de respuestas—, papá y yo hablamos de las necesidades diarias de mamá; quién cuidaría de ella, cómo estaría de ánimo, qué diría, y el tema de la medicación (o más bien de la falta de ella,

y si debíamos presionar para que le recetaran Riluzole). Podíamos, y lo hicimos, discutir sobre estos temas una y otra vez. Pero la catástrofe en sí misma —su repentina aparición, la duda de si deberíamos haber sido capaces de verla venir, cuánto tiempo hacía que mamá padecía la enfermedad, la prognosis, el inevitable final— sólo éramos capaces de abordarla muy de vez en cuando. Quizá estuviésemos demasiado agotados. Necesitábamos hablar de cosas triviales, como el efecto que tendría en la economía local la propuesta de construir una carretera de circunvalación. O le preguntaba a papá por su anosmia y ambos fingíamos que seguía siendo un tema interesante. Al principio, los antibióticos habían funcionado, provocando que los olores volviesen en tromba; pero rápidamente —al cabo de unos tres días— dejaron de hacer efecto. Papá, comportándose como solía, al principio no me dijo nada; me dijo que le parecía una broma irrelevante comparado con lo que le estaba pasando a mamá.

Leí en alguna parte que a las personas próximas a alguien gravemente enfermo a menudo les da por ponerse a hacer crucigramas o rompecabezas en las horas que pasan fuera del hospital. Por una razón: carecen de la concentración necesaria para hacer nada más serio; pero hay otro motivo. Consciente o inconscientemente necesitan centrarse en algo que tenga reglas, respuestas y una solución final; algo que se puede controlar. Evidentemente, la enfermedad tiene sus leyes y normas, y a veces sus respuestas, pero uno no la ve así cuando está sentado junto al lecho del enfermo. Y después está la inamovible esperanza. Incluso cuando se ha agotado toda esperanza en la curación, queda la esperanza en otras cosas, algunas concretas, otras no. La esperanza implica incertidumbre, y persiste incluso cuando te han dicho que sólo hay una respuesta, una certeza, única e inaceptable.

Yo no hacía crucigramas ni rompecabezas; no tengo cabeza, o paciencia, para este tipo de cosas. Pero me obsesioné más con mi programa de ejercicios. Levantaba más pesas y aumenté mi permanencia en la máquina para correr. En las marchas de los viernes, pasé a la primera fila del pelotón, con los cachas que no mantienen conversaciones. Me sentía cómodo allí. Llevaba mi pulsómetro, comprobaba mi pulso, consultaba el reloj y de vez en cuando hablaba de las calorías que había quemado. Acabé estando más en forma que en ningún otro momento de mi vida. Y a veces —por disparatado que pueda parecer— eso parecía ser la solución a todo.

Subarrendé mi apartamento y me instalé de nuevo en casa de mis padres. Sabía que mamá estaría en contra —por mí, no por ella—, así que me limité a presentárselo como un *fait accompli*. Papá pidió una excedencia en su oficina; yo corté con toda actividad extracurricular; pedimos ayuda a amigos y después a enfermeras. La casa se llenó de pasamanos y después de rampas para la silla de ruedas. Trasladamos a mamá a la planta baja. Papá no pasó ni una noche lejos de ella, hasta que la internaron en el

hospital para enfermos terminales. Recuerdo esa época como de pánico absoluto, pero también como un periodo pautado por una rigurosa lógica diaria. Uno seguía esa lógica y eso parecía mantener el pánico bajo control.

Mamá era asombrosa. Sé que estadísticamente quienes padecen la Enfermedad de las Motoneuronas tienen menos tendencia a sentirse deprimidos por su situación que los pacientes de otras enfermedades degenerativas, pero aun así... No pretendía ser más valiente de lo que era; no le daba apuro llorar delante de nosotros; no hacía bromas para intentar animarnos. Afrontaba lo que le estaba pasando con sobriedad, sin acobardarse ni dejar que la superase esa cosa que iba a aplastarle todos los sentidos, uno a uno. Rememoraba detalladamente para sí misma —y para nosotros— su vida y nuestras vidas. Jamás mencionó a Janice ni aludió a sus esperanzas de que finalmente yo le hubiese dado nietos. No nos exigía nada, ni nos pedía que le prometiésemos cumplir con algo cuando ella ya no estuviese. Hubo una fase en la que se debilitó dramáticamente, y su respiración parecía la de alguien que está subiendo a la cima del Everest; entonces me pregunté si pensaba en aquel lugar de Suiza donde puedes acabar tus días decentemente. Pero lo descarté: no querría causarnos tantas molestias. Ese era otro signo de que seguía llevando las riendas —hasta donde le era posible— de su propia muerte. Fue ella quien se aseguró de que la plaza en el hospital de terminales estuviese reservada, y nos dijo que era mejor ir allí cuanto antes, porque nunca puedes predecir cuándo se liberan camas.

Cuanto más importante es el tema, menos se puede decir. No sentir, pero sí decir. Porque está tan sólo el hecho en sí mismo y tus sentimientos acerca de ese hecho. Nada más. Mi padre, enfrentado a su agnosia, podía encontrar razones para que esa desventaja, vista desde la perspectiva adecuada, se convirtiese en una ventaja. Pero la enfermedad de mi madre entraba en una categoría que estaba mucho más allá de todo esto, más allá de la racionalidad; era algo enorme, mudo y enmudecedor. No había contraargumento posible. Ni se trataba de un problema de no dar con las palabras adecuadas. Las palabras están siempre ahí, y son siempre las mismas palabras, palabras sencillas. Mamá se muere, pero papá la pierde. Siempre lo decía con un «pero» en medio, no con una «y».

Me llevé una sorpresa al recibir una llamada de Janice.

—Me he enterado de lo de tu madre y lo siento muchísimo.

—Vale.

—¿Hay algo que pueda hacer?

—¿Quién te lo ha contado?

—Jake.

—No estás viéndote con Jake, ¿verdad?

—No me estoy viendo con él en el sentido en el que tú lo estás preguntando. — Pero lo dijo con un tono juguetón, como si le excitase la posibilidad, incluso en estos

momentos, de provocarme un ataque de celos.

—No, no te pregunto nada.

—Acabas de hacerlo.

La Janice de siempre.

—Gracias por tu apoyo —dije, con un tono tan formal como fui capaz—. No, no hay nada que puedas hacer, y no, a ella no le gustaría que la visitases.

—Así sea.

El verano en que mamá agonizaba era caluroso, y papá llevaba esas camisas de manga corta que solía usar. Las lavaba a mano y después bregaba con la plancha de vapor. Una tarde en que me percaté de que estaba agotado e intentaba, sin éxito, colocar el canesú de la camisa sobre el borde en punta de la tabla de plancha, le dije:

—Sabes que las podrías llevar a la lavandería, ¿verdad?

No me miró, se limitó a seguir planchando la camisa húmeda.

—Soy perfectamente consciente —respondió finalmente— de que esos negocios existen. —Un ligero sarcasmo adquiría en mi padre la fuerza de la ira en cualquier otra persona.

—Disculpa, papá.

Entonces sí se detuvo y me miró.

—Es muy importante —me dijo— que ella me vea pulido y arreglado. Si empezase a ir desaliñado, ella se daría cuenta, y pensaría que no soy capaz de valerme por mí mismo. Y no debe pensar que no soy capaz de hacerlo. Porque eso la contrariaría.

—Tienes razón, papá. —Me sentí reprendido. Me sentí, por una vez, como un niño.

Después se acercó y se sentó conmigo. Yo tomaba una cerveza; él, un prudente dedo de whisky. Mamá llevaba tres días en el hospital de terminales. Esa tarde parecía tranquila, y nos mandó a casa con un simple guiño.

—Por cierto —dijo papá, dejando su vaso sobre un posavasos—. Siento que a tu madre no le gustase Janice. —Ambos escuchamos el tiempo verbal. «Guste» era el que él pretendía utilizar en la frase, pero ya era demasiado tarde.

—No lo sabía.

—Ah. —Mi padre hizo una pausa—. Perdón. Ahora... —No fue necesario que continuase.

—¿Por qué no?

Frunció los labios, como supongo que hacía cuando algún cliente le contaba alguna insensatez, como: «Sí, después de todo, yo estaba en la escena del crimen.»

—Vamos, papá. ¿Fue por lo del incidente del garaje? Lo del pinchazo.

—¿Qué pinchazo?

Así que no se lo había contado.

—A mí siempre me gustó Janice. Tenía... chispa.

—Sí, papá. Has dado en el clavo.

—Tu madre decía que, en su opinión, Janice era el tipo de chica que sabía cómo hacer que la gente se sintiese culpable.

—Sí, era particularmente buena en eso.

—Solía quejarse a tu madre de lo difícil que era vivir contigo, dando a entender de algún modo que eso era culpa de tu madre.

—Debería haber estado agradecida. Hubiera sido mucho más difícil vivir conmigo de no ser por el amor de mamá. —Otro error provocado por la fatiga—. De vosotros dos, quiero decir.

Mi padre no se tomó la corrección a mal. Dio un sorbo a su bebida.

—¿Y qué más, papá?

—¿No es suficiente?

—Tengo la sensación de que te callas algo.

Mi padre sonrió.

—Sí, hubieras sido un buen abogado. Bueno, eso sucedió hacia el final de..., de tu..., cuando Janice ya no era ella misma.

—Pues suéltalo y nos reiremos juntos.

—Le dijo a tu madre que creía que tú eras un poco psicópata.

Puede que sonriera, pero no me reí.

Vimos a tanta gente en el hospital y en el hospital para desahuciados que ya no recuerdo quién nos dijo que cuando alguien se está muriendo, cuando todo el sistema está apagándose, los últimos sentidos que siguen funcionando normalmente son el oído y el olfato. En aquel entonces mi madre estaba ya prácticamente inmóvil, y la cambiaban de postura cada cuatro horas. Llevaba una semana sin hablar, y ya no mantenía los ojos abiertos. Había dejado claro que cuando el movimiento reflejo de tragar se debilitase, no quería que le pusiesen una sonda gástrica. El cuerpo agonizante puede seguir funcionando bastante tiempo sin la papilla de nutrientes que les gusta bombear hacia su interior.

Mi padre me contó que había ido al supermercado y había comprado varios paquetes de hierbas frescas. En el hospital de desahuciados corrió las cortinas alrededor de la cama. No quería que nadie más fuese testigo de ese momento de intimidad. No le daba vergüenza —a mi padre nunca le había avergonzado mostrar en público el amor que sentía por su mujer—, simplemente quería privacidad. La privacidad de la pareja.

Me los imagino juntos, mi padre sentado en la cama, besando a mi madre, sin estar seguro de si ella lo notaba, hablándole, sin saber si ella escuchaba sus palabras,

ni si, en caso de escucharlas, las entendía. No tenía forma de saberlo, ella no podía hacérselo saber de ningún modo.

Me lo imagino preocupado por el ruido del plástico al rasgarse en el momento de abrir las bolsitas y lo que ella pudiese pensar que estaba sucediendo. Me lo imagino solventando el problema con unas tijeras que habría llevado con él para abrir las bolsas. Me lo imagino diciéndole que le había llevado algunas hierbas para que las oliese. Me lo imagino enrollando con dos dedos una hoja de albahaca hasta convertirla en un rollito para colocársela justo debajo de las fosas nasales. Me lo imagino aplastando tomillo entre el pulgar y el índice, y después romero. Me lo imagino nombrando cada una de las hierbas, convencido de que ella podía olerías, y aferrado a la esperanza de que le proporcionasen regocijo, le recordasen el mundo y lo mucho que había disfrutado en él, tal vez incluso una ocasión en una ladera o pendiente llena de matorrales en un país extranjero cuando sus pisadas levantaron un aroma de tomillo. Me lo imagino aferrado a la esperanza de que recibiese esos olores como una terrible burla, al recordarle el sol que ya no podía ver, los jardines por los que ya no podía caminar, las aromáticas comidas de las que ya no podía disfrutar.

Tengo la esperanza de que no imaginase estas últimas cosas. Tengo la esperanza de que estuviese convencido de que en sus últimos días a ella sólo se le otorgó lo mejor, los pensamientos más felices.

Un mes después del fallecimiento de mi madre, mi padre acudió a su última cita con el otorrinolaringólogo.

—Me dijo que podía operarme, pero que no podía prometerme más de un 60/40 de posibilidades de éxito. Le dije que no quería operarme. Me dijo que en mi caso se resistía a tirar la toalla, sobre todo porque mi anosmia era sólo parcial. Creía que mi olfato estaba esperando a que alguien lo trajese de vuelta.

—¿Cómo?

—Más de lo mismo. Antibióticos y spray nasal. Con unas dosis ligeramente diferentes. Le di las gracias, pero le dije que no, gracias.

—Muy bien. —No dije nada más. Era su decisión.

—¿Sabes?, si tu madre...

—No pasa nada, papá.

—No, sí que pasa. Si ella...

Le miré, vi cómo reprimía las lágrimas detrás de los cristales de sus gafas y después las dejaba ir y se deslizaban por sus mejillas hasta la barbilla. Dejaba que cayeran, estaba acostumbrado a ellas, no le incomodaban. Tampoco a mí.

Volvió a empezar:

—Si ella... Entonces yo no...

—Claro, papá.

—Creo que eso ayuda, en cierto modo.

—Claro, papá.

Levantó las gafas de los pliegues de piel sobre los que reposaban, y las últimas lágrimas resbalaron por los flancos de su nariz. Se pasó el dorso de la mano por las mejillas.

—¿Sabes lo que me dijo ese maricón de otorrino cuando le dije que no quería operarme?

—No, papá.

—Se sentó y meditó un momento. Y entonces me dijo: «¿Tiene usted alarma contra incendios?» Le respondí que no. Y él dijo: «Creo que podría conseguir que el ayuntamiento se la pagase. Con sus fondos para personas discapacitadas.» Le dije que no sabía nada de eso. Y él continuó: «Pero supongo que yo le recomendaría una alarma de la máxima calidad, y ellos no querrían asumir el coste.»

—Parece una conversación de lo más surrealista.

—Lo fue. Después me dijo que no quería pensar en que yo estaba durmiendo y que sólo me daba cuenta de que la casa estaba en llamas cuando el calor me despertara.

—¿Le arreaste un puñetazo, papá?

—No, hijo. Me levanté, le di la mano y le dije: «Supongo que eso sería una solución.»

Me imagino a mi padre allí, sin enfadarse, levantándose, dándole la mano, volviéndose, marchándose. Me lo imagino.



JULIAN BARNES nació en Leicester, Inglaterra, in 1946, Estudió en Oxford, y vive actualmente en Londres. Es autor además de una decena de novelas, entre ellas *El loro de Flaubert* (1994), *Una historia del mundo en 10 capítulos y medio* (1989), *El puercoespín* (1992), *Inglaterra, Inglaterra* (1998), *Amor, etcétera* (2000), *Arthur & George* (2005) y más recientemente *El sentido de un final* (ganador del premio Booker 2011).

Notas

[1] En inglés las naranjas amargas se denominan *Seville oranges*, de ahí el juego de palabras entre *Seville* y *civil*. (N. del T.) <<

[2] El original juega con la similitud fonética entre *guilt* (culpa) y *gilt* (bonos, valores). (N. del T.) <<

[3] En el original se juega con el doble sentido de la palabra *knob*, que significa pomo pero que en argot es uno de los nombres coloquiales del pene. (N. del T.) <<

[4] Bloody Mary, María la sangrienta, es el sobrenombre con el que los ingleses se refieren a María Tudor. (*N. del T.*) <<

[5] En inglés, *The Red Flag*, canción protesta de la izquierda inglesa y el himno semioficial del Partido Laborista. (N. del T.) <<

id="nota6">^[6] Pijo en inglés es *posh*, y la supuesta etimología de la explicación que sigue es *Port out, starboard home* (a babor a la ida, a estribor a la vuelta), cuyo anagrama, POSH, supuestamente figuraba en los billetes de la travesía. (*N. del T.*) <<

id="nota7">^[7] En el original GB (Gran Bretaña) es UK (United Kingdom) y lo que propone el personaje, forzando la grafía y jugando con la fonética, es *Uro Konvergence, Euro Convergence, Convergencia Europea. (N. del T.)* <<

[8] Trimalción es el rico prohombre que da el banquete en el *Satiricón* de Petronio y la señora Quickly es la posadera de La Taberna del Jabalí, personaje que aparece en las dos partes de *Enrique IV*, en *Enrique V* y en *Las alegres comadres de Windsor* de Shakespeare. (N. del T.) <<

[9] Macduff es un personaje de *Macbeth*, y la frase que se dice es una de las más habituales citas erróneas de Shakespeare. El personaje del cuento dice «Guíanos, Macduff» (*Lead on, Macduff*), mientras que el original de Shakespeare es más contundente y Macbeth dice «Ataca, pues, Macduff» (*Lay on, Macduff*) en un momento clave de la obra, cuando el bosque avanza hacia el castillo. (*N. del T.*) <<

id="nota10">^[10] «El sol también se levanta» (*The sun also rises*) es el título original de la novela de Ernest Hemingway que en castellano se conoce como *Fiesta*. (N. del T.) <<

id="nota11">^[11] En este diálogo los personajes parafrasean el estribillo de la canción *Sign for your supper* de Rogers y Hart, incluida en su musical de 1938 *The Boys from Syracuse*. (N. del T.) <<

id="nota12">^[12] En inglés *lazy beds*. Es un sistema muy rudimentario de cultivo, actualmente en desuso pero que pervive en la zona de las Hébridas. (N. del T.) <<

id="nota13">^[13] El título en inglés es *The Limner*, término más específico que designaba a los pintores de la América colonial, que generalmente no firmaban sus obras, especializados en retratos de terratenientes y grandes comerciantes, para los que el retrato, en el que posaban con sus mejores galas y rodeados de símbolos de su estatus social, era una escenificación de su poder y prestigio. (*N. del T.*) <<

[14] Los niños juegan con la similitud fonética en inglés entre *pause* (detenerse, pararse) y *paws* (manazas, zarpas, patas). (N. del T.) <<

[15] La frase parafrasea un verso de *Blow, Bugle, Blow* de Alfred Lord Tennyson. (*N. del T.*) <<